UNE ✦ SACRA

Clásicos Cristianos

La dolorosa Pasión de Nuestro Señor Jesucristo

✦ ✦ ✦

Ana Catalina Emmerick (relato de Clemens Brentano)

Traducción (edición 1.2)

Créditos

Autor	Ana Catalina Emmerick (relato de Clemens Brentano)
Fecha	1833
Idioma original	Alemán
Versión	Traducción (edición 1.2)
Traducción	Traducción popular, a partir de la traducción inglesa (Benziger, 1904)
Fuente	Project Gutenberg
Licencia	CC BY-NC-SA 4.0 · original: Dominio público

Acerca de:

Visiones de la pasión de Jesús narradas por Ana Catalina Emmerick (1774-1824), monja agustina de Westfalia, en Alemania, que pasó sus últimos años en cama en Dülmen y llevaba, según quienes la visitaron, los estigmas en las manos, los pies y el costado.

Entre 1819 y 1824 el poeta Clemens Brentano la escuchó casi a diario y anotó lo que ella contaba; el libro salió en 1833.

En meditaciones sobre la Última Cena y capítulos que van de la agonía en el Huerto de los Olivos a la resurrección, describe con gran cantidad de detalles los lugares, las personas, las ropas y los sufrimientos de Cristo y de María, mucho más allá de lo que dicen los Evangelios.

La Iglesia trata estos relatos como revelación privada, que nadie está obligado a creer; Emmerick fue beatificada en 2004. El libro inspiró mucha devoción y, en 2004, la película "La Pasión de Cristo".

Fuente: https://www.gutenberg.org/ebooks/10866

Esta traducción popular y el diseño de este archivo son de Une Sacra, bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 (CC BY-NC-SA 4.0): puede copiarse y compartirse citando "Une Sacra (unesacra.com)", sin uso comercial y con la misma licencia. El texto original sigue la licencia de su fuente. Términos de uso: unesacra.com/#/legal/terms

Edición digital generada el 26 de noviembre de 2026 por Une Sacra, biblioteca abierta de textos sagrados. · UneSacra.com

Índice

Meditación 1 — Preparativos para la Pascua

Meditación 2 — La sala de la cena

Meditación 3 — Preparativos para comer el Cordero Pascual

Meditación 4 — El cáliz usado en la Última Cena

Meditación 5 — Jesús sube a Jerusalén

Meditación 6 — La última Pascua

Meditación 7 — El lavatorio de los pies

Meditación 8 — Institución de la Santa Eucaristía

Meditación 9 — Instrucción privada y consagraciones

Introducción a la Pasión

1 — Jesús en el Huerto de los Olivos

2 — Judas y su grupo

3 — Jesús es arrestado

4 — Medios empleados por los enemigos de Jesús para llevar a cabo sus planes contra él

5 — Una mirada a Jerusalén

6 — Jesús ante Anás

7 — El tribunal de Caifás

8 — Jesús ante Caifás

9 — Los insultos recibidos por Jesús en el tribunal de Caifás

10 — La negación de san Pedro

11 — María en la casa de Caifás

12 — Jesús encerrado en la prisión subterránea

13 — El juicio de la mañana

14 — La desesperación de Judas

15 — Jesús es llevado ante Pilato

16 — Descripción del palacio de Pilato y de los edificios adyacentes

17 — Jesús ante Pilato

18 — El origen del vía crucis

19 — Pilato y su esposa

20 — Jesús ante Herodes

21 — Jesús es llevado de nuevo del tribunal de Herodes al de Pilato

22 — La flagelación de Jesús

23 — María durante la flagelación de nuestro Señor

24 — Interrupción de las visiones de la Pasión por la aparición de san José bajo la forma de un niño

25 — Descripción del aspecto físico de la Santísima Virgen

26 — La coronación de espinas

27 — Ecce Homo

28 — Reflexiones sobre las visiones

29 — Jesús condenado a ser crucificado

30 — Jesús carga con la cruz

31 — La primera caída de Jesús

32 — La segunda caída de Jesús

33 — Simón de Cirene. Tercera caída de Jesús

34 — El velo de Verónica

35 — La cuarta y la quinta caída de Jesús

36 — Jesús en el monte Gólgota

37 — La partida de María y las santas mujeres del Calvario

38 — Jesús es clavado en la cruz

39 — Elevación de la cruz

40 — Crucifixión de los ladrones

41 — Jesús colgado en la cruz entre dos ladrones

42 — Primera palabra de Jesús en la Cruz

43 — Eclipse de sol

44 — El temor de los habitantes de Jerusalén

45 — Quinta, sexta y séptima palabras de Jesús en la cruz

46 — El terremoto

47 — La petición de José de Arimatea para que se le permitiera hacerse cargo del cuerpo de Jesús

48 — La abertura del costado de Jesús

49 — Descripción de algunas partes de la antigua Jerusalén

50 — El descendimiento de la Cruz

51 — El embalsamamiento del cuerpo de Jesús

52 — El cuerpo de nuestro Señor es depositado en el sepulcro

53 — El regreso del sepulcro

54 — Sobre el nombre del Calvario

55 — La Cruz y el lagar

56 — Apariciones con ocasión de la muerte de Jesús

57 — Se colocan guardias alrededor del sepulcro de Jesús

58 — Una mirada a los discípulos de Jesús en el Sábado Santo

59 — Un relato independiente del descenso a los infiernos

60 — La víspera de la Resurrección

61 — José de Arimatea es liberado milagrosamente

62 — La noche de la Resurrección

63 — La Resurrección de nuestro Señor

64 — Las santas mujeres en el sepulcro

65 — El relato de los centinelas apostados alrededor del sepulcro

66 — El final de las meditaciones de Cuaresma

MEDITACIÓN 1 — PREPARATIVOS PARA LA PASCUA

✦

Jueves Santo, 13 de Nisán (29 de marzo).

Ayer por la tarde tuvo lugar la última gran comida pública de nuestro Señor y sus amigos en casa de Simón el Leproso, en Betania, y María Magdalena ungió por última vez los pies de Jesús con un ungüento precioso. Judas se escandalizó en esta ocasión y se apresuró a volver a Jerusalén para conspirar con los sumos sacerdotes y entregar a Jesús en sus manos.

Después de la comida, Jesús regresó a casa de Lázaro, y algunos de los Apóstoles fueron a la posada situada más allá de Betania. Durante la noche, Nicodemo volvió a casa de Lázaro, mantuvo una larga conversación con nuestro Señor y regresó antes del amanecer a Jerusalén, acompañado por Lázaro durante parte del camino.

Los discípulos ya habían preguntado a Jesús dónde comería la Pascua. Hoy, antes del amanecer, nuestro Señor mandó llamar a Pedro, Santiago y Juan, les habló extensamente de todo lo que debían preparar y disponer en Jerusalén, y les dijo que, al subir al monte Sion, encontrarían al hombre que llevaba un cántaro de agua.

Ya conocían bien a este hombre, pues en la Pascua anterior, en Betania, había sido él quien preparó la comida para Jesús, y por eso san Mateo dice: cierto hombre. Debían seguirlo hasta su casa y decirle: el Maestro dice: Mi tiempo está cerca; en tu casa celebro la Pascua con mis discípulos (Mat.

26:18). Entonces les mostrarían la sala de la cena y harían todos los preparativos necesarios.

Vi a los Apóstoles subir hacia Jerusalén por un barranco, al sur del Templo y en dirección al lado norte de Sion. En la ladera sur del monte donde se alzaba el Templo había algunas hileras de casas; caminaron frente a ellas, siguiendo el curso de un torrente que pasaba entre ambos.

Cuando llegaron a la cima del monte Sion, que es más alto que el monte del Templo, dirigieron sus pasos hacia el sur y, justo al comienzo de una pequeña subida, encontraron al hombre que les habían indicado; lo siguieron y le hablaron como Jesús había mandado.

Sus palabras le agradaron mucho, y respondió que ya se había ordenado preparar una cena en su casa (probablemente por encargo de Nicodemo), pero que él no sabía para quién era y se alegraba de saber que era para Jesús. Este hombre se llamaba Helí y era cuñado de Zacarías de Hebrón, en cuya casa Jesús había anunciado el año anterior la muerte de Juan el Bautista.

Tenía un solo hijo, que era levita y amigo de san Lucas antes de que este fuera llamado por nuestro Señor, y cinco hijas, todas solteras. Cada año subía con sus criados para la fiesta de la Pascua, alquilaba una sala y preparaba la Pascua para personas que no tenían ningún amigo en la ciudad en cuya casa alojarse.

Este año había alquilado una sala para la cena que pertenecía a Nicodemo y a José de Arimatea. Mostró a los dos Apóstoles su ubicación y su disposición interior.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

MEDITACIÓN 2 — LA SALA DE LA CENA

✦

En la ladera sur del monte Sion, no lejos del castillo en ruinas de David y del mercado que se celebraba en la subida que conducía a aquel castillo, se alzaba, hacia el este, un edificio antiguo y sólido, entre hileras de árboles frondosos, en medio de un amplio patio rodeado de fuertes muros.

A derecha e izquierda de la entrada se veían otros edificios adosados al muro, sobre todo a la derecha, donde estaba la vivienda del mayordomo y, junto a ella, la casa en la que la Santísima Virgen y las santas mujeres pasaron la mayor parte del tiempo después de la muerte de Jesús.

La sala de la cena, que originalmente era más grande, había sido habitada en otro tiempo por los valientes capitanes de David, quienes habían aprendido allí el manejo de las armas.

Antes de la construcción del Templo, el Arca de la Alianza había estado depositada allí durante bastante tiempo, y todavía podían encontrarse huellas de su presencia en una estancia subterránea. También he visto al profeta Malaquías oculto bajo este mismo techo: allí escribió sus profecías sobre el Santísimo Sacramento y el Sacrificio de la Nueva Ley.

Salomón tenía esta casa en gran estima y realizó dentro de sus muros algún acto figurativo y simbólico que he olvidado. Cuando los babilonios destruyeron gran parte de Jerusalén, esta casa se salvó. He visto muchas otras co-

sas relacionadas con esta misma casa, pero solo recuerdo lo que acabo de contar.

Este edificio se encontraba en un estado muy ruinoso cuando pasó a ser propiedad de Nicodemo y de José de Arimatea, quienes acondicionaron el edificio principal de una manera muy apropiada y lo alquilaron como sala de la cena a los forasteros que venían a Jerusalén para celebrar la fiesta de la Pascua. Así fue como nuestro Señor lo había utilizado el año anterior.

Además, la casa y los edificios circundantes servían de almacenes para monumentos y otras piedras, y de talleres para los trabajadores; pues José de Arimatea poseía valiosas canteras en su tierra, de las que hacía traer grandes bloques de piedra para que sus obreros los labraran, bajo su propia mirada, y los convirtieran en sepulcros, adornos arquitectónicos y columnas para la venta.

Nicodemo participaba en este negocio y solía dedicar personalmente muchas horas de su tiempo libre a esculpir. Trabajaba en la sala o en una estancia subterránea que vi debajo de ella, salvo en los días de las fiestas; y como esta ocupación lo había puesto en contacto con José de Arimatea, se habían hecho amigos y a menudo se asociaban en diversos negocios.

Esta mañana, mientras Pedro y Juan conversaban con el hombre que había alquilado la sala de la cena, vi a Nicodemo en los edificios situados a la izquierda del patio, donde se habían colocado muchísimas piedras que antes obstruían los pasajes que conducían a la sala de la cena. Una semana antes había visto a varias personas ocupadas en apartar las piedras, limpiar el patio y preparar la sala de la cena para la celebración de la Pascua; incluso me

parece que entre ellas había algunos discípulos de nuestro Señor, quizá Aram y Themein, los primos de José de Arimatea.

La sala de la cena, propiamente dicha, estaba casi en el centro del patio; era más larga que ancha; la rodeaba una hilera de columnas bajas y, si se hubieran despejado los espacios entre las columnas, estos habrían formado parte de la gran sala interior, pues todo el edificio era, por así decirlo, transparente; solo que lo habitual, salvo en ocasiones especiales, era mantener cerrados los pasajes.

La sala recibía luz por unas aberturas en la parte superior de los muros. Delante había primero un vestíbulo, al que daban entrada tres puertas; después, la gran sala interior, donde varias lámparas colgaban de la plataforma; los muros estaban adornados para la fiesta, hasta media altura, con hermosas esteras o tapices, y se había hecho una abertura en el techo, cubierta con una gasa azul transparente.

La parte posterior de esta sala estaba separada del resto por una cortina, también de gasa azul transparente. Esta división de la sala de la cena en tres partes le daba semejanza con el Templo, formando así el atrio exterior, el Santo y el Santo de los Santos.

En la última de estas divisiones, a ambos lados, se habían colocado las vestiduras y las demás cosas necesarias para la celebración de la fiesta. En el centro había una especie de altar.

Un banco de piedra, elevado sobre tres escalones y con forma de triángulo rectángulo, sobresalía del muro; debía de constituir la parte superior del

horno que se usaba para asar el Cordero Pascual, pues hoy los escalones estaban muy calientes durante la comida.

No puedo describir en detalle todo lo que había en esta parte de la sala, pero allí se hacían toda clase de preparativos para disponer la Cena Pascual. Encima de este hogar de altar había una especie de hornacina en el muro, delante de la cual vi una imagen del Cordero Pascual, con un cuchillo en la garganta y la sangre que parecía caer gota a gota sobre el altar; pero no recuerdo con claridad cómo se hacía aquello.

En una hornacina del muro había tres armarios de diversos colores, que giraban como nuestros sagrarios para abrirse o cerrarse. En ellos se guardaban varios recipientes utilizados en la celebración de la Pascua; más tarde se colocó allí el Santísimo Sacramento.

En las habitaciones a los lados de la sala de la cena había algunos divanes, sobre los que se habían colocado gruesas colchas enrolladas y que podían utilizarse como camas. Debajo de todo este edificio había amplios sótanos. El Arca de la Alianza había estado depositada antiguamente bajo el mismo lugar donde después se construyó el hogar.

Cinco conductos bajo la casa servían para llevar los desechos hasta la ladera de la colina, en cuya parte superior estaba construida la casa. Había visto anteriormente a Jesús predicar y realizar curaciones milagrosas allí, y los discípulos pasaban con frecuencia la noche en las habitaciones laterales.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

MEDITACIÓN 3 — PREPARATIVOS PARA COMER EL CORDERO PASCUAL

✦

Cuando los discípulos terminaron de hablar con Helí de Hebrón, este volvió a entrar en la casa por el patio, pero ellos giraron a la derecha y bajaron apresuradamente por la ladera norte de la colina, atravesando Sion.

Cruzaron un puente y, caminando por un sendero cubierto de zarzas, llegaron al otro lado del barranco, que estaba frente al Templo y a la hilera de casas situadas al sur de aquel edificio.

Allí se encontraba la casa del anciano Simeón, que murió en el Templo después de la presentación de nuestro Señor; sus hijos, algunos de los cuales eran discípulos de Jesús en secreto, vivían allí por entonces. Los Apóstoles hablaron con uno de ellos, un hombre alto y de tez morena, que desempeñaba algún cargo en el Templo.

Fueron con él al lado oriental del Templo, pasando por aquella parte de Ofel por la que Jesús había entrado en Jerusalén el Domingo de Ramos, y de allí al mercado de ganado, que estaba en la ciudad, al norte del Templo. En la parte sur de este mercado vi pequeños cercados en los que retozaban unos hermosos corderos. Allí se compraban los corderos para la Pascua.

Vi al hijo de Simeón entrar en uno de estos cercados, y los corderos retozaban a su alrededor como si lo conocieran. Escogió cuatro, que fueron llevados a la sala de la cena, donde se ocupaban de preparar el Cordero Pascual.

Vi a Pedro y a Juan ir a varias partes de la ciudad y encargar diversas cosas. También los vi frente a la puerta de una casa situada al norte del monte Calvario, donde los discípulos de Jesús se alojaban la mayor parte del tiempo y que pertenecía a Serafia (llamada después Verónica). Desde allí, Pedro y Juan enviaron a algunos discípulos a la sala de la cena, dándoles varios encargos que he olvidado.

También entraron en casa de Serafia, donde tenían que hacer varios preparativos. Su marido, que era miembro del consejo, solía estar ausente, ocupado en sus negocios; pero incluso cuando estaba en casa ella lo veía poco. Era una mujer de aproximadamente la misma edad que la Santísima Virgen y desde hacía mucho tiempo estaba vinculada a la Sagrada Familia; pues cuando el Niño Jesús permaneció los tres días en Jerusalén después de la fiesta, fue ella quien le proporcionó alimento.

Los dos Apóstoles se llevaron de allí, entre otras cosas, el cáliz que nuestro Señor utilizó en la institución de la Sagrada Eucaristía.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

MEDITACIÓN 4 — EL CÁLIZ USADO EN LA ÚLTIMA CENA

✦

El cáliz que los Apóstoles trajeron de la casa de Verónica tenía un aspecto maravilloso y misterioso. Había estado guardado durante mucho tiempo en el Templo, entre otros objetos preciosos de gran antigüedad, cuyo uso y origen se habían olvidado.

Algo semejante ha ocurrido en cierta medida en la Iglesia cristiana, donde muchas joyas consagradas han quedado olvidadas y han caído en desuso con el tiempo. A menudo se habían desenterrado, vendido o engastado de nuevo antiguos vasos y joyas sepultados bajo el Templo.

Así fue como, por permiso de Dios, este vaso sagrado, que nadie había podido fundir jamás por estar hecho de un material desconocido, y que los sacerdotes habían encontrado en el tesoro del Templo entre otros objetos que ya no se usaban, fue vendido a unos anticuarios.

Serafia lo compró, Jesús lo utilizó varias veces en la celebración de las fiestas y, desde el día de la Última Cena, pasó a ser propiedad exclusiva de la santa comunidad cristiana.

Este vaso no siempre había tenido la misma forma que cuando nuestro Señor lo usó en su Última Cena, y quizá fue en aquella ocasión cuando se reunieron por primera vez las distintas piezas que lo componían. El gran cáliz descansaba sobre un plato del que también podía sacarse una especie de tablilla, y a su alrededor había seis pequeños vasos.

El gran cáliz contenía otro vaso más pequeño; encima había un platillo y, luego, una tapa redonda. En el pie del cáliz había insertada una cuchara que podía extraerse fácilmente para usarla. Todos estos recipientes estaban cubiertos con lino fino y, si no me equivoco, envueltos en un estuche de cuero.

El gran cáliz se componía de la copa y del pie; este último debió de haberse añadido en una época posterior, pues era de otro material. La copa tenía forma de pera, era maciza, de color oscuro y muy pulida, con adornos de oro y dos pequeñas asas por las que podía levantarse.

El pie era de oro puro, de esmerada elaboración, adornado con una serpiente y un pequeño racimo de uvas, y enriquecido con piedras preciosas.

El cáliz quedó en la Iglesia de Jerusalén, en manos de Santiago el Menor; y veo que todavía se conserva en esa ciudad: algún día volverá a aparecer, del mismo modo que antes. Otras Iglesias se llevaron las pequeñas copas que lo rodeaban; una fue llevada a Antioquía y otra a Éfeso. Pertenecían a los patriarcas, que bebían de ellas una bebida misteriosa cuando recibían o daban una bendición, como he visto muchas veces.

El gran cáliz había pertenecido antiguamente a Abraham; Melquisedec lo trajo consigo de la tierra de Semíramis a la tierra de Canaán, cuando comenzaba a fundar algunos asentamientos en el lugar donde después se construyó Jerusalén; lo usó entonces para ofrecer un sacrificio, cuando ofreció pan y vino en presencia de Abraham, y lo dejó en posesión de aquel

santo patriarca. Este mismo cáliz también había sido conservado en el arca de Noé.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

MEDITACIÓN 5 — JESÚS SUBE A JERUSALÉN

✦

Por la mañana, mientras los Apóstoles estaban en Jerusalén preparando la Pascua, Jesús, que se había quedado en Betania, se despidió de manera conmovedora de las santas mujeres, de Lázaro y de su bendita Madre, y les dio algunas instrucciones finales.

Vi a nuestro Señor conversar a solas con su Madre, y le dijo, entre otras cosas, que había enviado a Pedro, el apóstol de la fe, y a Juan, el apóstol del amor, a preparar la Pascua en Jerusalén. Al hablar de Magdalena, cuyo dolor era excesivo, dijo que su amor era grande, pero todavía algo humano, y que por eso su pena la hacía perder el dominio de sí misma.

Habló también de los planes del traidor Judas, y la Santísima Virgen rezó por él. Judas había vuelto a salir de Betania para ir a Jerusalén, con el pretexto de pagar algunas deudas pendientes. Pasó todo el día yendo apresuradamente de un fariseo a otro y cerrando sus acuerdos con ellos.

Le mostraron a los soldados que habían sido contratados para apresar a nuestro divino Salvador, y organizó sus idas y venidas de modo que pudiera justificar su ausencia. Vi todos sus malvados planes y todos sus pensamientos.

Era activo y servicial por naturaleza, pero estas buenas cualidades estaban ahogadas por la avaricia, la ambición y la envidia, pasiones que no hacía

ningún esfuerzo por dominar. En ausencia de nuestro Señor, incluso había realizado milagros y curado a los enfermos.

Cuando nuestro Señor anunció a su bendita Madre lo que iba a suceder, ella le suplicó, con las palabras más conmovedoras, que la dejara morir con él. Pero él la exhortó a mostrar más serenidad en su dolor que las otras mujeres, le dijo que resucitaría y le indicó el lugar exacto donde se le aparecería.

Ella no lloraba mucho, pero su dolor era indescriptible, y había algo casi sobrecogedor en su expresión de profundo recogimiento. Nuestro divino Señor le dio las gracias, como un Hijo amoroso, por todo el amor que ella le había tenido, y la estrechó contra su corazón.

También le dijo que celebraría la Última Cena con ella espiritualmente, y le indicó la hora en que recibiría su precioso Cuerpo y Sangre. Entonces volvió a despedirse de todos con palabras conmovedoras y les dio distintas instrucciones.

Hacia las doce del día, Jesús y los nueve Apóstoles salieron de Betania y subieron a Jerusalén, seguidos por siete discípulos que, a excepción de Natanael y Silas, procedían de Jerusalén y sus alrededores. Entre ellos estaban Juan, Marcos y el hijo de la viuda pobre que, el jueves anterior, había ofrecido su pequeña moneda en el Templo mientras Jesús predicaba allí. Jesús lo había acogido en su compañía unos días antes. Las santas mujeres salieron más tarde.

Jesús y sus compañeros caminaron por los alrededores del monte de los Olivos, por el valle de Josafat y hasta el monte Calvario. Durante todo el

recorrido siguió dándoles instrucciones.

Dijo a los Apóstoles, entre otras cosas, que hasta entonces les había dado su pan y su vino, pero que aquel día iba a darles su Cuerpo y su Sangre, todo su ser: todo lo que tenía y todo lo que era.

El rostro de nuestro Señor tenía una expresión tan conmovedora mientras hablaba que toda su alma parecía salir de sus labios, y parecía desfallecer de amor y de deseo por el momento en que se entregaría al ser humano. Sus discípulos no lo comprendían, sino que pensaban que hablaba del cordero pascual.

No hay palabras que puedan dar una idea adecuada del amor y la resignación que se expresaban en estos últimos discursos de nuestro Señor en Betania y de camino a Jerusalén.

Los siete discípulos que habían seguido a nuestro Señor hasta Jerusalén no fueron allí en su compañía, sino que llevaron las vestiduras ceremoniales de la Pascua a la sala de la cena y luego regresaron a la casa de María, la madre de Marcos.

Cuando Pedro y Juan llegaron a la sala de la cena con el cáliz, todas las vestiduras ceremoniales ya estaban en el vestíbulo, adonde las habían llevado sus discípulos y algunos compañeros. También habían cubierto las paredes con telas, despejado las aberturas superiores de los lados y colocado tres lámparas.

Pedro y Juan fueron entonces al valle de Josafat y llamaron a nuestro Señor y a los doce Apóstoles. Los discípulos y amigos que también iban a celebrar la Pascua en la sala de la cena llegaron más tarde.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

MEDITACIÓN 6 — LA ÚLTIMA PASCUA

✦

Jesús y sus discípulos comieron el Cordero Pascual en el cenáculo. Se dividieron en tres grupos. Jesús comió el Cordero Pascual con los doce Apóstoles en el cenáculo propiamente dicho; Natanael, con otros doce discípulos, en una de las salas laterales; y Eliaquim (hijo de Cleofás y de María, hija de Helí), que había sido discípulo de Juan el Bautista, con otros doce, en otra sala lateral.

Se inmolaron para ellos tres corderos en el Templo, pero hubo un cuarto cordero que fue inmolado en el cenáculo, y fue el que comió Jesús con sus Apóstoles. Judas no conocía esta circunstancia, porque, ocupado en tramar su traición a nuestro Señor, solo regresó unos momentos antes de la comida, cuando el cordero ya había sido inmolado.

Fue muy conmovedora la escena de la inmolación del cordero que comerían Jesús y sus Apóstoles; tuvo lugar en el vestíbulo del cenáculo. Los Apóstoles y los discípulos estaban presentes, cantando el Salmo 118.

Jesús habló de un nuevo período que entonces comenzaba y dijo que el sacrificio de Moisés y la figura del Cordero Pascual estaban a punto de alcanzar su cumplimiento, pero que, precisamente por eso, el cordero debía ser inmolado de la misma manera que antiguamente en Egipto, y que estaban verdaderamente a punto de salir de la casa de esclavitud.

Se prepararon los recipientes y los instrumentos necesarios, y luego los servidores trajeron un hermoso corderito, adornado con una corona que fue enviada a la Santísima Virgen, a la habitación donde había permanecido con las otras santas mujeres.

Sujetaron al cordero con el lomo contra una tabla mediante una cuerda alrededor del cuerpo, y me recordó a Jesús atado a la columna y azotado. El hijo de Simeón sostenía la cabeza del cordero; Jesús le hizo una pequeña incisión en el cuello con la punta de un cuchillo, que luego entregó al hijo de Simeón para que terminara de matarlo.

Jesús parecía hacer la herida con un sentimiento de repugnancia, y sus movimientos eran rápidos, aunque su semblante era grave y su actitud inspiraba respeto. La sangre cayó en una jofaina, y los servidores trajeron una rama de hisopo que Jesús mojó en ella.

Después fue a la puerta de la sala, manchó de sangre las jambas y la cerradura, y colocó sobre la puerta la rama que había mojado en sangre. Luego habló a los discípulos y les dijo, entre otras cosas, que el ángel exterminador pasaría de largo, que ellos adorarían en aquella sala sin temor ni inquietud cuando él, el verdadero Cordero Pascual, hubiera sido inmolado; que estaban a punto de comenzar una nueva época y un nuevo sacrificio que duraría hasta el fin del mundo.

Después fueron al otro lado de la sala, cerca del hogar donde antiguamente había estado el Arca de la Alianza. Allí ya se había encendido el fuego, y Jesús vertió un poco de sangre sobre el hogar, consagrándolo como altar; el resto de la sangre y la grasa fueron arrojados al fuego que había debajo del altar.

Después, Jesús, seguido por sus Apóstoles, recorrió el cenáculo cantando algunos salmos y consagrándolo como un nuevo Templo. Todas las puertas permanecieron cerradas durante ese tiempo. Entretanto, el hijo de Simeón había terminado de preparar el cordero.

Le atravesó el cuerpo con una estaca y sujetó las patas delanteras a un travesaño de madera, mientras extendía las traseras a lo largo de la estaca. Guardaba una gran semejanza con Jesús en la cruz, y fue colocado en el horno para asarlo allí con los otros tres corderos traídos del Templo.

Todos los Corderos Pascuales de los judíos eran inmolados en el vestíbulo del Templo, pero en distintas partes, según si las personas que iban a comerlos eran ricas, pobres o extranjeras. El Cordero Pascual de Jesús no fue inmolado en el Templo, pero todo lo demás se hizo estrictamente conforme a la ley. Jesús volvió a dirigirse a sus discípulos, diciendo que el cordero era solo una figura, que él mismo sería al día siguiente el verdadero Cordero Pascual, junto con otras cosas que he olvidado.

Cuando Jesús terminó sus enseñanzas acerca del Cordero Pascual y su significado, llegada ya la hora y habiendo regresado también Judas, se dispusieron las mesas.

Los discípulos se pusieron las ropas de viaje que estaban en el vestíbulo, otro calzado, una túnica blanca parecida a una camisa y un manto corto por delante y más largo por detrás; llevaban las mangas amplias y vueltas hacia atrás, y se ciñeron la ropa a la cintura.

Cada grupo fue a su propia mesa: los dos grupos de discípulos, a las salas laterales, y nuestro Señor y sus Apóstoles, al cenáculo. Llevaban bastones

en las manos y se acercaron de dos en dos a la mesa, donde permanecieron de pie, cada uno en su lugar, con el bastón apoyado sobre los brazos y las manos levantadas.

La mesa era estrecha y se elevaba aproximadamente medio pie por encima de las rodillas de un hombre; tenía forma de herradura y, frente a Jesús, en la parte interior del semicírculo, se había dejado un espacio vacío para que los servidores pudieran colocar los platos.

Hasta donde puedo recordar, Juan, Santiago el Mayor y Santiago el Menor se sentaron a la derecha de Jesús; después de ellos, Bartolomé, y luego, al otro lado de la esquina, Tomás y Judas Iscariote. Pedro, Andrés y Tadeo se sentaron a la izquierda de Jesús; a continuación estaba Simón y luego, al otro lado de la esquina, Mateo y Felipe.

El Cordero Pascual fue colocado en una fuente en el centro de la mesa. Su cabeza descansaba sobre las patas delanteras, que estaban sujetas a un palo transversal; tenía las patas traseras extendidas, y la fuente estaba adornada con ajos.

A un lado había una fuente con la carne asada de Pascua; después venía un plato con verduras verdes apoyadas unas contra otras, y otro plato con pequeños manojos de hierbas amargas que parecían hierbas aromáticas. Frente a Jesús había también una fuente con distintas hierbas y otra que contenía una salsa de bebida de color marrón.

Los comensales tenían delante unos panes redondos en lugar de platos y usaban cuchillos de marfil.

⁂

Después de la oración, el mayordomo puso sobre la mesa, delante de Jesús, el cuchillo para cortar el cordero. Jesús colocó ante sí una copa de vino y llenó otras seis copas, cada una situada entre dos Apóstoles. Jesús bendijo el vino y bebió, y los Apóstoles bebieron de dos en dos de una misma copa.

Luego nuestro Señor comenzó a cortar el cordero; sus Apóstoles le presentaron por turnos sus trozos de pan, y cada uno recibió su porción. Lo comieron deprisa, separando la carne del hueso con sus cuchillos de marfil, y después quemaron los huesos. También comieron deprisa los ajos y las hierbas verdes, mojándolos en la salsa.

Durante todo este tiempo permanecieron de pie, apoyándose solo ligeramente en los respaldos de sus asientos. Jesús partió uno de los panes sin levadura, cubrió una parte y repartió el resto entre sus Apóstoles.

Trajeron otra copa de vino, pero Jesús no bebió de ella: «Tomen esto —dijo — y repártanlo entre ustedes, porque desde ahora no beberé del fruto de la vid hasta aquel día en que lo beba nuevo con ustedes en el reino de mi Padre» (Mat. 26:29). Cuando hubieron bebido el vino, cantaron un himno; luego Jesús oró o enseñó, y volvieron a lavarse las manos. Después se sentaron.

Nuestro Señor cortó otro cordero, que fue llevado a las santas mujeres en uno de los edificios del patio, donde estaban sentadas a la mesa. Los Apóstoles comieron más verduras y lechuga. El semblante de nuestro Divino Salvador mostraba una expresión indescriptible de serenidad y recogimiento, mayor de la que yo había visto jamás.

Pidió a los Apóstoles que olvidaran todas sus preocupaciones. La Santísima Virgen, sentada también a la mesa con las otras mujeres, se mostraba sumamente apacible y tranquila. Cuando las otras mujeres se acercaban y tomaban su velo para hacer que se volviera y les hablara, cada uno de sus movimientos expresaba el más dulce dominio de sí y la mayor placidez de espíritu.

Al principio Jesús conversó con amor y calma con sus discípulos, pero al cabo de un rato se puso grave y triste: «En verdad, en verdad les digo que uno de ustedes está a punto de traicionarme —dijo—, el que mete la mano conmigo en el plato» (Mat. 26:21.23).

Jesús estaba entonces repartiendo la lechuga, de la que había un solo plato, a los Apóstoles que tenía a su lado, y había encomendado a Judas, que estaba casi enfrente de él, la tarea de repartirla a los demás.

Cuando Jesús habló de un traidor, expresión que llenó de temor a todos los Apóstoles, dijo: «El que mete la mano conmigo en el plato», lo que significa: «Uno de los doce que están comiendo y bebiendo conmigo, uno de aquellos con quienes estoy comiendo pan».

Con estas palabras no señaló claramente a Judas ante los demás, pues meter la mano en el mismo plato era una expresión usada para indicar el trato más amistoso e íntimo. Sin embargo, deseaba advertir a Judas, que en aquel momento estaba realmente metiendo la mano en el plato con nuestro Salvador para repartir la lechuga.

Jesús siguió hablando: «El Hijo del Hombre se va, ciertamente —dijo—, como está escrito de él; pero ¡ay de aquel hombre por quien el Hijo del

Hombre será traicionado! Más le valdría a ese hombre no haber nacido».

Los Apóstoles estaban muy turbados, y cada uno exclamó: «Señor, ¿soy yo?», pues todos eran plenamente conscientes de que no comprendían del todo sus palabras. Pedro se inclinó hacia Juan, por detrás de Jesús, y le hizo una seña para que preguntara a nuestro Señor quién sería el traidor, porque, al haber sido reprendido tantas veces por nuestro Señor, temblaba ante la posibilidad de que se refiriera a él.

Juan estaba sentado a la derecha de Jesús y, como todos se apoyaban en el brazo izquierdo y usaban el derecho para comer, tenía la cabeza cerca del pecho de Jesús. Se recostó entonces sobre su pecho y dijo: «Señor, ¿quién es?». No vi que Jesús le dijera con los labios: «Es aquel a quien daré el pan mojado».

No sé si se lo susurró, pero Juan lo supo cuando Jesús, después de mojar el pan cubierto de lechuga, se lo dio con ternura a Judas, que también preguntó: «¿Soy yo, Señor?». Jesús lo miró con amor y le respondió en términos generales.

Entre los judíos, dar pan mojado era una señal de amistad y confianza; en esta ocasión, Jesús dio el bocado a Judas para advertirle de ese modo, sin dar a conocer su culpa a los demás. Pero el corazón de Judas ardía de ira, y durante toda la comida vi una pequeña figura espantosa sentada a sus pies, que a veces subía hasta su corazón.

No vi que Juan repitiera a Pedro lo que había sabido por Jesús, pero con una mirada disipó sus temores.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

MEDITACIÓN 7 — EL LAVATORIO DE LOS PIES

✦

Se levantaron de la mesa y, mientras se arreglaban la ropa, como solían hacer antes de su oración solemne, entró el mayordomo con dos sirvientes para retirar la mesa. Jesús, de pie en medio de sus Apóstoles, les habló largo rato de manera muy solemne.

No podría repetir exactamente todo su discurso, pero recuerdo que habló de su reino, de su partida hacia el Padre, de lo que les dejaría ahora que estaba a punto de ser apartado de ellos, etc. También les dio algunas instrucciones acerca de la penitencia, la confesión de los pecados, el arrepentimiento y la justificación.

Sentí que estas instrucciones se referían al lavatorio de los pies, y vi que todos los Apóstoles reconocían sus pecados y se arrepentían de ellos, con excepción de Judas. Este discurso fue largo y solemne. Cuando terminó, Jesús envió a Juan y a Santiago el Menor a buscar agua al vestíbulo, y dijo a los Apóstoles que dispusieran los asientos en semicírculo.

Él mismo fue al vestíbulo, donde se ciñó una toalla. Entretanto, los Apóstoles hablaban entre sí y comenzaron a conjeturar cuál de ellos sería el mayor, pues, como nuestro Señor había anunciado expresamente que estaba a punto de dejarlos y que su reino estaba cerca, se sintieron nuevamente afianzados en su idea de que tenía planes secretos y de que se refería a algún triunfo terrenal que les llegaría en el último momento.

Mientras tanto, Jesús, en el vestíbulo, dijo a Juan que tomara una palangana, y a Santiago, una jarra llena de agua, con las cuales lo siguieron a la sala, donde el mayordomo había colocado otra palangana vacía.

Jesús, al volver junto a sus discípulos de manera tan humilde, les dirigió unas palabras de reproche por la disputa que había surgido entre ellos, y dijo, entre otras cosas, que él mismo era su servidor y que debían sentarse para que les lavara los pies. Se sentaron, pues, en el mismo orden en que habían estado sentados a la mesa.

Jesús fue de uno a otro, vertió agua de la palangana que llevaba Juan sobre los pies de cada uno y luego, tomando el extremo de la toalla que llevaba ceñida, se los secó. Muy amorosa y tierna era la actitud de nuestro Señor mientras se humillaba así a los pies de sus Apóstoles.

Pedro, cuando le llegó el turno, intentó por humildad impedir que Jesús le lavara los pies: «Señor —exclamó—, ¿tú me lavas los pies?». Jesús respondió: «Lo que hago, no lo entiendes ahora, pero lo entenderás después».

Me pareció que le decía en privado: «Simón, has merecido que mi Padre te revele quién soy, de dónde vengo y adónde voy; solo tú lo has confesado expresamente, por eso sobre ti edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Mi poder permanecerá con tus sucesores hasta el fin del mundo».

Jesús lo señaló a los demás Apóstoles y dijo que, cuando él ya no estuviera presente entre ellos, Pedro debía ocupar su lugar ante ellos. Pedro dijo: «¡Jamás me lavarás los pies!». Nuestro Señor respondió: «Si no te lavo, no tendrás parte conmigo». Entonces Pedro exclamó: «Señor, no solo los pies,

sino también las manos y la cabeza». Jesús respondió: «El que se ha bañado solo necesita lavarse los pies, pues está completamente limpio. Y ustedes están limpios, aunque no todos».

Con estas últimas palabras se refería a Judas. Había hablado del lavatorio de los pies como signo de la purificación de las faltas diarias, porque los pies, que están continuamente en contacto con la tierra, también están continuamente expuestos a ensuciarse, a menos que se tenga mucho cuidado.

Este lavatorio de los pies era espiritual y servía como una especie de absolución. Pedro, en su fervor, solo veía en él un acto de humillación demasiado grande por parte de su Maestro; no sabía que, para salvarlo, Jesús se humillaría al día siguiente hasta la muerte ignominiosa en la cruz.

Cuando Jesús lavó los pies de Judas, lo hizo de la manera más amorosa y conmovedora; inclinó su sagrado rostro hasta los pies del traidor y, en voz baja, lo exhortó a que al menos ahora reflexionara sobre sí mismo, pues durante el último año había sido un traidor desleal.

Judas parecía empeñado en no prestar ninguna atención a sus palabras y habló con Juan, ante lo cual Pedro se enojó y exclamó: «¡Judas, el Maestro te está hablando!». Entonces Judas dio a nuestro Señor alguna respuesta vaga y evasiva, como: «¡No lo permita el cielo, Señor!».

Los demás no habían advertido que Jesús estaba hablando con Judas, pues estas palabras se pronunciaron en voz baja para que no las oyeran y, además, estaban ocupados poniéndose el calzado. Nada en todo el transcurso de la Pasión afligió a Jesús tan profundamente como la traición de Judas.

Por último, Jesús lavó los pies de Juan y de Santiago.

Después volvió a hablar de la humildad, diciéndoles que el mayor entre ellos debía ser como su servidor y que, de ahí en adelante, debían lavarse los pies unos a otros. Luego se puso sus vestiduras, y los Apóstoles se bajaron la ropa, que se habían recogido antes de comer el Cordero Pascual.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

MEDITACIÓN 8 — INSTITUCIÓN DE LA SANTA EUCARISTÍA

✦

Por orden de nuestro Señor, el mayordomo había vuelto a preparar la mesa, que había elevado un poco; luego, tras colocarla de nuevo en el centro de la sala, puso debajo de ella una urna llena de vino y otra de agua. Pedro y Juan fueron a la parte de la sala cercana al hogar para buscar el cáliz que habían traído de casa de Serafia y que aún estaba envuelto en su cubierta.

Lo llevaron entre los dos como si llevaran un tabernáculo y lo colocaron sobre la mesa delante de Jesús. Allí había un plato ovalado con tres finos panes ázimos blancos, colocados sobre un paño de lino, junto al medio pan que Jesús había apartado durante la cena pascual; también había una jarra que contenía vino y agua, y tres cajas, una llena de aceite espeso, otra de aceite líquido y la tercera vacía.

En tiempos anteriores, se acostumbraba que todos los comensales comieran del mismo pan y bebieran de la misma copa al final de la comida, para expresar así su amistad y amor fraterno, y para darse la bienvenida y despedirse unos de otros. Creo que la Escritura debe contener algo sobre este tema.

El día de la Última Cena, Jesús elevó esta costumbre, que hasta entonces no había sido más que un rito simbólico y figurativo, a la dignidad del más santo de los sacramentos. Una de las acusaciones presentadas ante Caifás, con ocasión de la traición de Judas, fue que Jesús había introducido una

novedad en las ceremonias pascuales, pero Nicodemo demostró con la Escritura que se trataba de una práctica antigua.

Jesús estaba sentado entre Pedro y Juan, las puertas estaban cerradas y todo se hacía de la manera más misteriosa e imponente. Cuando sacaron el cáliz de su cubierta, Jesús oró y habló a sus apóstoles con la mayor solemnidad. Lo vi explicarles la Cena y toda la ceremonia, y me recordó vivamente a un sacerdote que enseña a otros a celebrar la misa.

Luego sacó una especie de repisa con ranuras de la tabla sobre la que estaban las jarras y, tomando un paño de lino blanco con el que estaba cubierto el cáliz, lo extendió sobre la tabla y la repisa. Después lo vi levantar un plato redondo de la parte superior del cáliz y colocarlo sobre esa misma repisa.

A continuación sacó los panes ázimos de debajo del paño de lino que los cubría y los colocó delante de él sobre la tabla; luego sacó del cáliz un recipiente más pequeño y dispuso los seis vasitos a ambos lados de este.

Después bendijo el pan y también el aceite, según creo recordar, tras lo cual levantó con ambas manos la patena con los panes, alzó los ojos, oró, hizo el ofrecimiento y volvió a poner la patena sobre la mesa, cubriéndola de nuevo.

Luego tomó el cáliz e hizo que Pedro vertiera en él un poco de vino, y Juan un poco de agua, que él bendijo primero; añadió un poco más de agua, que vertió en una cucharita, y después bendijo el cáliz, lo levantó con una oración, hizo la oblación y volvió a colocarlo sobre la mesa.

Juan y Pedro vertieron un poco de agua sobre sus manos, que él mantenía sobre el plato en el que habían estado los panes ázimos; luego tomó un poco del agua que habían vertido sobre sus manos con la cuchara que había sacado de la parte inferior del cáliz y la vertió sobre las de ellos.

Después, el recipiente pasó de mano en mano alrededor de la mesa y todos los apóstoles se lavaron las manos en él. No recuerdo si este fue el orden exacto en que se realizaron estas ceremonias; solo sé que me recordaron de manera muy viva el santo sacrificio de la misa.

Entretanto, nuestro divino Señor se mostraba cada vez más tierno y amoroso; dijo a sus apóstoles que estaba a punto de darles todo lo que tenía, es decir, su propio ser por entero, y parecía enteramente transformado por el amor. Lo vi volverse transparente, hasta asemejarse a una sombra luminosa.

Partió el pan en varios trozos, que reunió sobre la patena, y luego tomó una esquina del primer trozo y la introdujo en el cáliz. En el momento en que hacía esto, me pareció ver a la Santísima Virgen recibir el Santísimo Sacramento de manera espiritual, aunque no estaba presente en el cenáculo.

No sé cómo sucedió, pero creí verla entrar sin tocar el suelo y acercarse a nuestro Señor para recibir la Santa Eucaristía; después de eso ya no la vi. Jesús le había dicho por la mañana, en Betania, que celebraría la Pascua con ella espiritualmente, y le había indicado la hora en que debía ponerse en oración para recibirla en espíritu.

De nuevo oró y enseñó; sus palabras salían de sus labios como fuego y luz, y entraban en cada uno de los apóstoles, con excepción de Judas. Tomó la

patena con los trozos de pan, no sé si la había colocado sobre el cáliz, y dijo: «Tomen y coman; este es mi Cuerpo, que se entrega por ustedes».

Extendió la mano derecha como para bendecir y, mientras lo hacía, una luz brillante salía de él, sus palabras eran luminosas, el pan entraba en la boca de los apóstoles como una sustancia resplandeciente, y la luz parecía penetrarlos y rodearlos a todos; solo Judas permanecía oscuro.

Jesús ofreció el pan primero a Pedro, luego a Juan y después hizo una señal a Judas para que se acercara. Judas fue así el tercero en recibir el adorable Sacramento, pero las palabras de nuestro Señor parecían desviarse de la boca del traidor y regresar a su divino Autor. Mi espíritu quedó tan turbado ante esta visión que no puedo describir lo que sentí.

Jesús le dijo: «Lo que haces, hazlo pronto». Luego administró el Santísimo Sacramento a los demás apóstoles, que se acercaron de dos en dos.

Jesús levantó el cáliz por sus dos asas hasta la altura de su rostro y pronunció las palabras de la consagración. Mientras lo hacía, parecía totalmente transfigurado, como transparente, y como si pasara por entero a aquello que iba a dar a sus apóstoles. Hizo beber a Pedro y a Juan del cáliz que sostenía en la mano y luego lo puso de nuevo sobre la mesa.

Juan vertió la divina Sangre del cáliz en los vasos más pequeños y Pedro se los presentó a los apóstoles, que bebieron de dos en dos de la misma copa. Creo, aunque no estoy del todo segura, que Judas también bebió del cáliz; no volvió a su sitio, sino que salió inmediatamente del cenáculo, y los demás apóstoles pensaron que Jesús le había encomendado alguna tarea.

Se fue sin orar ni dar gracias, y por ello pueden comprender cuán pecaminoso es descuidar la acción de gracias, ya sea después de recibir nuestro alimento diario o después de participar del Pan de los Ángeles que da la vida.

Durante toda la comida había visto una pequeña figura espantosa, con un pie semejante a un hueso seco, que permanecía cerca de Judas; pero cuando llegó a la puerta, vi a tres demonios que lo rodeaban y se apretaban contra él: uno entró en su boca, el segundo lo apremiaba a seguir y el tercero iba delante de él. Era de noche y parecían alumbrarlo mientras avanzaba apresuradamente como un loco.

Nuestro Señor vertió unas gotas de la preciosa Sangre que quedaba en el cáliz en el pequeño recipiente del que ya he hablado, y luego puso los dedos sobre el cáliz, mientras Pedro y Juan vertían agua y vino sobre ellos. Hecho esto, les hizo beber de nuevo del cáliz, y lo que quedaba de su contenido se vertió en los vasos más pequeños y se distribuyó a los demás apóstoles.

Luego Jesús secó el cáliz, puso dentro el pequeño recipiente que contenía el resto de la divina Sangre y colocó encima la patena con los fragmentos del pan consagrado; después volvió a poner la tapa, envolvió el cáliz y lo colocó en medio de las seis copas pequeñas. Vi a los apóstoles recibir en comunión estos restos del adorable Sacramento después de la Resurrección.

No recuerdo haber visto a nuestro Señor comer y beber él mismo de las especies consagradas, ni tampoco vi a Melquisedec probar el pan y el vino cuando los ofrecía. Se me dio a conocer por qué los sacerdotes participan de ellos, aunque Jesús no lo hizo.

Aquí la hermana Emmerich levantó de pronto la mirada y pareció escuchar. Se le dio alguna explicación sobre este asunto, pero las siguientes palabras fueron las únicas que pudo repetirnos: «Si se hubiera dado a los ángeles el oficio de distribuirla, no habrían participado de ella, pero si los sacerdotes no participaran, la Santísima Eucaristía se perdería: es por su participación como se conserva».

Había una solemnidad y un orden indescriptibles en todas las acciones de Jesús durante la institución de la Santa Eucaristía, y cada uno de sus movimientos era de una majestad extraordinaria. Vi a los apóstoles tomar notas en los pequeños rollos de pergamino que llevaban consigo. Varias veces durante las ceremonias observé que se inclinaban unos ante otros, del mismo modo que lo hacen nuestros sacerdotes.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

MEDITACIÓN 9 — INSTRUCCIÓN PRIVADA Y CONSAGRACIONES

✦

Jesús dio a sus Apóstoles algunas instrucciones en privado; les dijo cómo debían conservar el Santísimo Sacramento en memoria suya, hasta el fin del mundo; les enseñó las formas necesarias para hacer uso de él y administrarlo, y de qué manera debían enseñar y dar a conocer gradualmente este misterio; por último, les dijo cuándo debían recibir lo que quedara de las especies consagradas, cuándo dar una parte a la Santísima Virgen y cómo consagrar ellos mismos después de que les hubiera enviado al Divino Consolador.

Luego habló del sacerdocio, de la sagrada unción y de la preparación del crisma y de los santos óleos. Tenía allí tres cajas, dos de las cuales contenían una mezcla de aceite y bálsamo. Les enseñó cómo preparar esta mezcla, qué partes del cuerpo debían ungirse con ella y en qué ocasiones.

Recuerdo, entre otras cosas, que mencionó un caso en el que no se podía administrar la Santa Eucaristía; quizá lo que dijo se refería a la extremaunción, pues mis recuerdos sobre este punto no son muy claros. Habló de distintas clases de unción, y en particular de la de los reyes, y dijo que incluso los reyes malvados que eran ungidos recibían de ella poderes especiales.

Puso ungüento y aceite en la caja vacía y los mezcló, pero no puedo decir con certeza si bendijo el aceite en ese momento o durante la consagración del pan.

Entonces vi a Jesús ungir a Pedro y a Juan, sobre cuyas manos ya había vertido el agua que había corrido por las suyas, y a quienes había dado de beber del cáliz. Luego puso las manos sobre sus hombros y sus cabezas, mientras ellos, por su parte, juntaban las manos y cruzaban los pulgares, inclinándose profundamente ante él; no estoy segura de si incluso se arrodillaron.

Ungió el pulgar y el índice de cada una de sus manos y trazó una cruz sobre sus cabezas con crisma. Dijo también que esto permanecería con ellos hasta el fin del mundo.

Santiago el Menor, Andrés, Santiago el Mayor y Bartolomé también fueron consagrados. Vi asimismo que sobre el pecho de Pedro cruzó una especie de estola que llevaba alrededor del cuello, mientras que a los otros simplemente se la colocó en diagonal, desde el hombro derecho hasta el costado izquierdo. No sé si esto se hizo en el momento de la institución del Santísimo Sacramento o solo para la unción.

Comprendí que Jesús les comunicaba mediante esta unción algo esencial y sobrenatural, que no soy capaz de describir. Les dijo que, cuando hubieran recibido al Espíritu Santo, debían consagrar el pan y el vino y ungir a los demás Apóstoles.

Entonces se me dio a conocer que, el día de Pentecostés, Pedro y Juan impusieron las manos sobre los demás Apóstoles, y una semana después sobre varios de los discípulos. Después de la Resurrección, Juan dio por primera vez el Adorable Sacramento a la Santísima Virgen.

Es una fiesta que ya no se celebra en la Iglesia en la tierra, pero la veo celebrarse en la Iglesia triunfante. Durante los primeros días después de Pentecostés solo vi a Pedro y a Juan consagrar la Santa Eucaristía, pero después también los demás consagraban.

A continuación, nuestro Señor procedió a bendecir fuego en un recipiente de latón, y se cuidó de que no se apagara, manteniéndolo cerca del lugar donde se había depositado el Santísimo Sacramento, en una de las divisiones del antiguo hogar pascual; de allí se tomaba siempre fuego cuando se necesitaba para fines espirituales.

Todo lo que Jesús hizo en esta ocasión se hizo en privado, y también se enseñó en privado. La Iglesia ha conservado todo lo esencial de estas instrucciones secretas y, bajo la inspiración del Espíritu Santo, las ha desarrollado y adaptado a todas sus necesidades.

No puedo afirmar si Pedro y Juan fueron consagrados ambos obispos, o si solo Pedro fue consagrado obispo y Juan sacerdote, ni a qué dignidad fueron elevados los otros cuatro Apóstoles. Pero las distintas maneras en que nuestro Señor dispuso las estolas de los Apóstoles parecen indicar distintos grados de consagración.

Cuando concluyeron estas santas ceremonias, se volvió a cubrir el cáliz, junto al cual también estaba el crisma bendecido, y Pedro y Juan llevaron el Adorable Sacramento a la parte posterior de la sala, que estaba separada por una cortina y que desde entonces se convirtió en el Santuario. El lugar donde se depositó el Santísimo Sacramento no estaba muy por encima del fogón pascual. José de Arimatea y Nicodemo cuidaron del Santuario y de la sala de la cena durante la ausencia de los Apóstoles.

Jesús volvió a instruir a sus Apóstoles durante un tiempo considerable, y también oró varias veces. Con frecuencia parecía conversar con su Padre celestial y estar desbordante de entusiasmo y amor. Los Apóstoles también estaban llenos de alegría y fervor, y le hicieron diversas preguntas que él respondió de inmediato.

Las Escrituras deben contener gran parte de este último discurso y conversación. Dijo a Pedro y a Juan distintas cosas que más tarde debían darse a conocer a los demás Apóstoles, quienes a su vez debían comunicarlas a los discípulos y a las santas mujeres, según la capacidad de cada uno para recibir tales conocimientos.

Tuvo una conversación privada con Juan, a quien dijo que su vida sería más larga que la de los demás. También le habló de siete Iglesias, de unas coronas y de ángeles, y le explicó el significado de ciertas figuras misteriosas que, según creo, representaban distintas épocas. Los demás Apóstoles sintieron algo de celos por estas confidencias hechas a Juan.

Jesús habló también del traidor. «Ahora está haciendo esto o aquello», dijo, y yo, en efecto, vi a Judas haciendo exactamente lo que él decía. Mientras Pedro afirmaba con vehemencia que siempre permanecería fiel, nuestro Señor le dijo: «Simón, Simón, mira que Satanás ha pedido tenerlos para zarandearlos como al trigo. Pero yo he rogado por ti para que tu fe no desfallezca; y tú, una vez convertido, fortalece a tus hermanos».

De nuevo, nuestro Señor dijo que adonde él iba ellos no podían seguirlo, y Pedro exclamó: «Señor, estoy dispuesto a ir contigo tanto a la cárcel como a la muerte». Y Jesús respondió: «En verdad, en verdad te digo que, antes de que el gallo cante dos veces, me negarás tres veces».

Jesús, al dar a conocer a sus Apóstoles que se acercaban tiempos de prueba para ellos, dijo: «Cuando los envié sin bolsa, ni alforja, ni calzado, ¿les faltó algo?». Ellos respondieron: «Nada».

«Pero ahora —continuó—, el que tenga bolsa, que la lleve, y también una alforja; y el que no tenga, que venda su manto y compre una espada. Porque les digo que todavía debe cumplirse en mí esto que está escrito: Y FUE CONTADO ENTRE LOS MALVADOS. Pues las cosas que se refieren a mí llegan a su fin».

Los Apóstoles solo entendieron sus palabras en un sentido carnal, y Pedro le mostró dos espadas, cortas y gruesas, como cuchillas de carnicero. Jesús dijo: «Basta; vámonos de aquí». Entonces cantaron el himno de acción de gracias, apartaron la mesa a un lado y salieron al vestíbulo.

Allí Jesús encontró a su Madre, a María de Cleofás y a Magdalena, quienes le suplicaron encarecidamente que no fuera al monte de los Olivos, pues se había extendido el rumor de que sus enemigos buscaban prenderlo. Pero Jesús las consoló con unas pocas palabras y se apresuró a seguir adelante; eran entonces alrededor de las nueve. Bajaron por el camino por el que Pedro y Juan habían llegado a la sala de la cena y dirigieron sus pasos hacia el monte de los Olivos.

Siempre he visto la Pascua y la institución del Santísimo Sacramento desarrollarse en el orden relatado arriba. Pero cada vez mis sentimientos se agitaban con tanta fuerza y mi emoción era tan grande que no podía prestar mucha atención a todos los detalles; ahora, en cambio, los he visto con mayor claridad.

No hay palabras que puedan describir lo doloroso y agotador que resulta contemplar los rincones ocultos de los corazones, el amor y la constancia de nuestro Salvador, y saber al mismo tiempo todo lo que le va a suceder. ¡Cómo sería posible observar todo lo que es meramente externo!

El corazón rebosa de admiración, gratitud y amor; la ceguera de los hombres parece del todo incomprensible, y el alma queda abrumada de dolor al pensar en la ingratitud del mundo entero y en sus propios pecados.

Jesús comió el cordero pascual con rapidez y en plena conformidad con todas las disposiciones de la Ley. Los fariseos tenían la costumbre de añadir algunas ceremonias minuciosas y supersticiosas.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

INTRODUCCIÓN A LA PASIÓN

✦

La tarde del 18 de febrero de 1823, un amigo de la hermana Emmerich se acercó a la cama donde ella yacía, al parecer dormida; y, profundamente conmovido por la expresión hermosa y dolorosa de su rostro, se sintió interiormente inspirado a elevar con fervor su corazón a Dios y a ofrecer la Pasión de Cristo al Padre Eterno, en unión con los sufrimientos de todos los que han llevado su cruz tras él.

Mientras hacía esta breve oración, fijó por casualidad los ojos un instante en las manos estigmatizadas de la hermana Emmerich. Ella las escondió de inmediato bajo la colcha, sobresaltándose como si alguien la hubiera golpeado. Él, sorprendido, le preguntó: «¿Qué te ha pasado?».

«Muchas cosas», respondió ella con tono expresivo. Mientras él se preguntaba qué habría querido decir, ella parecía dormida. Al cabo de un cuarto de hora aproximadamente, se incorporó de pronto con toda la vehemencia de alguien que lucha violentamente con otra persona, extendió ambos brazos, apretando el puño, como para rechazar a un enemigo situado al lado izquierdo de su cama, y exclamó con voz indignada: «¿Qué quieres decir con ese contrato de Magdalum?».

Luego siguió hablando con el ardor de una persona a la que interrogan durante una disputa: «Sí, es ese espíritu maldito, el mentiroso desde el principio, Satanás, quien le reprocha lo del contrato de Magdalum y otras cosas semejantes, y dice que gastó todo ese dinero en sí mismo».

Cuando le preguntaron: «¿Quién ha gastado dinero? ¿A quién le hablan de esa manera?», respondió: «A Jesús, mi adorado Esposo, en el monte de los Olivos». Entonces volvió a girarse hacia la izquierda, con gestos amenazantes, y exclamó: «¿Qué quieres decir, padre de la mentira, con tu contrato de Magdalum? ¿Acaso no liberó a veintisiete pobres prisioneros en Tirsa con el dinero obtenido de la venta de Magdalum? Yo lo vi, ¿y tú te atreves a decir que ha sembrado el desorden en toda la propiedad, expulsado a sus habitantes y derrochado el dinero por el que fue vendida? ¡Pero ha llegado tu hora, espíritu maldito! Serás encadenado, y su talón te aplastará la cabeza».

En ese momento la interrumpió la entrada de otra persona; sus amigos creyeron que deliraba y sintieron lástima por ella. A la mañana siguiente confesó que la noche anterior se había imaginado siguiendo a nuestro Salvador al huerto de los Olivos, después de la institución de la Sagrada Eucaristía, pero que, justo en aquel momento, alguien había mirado con cierta veneración los estigmas de sus manos, y ella se había horrorizado tanto de que aquello sucediera en presencia de nuestro Señor que los había escondido apresuradamente, con un sentimiento de dolor.

Luego relató su visión de lo sucedido en el huerto de los Olivos y, como continuó sus relatos durante los días siguientes, el amigo que la escuchaba pudo enlazar las distintas escenas de la Pasión.

Pero como, durante la Cuaresma, también conmemoraba los combates de nuestro Señor con Satanás en el desierto, tuvo que soportar en su propia persona muchos sufrimientos y tentaciones. Por ello hubo algunas pausas

en la historia de la Pasión, que, sin embargo, se completaron fácilmente mediante algunas comunicaciones posteriores.

Habitualmente hablaba en alemán corriente, pero, cuando se encontraba en estado de éxtasis, su lenguaje se volvía mucho más puro, y sus relatos reunían a la vez una sencillez infantil y una inspiración llena de dignidad. Su amigo ponía por escrito todo lo que ella había dicho en cuanto regresaba a sus habitaciones, pues rara vez podía siquiera tomar notas en su presencia.

El Dador de todos los bienes le concedió memoria, celo y fuerzas para soportar muchas dificultades y fatigas, de modo que ha podido llevar esta obra a su término. Su conciencia le dice que ha hecho cuanto ha podido, y ruega humildemente al lector que, si está satisfecho con el resultado de sus trabajos, le conceda la limosna de alguna oración de vez en cuando.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

1 — JESÚS EN EL HUERTO DE LOS OLIVOS

✦

Cuando Jesús salió del cenáculo con los once apóstoles, después de la institución del Adorable Sacramento del Altar, su alma estaba profundamente oprimida y su tristeza iba en aumento. Condujo a los once, por un sendero poco transitado, al valle de Josafat. Al salir de la casa, vi la luna, que aún no estaba del todo llena, elevándose frente a la montaña.

Nuestro Divino Señor, mientras recorría el valle con sus apóstoles, les dijo que un día volvería allí para juzgar al mundo, pero no en un estado de pobreza y humillación, como se encontraba entonces, y que los hombres temblarían de miedo y gritarían: «¡Montañas, caed sobre nosotros!».

Sus discípulos no lo comprendieron y pensaron, como ya habían pensado otras veces aquella noche, que la debilidad y el agotamiento habían afectado su cerebro. Les dijo de nuevo: «Todos os escandalizaréis de mí esta noche. Porque está escrito: HERIRÉ AL PASTOR, Y LAS OVEJAS DEL REBAÑO SE DISPERSARÁN. Pero después de resucitar, iré delante de vosotros a Galilea».

Los apóstoles todavía estaban animados en cierta medida por el espíritu de entusiasmo y devoción que les habían inspirado la recepción del Santísimo Sacramento y las palabras solemnes y conmovedoras de Jesús. Se agrupaban con fervor a su alrededor y le expresaban su amor de mil maneras distintas, asegurándole con insistencia que nunca lo abandonarían.

Pero como Jesús seguía hablando en el mismo sentido, Pedro exclamó: «¡Aunque todos se escandalicen de ti, yo nunca me escandalizaré!». Y nuestro Señor le respondió: «En verdad te digo que esta noche, antes de que cante el gallo, me negarás tres veces». Pero Pedro seguía insistiendo y decía: «Aunque tenga que morir contigo, no te negaré». Y todos los demás decían lo mismo.

Avanzaban y se detenían por turnos, pues la tristeza de nuestro Divino Señor seguía aumentando. Los apóstoles trataban de consolarlo con argumentos humanos, asegurándole que lo que preveía no llegaría a suceder. Se fatigaron con estos esfuerzos inútiles, comenzaron a dudar y fueron asaltados por la tentación.

Cruzaron el arroyo Cedrón, no por el puente donde, unas horas más tarde, Jesús fue hecho prisionero, sino por otro, pues se habían apartado del camino directo. Getsemaní, adonde se dirigían, estaba a una milla y media aproximadamente del cenáculo, pues del cenáculo al valle de Josafat había tres cuartos de milla, y de allí a Getsemaní, más o menos la misma distancia.

El lugar llamado Getsemaní, donde últimamente Jesús había pasado varias veces la noche con sus discípulos, era un gran jardín rodeado por un seto, que solo contenía algunos árboles frutales y flores, mientras que fuera había unos cuantos edificios desiertos y abiertos.

Los apóstoles y varias personas más tenían llaves de este jardín, que unas veces se utilizaba como lugar de recreo y otras como lugar de retiro para la oración. Allí se habían levantado unas enramadas de hojas y ramas, y ocho

de los apóstoles se quedaron en ellas; más tarde se les unieron otros discípulos.

El Huerto de los Olivos estaba separado del de Getsemaní por un camino; era abierto, rodeado únicamente por un muro de tierra, y más pequeño que el Huerto de Getsemaní. En este huerto se veían cavernas, terrazas y muchos olivos, y era fácil encontrar allí un lugar adecuado para la oración y la meditación. Jesús fue a orar a la parte más agreste.

Eran cerca de las nueve cuando Jesús llegó a Getsemaní con sus discípulos. La luna había salido y ya iluminaba el cielo, aunque la tierra seguía oscura. Jesús estaba sumamente triste y dijo a sus apóstoles que el peligro estaba cerca. Los discípulos se sentían inquietos, y él dijo a ocho de los que lo seguían que permanecieran en el Huerto de Getsemaní mientras él iba a orar.

Se llevó consigo a Pedro, Santiago y Juan y, avanzando un poco más, entró en el Huerto de los Olivos. No hay palabras que puedan describir la tristeza que entonces oprimía su alma, pues se acercaba el momento de la prueba. Juan le preguntó cómo era posible que él, que hasta entonces siempre los había consolado, estuviera ahora tan abatido.

«Mi alma está triste hasta la muerte», fue su respuesta. Y vio sufrimientos y tentaciones que lo rodeaban por todas partes y se acercaban cada vez más, bajo la forma de figuras espantosas transportadas sobre nubes. Fue entonces cuando dijo a los tres apóstoles: «Quedaos aquí y velad conmigo. Orad para que no caigáis en la tentación».

Jesús dio unos pasos hacia la izquierda, bajando por una colina, y se ocultó bajo una roca, en una gruta de unos seis pies de profundidad, mientras los apóstoles permanecían en una especie de hondonada más arriba.

El suelo descendía gradualmente a medida que se entraba en la gruta, y las plantas que colgaban de la roca ocultaban su interior como una cortina a quienes estaban fuera.

Cuando Jesús se apartó de sus discípulos, vi varias figuras espantosas que lo rodeaban formando un círculo cada vez más estrecho.

Su tristeza y su angustia de alma seguían aumentando, y temblaba de pies a cabeza cuando entró en la gruta para orar, como un viajero fatigado por el camino que busca apresuradamente refugio de una tormenta repentina; pero las terribles visiones lo persiguieron incluso allí y se hicieron cada vez más claras y definidas. ¡Ay!

Aquella pequeña caverna parecía contener la terrible imagen de todos los pecados que se habían cometido o se cometerían desde la caída de Adán hasta el fin del mundo, y del castigo que merecían.

Fue aquí, en el monte de los Olivos, donde Adán y Eva se refugiaron cuando fueron expulsados del Paraíso para vagar sin hogar por la tierra, y en esta misma gruta habían llorado y se habían lamentado.

Sentí que Jesús, al entregarse a la Justicia Divina en reparación por los pecados del mundo, hizo que su divinidad volviera, en cierto modo, al seno de la Santísima Trinidad, se concentró, por así decirlo, en su humanidad pura, amorosa e inocente y, sin más fuerza que su amor inefable, la entregó a la angustia y al sufrimiento.

Cayó rostro en tierra, abrumado por una tristeza indecible, y todos los pecados del mundo se desplegaron ante él bajo innumerables formas y en toda su verdadera deformidad. Los tomó todos sobre sí y, en su oración, ofreció su propia Persona adorable a la justicia de su Padre Celestial, en pago de una deuda tan terrible.

Pero Satanás, que estaba entronizado en medio de todos estos horrores e incluso lleno de alegría diabólica al contemplarlos, desató su furia contra Jesús y desplegó ante los ojos de su alma visiones cada vez más terribles, dirigiéndose al mismo tiempo a su adorable humanidad con palabras como estas: «¿Tomas incluso este pecado sobre ti? ¿Estás dispuesto a sufrir su castigo? ¿Estás preparado para reparar todos estos pecados?».

⁂

Y entonces descendió del Cielo un largo rayo de luz, como un sendero luminoso en el aire; era una procesión de ángeles que se acercaron a Jesús, lo fortalecieron y le devolvieron el vigor.

El resto de la gruta estaba lleno de visiones espantosas de nuestros crímenes; Jesús los tomó todos sobre sí, pero aquel Corazón adorable, tan lleno del amor más perfecto a Dios y al hombre, quedó inundado de angustia y abrumado bajo el peso de tantos crímenes abominables.

Cuando esta enorme masa de iniquidades, semejante a las olas de un océano sin fondo, hubo pasado sobre su alma, Satanás presentó innumerables tentaciones, como había hecho antes en el desierto, atreviéndose incluso a formular diversas acusaciones contra él.

«¿Y tomas todas estas cosas sobre ti —exclamó—, tú que tampoco estás libre de mancha?». Entonces imputó a nuestro Señor, con insolente descaro infernal, una multitud de crímenes imaginarios. Le reprochó las faltas de sus discípulos, los escándalos que habían causado y las perturbaciones que él había ocasionado en el mundo al abandonar las antiguas costumbres.

Ningún fariseo, por astuto y severo que fuera, habría podido superar a Satanás en esta ocasión; reprochó a Jesús haber sido la causa de la matanza de los Inocentes, así como de los sufrimientos de sus padres en Egipto; no haber salvado de la muerte a Juan el Bautista; haber introducido la desunión en las familias, protegido a hombres de carácter despreciable, rehusado curar a varios enfermos y perjudicado a los habitantes de Gergesa al permitir que hombres poseídos por el diablo volcaran sus cubas, y que los demonios hicieran que los cerdos se arrojaran al mar; haber abandonado a su familia y malgastado los bienes ajenos.

En una palabra, Satanás, con la esperanza de hacer vacilar a Jesús, le sugirió todos los pensamientos con los que habría tentado, a la hora de la muerte, a un mortal común que hubiera realizado todas estas acciones sin una intención sobrehumana; pues le estaba oculto que Jesús era el Hijo de Dios, y solo lo tentaba como al más justo de los hombres.

Nuestro Divino Salvador permitió que su humanidad predominara así sobre su divinidad, pues quiso soportar incluso aquellas tentaciones que asaltan a las almas santas a la hora de la muerte acerca del mérito de sus buenas obras.

Para beber el cáliz del sufrimiento hasta las heces, permitió que el espíritu maligno tentara su sagrada humanidad como habría tentado a un hombre

que quisiera atribuir a sus buenas obras algún valor especial en sí mismas, más allá del que pudieran tener por su unión con los méritos de nuestro Salvador.

No hubo una sola acción de la que no se las ingeniara para elaborar alguna acusación, y reprochó a Jesús, entre otras cosas, haber gastado el importe de los bienes de María Magdalena en Magdala, que había recibido de Lázaro.

Entre los pecados del mundo que Jesús tomó sobre sí, vi también los míos; y de entre las tentaciones que lo rodeaban parecía fluir hacia mí una corriente en la que distinguía claramente cada una de mis faltas. Durante este tiempo, mis ojos permanecieron fijos en mi Esposo Celestial; con él lloré y oré, y con él me volví hacia los ángeles consoladores. ¡Ah, verdaderamente nuestro amado Señor se retorcía como un gusano bajo el peso de su angustia y sus sufrimientos!

Mientras Satanás vertía sus acusaciones contra Jesús, apenas podía contener mi indignación; pero cuando habló de la venta de los bienes de Magdalena, ya no pude guardar silencio y exclamé: «¿Cómo puedes reprocharle la venta de estos bienes como si fuera un crimen? ¿Acaso no vi yo misma a nuestro Señor emplear en obras de misericordia la suma que le había dado Lázaro y liberar a veintiocho deudores encarcelados en Tirsa?».

Al principio Jesús parecía tranquilo mientras se arrodillaba y oraba, pero al cabo de un tiempo su alma se aterrorizó ante la vista de los innumerables crímenes de los hombres y de su ingratitud hacia Dios, y su angustia fue tan grande que temblaba y se estremecía mientras exclamaba: «¡Padre, si es posible, que pase de mí este cáliz! ¡Padre, todo te es posible, aparta de mí este cáliz!».

Pero al momento siguiente añadió: «No obstante, que no se haga mi voluntad, sino la tuya». Su voluntad y la de su Padre eran una sola, pero ahora que su amor había dispuesto que quedara a merced de toda la debilidad de su naturaleza humana, temblaba ante la perspectiva de la muerte.

Vi la caverna en la que estaba arrodillado llena de figuras espantosas; vi todos los pecados, maldades, vicios e ingratitudes de la humanidad atormentándolo y aplastándolo contra la tierra; el horror de la muerte y el terror que sentía como hombre ante los sufrimientos expiatorios que estaban a punto de caer sobre él rodeaban y asaltaban su Persona Divina bajo la forma de espectros horribles.

Caía de un lado a otro, juntando las manos; su cuerpo estaba cubierto de un sudor frío, y temblaba y se estremecía. Entonces se levantó, pero le temblaban las rodillas y apenas parecían capaces de sostenerlo; tenía el rostro pálido y completamente alterado, los labios blancos y el cabello erizado.

Eran alrededor de las diez y media cuando se levantó de estar arrodillado y, bañado en un sudor frío, dirigió sus pasos débiles y temblorosos hacia sus tres Apóstoles. Con dificultad subió por el lado izquierdo de la caverna y llegó a un lugar donde el terreno era llano y donde ellos dormían, agotados por el cansancio, la tristeza y la ansiedad.

Se acercó a ellos como un hombre abrumado por una amarga tristeza, a quien el terror impulsa a buscar a sus amigos, pero también como un buen pastor que, advertido de la proximidad del peligro, se apresura a visitar a su rebaño, cuya seguridad se ve amenazada; pues bien sabía que ellos también estaban siendo puestos a prueba por el sufrimiento y la tentación.

Las terribles visiones no lo abandonaron ni siquiera mientras buscaba así a sus discípulos. Cuando vio que dormían, juntó las manos y cayó de rodillas junto a ellos, vencido por la tristeza y la ansiedad, y dijo: «Simón, ¿duermes?». Ellos despertaron y lo ayudaron a levantarse, y él, en su desolación de espíritu, les dijo: «¿Cómo? ¿No pudieron velar una hora conmigo?».

Cuando lo miraron y lo vieron pálido y agotado, apenas capaz de sostenerse, bañado en sudor, temblando y estremeciéndose, cuando oyeron cuánto había cambiado su voz, que se había vuelto casi inaudible, no supieron qué pensar; y, si no hubiera seguido rodeado de un halo de luz que conocían bien, jamás lo habrían reconocido como Jesús.

Juan le dijo: «Maestro, ¿qué te ha sucedido? ¿Debo llamar a los otros discípulos? ¿Debemos huir?». Jesús le respondió: «Aunque viviera, enseñara e hiciera milagros durante treinta y tres años más, eso no bastaría para realizar lo que debe cumplirse antes de esta misma hora de mañana. No llamen a los ocho; no los traje aquí porque no podrían verme agonizar de este modo sin escandalizarse; cederían a la tentación, olvidarían gran parte del pasado y perderían su confianza en mí.

Pero ustedes, que han visto al Hijo del Hombre transfigurado, también pueden verlo bajo una nube y en el abandono de espíritu; aun así, velen y oren para que no caigan en la tentación, pues el espíritu está dispuesto, pero la carne es débil».

⁂

Con estas palabras buscaba a la vez animarlos a perseverar y darles a conocer el combate que su naturaleza humana sostenía contra la muerte, junto

con la causa de su debilidad. En su abrumadora tristeza, permaneció con ellos cerca de un cuarto de hora y volvió a hablarles.

Luego regresó a la gruta, mientras sus sufrimientos mentales seguían aumentando y sus discípulos, por su parte, extendían las manos hacia él, lloraban y se abrazaban unos a otros, preguntándose: «¿Qué puede ser? ¿Qué le está pasando? Parece estar en un estado de completa desolación». Después de esto, se cubrieron la cabeza y comenzaron a orar con tristeza y ansiedad.

Había pasado alrededor de una hora y media desde que Jesús entró en el Huerto de los Olivos. Es cierto que la Escritura nos dice que él dijo: «¿No pudieron velar una hora conmigo?», pero sus palabras no deben tomarse literalmente ni según nuestra manera de contar el tiempo.

Los tres Apóstoles que estaban con Jesús habían orado al principio, pero luego se habían quedado dormidos, pues la tentación se había apoderado de ellos por su falta de confianza en Dios.

Los otros ocho, que se habían quedado fuera del huerto, no dormían, pues las últimas palabras de nuestro Señor, tan llenas de sufrimiento y tristeza, habían colmado sus corazones de funestos presentimientos, y vagaban por el Monte de los Olivos tratando de encontrar algún lugar donde refugiarse en caso de peligro.

La ciudad de Jerusalén estaba muy tranquila; los judíos se encontraban en sus casas, ocupados en los preparativos de la fiesta, pero vi, aquí y allá, a algunos amigos y discípulos de Jesús caminando de un lado a otro, con ros-

tros ansiosos, conversando seriamente entre sí y esperando, al parecer, algún gran acontecimiento.

La Madre de nuestro Señor, Magdalena, Marta, María de Cleofás, María Salomé y Salomé habían ido de la sala de la cena a la casa de María, la madre de Marcos. María estaba alarmada por los rumores que se extendían y deseaba volver a la ciudad con sus amigas para saber algo de Jesús.

Lázaro, Nicodemo, José de Arimatea y algunos parientes de Hebrón fueron a verla y a tratar de tranquilizarla, pues, como conocían, ya fuera por sí mismos o por lo que les habían contado los discípulos, las tristes predicciones que Jesús había hecho en la sala de la cena, habían preguntado a algunos fariseos conocidos suyos y no habían podido averiguar que hubiera por entonces alguna conspiración en marcha contra nuestro Señor.

Como ignoraban por completo la traición de Judas, aseguraron a María que el peligro aún no podía ser muy grande y que los enemigos de Jesús no intentarían atentar contra su persona, al menos hasta que terminara la fiesta. María les contó lo inquieto y perturbado que Judas había parecido últimamente y lo bruscamente que había abandonado la sala de la cena.

No tenía ninguna duda de que había ido a traicionar a nuestro Señor, pues a menudo le había advertido que era un hijo de perdición. Las santas mujeres regresaron entonces a la casa de María, la madre de Marcos.

Cuando Jesús, sin haberse aliviado en nada del peso de sus sufrimientos, regresó a la gruta, se postró con el rostro en tierra y los brazos extendidos, y oró a su Padre Eterno; pero su alma tuvo que sostener un segundo combate interior, que duró tres cuartos de hora.

Vinieron ángeles y le mostraron, en una serie de visiones, todos los sufrimientos que habría de soportar para expiar el pecado; cuán grande era la belleza del hombre, imagen de Dios, antes de la caída, y cómo esa belleza se había alterado y borrado cuando el pecado entró en el mundo.

Vio cómo todos los pecados tenían su origen en el de Adán, el significado y la esencia de la concupiscencia, su terrible efecto sobre las facultades del alma, y también el significado y la esencia de todos los sufrimientos que la concupiscencia acarrea.

Le mostraron la reparación que tendría que ofrecer a la Justicia Divina y cómo esta consistiría en un grado de sufrimiento en su alma y en su cuerpo que abarcaría todos los sufrimientos debidos a la concupiscencia de toda la humanidad, ya que la deuda de todo el género humano debía ser pagada por aquella humanidad que era la única sin pecado: la humanidad del Hijo de Dios.

Los ángeles le mostraron todas estas cosas bajo distintas formas, y yo percibía lo que decían, aunque no oía ninguna voz. Ninguna lengua puede describir la angustia y el horror que abrumaron el alma de Jesús ante una expiación tan terrible; sus sufrimientos fueron, en verdad, tan grandes que de todos los poros de su sagrado cuerpo brotó un sudor de sangre.

Mientras la adorable humanidad de Cristo quedaba así aplastada contra la tierra bajo este espantoso peso de sufrimiento, los ángeles parecían llenos de compasión; hubo una pausa, y percibí que deseaban ardientemente consolarlo y que oraban con ese fin ante el trono de Dios.

Por un instante pareció haber una especie de lucha entre la misericordia y la justicia de Dios y aquel amor que se sacrificaba a sí mismo. Se me permitió ver una imagen de Dios, no sentado en un trono, como antes, sino bajo una forma luminosa.

Contemplé la naturaleza divina del Hijo en la Persona del Padre y, por así decirlo, recogida en su seno; la Persona del Espíritu Santo procedía del Padre y del Hijo, estaba, por decirlo así, entre ellos, y, sin embargo, el conjunto formaba un solo Dios; pero estas cosas son indescriptibles.

⁂

Todo esto era más una percepción interior que una visión bajo formas definidas, y me pareció que la Voluntad Divina de nuestro Señor se recogía de algún modo en el Padre Eterno, para permitir que todos aquellos sufrimientos que su voluntad humana suplicaba a su Padre que le evitara pesaran únicamente sobre su humanidad.

Vi esto en el momento en que los ángeles, llenos de compasión, deseaban consolar a Jesús, quien, en efecto, sintió un ligero alivio en aquel instante. Luego todo desapareció, y los ángeles se alejaron de nuestro Señor, cuya alma estaba a punto de soportar nuevos ataques.

Cuando nuestro Redentor, en el Monte de los Olivos, quiso experimentar y vencer aquella violenta repugnancia de la naturaleza humana al sufrimiento y a la muerte que constituye una parte de todos los sufrimientos, se permitió al tentador hacerle lo que hace a todos los hombres que desean sacrificarse por una causa santa.

En la primera parte de la agonía, Satanás desplegó ante los ojos de nuestro Señor la enormidad de aquella deuda de pecado que iba a pagar, e incluso tuvo la audacia y la malicia de buscar faltas en las propias obras de nuestro Salvador.

En la segunda agonía, Jesús contempló, en toda su extensión y en toda su amargura, el sufrimiento expiatorio que sería necesario para satisfacer la Justicia Divina. Esto le fue mostrado por ángeles; pues no corresponde a Satanás mostrar que la expiación es posible, y el padre de la mentira y de la desesperación nunca muestra a los hombres las obras de la Misericordia Divina.

Después de que Jesús resistiera victoriosamente todos estos ataques mediante su entera y absoluta sumisión a la voluntad de su Padre Celestial, una sucesión de nuevas y aterradoras visiones se presentó ante sus ojos, y aquel sentimiento de duda y ansiedad que siempre experimenta un hombre a punto de realizar algún gran sacrificio surgió en el alma de nuestro Señor al hacerse la tremenda pregunta: «¿Y qué bien resultará de este sacrificio?».

Entonces se desplegó ante sus ojos una imagen espantosa del futuro que abrumó de angustia su tierno corazón.

Cuando Dios hubo creado al primer Adán, lo sumió en un sueño profundo, le abrió el costado y tomó una de sus costillas, con la que hizo a Eva, su esposa y la madre de todos los vivientes. Luego la llevó ante Adán, quien exclamó: «Esta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne... Por eso el hombre dejará a su padre y a su madre, se unirá a su esposa y los dos serán una sola carne».

Ese fue el matrimonio del que está escrito: «Este es un gran Sacramento. Hablo de Cristo y de la Iglesia». Jesucristo, el segundo Adán, quiso también dejar que el sueño descendiera sobre él —el sueño de la muerte en la cruz— y quiso asimismo que le abrieran el costado, para que de él se formara la segunda Eva, su Esposa virgen, la Iglesia, la madre de todos los vivientes.

Fue su voluntad darle la sangre de la redención, el agua de la purificación y su espíritu —los tres que dan testimonio en la tierra—, y concederle también los santos Sacramentos, para que fuera pura, santa y sin mancha; él sería su cabeza, y nosotros seríamos sus miembros, sometidos a la cabeza, hueso de sus huesos y carne de su carne.

Al tomar la naturaleza humana para sufrir la muerte por nosotros, también había dejado a su Padre Eterno para unirse a su Esposa, la Iglesia, y se hizo una sola carne con ella, alimentándola con el Adorable Sacramento del Altar, en el que se une sin cesar a nosotros.

Había querido permanecer en la tierra con su Iglesia hasta que todos estemos unidos por él dentro de su redil, y ha dicho: «Las puertas del infierno jamás prevalecerán contra ella». Para satisfacer su amor inefable por los pecadores, nuestro Señor se había hecho hombre y hermano de esos mismos pecadores, a fin de tomar sobre sí el castigo debido por todos sus crímenes.

Había contemplado con profundo dolor la magnitud de esta deuda y los sufrimientos indecibles con los que habría de saldarse. Sin embargo, se había entregado con inmensa alegría a la voluntad de su Padre Celestial como víctima de expiación.

Ahora, en cambio, veía todos los sufrimientos, combates y heridas futuros de su Esposa celestial; en una palabra, veía la ingratitud de los hombres.

El alma de Jesús contempló todos los sufrimientos futuros de sus Apóstoles, discípulos y amigos; después vio a la Iglesia primitiva, que al principio contaba con pocas almas en su redil y que luego, a medida que aumentaba su número, se veía perturbada por las herejías y los cismas que surgían entre sus hijos, quienes repetían el pecado de Adán por orgullo y desobediencia. Vio la tibieza, la malicia y la corrupción de un número infinito de cristianos, las mentiras y los engaños de maestros orgullosos, todos los sacrilegios de sacerdotes malvados, las funestas consecuencias de cada pecado y la abominación de la desolación en el reino de Dios, en el santuario de aquellos seres humanos ingratos a quienes estaba a punto de redimir con su sangre a costa de sufrimientos indecibles.

Los escándalos de todas las épocas, hasta el día de hoy e incluso hasta el fin del mundo —toda clase de error, engaño, fanatismo demente, obstinación y malicia—, se desplegaron ante sus ojos, y vio, como si flotaran ante él, a todos los apóstatas, heresiarcas y supuestos reformadores que engañan a los hombres con una apariencia de santidad.

Los corruptores y los corrompidos de todas las épocas lo ultrajaban y atormentaban por no haber sido crucificado a su manera, o por no haber sufrido exactamente como ellos habían decidido o imaginado que debía hacerlo.

Rivalizaban entre sí en desgarrar la túnica sin costuras de su Iglesia; muchos lo maltrataban, lo insultaban y lo negaban, y muchos se apartaban

con desprecio, sacudiendo la cabeza ante él, evitando su abrazo compasivo y precipitándose hacia el abismo donde finalmente eran tragados.

Vio a innumerables hombres más que no se atrevían a negarlo abiertamente, pero que seguían de largo, disgustados al ver las heridas de su Iglesia, como el levita pasó de largo junto al pobre hombre que había caído en manos de ladrones.

Como hijos cobardes y desleales que abandonan a su madre en plena noche al ver a los ladrones y salteadores a quienes su negligencia o su malicia ha abierto la puerta, huían de su Esposa herida.

Contempló a todos estos hombres, unas veces separados de la Vid Verdadera y descansando entre árboles frutales silvestres, otras como ovejas perdidas, abandonadas a merced de los lobos, conducidas por viles asalariados a malos pastos y negándose a entrar en el redil del Buen Pastor que dio la vida por sus ovejas.

Vagaban sin hogar por el desierto, en medio de la arena que arrastraba el viento, y se empeñaban obstinadamente en no ver su Ciudad situada sobre una colina, que no podía ocultarse, la Casa de su Esposa, su Iglesia edificada sobre una roca, con la que había prometido permanecer hasta el fin de los siglos.

Construían sobre la arena viviendas miserables que derribaban y reconstruían continuamente, pero en las que no había altar ni sacrificio; tenían veletas en los tejados, y sus doctrinas cambiaban con el viento, por lo que estaban siempre enfrentados entre sí.

Nunca lograban entenderse y vivían en una inestabilidad perpetua, destruyendo a menudo sus propias moradas y arrojando los fragmentos contra la Piedra Angular de la Iglesia, que permanecía siempre inconmovible.

⁂

Como en la morada de estos hombres no había más que oscuridad, muchos de ellos, en vez de encaminar sus pasos hacia la Vela colocada en el Candelero en la Casa de la Esposa de Cristo, vagaban con los ojos cerrados alrededor de los jardines de la Iglesia, manteniéndose con vida solo al respirar los dulces aromas que se difundían desde ellos por todas partes, extendiendo las manos hacia ídolos de sombras y siguiendo estrellas errantes que los llevaban a pozos sin agua.

Incluso al borde mismo del precipicio se negaban a escuchar la voz de la Esposa que los llamaba y, aunque morían de hambre, se burlaban de aquellos siervos y mensajeros enviados a invitarlos al Banquete Nupcial, los insultaban y los ridiculizaban.

Se negaban obstinadamente a entrar en el jardín porque temían las espinas del seto, aunque no tenían trigo con el que saciar el hambre ni vino para apagar la sed, sino que estaban simplemente embriagados de orgullo y de estima de sí mismos y, cegados por sus propias luces falsas, persistían en afirmar que la Iglesia del Verbo hecho carne era invisible.

Jesús los contempló a todos, lloró por ellos y quiso sufrir por todos aquellos que no lo ven y que no quieren cargar con sus cruces tras él en su Ciudad edificada sobre una colina: su Iglesia fundada sobre una roca, a la que

se ha entregado en la Santa Eucaristía y contra la que las puertas del Infierno jamás prevalecerán.

En un lugar destacado de estas visiones dolorosas que contemplaba el alma de Jesús, vi a Satanás, que arrastraba y estrangulaba a una multitud de hombres redimidos por la sangre de Cristo y santificados por la unción de su Sacramento.

Nuestro Divino Salvador contemplaba con amarguísima angustia la ingratitud y la corrupción de los cristianos de los primeros tiempos y de todas las épocas posteriores, hasta el fin del mundo, y durante todo ese tiempo la voz del tentador repetía sin cesar: «¿Puedes decidirte a sufrir por unos réprobos tan ingratos?», mientras las distintas apariciones se sucedían con extrema rapidez y oprimían y aplastaban con tanta violencia el alma de Jesús que su sagrada humanidad quedaba abrumada por una angustia indecible.

Jesús —el Ungido del Señor—, el Hijo del Hombre, luchaba y se retorcía mientras caía de rodillas, con las manos juntas, como aniquilado bajo el peso de su sufrimiento.

Tan violenta fue la lucha que entonces se produjo entre su voluntad humana y su repugnancia a sufrir tanto por una estirpe tan ingrata que de cada poro de su sagrado cuerpo brotaron grandes gotas de sangre que cayeron hasta el suelo.

En su amarga agonía miraba a su alrededor, como buscando ayuda, y parecía poner al Cielo, a la tierra y a las estrellas del firmamento por testigos de sus sufrimientos.

Jesús, en su angustia de espíritu, alzó la voz y lanzó varios gritos de dolor. Los tres Apóstoles despertaron, escucharon y quisieron acercarse a él, pero Pedro detuvo a Santiago y a Juan, diciendo: «Quédense aquí; yo iré a su lado». Entonces vi a Pedro correr apresuradamente y entrar en la gruta.

«Maestro —exclamó—, ¿qué te ha sucedido?». Pero al ver a Jesús, bañado así en su propia sangre y desplomándose en el suelo bajo el peso de un miedo y una angustia mortales, retrocedió y se detuvo un momento, sobrecogido de terror. Jesús no le respondió y parecía no percatarse de su presencia.

Pedro volvió junto a los otros dos y les dijo que el Señor no le había respondido más que con gemidos y suspiros. Después de esto se entristecieron cada vez más, se cubrieron la cabeza y se sentaron a llorar y orar.

Volví entonces junto a mi Esposo Celestial en su amarguísima agonía. Las espantosas visiones de la futura ingratitud de los hombres cuya deuda con la Justicia Divina estaba tomando sobre sí se volvían cada vez más vívidas y tremendas. Varias veces lo oí exclamar: «¡Oh, Padre mío! ¿Acaso puedo sufrir por una estirpe tan ingrata? ¡Oh, Padre mío! Si este cáliz no puede pasar de mí sin que yo lo beba, ¡hágase tu voluntad!».

Entre todas estas apariciones, Satanás ocupaba un lugar destacado, bajo diversas formas que representaban distintas clases de pecados. Unas veces aparecía con la forma de una gigantesca figura negra; otras, con la de un tigre, un zorro, un lobo, un dragón o una serpiente.

No obstante, no es que tomara realmente ninguna de estas formas, sino solo alguna de sus características, unida a otras formas horrendas. Ninguna

de estas espantosas apariciones se parecía por completo a criatura alguna, sino que eran símbolos de abominación, discordia, contradicción y pecado; en una palabra, eran demoníacas en grado sumo.

Estas figuras diabólicas empujaban, arrastraban y despedazaban, ante los propios ojos de Jesús, a innumerables hombres por cuya redención estaba emprendiendo el doloroso camino de la Cruz. Al principio solo veía a la serpiente de vez en cuando; sin embargo, pronto hizo su aparición con una corona en la cabeza.

Este odioso reptil era de tamaño gigantesco, parecía poseer una fuerza ilimitada y conducía a innumerables legiones de enemigos de Jesús de todas las épocas y de todas las naciones. Armados con toda clase de armas destructoras, a veces se despedazaban unos a otros y luego renovaban sus ataques contra nuestro Salvador con furia redoblada.

Era, en verdad, un espectáculo espantoso, pues lo colmaban de los ultrajes más terribles, maldiciéndolo, golpeándolo, hiriéndolo y despedazándolo. Sus armas, espadas y lanzas volaban por el aire, cruzándose y volviéndose a cruzar continuamente en todas direcciones, como los mayales de los trilladores en un granero inmenso; y la furia de cada uno de estos demonios parecía dirigirse exclusivamente contra Jesús, ese grano de trigo celestial descendido a la tierra para morir en ella y alimentar eternamente a los hombres con el Pan de Vida.

⁂

Así expuesto a la furia de estas bandas infernales, algunas de las cuales me parecían compuestas enteramente por ciegos, Jesús estaba tan herido y ma-

gullado como si sus golpes hubieran sido reales. Lo vi tambalearse de un lado a otro, unas veces incorporándose y otras cayendo de nuevo, mientras la serpiente, en medio de las multitudes que conducía sin cesar contra Jesús, golpeaba el suelo con la cola y despedazaba o devoraba a todos aquellos a quienes derribaba de ese modo.

Se me dio a conocer que estas apariciones eran todas aquellas personas que, de diversas maneras, insultan y ultrajan a Jesús, real y verdaderamente presente en el Santísimo Sacramento. Reconocí entre ellas a todos los que de algún modo profanan la Sagrada Eucaristía.

Contemplé con horror todos los ultrajes que así se hacían a nuestro Señor, ya fuera por descuido, irreverencia y omisión de lo que se le debía; por desprecio manifiesto, abusos y los sacrilegios más terribles; por la adoración de ídolos mundanos; por las tinieblas espirituales y el falso conocimiento; o, finalmente, por el error, la incredulidad, el fanatismo, el odio y la persecución abierta.

Entre estos hombres vi a muchos ciegos, paralíticos, sordos y mudos, e incluso a niños: ciegos que no querían ver la verdad; paralíticos que no querían avanzar, siguiendo sus indicaciones, por el camino que lleva a la vida eterna; sordos que se negaban a escuchar sus advertencias y amenazas; mudos que jamás empleaban su voz en su defensa; y, finalmente, niños que se extraviaban al seguir a padres y maestros llenos de amor al mundo y de olvido de Dios, que se alimentaban de lujos terrenales, se embriagaban de falsa sabiduría y aborrecían todo lo relacionado con la religión.

Entre estos últimos, cuya vista me afligía especialmente porque Jesús amaba tanto a los niños, vi a muchos acólitos irreverentes y maleducados,

que no honraban a nuestro Señor en las ceremonias sagradas en las que participaban.

Contemplé con terror que muchos sacerdotes, algunos de los cuales incluso se creían llenos de fe y piedad, también ultrajaban a Jesús en el Adorable Sacramento.

Vi a muchos que creían y enseñaban la doctrina de la Presencia Real, pero no la tomaban suficientemente en serio, pues olvidaban y descuidaban el palacio, el trono y la sede del Dios Vivo, es decir, la iglesia, el altar, el sagrario, el cáliz, la custodia, los vasos sagrados y los ornamentos; en una palabra, todo lo que se emplea en su culto o para adornar su casa.

El abandono total reinaba por todas partes; se dejaba que todo se deteriorara entre el polvo y la suciedad, y el culto a Dios, si no era profanado interiormente, al menos era deshonrado exteriormente.

Esto no provenía de una pobreza real, sino de la indiferencia, la pereza, la preocupación por los vanos asuntos terrenales y, a menudo, también del egoísmo y la muerte espiritual; pues vi esta clase de abandono en iglesias cuyos pastores y fieles eran ricos, o al menos tenían medios suficientes para vivir con cierta comodidad.

Vi muchas otras en las que adornos mundanos, de mal gusto e inadecuados habían sustituido a los magníficos ornamentos de una época más piadosa.

Vi que a menudo los hombres más pobres estaban mejor alojados en sus chozas que el Señor del cielo y de la tierra en sus iglesias. ¡Ah, cuánto afligía a Jesús la falta de hospitalidad de los hombres, él que se les había entregado para ser su Alimento!

En verdad, no hace falta ser rico para recibir a quien recompensa cien veces el vaso de agua fría dado al sediento; pero ¡qué vergonzosa es nuestra conducta cuando, al dar de beber al Divino Señor, que tiene sed de nuestras almas, le damos agua corrompida en un vaso sucio!

Como consecuencia de todo este abandono, vi a los débiles escandalizados, al Adorable Sacramento profanado, a las iglesias desiertas y a los sacerdotes despreciados.

Este estado de impureza y negligencia se extendía incluso a las almas de los fieles, que dejaban el sagrario de sus corazones sin preparar y sin limpiar cuando Jesús estaba a punto de entrar en ellos, exactamente igual que dejaban su sagrario en el altar.

Aunque hablara durante un año entero, nunca podría detallar todos los insultos hechos a Jesús en el Adorable Sacramento que se me dieron a conocer de esta manera. Vi a sus autores asaltar a Jesús en grupos y golpearlo con distintas armas, correspondientes a sus diversas ofensas.

Vi a cristianos irreverentes de todas las edades, a sacerdotes negligentes o sacrílegos, a multitudes de comulgantes tibios e indignos, a soldados malvados que profanaban los vasos sagrados y a servidores del diablo que utilizaban la Sagrada Eucaristía en los espantosos misterios de un culto infernal.

Entre estos grupos vi a un gran número de teólogos, a quienes sus pecados habían arrastrado a la herejía, que atacaban a Jesús en el Santo Sacramento de su Iglesia y arrancaban de su Corazón, con sus palabras y promesas seductoras, a numerosas almas por las que él había derramado su sangre. ¡Ah!

Era, en verdad, una visión terrible, pues vi a la Iglesia como el cuerpo de Cristo; y todos estos grupos de hombres que se separaban de la Iglesia desgarraban y arrancaban trozos enteros de su carne viva. ¡Ay! Él los miraba de la manera más conmovedora y se lamentaba de que así causaran su propia perdición eterna.

Él mismo se nos había entregado, con su divinidad, como Alimento en el Santísimo Sacramento, para unir en un solo cuerpo —el de la Iglesia, su Esposa— a hombres que estaban infinitamente divididos y separados unos de otros; y ahora se veía desgarrado y partido en dos en ese mismo cuerpo; pues su principal obra de amor, la Santa Comunión, en la que los hombres debían alcanzar una unidad plena, se había convertido, por la malicia de los falsos maestros, en motivo de separación.

Contemplé a naciones enteras arrancadas así de su seno y privadas de toda participación en el tesoro de gracias dejado a la Iglesia. Finalmente, vi a todos los que estaban separados de la Iglesia sumidos en las profundidades de la incredulidad, la superstición, la herejía y la falsa filosofía mundana; y daban rienda suelta a su furiosa ira reuniéndose en grandes grupos para atacar a la Iglesia, incitados por la serpiente que retozaba en medio de ellos. ¡Ay! ¡Era como si el propio Jesús hubiera sido desgarrado en mil pedazos!

⁂

Tan grandes eran mi horror y mi terror que mi Esposo Celestial se me apareció y, con misericordia, puso su mano sobre mi corazón, diciendo: «Nadie ha visto todavía todas estas cosas, y tu corazón estallaría de dolor si yo no te diera fuerzas».

Vi la sangre correr en grandes gotas por el rostro pálido de nuestro Salvador, su cabello apelmazado y su barba ensangrentada y enredada. Después de la visión que acabo de describir, huyó, por así decirlo, de la cueva y regresó junto a sus discípulos. Pero se tambaleaba al caminar; tenía el aspecto de un hombre cubierto de heridas y encorvado bajo una pesada carga, y tropezaba a cada paso.

Cuando llegó junto a los tres Apóstoles, no estaban acostados durmiendo como la primera vez, sino que tenían la cabeza cubierta y habían caído de rodillas, en una postura que la gente de aquel país solía adoptar cuando estaba afligida o deseaba orar. Se habían quedado dormidos, vencidos por la tristeza y el cansancio. Jesús, temblando y gimiendo, se acercó a ellos, y despertaron.

Pero cuando, a la luz de la luna, lo vieron de pie ante ellos, con el rostro pálido y ensangrentado y el cabello revuelto, sus ojos cansados no lo reconocieron en el primer momento, pues estaba indescriptiblemente cambiado.

Él juntó las manos, y entonces ellos se levantaron y lo sostuvieron amorosamente en sus brazos, mientras él les decía con voz triste que al día siguiente le darían muerte; que, al cabo de una hora, sería apresado, llevado ante un tribunal, maltratado, ultrajado, azotado y, finalmente, sometido a una muerte sumamente cruel.

Les suplicó que consolaran a su Madre y también a Magdalena. Ellos no respondieron, pues no sabían qué decir; tanto los habían alarmado su aspecto y sus palabras que incluso pensaron que debía de estar delirando. Cuando quiso regresar a la gruta, no tenía fuerzas para caminar. Vi a Juan y

a Santiago llevarlo de vuelta y regresar después de que él entrara en la gruta. Eran entonces alrededor de las once y cuarto.

Durante esta agonía de Jesús, vi a la Santísima Virgen también abrumada por la tristeza y la angustia del alma, en casa de María, la madre de Marcos. Estaba con Magdalena y María en el jardín de la casa, casi postrada de dolor, de rodillas y con todo el cuerpo inclinado. Se desmayó varias veces, pues contemplaba en espíritu distintos momentos de la agonía de Jesús.

Había enviado a algunos mensajeros para que averiguaran cómo se encontraba, pero su profunda ansiedad no le permitió esperar su regreso, y fue con Magdalena y Salomé hasta el valle de Josafat.

Caminaba con la cabeza cubierta por un velo y extendía con frecuencia los brazos hacia el Monte de los Olivos; pues contemplaba en espíritu a Jesús bañado en un sudor de sangre, y sus gestos eran como si quisiera limpiar el rostro de su Hijo con las manos extendidas.

Vi estos movimientos interiores de su alma hacia Jesús, que pensaba en ella y volvía los ojos en su dirección, como buscando su ayuda. Contemplé la comunicación espiritual que mantenían entre sí bajo la forma de rayos que iban y venían entre ellos.

Nuestro Divino Señor pensaba también en Magdalena, se conmovía por su angustia y, por eso, encomendó a sus Apóstoles que la consolaran; pues sabía que su amor por su adorable Persona era mayor que el que sentía por él cualquier otra persona, salvo su Santísima Madre, y preveía que ella sufriría mucho por él y que nunca volvería a ofenderlo.

Por entonces, los ocho Apóstoles regresaron al cenador de Getsemaní y, después de conversar entre sí durante algún tiempo, acabaron por dormirse. Estaban vacilantes, desanimados y sometidos a fuertes tentaciones. Cada uno había estado buscando un lugar donde refugiarse en caso de peligro, y se preguntaban unos a otros con ansiedad: «¿Qué haremos cuando le hayan dado muerte? Lo hemos dejado todo para seguirlo; somos pobres y la escoria del mundo, nos hemos entregado por completo a su servicio, y ahora él mismo está tan triste y abatido que no puede ofrecernos ningún consuelo».

Los demás discípulos habían vagado al principio en distintas direcciones, pero luego, al oír algo sobre las terribles profecías que Jesús había hecho, casi todos se habían retirado a Betfagé.

Vi a Jesús todavía orando en la gruta, luchando contra la repugnancia al sufrimiento propia de la naturaleza humana y abandonándose por completo a la voluntad de su Padre Eterno. Entonces el abismo se abrió ante él, y tuvo una visión de la primera parte del Limbo.

Vio a Adán y Eva, a los patriarcas, a los profetas y a los justos, a los padres de su Madre y a Juan el Bautista, que aguardaban su llegada al mundo inferior con un anhelo tan intenso que aquella visión fortaleció y dio nuevo valor a su corazón amoroso.

Su muerte abriría el Cielo a estos cautivos; ¡su muerte los liberaría de aquella prisión en la que languidecían con ardiente esperanza! Cuando Jesús hubo contemplado con profunda emoción a estos santos de la antigüedad, los ángeles le presentaron a todos los grupos de santos de los siglos futuros

que, uniendo sus trabajos a los méritos de su Pasión, habrían de unirse, por medio de él, a su Padre Celestial.

Hermosísima y consoladora fue esta visión, en la que contempló la salvación y la santificación que fluían en corrientes incesantes de la fuente de la redención abierta por su muerte.

Los Apóstoles, los discípulos, las vírgenes y las santas mujeres, los mártires, los confesores, los ermitaños, los papas y los obispos, y grandes grupos de religiosos de ambos sexos —en una palabra, todo el ejército de los bienaventurados— aparecieron ante él.

Todos llevaban en la cabeza coronas triunfales, y las flores de sus coronas diferían en forma, color, aroma y perfección, según los distintos sufrimientos, trabajos y victorias que les habían procurado la gloria eterna. Toda su vida y todas sus acciones, méritos y poder, así como toda la gloria de su triunfo, provenían únicamente de su unión con los méritos de Jesucristo.

La influencia recíproca que estos santos ejercían unos sobre otros, y la manera en que todos bebían de una sola Fuente —el Sacramento Adorable y la Pasión de nuestro Señor—, formaban un espectáculo sumamente conmovedor y maravilloso. Nada en ellos carecía de un profundo significado: sus obras, martirios, victorias, aspecto y vestimenta; todo, aunque de una variedad indescriptible, se fundía en una armonía y unidad infinitas; y esta unidad en la diversidad era producida por los rayos de un solo Sol, por la Pasión del Señor, del Verbo hecho carne, en quien estaba la vida, la luz de los hombres, que brilló en las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron.

El ejército de los futuros santos pasó ante el alma de nuestro Señor, que se encontraba así entre los patriarcas anhelantes y el grupo triunfante de los futuros bienaventurados; y estos dos ejércitos, uniéndose y completándose mutuamente, por así decirlo, rodearon el amoroso Corazón de nuestro Salvador como una corona de victoria.

Este espectáculo tan conmovedor y consolador infundió cierta fuerza y consuelo en el alma de Jesús. ¡Ah! Tanto amaba a sus hermanos y a sus criaturas que, para lograr la redención de una sola alma, habría aceptado con alegría todos los sufrimientos a los que ahora se entregaba. Como estas visiones se referían al futuro, se extendían a cierta altura en el aire.

Pero estas visiones consoladoras se desvanecieron, y los ángeles desplegaron ante él las escenas de su Pasión muy cerca de la tierra, porque estaba próxima. Contemplé cada escena representada con claridad, desde el beso de Judas hasta las últimas palabras de Jesús en la cruz, y vi en esta única visión todo lo que veo en mis meditaciones sobre la Pasión.

La traición de Judas, la huida de los discípulos, los insultos dirigidos a nuestro Señor ante Anás y Caifás, la negación de Pedro, el tribunal de Pilato, las burlas de Herodes, la flagelación y la coronación de espinas, la condena a muerte, el camino con la cruz a cuestas, el lienzo presentado por Verónica, la crucifixión, los insultos de los fariseos, los dolores de María, de Magdalena y de Juan, la herida de la lanza en su costado después de la muerte; en una palabra, cada parte de la Pasión le fue mostrada hasta en el más mínimo detalle.

Lo aceptó todo voluntariamente, sometiéndose a todo por amor al ser humano. También vio y sintió los sufrimientos que en aquel momento padecía su Madre, cuya unión interior con su agonía era tan completa que se había desmayado en los brazos de sus dos amigas.

Cuando concluyeron las visiones de la Pasión, Jesús cayó rostro en tierra como alguien a punto de morir; los ángeles desaparecieron, y el sudor de sangre se hizo más abundante, de modo que vi que había empapado su vestidura. Reinaba una oscuridad total en la caverna cuando vi a un ángel descender hacia Jesús.

Este ángel era de mayor estatura que cualquiera de los que había visto antes, y su figura también era más definida y más semejante a la de un hombre. Estaba vestido como un sacerdote, con una larga vestidura suelta, y llevaba delante de sí, en las manos, un pequeño recipiente de forma semejante al cáliz usado en la Última Cena.

En la parte superior de este cáliz había un pequeño cuerpo ovalado, del tamaño aproximado de una judía, que irradiaba una luz rojiza. El ángel, sin tocar la tierra con los pies, extendió la mano derecha hacia Jesús, quien se levantó; entonces le puso el misterioso alimento en la boca y le dio de beber del cáliz luminoso. Luego desapareció.

Jesús, después de haber aceptado libremente el cáliz de sus sufrimientos y de haber recibido nuevas fuerzas, permaneció unos minutos más en la gruta, absorto en una serena meditación y dando gracias a su Padre Celestial.

Seguía profundamente afligido de espíritu, pero estaba reconfortado de manera sobrenatural hasta el punto de poder ir hacia sus discípulos sin tambalearse al caminar ni encorvarse bajo el peso de sus sufrimientos. Su rostro seguía pálido y alterado, pero su paso era firme y decidido.

Se había limpiado el rostro con un lienzo y se había arreglado el cabello, que le caía sobre los hombros, apelmazado y húmedo de sangre.

Cuando Jesús llegó adonde estaban sus discípulos, estos se encontraban recostados, como antes, contra el muro de la terraza, dormidos y con la cabeza cubierta. Nuestro Señor les dijo que no era momento de dormir, sino que debían levantarse y orar: «Mirad, la hora está cerca, y el Hijo del Hombre será entregado en manos de los pecadores», dijo.

«Levantaos, vámonos; mirad, está cerca el que me va a traicionar. Más le valdría a ese hombre no haber nacido». Los Apóstoles se levantaron muy alarmados y miraron a su alrededor con inquietud. Cuando se hubieron repuesto un poco, Pedro dijo con ardor: «Señor, llamaré a los demás para que podamos defenderte».

Pero Jesús les señaló, a cierta distancia en el valle, al otro lado del torrente Cedrón, un grupo de hombres armados que avanzaban con antorchas, y dijo que uno de ellos lo había traicionado. Habló con calma, los exhortó a consolar a su Madre y dijo: «Vayamos a su encuentro; me entregaré sin resistencia en manos de mis enemigos».

Luego salió del Huerto de los Olivos con los tres Apóstoles y fue al encuentro de los arqueros por el camino que llevaba de aquel huerto a Getsemaní.

Cuando la Santísima Virgen, atendida por Magdalena y Salomé, recobró el conocimiento, algunos discípulos que habían visto acercarse a los soldados la condujeron de regreso a la casa de María, la madre de Marcos. Los arqueros tomaron un camino más corto que el que Jesús había seguido al salir de la sala de la cena.

La gruta en la que Jesús había orado aquel día no era aquella donde solía orar en el Monte de los Olivos. Habitualmente iba a una cabaña más alejada, donde un día, después de haber maldecido la higuera estéril, había orado con gran aflicción de espíritu, con los brazos extendidos y apoyado contra una roca.

Las huellas de su cuerpo y de sus manos quedaron impresas en la piedra y fueron veneradas más tarde. Pero no se sabía en qué ocasión había ocurrido el milagro.

He visto varias veces huellas semejantes dejadas en la piedra por los Profetas del Antiguo Testamento, por Jesús, María o alguno de los Apóstoles, y también he visto las que dejó el cuerpo de santa Catalina en el Monte Sinaí. Estas huellas no parecen profundas, sino que se asemejan a las que quedarían en un trozo grueso de masa si una persona apoyara la mano sobre él.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

2 — JUDAS Y SU GRUPO

✦

Judas no había esperado que su traición produjera resultados tan fatales. Había deseado obtener la recompensa prometida y complacer a los fariseos entregando a Jesús en sus manos, pero nunca había calculado que las cosas llegarían tan lejos, ni pensado que los enemigos de su Maestro realmente lo llevarían a juicio y lo crucificarían; su mente estaba dominada únicamente por el afán de lucro, y algunos fariseos y saduceos astutos, con quienes había establecido relaciones, lo habían impulsado constantemente a la traición mediante halagos.

Estaba harto de la vida fatigosa, errante y perseguida que llevaban los Apóstoles. Desde hacía varios meses robaba continuamente de las limosnas confiadas a su cuidado, y su avaricia, que lamentaba el gasto hecho por Magdalena al derramar el precioso ungüento sobre los pies de nuestro Señor, lo incitó a cometer el mayor de los crímenes.

Siempre había esperado que Jesús estableciera un reino temporal y le concediera en él algún cargo brillante y lucrativo, pero, al verse decepcionado, dirigió sus pensamientos a amasar una fortuna.

Veía que los sufrimientos y las persecuciones aumentaban para nuestro Señor y sus seguidores, y procuró hacerse amigo de los poderosos enemigos de nuestro Salvador antes de que llegara el momento del peligro, pues veía que Jesús no se convertía en rey, mientras que la dignidad y el poder efectivos del sumo sacerdote y de todos los que estaban a su servicio causaban una impresión muy fuerte en su mente.

Comenzó poco a poco a estrechar sus relaciones con los agentes de estos, que lo halagaban constantemente y le aseguraban con palabras enérgicas que, en cualquier caso, pronto se pondría fin a la actividad de nuestro divino Señor.

Escuchaba con avidez cada vez mayor las sugerencias criminales de su corazón corrupto, y durante los últimos días no había hecho más que ir y venir para inducir a los principales sacerdotes a llegar a algún acuerdo. Pero ellos no querían actuar de inmediato y lo trataban con desprecio.

Decían que no quedaba tiempo suficiente antes del día de la fiesta y que habría un tumulto entre el pueblo. Solo el Sanedrín escuchaba sus propuestas con cierto grado de atención. Después de que Judas recibiera sacrílegamente el Santísimo Sacramento, Satanás tomó completa posesión de él, y salió de inmediato para consumar su crimen.

Buscó primero a las personas que hasta entonces lo habían halagado y habían llegado a acuerdos con él, y que todavía lo recibían con fingida amistad. Algunos otros se unieron al grupo, entre ellos Anás y Caifás, pero estos últimos lo trataron con considerable altivez y desprecio.

Todos estos enemigos de Cristo estaban sumamente indecisos y lejos de confiar en el éxito, porque desconfiaban de Judas.

Vi el imperio del Infierno dividido contra sí mismo; Satanás deseaba el crimen de los judíos y ansiaba fervientemente la muerte de Jesús, el Convertidor de las almas, el santo Maestro, el Justo, que le resultaba tan aborrecible; pero al mismo tiempo sentía un extraordinario temor interior ante la muerte de la Víctima inocente, que no quería ocultarse de sus perseguido-

res. Lo vi entonces, por una parte, estimular el odio y la furia de los enemigos de Jesús y, por otra, insinuar a algunos de ellos que Judas era un hombre malvado y despreciable, y que no se podía pronunciar la sentencia antes de la fiesta ni reunir un número suficiente de testigos contra Jesús.

Cada uno proponía algo diferente, y algunos interrogaban a Judas, diciendo: «¿Podremos apresarlo? ¿No tiene hombres armados con él?». Y el traidor respondió: «No, está solo con once discípulos; se encuentra muy abatido, y los once son hombres temerosos».

Les dijo que era ahora o nunca el momento de apoderarse de Jesús, que más adelante quizá ya no estaría en sus manos entregarles a nuestro Señor, y que tal vez nunca volvería a él, porque desde hacía varios días estaba muy claro que los otros discípulos y el propio Jesús sospechaban de él y sin duda lo matarían si regresaba a ellos.

También les dijo que, si no apresaban de inmediato a Jesús, este escaparía y volvería con un ejército de sus partidarios para hacerse proclamar Rey. Estas amenazas de Judas produjeron cierto efecto, sus propuestas fueron aceptadas y recibió el precio de su traición: treinta monedas de plata.

Estas monedas eran alargadas, tenían agujeros en los lados, estaban unidas mediante anillos formando una especie de cadena y llevaban ciertas marcas.

Judas no podía dejar de advertir que lo miraban con desprecio y desconfianza, pues sus palabras y gestos delataban sus sentimientos, y el orgullo le sugirió devolver el dinero como ofrenda para el Templo, a fin de hacerles suponer que sus intenciones habían sido justas y desinteresadas.

Pero rechazaron su propuesta, porque el precio de la sangre no podía ofrecerse en el Templo. Judas vio cuánto lo despreciaban, y su furia fue desmedida. No había esperado cosechar los amargos frutos de su traición antes siquiera de consumarla, pero había llegado tan lejos con aquellos hombres que estaba en su poder, y ya no era posible escapar.

Lo vigilaban cuidadosamente y no le permitieron alejarse de su presencia hasta que les hubo indicado con exactitud qué pasos debían dar para apresar a Jesús. Tres fariseos lo acompañaron cuando bajó a una sala donde estaban reunidos los soldados del Templo, de los cuales solo algunos eran judíos y el resto pertenecía a diversas naciones.

Cuando todo estuvo dispuesto y se hubo reunido el número necesario de soldados, Judas se apresuró a ir primero a la sala de la cena, acompañado de un criado de los fariseos, para averiguar si Jesús se había marchado, pues lo habrían apresado allí sin dificultad una vez aseguradas las puertas. Acordó enviarles un mensajero con la información requerida.

Poco antes, cuando Judas había recibido el precio de su traición, un fariseo había salido y enviado a siete esclavos a buscar madera con la cual preparar la Cruz para nuestro Salvador, en caso de que fuera juzgado, porque al día siguiente no habría tiempo suficiente debido al comienzo de la festividad pascual.

Consiguieron esta madera en un lugar situado a unos tres cuartos de milla de distancia, cerca de un muro alto, donde había gran cantidad de otra madera perteneciente al Templo, y la arrastraron hasta una plaza situada detrás del tribunal de Caifás.

La pieza principal de la Cruz procedía de un árbol que antes crecía en el valle de Josafat, cerca del torrente Cedrón, y que, al caer atravesado sobre la corriente, había servido como una especie de puente.

Cuando Nehemías ocultó el fuego sagrado y los vasos santos en la piscina de Betsaida, lo habían echado sobre aquel lugar junto con otros trozos de madera; más tarde lo habían retirado y dejado a un lado. La Cruz se preparó de una manera muy peculiar, ya fuera con el propósito de burlarse de la realeza de Jesús o por lo que los hombres podrían llamar casualidad.

Estaba compuesta de cinco piezas de madera, sin contar la inscripción. Vi muchas otras cosas relacionadas con la Cruz, y también se me dio a conocer el significado de distintas circunstancias, pero he olvidado todo aquello.

Judas regresó y dijo que Jesús ya no estaba en la sala de la cena, pero que sin duda debía de encontrarse en el monte de los Olivos, en el lugar donde acostumbraba orar. Pidió que solo se enviara con él un pequeño número de hombres, para que los discípulos que estaban de guardia no advirtieran nada y provocaran una revuelta.

Debían apostarse trescientos hombres en las puertas y en las calles de Ofel, una parte de la ciudad situada al sur del Templo, y a lo largo del valle de Miló hasta la casa de Anás, en la cima del monte Sion, para estar preparados a enviar refuerzos si era necesario, pues, según dijo, toda la gente de las clases bajas de Ofel era partidaria de Jesús.

El traidor también les advirtió que tuvieran cuidado para que no se les escapara, ya que, por medios misteriosos, tantas veces se había ocultado en el monte y se había vuelto de pronto invisible para quienes lo rodeaban. Les

recomendó, además, sujetarlo con una cadena y emplear ciertas fórmulas mágicas para impedir que la rompiera.

Los judíos escucharon todos estos consejos con desdeñosa indiferencia y respondieron: «Una vez que lo tengamos en nuestras manos, nos cuidaremos de no dejarlo escapar».

Judas empezó entonces a ponerse de acuerdo con quienes iban a acompañarlo. Quería entrar en el huerto antes que ellos y abrazar y saludar a Jesús como si regresara a él como amigo y discípulo, y que luego los soldados corrieran hacia delante y apresaran a Jesús.

Deseaba que se creyera que habían llegado allí por casualidad, para que, cuando aparecieran, él pudiera huir como los demás discípulos y no se volviera a saber de él. También pensaba que quizá se produciría un tumulto, que los Apóstoles podrían defenderse y que Jesús pasaría por en medio de sus enemigos, como tantas veces lo había hecho antes.

Se detenía especialmente en estos pensamientos cuando su orgullo se veía herido por la manera desdeñosa en que los judíos lo trataban; pero no se arrepentía, pues se había entregado por completo a Satanás.

También deseaba que los soldados que lo seguían no llevaran cadenas ni cuerdas, y sus cómplices fingieron acceder a todos sus deseos, aunque en realidad lo trataban como a un traidor en quien no se podía confiar y del que debían deshacerse en cuanto hubiera hecho lo que querían.

Los soldados recibieron órdenes de mantenerse cerca de Judas, vigilarlo cuidadosamente y no dejarlo escapar hasta que Jesús fuera apresado, pues

había recibido su recompensa y se temía que huyera con el dinero y que, al final, Jesús no fuera capturado, o que apresaran a otro en su lugar.

El grupo de hombres elegidos para acompañar a Judas se componía de veinte soldados, escogidos entre la guardia del Templo y otros militares que estaban a las órdenes de Anás y Caifás.

Vestían de manera muy semejante a los soldados romanos, llevaban morriones, cascos de metal con cresta, como ellos, y usaban correas colgantes alrededor de los muslos, pero tenían largas barbas, mientras que los soldados romanos de Jerusalén solo llevaban patillas y se afeitaban el mentón y el labio superior.

Todos tenían espadas, algunos estaban armados también con lanzas, y llevaban palos con faroles y antorchas; pero al partir solo encendieron uno. Al principio se había pensado que Judas fuera acompañado por una escolta más numerosa, pero él les hizo ver que un número tan grande de hombres sería descubierto con demasiada facilidad, porque desde el monte de los Olivos se dominaba todo el valle.

Por tanto, la mayoría de los soldados permaneció en Ofel, y se apostaron centinelas por todas partes para sofocar cualquier intento de liberar a Jesús. Judas partió con los veinte soldados, pero a cierta distancia lo seguían cuatro arqueros, que no eran más que alguaciles comunes, llevando cuerdas y cadenas, y detrás de ellos venían los seis agentes con quienes Judas había estado en contacto desde hacía algún tiempo.

Uno de ellos era sacerdote y hombre de confianza de Anás; un segundo era devoto de Caifás; el tercero y el cuarto eran fariseos, y los otros dos, sadu-

ceos y herodianos. Estos seis hombres eran cortesanos de Anás y Caifás, actuaban como espías y eran enemigos encarnizados de Jesús.

Los soldados mantuvieron un trato amistoso con Judas hasta que llegaron al lugar donde el camino separa el huerto de los Olivos del huerto de Getsemaní, pero allí se negaron a permitirle avanzar solo y cambiaron por completo de actitud, tratándolo con mucha insolencia y dureza.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

3 — JESÚS ES ARRESTADO

✦

Jesús estaba con sus tres Apóstoles en el camino entre Getsemaní y el Huerto de los Olivos cuando aparecieron Judas y el grupo que lo acompañaba. Surgió una acalorada disputa entre Judas y los soldados, porque él quería acercarse primero y hablar tranquilamente con Jesús, como si nada ocurriera, y que después ellos se acercaran y prendieran a nuestro Salvador, haciéndole creer así que él no tenía relación alguna con el asunto.

Pero los hombres respondieron con rudeza: «Nada de eso, amigo, no escaparás de nuestras manos hasta que tengamos al Galileo bien atado». Y al ver a los ocho Apóstoles que se apresuraban a reunirse con Jesús al oír la disputa, llamaron, pese a la oposición de Judas, a cuatro arqueros que habían dejado a poca distancia para que los ayudaran.

Cuando Jesús y los tres Apóstoles vieron por primera vez al grupo de hombres armados a la luz de la luna, Pedro quiso rechazarlos por la fuerza de las armas y dijo: «Señor, los otros ocho están cerca; ataquemos a los arqueros». Pero Jesús le ordenó que guardara silencio y luego se volvió y retrocedió unos pasos.

En ese momento salieron del huerto cuatro discípulos y preguntaron qué sucedía. Judas iba a responder, pero los soldados lo interrumpieron y no lo dejaron hablar.

Estos cuatro discípulos eran Santiago el Menor, Felipe, Tomás y Natanael; este último, que era hijo del anciano Simeón, se había unido con algunos

otros a los ocho Apóstoles en Getsemaní, quizá enviado por los amigos de Jesús para saber qué ocurría, o posiblemente movido tan solo por la curiosidad y la inquietud.

Los demás discípulos iban de un lado a otro, vigilando y dispuestos a huir en cualquier momento.

Jesús se acercó a los soldados y dijo con voz firme y clara: «¿A quién buscan?». Los soldados respondieron: «A Jesús de Nazaret». Jesús les dijo: «Soy yo». Apenas había pronunciado estas palabras cuando todos cayeron al suelo, como fulminados por una apoplejía.

Judas, que estaba junto a ellos, se alarmó mucho y, como parecía querer acercarse, Jesús extendió la mano y dijo: «Amigo, ¿a qué has venido?». Judas balbuceó algo sobre un asunto que lo había llevado allí. Jesús respondió con unas pocas palabras cuyo sentido era: «Más te valdría no haber nacido nunca»; sin embargo, no puedo recordar las palabras exactas.

Entretanto, los soldados se habían levantado y se acercaron de nuevo a Jesús, pero esperaban la señal del beso con el que Judas había prometido saludar a su Maestro para que pudieran reconocerlo.

Pedro y los demás discípulos rodearon a Judas y lo insultaron sin medida, llamándolo ladrón y traidor; él intentó apaciguar su ira con toda clase de mentiras, pero sus esfuerzos fueron inútiles, pues los soldados se acercaron y se ofrecieron a defenderlo, lo que puso de manifiesto la verdad de inmediato.

Jesús volvió a preguntar: «¿A quién buscan?». Respondieron: «A Jesús de Nazaret». Jesús contestó: «Les he dicho que soy yo; por tanto, si me bus-

can a mí, dejen que estos se vayan».

Al oír estas palabras, los soldados cayeron por segunda vez al suelo, con convulsiones semejantes a las de la epilepsia, y los Apóstoles volvieron a rodear a Judas y expresaron su indignación por su vergonzosa traición. Jesús dijo a los soldados: «Levántense», y se levantaron, aunque al principio estaban enteramente mudos de terror.

Luego le dijeron a Judas que les diera de inmediato la señal convenida, pues tenían órdenes de prender únicamente a aquel a quien Judas besara. Judas se acercó entonces a Jesús y le dio un beso, diciendo: «Salve, Rabí». Jesús respondió: «¿Cómo, Judas, entregas al Hijo del Hombre con un beso?». Los soldados rodearon de inmediato a Jesús y los arqueros lo sujetaron.

Judas quiso huir, pero los Apóstoles no se lo permitieron; se lanzaron contra los soldados y gritaron: «Maestro, ¿atacamos con la espada?». Pedro, que era más impetuoso que los demás, tomó la espada e hirió a Malco, el criado del sumo sacerdote, que quería alejar a los Apóstoles, y le cortó la oreja derecha; Malco cayó al suelo y se produjo un gran tumulto.

Los arqueros habían sujetado a Jesús y querían atarlo, mientras Malco y los demás soldados estaban alrededor. Cuando Pedro hirió a Malco, los otros estaban ocupados en rechazar a los discípulos que se acercaban demasiado y en perseguir a los que huían.

Cuatro discípulos aparecieron a lo lejos y miraron con temor la escena que tenían delante; pero los soldados seguían demasiado alarmados por su re-

ciente caída para ocuparse mucho de ellos y, además, no querían dejar a nuestro Salvador sin cierto número de hombres que lo custodiaran.

Judas huyó en cuanto dio el beso traidor, pero se encontró con algunos de los discípulos, que lo abrumaron con reproches. Sin embargo, seis fariseos acudieron en su ayuda y logró escapar mientras los arqueros estaban ocupados en inmovilizar los brazos de Jesús.

Cuando Pedro hirió a Malco, Jesús le dijo: «Vuelve a poner tu espada en su lugar, porque todos los que tomen la espada perecerán por la espada. ¿Crees que no puedo pedir ayuda a mi Padre y que él me dará ahora mismo más de doce legiones de ángeles? ¿Cómo se cumplirían entonces las Escrituras, según las cuales así debe suceder?».

Luego dijo: «Déjenme curar a este hombre»; y, acercándose a Malco, le tocó la oreja, oró y esta quedó sanada. Los soldados que estaban cerca, al igual que los arqueros y los seis fariseos, lejos de conmoverse ante este milagro, siguieron insultando a nuestro Señor y dijeron a los presentes: «Es un engaño del diablo; los poderes de la brujería hicieron que la oreja pareciera cortada, y ahora ese mismo poder hace que parezca curada».

Entonces Jesús volvió a dirigirse a ellos: «Han salido con espadas y palos para prenderme, como si fuera un ladrón. Cada día me sentaba con ustedes a enseñar en el Templo y no me prendieron, pero esta es su hora y el poder de las tinieblas». Los fariseos ordenaron que lo ataran aún más fuerte y respondieron con tono despectivo: «¡Ah! No has podido vencernos con tu brujería».

Jesús respondió, pero no recuerdo sus palabras, y todos los discípulos huyeron. Los cuatro arqueros y los seis fariseos no cayeron al suelo ante las palabras de Jesús porque, según me fue revelado después, tanto ellos como Judas, que tampoco cayó, estaban enteramente en poder de Satanás; en cambio, todos los que cayeron y volvieron a levantarse se convirtieron más tarde y se hicieron cristianos; estos solo habían rodeado a Jesús, sin ponerle las manos encima.

Malco se convirtió al instante por la curación que se había obrado en él, y durante la Pasión se dedicó a llevar y traer mensajes a María y a los demás amigos de nuestro Señor.

⁂

Los arqueros, que ahora procedían a inmovilizar los brazos de Jesús con la mayor brutalidad, eran paganos del más bajo origen, bajos, robustos y ágiles, de tez amarillenta, semejante a la de los esclavos egipcios, y con las piernas, los brazos y el cuello desnudos.

Le ataron las manos lo más fuerte posible con cuerdas nuevas y duras, sujetando la muñeca derecha bajo el codo izquierdo y la muñeca izquierda bajo el codo derecho. Le rodearon la cintura con una especie de cinturón provisto de puntas de hierro, y a este collar iban unidas dos correas de cuero que se cruzaban sobre su pecho como una estola y se sujetaban al cinturón.

Luego ataron cuatro sogas a distintas partes del cinturón y, por medio de ellas, arrastraban a nuestro bendito Señor de un lado a otro de la manera más cruel. Las sogas eran nuevas; creo que las compraron cuando los fari-

seos decidieron por primera vez arrestar a Jesús. Los fariseos encendieron nuevas antorchas y la comitiva se puso en marcha.

Diez soldados iban delante; detrás marchaban los arqueros que sujetaban las sogas y arrastraban a Jesús, y los fariseos y otros diez soldados cerraban la marcha. Los discípulos vagaban a cierta distancia, llorando y gimiendo como fuera de sí por el dolor.

Solo Juan los seguía y caminaba a poca distancia de los soldados, hasta que los fariseos lo vieron y ordenaron a los guardias que lo arrestaran. Intentaron obedecer, pero él huyó, dejando en sus manos un paño con el que se cubría y del que ellos se habían agarrado al intentar prenderlo.

Se había quitado la túnica para escapar más fácilmente de las manos de sus enemigos y solo llevaba una prenda interior corta y sin mangas, y la larga banda que solían usar los judíos, enrollada alrededor del cuello, la cabeza y los brazos.

Los arqueros trataban a Jesús con la mayor crueldad mientras lo conducían; lo hacían para ganarse el favor de los seis fariseos, pues sabían muy bien que odiaban y detestaban profundamente a nuestro Señor.

Lo llevaban por el camino más áspero que podían escoger, sobre las piedras más afiladas y por el barro más espeso; tiraban de las cuerdas con toda su fuerza; lo golpeaban con cuerdas anudadas, como un carnicero golpearía al animal que está a punto de sacrificar, y acompañaban este cruel trato con insultos tan viles e indecentes que no puedo repetirlos.

Jesús iba descalzo; llevaba, además de la ropa habitual, una prenda de lana sin costuras y un manto que lo cubría todo. He olvidado mencionar que,

cuando arrestaron a Jesús, lo hicieron sin presentar ninguna orden ni cumplir formalidad legal alguna; lo trataron como a una persona fuera del amparo de la ley.

La comitiva avanzaba a buen paso; cuando dejaron el camino que pasa entre el Huerto de los Olivos y el de Getsemaní, giraron a la derecha y pronto llegaron a un puente tendido sobre el torrente del Cedrón.

Cuando Jesús fue al Huerto de los Olivos con los Apóstoles, no cruzó este puente, sino que tomó un sendero privado que atravesaba el valle de Josafat y llevaba a otro puente situado más al sur.

El puente por el que los soldados condujeron a Jesús era largo, pues se extendía no solo sobre el torrente, que era muy ancho en esa parte, sino también sobre el valle, que se prolonga una distancia considerable a derecha e izquierda y está mucho más abajo que el lecho del río.

Vi caer a nuestro Señor dos veces antes de llegar al puente, y estas caídas se debieron enteramente a la manera brutal en que los soldados lo arrastraban; pero cuando estaban a mitad del puente dieron rienda suelta a su brutalidad y golpearon a Jesús con tanta violencia que lo arrojaron desde el puente al agua, y le recomendaron con desprecio que apagara allí su sed.

Si Dios no lo hubiera protegido, esta caída le habría causado la muerte; cayó primero sobre una rodilla y luego de bruces, pero pudo amortiguar un poco la caída al extender las manos, que, aunque antes estaban tan fuertemente atadas, se habían soltado; no sé si por un milagro o porque los soldados habían cortado las cuerdas antes de arrojarlo al agua.

Las marcas de sus pies, sus codos y sus dedos quedaron impresas milagrosamente en la roca sobre la que cayó, y más tarde estas huellas se mostraron para la veneración de los cristianos. Estas piedras eran menos duras que los corazones incrédulos de los hombres malvados que rodeaban a Jesús, y dieron testimonio en aquel terrible momento del Poder Divino que las había tocado.

No había visto a Jesús tomar nada para apagar la sed que lo consumía desde su agonía en el huerto, pero bebió cuando cayó al Cedrón, y lo oí repetir estas palabras del Salmo profético: «En su sed beberá agua del torrente» (Salmo 108).

⁂

Los arqueros seguían sujetando los extremos de las cuerdas con las que Jesús estaba atado, pero habría sido difícil sacarlo del agua arrastrándolo por aquel lado, a causa de un muro construido en la orilla; volvieron atrás y lo arrastraron a través de todo el Cedrón hasta la orilla, y luego lo hicieron cruzar el puente por segunda vez, acompañando cada una de sus acciones con insultos, blasfemias y golpes.

Su larga túnica de lana, completamente empapada, se le pegaba a las piernas, le entorpecía todos los movimientos y le hacía casi imposible caminar, y cuando llegó al extremo del puente cayó al suelo. Lo levantaron de nuevo de la manera más cruel, lo golpearon con cuerdas y sujetaron al cinturón los extremos de su túnica mojada, mientras lo maltrataban de la manera más cobarde.

Aún no era medianoche cuando vi a los cuatro arqueros arrastrar inhumanamente a Jesús por un sendero estrecho, obstruido por piedras, mantos de roca, cardos y espinas, en la orilla opuesta del Cedrón.

Los seis brutales fariseos caminaban tan cerca de nuestro Señor como podían, lo golpeaban constantemente con gruesos palos puntiagudos y, al ver que las piedras y las zarzas le desgarraban los pies descalzos y ensangrentados, exclamaban con desprecio: «Su precursor, Juan el Bautista, ciertamente no le ha preparado aquí un buen camino»; o bien: «Las palabras de Malaquías: "Mira, envío a mi ángel delante de ti, para preparar el camino ante ti", no se cumplen precisamente ahora». Cada burla que pronunciaban aquellos hombres incitaba a los arqueros a una mayor crueldad.

Los enemigos de Jesús advirtieron que varias personas aparecían a lo lejos; eran solo discípulos que se habían reunido al oír que su Maestro había sido arrestado y que estaban ansiosos por saber cómo acabaría todo; pero su presencia inquietó a los fariseos, que temían que se intentara rescatar a Jesús, por lo que mandaron pedir un refuerzo de soldados.

A muy poca distancia de una entrada situada frente al lado sur del Templo, que conduce a través de una pequeña aldea llamada Ofel hasta el monte Sion, donde se encontraban las residencias de Anás y Caifás, vi un grupo de unos cincuenta soldados que llevaban antorchas y parecían dispuestos a todo; estos hombres se comportaban de manera escandalosa y daban fuertes gritos, tanto para anunciar su llegada como para felicitar a sus compañeros por el éxito de la expedición.

Esto causó una ligera confusión entre los soldados que conducían a Jesús, y Malco y algunos otros la aprovecharon para marcharse y huir hacia el

monte de los Olivos.

Cuando el nuevo grupo de soldados salió de Ofel, vi dispersarse a los discípulos que se habían reunido; unos fueron por un lado y otros por otro. La Santísima Virgen y unas nueve de las santas mujeres, llenas de angustia, dirigieron sus pasos hacia el valle de Josafat, acompañadas por Lázaro, Juan, el hijo de Marcos, el hijo de Verónica y el hijo de Simón.

Este último había estado en Getsemaní con Natanael y los ocho apóstoles, y había huido cuando aparecieron los soldados. Estaba contando a la Santísima Virgen todo lo sucedido cuando el nuevo grupo de soldados se unió a los que conducían a Jesús, y ella oyó entonces sus tumultuosos gritos y vio la luz de las antorchas que llevaban.

Aquella visión la abatió por completo; perdió el conocimiento, y Juan la llevó a la casa de María, la madre de Marcos.

Los cincuenta soldados enviados para unirse a los que habían prendido a Jesús eran un destacamento de una compañía de trescientos hombres apostados para vigilar las puertas y los alrededores de Ofel; pues el traidor Judas había recordado a los sumos sacerdotes que los habitantes de Ofel, que eran principalmente trabajadores y cuya ocupación principal era llevar agua y leña al Templo, eran los partidarios más fieles de Jesús y quizá intentaran rescatarlo.

El traidor sabía que Jesús había consolado, instruido y ayudado a muchos de aquellos pobres trabajadores, y había curado sus enfermedades, y que Ofel era el lugar donde se había detenido durante su viaje de Betania a Hebrón, cuando Juan el Bautista acababa de ser ejecutado.

Judas también sabía que Jesús había curado a muchos de los albañiles heridos por la caída de la torre de Siloé. La mayor parte de los habitantes de Ofel se convirtieron después de la muerte de nuestro Señor y se unieron a la primera comunidad cristiana que se formó después de Pentecostés; y cuando los cristianos se separaron de los judíos y construyeron nuevas viviendas, instalaron sus chozas y tiendas en el valle situado entre el monte de los Olivos y Ofel, y allí vivió san Esteban.

Ofel estaba en una colina al sur del Templo, rodeada de murallas, y sus habitantes eran muy pobres. Creo que era más pequeña que Dülmen.

El sueño de los buenos habitantes de Ofel fue interrumpido por el ruido de los soldados; salieron de sus casas y corrieron a la entrada de la aldea para preguntar la causa del alboroto; pero los soldados los recibieron con rudeza, les ordenaron volver a sus casas y, en respuesta a sus numerosas preguntas, dijeron: «Acabamos de arrestar a Jesús, vuestro falso profeta, el que os ha engañado tan profundamente; los sumos sacerdotes están a punto de juzgarlo, y será crucificado».

Por todas partes se alzaron gritos y lamentos; las pobres mujeres y los niños corrían de un lado a otro, llorando y retorciéndose las manos; y, recordando todos los beneficios que habían recibido de nuestro Señor, se arrodillaban para implorar la protección del Cielo.

Pero los soldados los apartaban a empujones, los golpeaban, los obligaban a volver a sus casas y exclamaban: «¿Qué otra prueba hace falta? ¿Acaso la conducta de estas personas no muestra claramente que el Galileo incita a la rebelión?».

⁂

Sin embargo, tuvieron cierta cautela en sus palabras y su comportamiento por temor a provocar una insurrección en Ofel, y por eso solo procuraron alejar a los habitantes de aquellas partes de la aldea por las que Jesús tenía que pasar.

Cuando los crueles soldados que conducían a nuestro Señor se acercaban a las puertas de Ofel, él volvió a caer y parecía incapaz de dar un paso más; entonces uno de ellos, movido a compasión, dijo a otro: «Ya ves que el pobre hombre está completamente agotado; no puede sostenerse bajo el peso de sus cadenas; si queremos llevarlo vivo ante el sumo sacerdote, debemos aflojarle las cuerdas con las que tiene atadas las manos, para que pueda protegerse un poco cuando caiga».

El grupo se detuvo un momento, aflojaron las ataduras y otro soldado de buen corazón llevó a Jesús un poco de agua de una fuente cercana. Jesús le dio las gracias y habló de las «fuentes de agua viva», de las que beberían quienes creyeran en él; pero sus palabras enfurecieron aún más a los fariseos, que lo colmaron de insultos y palabras injuriosas.

Vi el corazón del soldado que había hecho que desataran a Jesús, así como el del que le había traído agua, iluminados de pronto por la gracia; ambos se convirtieron antes de la muerte de Jesús y se unieron de inmediato a sus discípulos.

La comitiva se puso de nuevo en marcha y llegó a la puerta de Ofel. Allí Jesús fue recibido otra vez por los gritos de dolor y compasión de quienes tanto agradecimiento le debían, y los soldados tuvieron grandes dificulta-

des para contener a los hombres y mujeres que acudían de todas partes y se agolpaban a su alrededor.

Juntaban las manos, se arrodillaban, se lamentaban y exclamaban: «¡Entregadnos a este hombre, dejadlo libre! ¿Quién nos ayudará, quién nos consolará, quién curará nuestras enfermedades? ¡Entregádnoslo!».

Era verdaderamente desgarrador contemplar a Jesús; su rostro estaba pálido, desfigurado y herido, su cabello revuelto, su ropa mojada y sucia, y sus guardias salvajes y borrachos lo arrastraban y lo golpeaban con palos como a un pobre animal mudo llevado al matadero.

Así fue conducido entre los afligidos habitantes de Ofel, y el paralítico al que había curado, los mudos a quienes había devuelto el habla y los ciegos cuyos ojos había abierto se unieron, aunque en vano, para suplicar su liberación.

Anás, Caifás y los demás enemigos de Jesús habían enviado a muchas personas de las clases más bajas y degradadas para que se unieran a la comitiva y ayudaran a los soldados tanto a maltratar a Jesús como a alejar a los habitantes de Ofel. La aldea de Ofel estaba situada sobre una colina, y vi allí una gran cantidad de madera dispuesta para la construcción.

La comitiva tuvo que bajar por una colina y luego pasar por una puerta abierta en la muralla. A un lado de esta puerta se alzaba un gran edificio construido originalmente por Salomón, y al otro estaba la piscina de Betsaida.

Después de pasar por allí, siguieron hacia el oeste, bajando por una calle empinada llamada Milo, al final de la cual un giro hacia el sur los llevó a la

casa de Anás. Los guardias no cesaban de tratar cruelmente a nuestro divino Salvador, y justificaban su conducta diciendo que las multitudes que se reunían delante de la comitiva los obligaban a actuar con severidad. Jesús cayó siete veces entre el monte de los Olivos y la casa de Anás.

Los habitantes de Ofel seguían sumidos en la consternación y el dolor cuando la visión de la Santísima Virgen, que atravesaba la aldea acompañada por las santas mujeres y algunos otros amigos, de camino desde el valle del Cedrón a la casa de María, la madre de Marcos, los conmovió aún más, e hicieron resonar el lugar con sollozos y lamentos, mientras la rodeaban y casi la llevaban en brazos.

María había enmudecido de dolor, y después de llegar a la casa de María, la madre de Marcos, no abrió los labios hasta la llegada de Juan, que contó todo lo que había visto desde que Jesús salió de la sala de la cena; y poco después la llevaron a la casa de Marta, que estaba cerca de la de Lázaro.

Pedro y Juan, que habían seguido a Jesús a distancia, acudieron apresuradamente a unos criados del sumo sacerdote a quienes Juan conocía, para intentar conseguir, por medio de ellos, entrar en el tribunal donde iba a ser juzgado su Maestro.

Estos criados actuaban como mensajeros y acababan de recibir la orden de ir a las casas de los ancianos y de otros miembros del Consejo para convocarlos a la reunión que se había dispuesto.

Como deseaban complacer a los apóstoles, pero preveían grandes dificultades para conseguir que los admitieran en el tribunal, les dieron mantos semejantes a los que ellos mismos llevaban y les hicieron ayudar a llevar

mensajes a los miembros, para que después pudieran entrar en el tribunal de Caifás y mezclarse, sin ser reconocidos, entre los soldados y los falsos testigos, pues todas las demás personas serían expulsadas.

Como Nicodemo, José de Arimatea y otras personas bien intencionadas eran miembros de este Consejo, los apóstoles se comprometieron a informarles de lo que iba a hacerse en él, asegurando así la presencia de aquellos amigos de Jesús a quienes los fariseos habían omitido invitar deliberadamente.

Entretanto, Judas vagaba de un lado a otro por los escarpados y agrestes precipicios al sur de Jerusalén, con la desesperación marcada en cada rasgo de su rostro, y el diablo lo perseguía por todas partes, llenando su imaginación de visiones cada vez más oscuras y sin concederle un momento de respiro.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

4 — MEDIOS EMPLEADOS POR LOS ENEMIGOS DE JESÚS PARA LLEVAR A CABO SUS PLANES CONTRA ÉL

✦

Apenas fue arrestado Jesús, Anás y Caifás fueron informados, y de inmediato comenzaron a organizar sus planes sobre el proceder que debían seguir. Pronto reinó la confusión por todas partes: se iluminaron apresuradamente las salas, se colocaron guardias en las entradas y se enviaron mensajeros a distintos puntos de la ciudad para convocar a los miembros del Consejo, a los escribas y a todos los que debían tomar parte en el juicio.

Sin embargo, muchos de ellos se habían reunido en casa de Caifás en cuanto se concluyó el pacto traicionero con Judas, y habían permanecido allí a la espera del curso de los acontecimientos.

También se habían reunido los distintos grupos de ancianos, y como los fariseos, saduceos y herodianos habían acudido a Jerusalén desde todos los puntos del país para celebrar la fiesta, y llevaban mucho tiempo acordando con el Consejo las medidas para arrestar a nuestro Señor, los sumos sacerdotes mandaron llamar entonces a quienes sabían que se oponían con mayor saña a Jesús, y les pidieron que reunieran a los testigos, recogieran todas las pruebas posibles y lo presentaran todo ante el Consejo.

Los orgullosos saduceos de Nazaret, de Cafarnaún, de Tirsa, de Gabara, de Jotapata y de Siló, a quienes Jesús había reprendido tantas veces ante el pueblo, se morían de deseos de venganza. Se apresuraron a recorrer todas las posadas para buscar a las personas que sabían que eran enemigas de

nuestro Señor, y les ofrecieron sobornos para asegurarse de que comparecieran.

Pero, salvo unas cuantas calumnias ridículas que sin duda quedarían desmentidas en cuanto se investigaran, no se pudo presentar nada concreto contra Jesús, excepto, en realidad, aquellas acusaciones insensatas que él había refutado tantas veces en la sinagoga.

Los enemigos de Jesús se apresuraron, sin embargo, a acudir al tribunal de Caifás, escoltados por los escribas y fariseos de Jerusalén, y acompañados por muchos de aquellos mercaderes a quienes nuestro Señor expulsó del Templo cuando comerciaban allí; también por los orgullosos doctores de la Ley a quienes había hecho callar ante todo el pueblo, e incluso por algunos que no podían perdonarle la humillación de haber quedado en evidencia sus errores cuando discutió con ellos en el Templo a la edad de doce años.

Había asimismo un gran grupo de pecadores impenitentes a quienes se había negado a curar, pecadores reincidentes cuyas enfermedades habían vuelto, jóvenes mundanos a quienes no había querido recibir como discípulos y personas avariciosas a quienes había enfurecido al hacer que se repartiera en limosnas el dinero que esperaban poseer.

Había otros cuyos amigos habían sido curados por él, lo que había frustrado sus esperanzas de heredar sus bienes; libertinos cuyas víctimas él había convertido; y muchos personajes despreciables que hacían fortuna halagando y fomentando los vicios de los poderosos.

Todos estos emisarios de Satanás rebosaban de furia contra todo lo santo y, por consiguiente, de un odio indescriptible hacia el Santo de los Santos.

Los enemigos de nuestro Señor los incitaban aún más, por lo que se reunieron en multitudes alrededor del palacio de Caifás para presentar todas sus falsas acusaciones e intentar cubrir de infamia a aquel Cordero sin mancha, que tomó sobre sí los pecados del mundo y aceptó esa carga para reconciliar al ser humano con Dios.

Mientras todos estos seres malvados deliberaban afanosamente sobre lo que más convenía hacer, la angustia y la ansiedad llenaban los corazones de los amigos de Jesús, pues desconocían el misterio que estaba a punto de cumplirse, y vagaban de un lado a otro, suspirando y escuchando las distintas opiniones.

Cada palabra que pronunciaban despertaba sospechas en aquellos a quienes se dirigían, y si callaban, su silencio se interpretaba como algo malo. Muchas personas bienintencionadas, pero débiles e indecisas, cedieron a la tentación, se escandalizaron y perdieron la fe; de hecho, el número de quienes perseveraron fue muy reducido.

Las cosas eran entonces como tantas veces son ahora: las personas estaban dispuestas a servir a Dios si no encontraban oposición entre sus semejantes, pero se avergonzaban de la Cruz si los demás las despreciaban. Sin embargo, algunos corazones se conmovieron por la paciencia que mostró nuestro Señor en medio de sus sufrimientos, y se alejaron en silencio y con tristeza.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

5 — UNA MIRADA A JERUSALÉN

✦

Una vez concluidas las oraciones habituales y los preparativos para la celebración de la fiesta, la mayor parte de los habitantes de la populosa ciudad de Jerusalén, así como los forasteros allí congregados, estaban sumidos en el sueño tras las fatigas del día, cuando, de pronto, se anunció el arresto de Jesús y todos despertaron, tanto sus amigos como sus enemigos.

Muchos respondieron inmediatamente al llamamiento del sumo sacerdote y salieron de sus viviendas para reunirse en su patio. En algunos lugares, la luz de la luna les permitía avanzar a tientas con seguridad por las calles oscuras y sombrías, pero en otros se veían obligados a utilizar antorchas.

Muy pocas casas tenían ventanas que dieran a la calle y, por lo general, sus puertas se encontraban en patios interiores, lo que daba a las calles un aspecto aún más sombrío de lo habitual a aquella hora.

Todos dirigían sus pasos hacia Sion, y un oyente atento habría podido oír a algunos detenerse ante las puertas de sus amigos y llamar para despertarlos; luego apresurar el paso, detenerse de nuevo para preguntar a otros y, finalmente, volver a partir a toda prisa hacia Sion.

Los ávidos de noticias y los criados se apresuraban a averiguar lo que sucedía, para regresar y contárselo a quienes se habían quedado en casa. Se oía claramente cómo se echaban cerrojos y se atrancaban las puertas, pues muchos estaban muy alarmados y temían una insurrección, mientras se hacían mil conjeturas distintas y se expresaban opiniones como estas: «Lázaro y

sus hermanas pronto sabrán quién es ese hombre en quien han depositado tan firme confianza.

Juana de Cusa, Susana, María, la madre de Marcos, y Salomé se arrepentirán, aunque demasiado tarde, de la imprudencia de su conducta; Serafia, la esposa de Sirac, se verá obligada ahora a pedir disculpas a su marido, pues él le ha reprochado tantas veces su predilección por el Galileo. Los partidarios de ese fanático, de ese instigador de la rebelión, fingían estar llenos de compasión por todos los que veían las cosas de manera distinta a ellos, y ahora no sabrán dónde esconder la cabeza. Ahora no encontrará a nadie que extienda mantos y esparza ramas de olivo a sus pies.

Esos hipócritas que fingían ser mucho mejores que los demás recibirán su merecido, pues todos están implicados con el Galileo. Es un asunto mucho más grave de lo que se pensó al principio. Me gustaría saber cómo saldrán de esta Nicodemo y José de Arimatea; los sumos sacerdotes llevan algún tiempo desconfiando de ellos; hicieron causa común con Lázaro, pero son sumamente astutos. Sin embargo, ahora todo saldrá a la luz».

Palabras como estas eran pronunciadas por personas que estaban exasperadas no solo contra los discípulos de Jesús, sino también contra las santas mujeres que habían atendido sus necesidades materiales y habían expresado públicamente y sin temor su veneración por sus enseñanzas y su fe en su misión divina.

Pero, aunque muchos hablaban de Jesús y de sus seguidores de esta manera despectiva, había otros que tenían opiniones muy distintas. Algunos de estos estaban atemorizados, y otros, abrumados por la tristeza, buscaban amigos con quienes desahogar su corazón y ante quienes pudieran expresar sus

sentimientos sin temor; pero eran pocos los que tenían suficiente valor para manifestar abiertamente su admiración por Jesús.

Sin embargo, estos disturbios solo se producían en algunas partes de Jerusalén: aquellas a las que los sumos sacerdotes y los fariseos habían enviado mensajeros para convocar a los miembros del Consejo y reunir a los testigos. Me pareció ver cómo los sentimientos de odio y furia brotaban en distintas partes de la ciudad en forma de llamas, que recorrían las calles, se unían a otras que encontraban y avanzaban en dirección a Sion, creciendo a cada instante, hasta detenerse por fin debajo del tribunal de Caifás, donde permanecieron formando juntas un verdadero torbellino de fuego.

Los soldados romanos no tomaron parte en lo que sucedía; no comprendían la agitación del pueblo, pero se duplicaron sus centinelas, se formaron sus cohortes y mantuvieron una estricta vigilancia. Esto, en efecto, era habitual durante la solemnidad de la Pascua, debido al gran número de forasteros que se reunían entonces.

Los fariseos procuraban no acercarse a los centinelas, por temor a que estos los interrogaran y a contraer impureza al responder a sus preguntas. Los sumos sacerdotes habían enviado un mensaje a Pilato comunicándole sus razones para apostar soldados alrededor de Ofel y Sion; pero él desconfiaba de sus intenciones, pues había mucha hostilidad entre los romanos y los judíos.

No podía dormir y pasó la mayor parte de la noche caminando de un lado a otro, escuchando los distintos informes y dando órdenes según lo que oía; su esposa dormía, pero su sueño estaba perturbado por sueños espantosos, y gemía y lloraba alternativamente.

En ninguna parte de Jerusalén produjo el arresto de Jesús manifestaciones de dolor más conmovedoras que entre los pobres habitantes de Ofel, de los cuales la mayor parte eran jornaleros, y el resto se dedicaba principalmente a tareas humildes al servicio del Templo.

La noticia los tomó por sorpresa; durante algún tiempo dudaron de su veracidad y oscilaron entre la esperanza y el temor. Pero ver a su Maestro, su Benefactor, su Consolador, arrastrado por las calles, lacerado, magullado y maltratado de todas las maneras imaginables, los llenó de horror.

Su dolor aumentó aún más al contemplar a su afligida Madre vagando de calle en calle, acompañada por las santas mujeres, tratando de obtener alguna noticia de su divino Hijo.

Estas santas mujeres se veían a menudo obligadas a esconderse en rincones y bajo los portales por temor a ser vistas por los enemigos de Jesús; pero, incluso con estas precauciones, muchas veces eran insultadas y tomadas por mujeres de mala vida.

Con frecuencia se les desgarraba el corazón al oír las palabras maliciosas y las expresiones triunfantes de los crueles judíos, y rara vez, muy rara vez, llegaba a sus oídos una palabra de bondad o de compasión. Estaban enteramente agotadas antes de llegar a su refugio, pero procuraban consolarse y sostenerse unas a otras, y se cubrían la cabeza con espesos velos.

Cuando por fin se sentaron, oyeron de pronto que alguien llamaba a la puerta y escucharon conteniendo la respiración. Los golpes se repitieron, pero suavemente, por lo que se convencieron de que no era un enemigo; aun así, abrieron la puerta con cautela, temiendo una estratagema.

Era, en efecto, un amigo, y salieron y caminaron durante un tiempo, para luego regresar a su refugio con el corazón aún más destrozado que antes.

⁂

La mayoría de los apóstoles, dominados por el terror, vagaban por los valles que rodean Jerusalén y, a veces, se refugiaban en las cavernas que había bajo el monte de los Olivos. Se sobresaltaban cuando se encontraban unos con otros, hablaban con voz temblorosa y se separaban al oír el menor ruido.

Primero se escondían en una cueva y luego en otra; después intentaban regresar a la ciudad, mientras algunos de ellos subían a la cima del monte de los Olivos y dirigían miradas ansiosas hacia las antorchas, cuya luz veían brillar en Sion y sus alrededores.

Escuchaban cada sonido lejano, hacían mil conjeturas distintas y luego regresaban al valle con la esperanza de obtener alguna noticia segura.

Las calles cercanas al tribunal de Caifás estaban intensamente iluminadas con lámparas y antorchas, pero, a medida que las multitudes se reunían a su alrededor, el ruido y la confusión seguían aumentando. Entre aquellos sonidos discordantes se oían los mugidos de los animales que estaban atados fuera de las murallas de Jerusalén y los lastimeros balidos de los corderos.

Había algo profundamente conmovedor en los balidos de aquellos corderos que iban a ser sacrificados al día siguiente en el Templo; solo el Cordero que estaba a punto de ofrecerse voluntariamente en sacrificio no abría la

boca, como una oveja en manos del carnicero, que no se resiste, o como el cordero que guarda silencio ante el esquilador.

Y aquel Cordero era el Cordero de Dios, el Cordero sin mancha, el verdadero Cordero pascual, el propio Jesucristo.

El cielo se veía oscuro, sombrío y amenazador; la luna estaba roja y cubierta de manchas lívidas; parecía temer llegar a su plenitud, porque entonces habría de morir su Creador.

Después dirigí una mirada fuera de la ciudad y, cerca de la puerta sur, vi al traidor, Judas Iscariote, vagando solo, presa de los tormentos de su conciencia culpable. Temía incluso a su propia sombra, y lo seguían muchos demonios que procuraban convertir sus remordimientos en una negra desesperación.

Miles de espíritus malignos se afanaban por todas partes, tentando a los hombres a cometer primero un pecado y luego otro. Parecía como si las puertas del infierno se hubieran abierto de par en par y Satanás luchara enloquecido, empleando todas sus fuerzas para aumentar la pesada carga de iniquidades que el Cordero sin mancha había tomado sobre sí.

Los ángeles oscilaban entre la alegría y el dolor; deseaban ardientemente postrarse ante el trono de Dios y obtener permiso para ayudar a Jesús; pero, al mismo tiempo, estaban llenos de asombro y solo podían adorar aquel milagro de justicia y misericordia divinas que había existido en el Cielo desde toda la eternidad y que ahora estaba a punto de cumplirse.

Pues los ángeles creen, como nosotros, en Dios, Padre todopoderoso, Creador del Cielo y de la Tierra, y en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor,

que fue concebido por el Espíritu Santo, nació de la Virgen María, comenzó aquella noche a padecer bajo Poncio Pilato y al día siguiente habría de ser crucificado, morir y ser sepultado, descender a los infiernos, resucitar al tercer día, subir al Cielo, sentarse a la derecha de Dios Padre todopoderoso y desde allí venir a juzgar a vivos y muertos.

Creen asimismo en el Espíritu Santo, la santa Iglesia católica, la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la resurrección del cuerpo y la vida eterna.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

6 — JESÚS ANTE ANÁS

✦

Era cerca de medianoche cuando Jesús llegó al palacio de Anás, y sus guardias lo condujeron inmediatamente a una sala muy grande, donde Anás, rodeado de veintiocho consejeros, estaba sentado sobre una especie de plataforma, un poco elevada sobre el nivel del suelo y situada frente a la entrada.

Los soldados que habían detenido a Jesús lo arrastraron entonces bruscamente hasta el pie del tribunal. La sala estaba enteramente llena de soldados, criados de Anás, algunas personas de la multitud a las que se había permitido entrar y los falsos testigos que después se trasladaron a la sala de Caifás.

Anás estaba encantado ante la idea de que nuestro Señor fuera llevado ante él, y aguardaba su llegada con la mayor impaciencia. La expresión de su rostro era sumamente repulsiva, pues cada uno de sus rasgos mostraba no solo la alegría infernal que lo llenaba, sino también toda la astucia y falsedad de su corazón. Presidía una especie de tribunal instituido para interrogar a las personas acusadas de enseñar falsas doctrinas; y si allí eran declaradas culpables, se las llevaba después ante el sumo sacerdote.

Jesús estaba de pie ante Anás. Parecía agotado y demacrado; sus vestiduras estaban cubiertas de barro, sus manos encadenadas, su cabeza inclinada, y no pronunciaba una palabra. Anás era un anciano delgado, de aspecto malhumorado y barba rala.

Su orgullo y arrogancia eran grandes; y, al sentarse, sonrió irónicamente, fingiendo que no sabía nada y que estaba completamente asombrado al descubrir que el prisionero que, según acababan de informarle, iba a ser llevado ante él, no era otro que Jesús de Nazaret.

«¿Es posible —dijo—, es posible que tú seas Jesús de Nazaret? ¿Dónde están tus discípulos, tus numerosos seguidores? ¿Dónde está tu reino? Me temo que las cosas no han salido como esperabas.

Supongo que las autoridades comprendieron que ya era hora de poner fin a tu conducta, tan irrespetuosa hacia Dios y sus sacerdotes, y a semejantes violaciones del sábado. ¿Qué discípulos tienes ahora? ¿Adónde se han ido todos? ¡Te quedas callado! ¡Habla, embaucador! ¡Habla, instigador de la rebelión! ¿No comiste el cordero pascual de una manera ilícita, a una hora indebida y en un lugar inadecuado? ¿No deseas introducir nuevas doctrinas? ¿Quién te dio el derecho de predicar? ¿Dónde estudiaste? Habla, ¿cuáles son los principios de tu religión?»

Jesús levantó entonces su cabeza fatigada, miró a Anás y dijo: «He hablado abiertamente al mundo; siempre he enseñado en la sinagoga y en el Templo, adonde acuden todos los judíos; y nada he hablado en secreto. ¿Por qué me preguntas a mí? Pregunta a quienes han oído lo que les he dicho; ellos saben lo que he hablado».

Ante esta respuesta de Jesús, el rostro de Anás se encendió de furia e indignación. Un vil criado que estaba cerca lo advirtió y enseguida golpeó a nuestro Señor en el rostro con su guantelete de hierro, exclamando al mismo tiempo: «¿Así respondes al sumo sacerdote?».

La violencia del golpe estuvo a punto de derribar a Jesús, de modo que, cuando los guardias también lo insultaron y golpearon, cayó al suelo, y la sangre goteó de su rostro sobre el piso. Las risas, los insultos y las palabras hirientes resonaron por toda la sala.

Los arqueros lo levantaron de nuevo bruscamente, y él respondió con mansedumbre: «Si he hablado mal, da testimonio de lo que he dicho mal; pero si he hablado bien, ¿por qué me golpeas?»

Anás se enfureció aún más al ver la actitud serena de Jesús y, volviéndose hacia los testigos, les pidió que presentaran sus acusaciones. Todos comenzaron a hablar a la vez: «Se ha llamado a sí mismo rey; dice que Dios es su Padre; que los fariseos son una generación adúltera. Provoca levantamientos entre el pueblo; cura a los enfermos con la ayuda del diablo en sábado. Los habitantes de Ofel se reunieron a su alrededor hace poco y se dirigieron a él con los títulos de Salvador y Profeta. Se deja llamar Hijo de Dios; dice que ha sido enviado por Dios; predice la destrucción de Jerusalén.

No ayuna; come con pecadores, con paganos y con publicanos, y se relaciona con mujeres de mala reputación. Hace poco le dijo a un hombre que le dio agua para beber a las puertas de Ofel "que le daría el agua de la vida eterna, y que después de beberla no volvería a tener sed". Engaña al pueblo con palabras de doble sentido», etc., etc.

Todas estas acusaciones se gritaban al mismo tiempo; algunos testigos se colocaban delante de Jesús y lo insultaban con gestos de burla mientras hablaban, y los arqueros llegaron incluso a golpearlo, diciendo al mismo tiempo: «Habla, ¿por qué no respondes?».

Anás y sus partidarios añadían burlas a los insultos, exclamando en cada pausa de las acusaciones: «Así que esta es tu doctrina, ¿verdad? ¿Qué puedes responder a esto? Da tus órdenes, gran Rey; hombre enviado por Dios, da pruebas de tu misión».

«¿Quién eres? —continuó Anás, con un tono de desprecio hiriente—. ¿Quién te ha enviado? ¿Eres el hijo de un oscuro carpintero, o eres Elías, que fue llevado al cielo en un carro de fuego? Se dice que todavía vive, y me han dicho que puedes hacerte invisible cuando quieres. Quizá seas el profeta Malaquías, cuyas palabras citas con tanta frecuencia. Algunos dicen que su padre fue un ángel y que él también sigue vivo. Un impostor como tú no podría tener mejor oportunidad de engañar a la gente que haciéndose pasar por este profeta. Dime, sin más preámbulos, ¿a qué linaje de reyes perteneces?

Eres más grande que Salomón; al menos eso pretendes, e incluso esperas que te crean. Quédate tranquilo, ya no te negaré el título y el cetro que tan justamente te corresponden».

Anás pidió entonces una hoja de pergamino de aproximadamente una yarda de largo y seis pulgadas de ancho; en ella escribió una serie de palabras en letras grandes, y cada palabra expresaba una acusación distinta de las que se habían presentado contra nuestro Señor.

Después la enrolló, la metió en un pequeño tubo hueco, lo sujetó cuidadosamente al extremo de una caña y presentó esta caña a Jesús, diciendo al mismo tiempo, con una sonrisa de desprecio: «Aquí tienes el cetro de tu reino; contiene tus títulos, así como la relación de los honores que te corresponden y tu derecho al trono. Llévaselos al sumo sacerdote, para que reco-

nozca tu dignidad real y te trate como mereces. Aten las manos de este rey y llévenlo ante el sumo sacerdote».

Las manos de Jesús, que habían sido desatadas, fueron entonces atadas cruzadas sobre su pecho, de tal manera que lo obligaban a sostener el supuesto cetro que contenía las acusaciones de Anás, y fue conducido al tribunal de Caifás entre los silbidos, gritos y golpes que le prodigaba la brutal multitud.

La casa de Anás no estaba a más de trescientos pasos de la de Caifás; a ambos lados del camino había altos muros y casas de aspecto corriente, y el camino estaba iluminado por antorchas y faroles colocados sobre postes. Había numerosos judíos por allí, hablando con ira y agitación.

Los soldados apenas podían abrirse paso entre la multitud, y quienes se habían comportado de manera tan vergonzosa con Jesús en el tribunal de Anás continuaron sus insultos y malos tratos durante todo el trayecto hasta la casa de Caifás.

Vi a hombres armados del tribunal dar dinero a quienes peor trataban a Jesús, y los vi apartar a empujones a todos los que lo miraban con compasión. A los primeros se les permitió entrar en el tribunal de Caifás.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

7 — EL TRIBUNAL DE CAIFÁS

✦

Para entrar en el tribunal de Caifás había que atravesar un gran patio, que puede llamarse patio exterior; desde allí se pasaba a un patio interior que rodeaba todo el edificio. El edificio en sí era mucho más largo que ancho, y en la parte delantera había una especie de vestíbulo abierto, rodeado por tres lados de columnas de poca altura.

En el cuarto lado las columnas eran más altas, y detrás de ellas había una sala casi tan grande como el propio vestíbulo, donde los asientos de los miembros del Consejo estaban colocados sobre una especie de plataforma circular elevada sobre el nivel del suelo.

El asiento destinado al sumo sacerdote estaba más alto que los demás; el acusado que iba a ser juzgado permanecía de pie en el centro del semicírculo formado por los asientos. Los testigos y los acusadores se situaban junto al prisionero o detrás de él. Detrás de los asientos de los jueces había tres puertas que daban a otra estancia, también llena de asientos.

Esta sala se utilizaba para deliberar en secreto. Unas entradas situadas a la derecha y a la izquierda de esta sala daban al patio interior, que era redondo, como la parte trasera del edificio. Quienes salían de la sala por la puerta de la derecha veían, a la izquierda del patio, la puerta que conducía a una prisión subterránea excavada bajo la sala.

Allí había muchas prisiones subterráneas, y en una de ellas estuvieron encerrados Pedro y Juan durante una noche entera, cuando curaron al hom-

bre cojo en el Templo después de Pentecostés. Tanto la casa como los patios estaban llenos de antorchas y lámparas, que los iluminaban como si fuera de día.

En medio del pórtico ardía una gran hoguera, a cuyos lados había tubos huecos que servían de chimeneas para el humo, y alrededor de este fuego estaban de pie soldados, criados y testigos de la clase más baja que habían recibido sobornos para prestar falso testimonio.

También había allí algunas mujeres, cuya tarea era servir una especie de bebida roja a los soldados y cocer tortas, servicios por los que recibían una pequeña remuneración.

La mayoría de los jueces ya estaban sentados alrededor de Caifás; los demás llegaron poco después, y el pórtico estaba casi lleno de testigos verdaderos y falsos, mientras que muchas otras personas también intentaban entrar para satisfacer su curiosidad, pero se les impedía.

Pedro y Juan entraron en el patio exterior, vestidos de viajeros, poco antes de que llevaran a Jesús por allí, y Juan logró pasar al patio interior por medio de un criado al que conocía. La puerta se cerró inmediatamente detrás de él, de modo que Pedro, que venía un poco más atrás, quedó fuera.

Rogó a la criada que le abriera la puerta, pero ella rechazó tanto sus ruegos como los de Juan, y habría tenido que quedarse fuera si Nicodemo y José de Arimatea, que llegaron en ese momento, no lo hubieran llevado consigo.

Los dos apóstoles devolvieron entonces los mantos que habían tomado prestados y se situaron en un lugar desde donde podían ver a los jueces y

oír todo lo que ocurría.

Caifás estaba sentado en el centro de la plataforma elevada, y setenta miembros del Sanedrín se encontraban a su alrededor, mientras que los funcionarios públicos, los escribas y los ancianos permanecían de pie a ambos lados, y los falsos testigos detrás de ellos.

Había soldados apostados desde la base de la plataforma hasta la puerta del vestíbulo por la que debía entrar Jesús. El semblante de Caifás era sumamente solemne, pero su gravedad iba acompañada de señales inequívocas de ira contenida e intenciones siniestras.

Vestía un largo manto de color rojo apagado, bordado con flores y adornado con flecos dorados; estaba sujeto en los hombros y sobre el pecho, y además llevaba broches de oro en la parte delantera. Su tocado era alto y estaba adornado con cintas colgantes; los lados estaban abiertos y se parecía bastante a la mitra de un obispo.

Caifás llevaba algún tiempo esperando con sus partidarios del Gran Consejo, y estaba tan impaciente que se levantó varias veces, salió al patio exterior con sus magníficas vestiduras y preguntó con enojo si había llegado Jesús de Nazaret. Cuando vio que la comitiva se acercaba, volvió a su asiento.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

8 — JESÚS ANTE CAIFÁS

✦

Jesús fue conducido a través del patio, y la multitud lo recibió con gemidos y silbidos. Al pasar junto a Pedro y Juan, los miró, pero sin volver la cabeza, por temor a delatarlos. Apenas había llegado a la sala del consejo, Caifás exclamó en voz alta: «¡Así que por fin has venido, enemigo de Dios, blasfemo, que perturbas la paz de esta noche santa!». Enseguida abrieron y leyeron el tubo que contenía las acusaciones de Anás y que estaba sujeto al supuesto cetro que Jesús llevaba en las manos.

Caifás empleó las palabras más insultantes, y los arqueros volvieron a golpear y maltratar a nuestro Señor, gritando al mismo tiempo: «¡Responde de una vez! ¡Habla! ¿Eres mudo?».

Caifás, cuyo carácter era indescriptiblemente orgulloso y arrogante, se enfureció aún más que Anás y le hizo mil preguntas, una tras otra; pero Jesús permanecía ante él en silencio y con los ojos bajos. Los arqueros intentaban obligarlo a hablar a fuerza de golpes repetidos, y un niño malicioso le apretó los labios con el pulgar, diciéndole con burla que mordiera.

Entonces llamaron a los testigos. Los primeros eran personas de la clase más baja, cuyas acusaciones eran tan incoherentes y contradictorias como las presentadas ante el tribunal de Anás, y no se podía sacar nada en claro de ellas; por eso Caifás recurrió a los testigos principales, los fariseos y los saduceos, que se habían reunido de todas partes del país.

Intentaban hablar con calma, pero sus rostros y sus gestos delataban la envidia y el odio virulentos que les desbordaban el corazón, y repetían una y otra vez las mismas acusaciones, a las que él ya había respondido tantas veces: «Que curaba a los enfermos y expulsaba demonios con la ayuda de los demonios; que profanaba el sábado; que incitaba al pueblo a rebelarse; que llamaba a los fariseos raza de víboras y adúlteros; que predecía la destrucción de Jerusalén; que frecuentaba la compañía de publicanos y pecadores; que reunía al pueblo y se presentaba como rey, profeta e Hijo de Dios».

Declararon «que hablaba constantemente de su reino; que prohibía el divorcio; que se llamaba a sí mismo el Pan de Vida y decía que quien no comiera su carne y bebiera su sangre no tendría vida eterna».

Así tergiversaban e interpretaban mal las palabras que había pronunciado, las enseñanzas que había dado y las parábolas con las que había ilustrado sus enseñanzas, dándoles apariencia de delitos.

Pero estos testigos no podían ponerse de acuerdo en sus declaraciones, pues uno decía: «Se llama a sí mismo rey»; y un segundo lo contradecía enseguida, diciendo: «No, permite que otros lo llamen así; pero en cuanto intentaron proclamarlo, huyó».

Otro decía: «Se llama a sí mismo Hijo de Dios», pero un cuarto lo interrumpía exclamando: «No, solo se da el título de Hijo de Dios porque hace la voluntad de su Padre celestial». Algunos testigos afirmaron que los había curado, pero que sus enfermedades habían vuelto y que sus supuestas curaciones solo se realizaban mediante magia.

También hablaron de la curación del paralítico en la piscina de Betsaida, pero tergiversaron los hechos para darles apariencia de delitos, e incluso en estas acusaciones no podían ponerse de acuerdo y se contradecían unos a otros.

Los fariseos de Séforis, con quienes en cierta ocasión había discutido sobre el divorcio, lo acusaron de enseñar falsas doctrinas, y un joven de Nazaret, a quien no había permitido convertirse en uno de sus discípulos, también tuvo la bajeza de testificar contra él.

Resultó absolutamente imposible probar un solo hecho, y parecía que los testigos se presentaban con el único propósito de insultar a Jesús, más que de demostrar la verdad de sus afirmaciones. Mientras discutían entre sí, Caifás y algunos de los otros miembros del Consejo se dedicaron a interrogar a Jesús y a burlarse de sus respuestas.

«¿Qué clase de rey eres? ¡Da pruebas de tu poder! ¡Llama a las legiones de ángeles de las que hablaste en el Huerto de los Olivos! ¿Qué has hecho con el dinero que te dieron las viudas y otros ingenuos a quienes sedujiste con tus falsas doctrinas? Responde de una vez: habla, ¿eres mudo? Habrías sido mucho más sensato si hubieras guardado silencio en medio de la multitud insensata: allí hablaste demasiado».

Todas estas preguntas iban acompañadas de golpes de los criados de menor rango de los miembros del tribunal, y, si nuestro Señor no hubiera recibido ayuda de lo alto, no habría podido sobrevivir a semejante trato.

Algunos de los testigos más viles intentaron demostrar que era hijo ilegítimo; pero otros declararon que su madre era una Virgen piadosa, vincu-

lada al Templo, y que después la habían visto desposada con un hombre temeroso de Dios. Los testigos reprochaban a Jesús y a sus discípulos no haber ofrecido sacrificios en el Templo.

Es cierto que nunca vi a Jesús ni a sus discípulos ofrecer ningún sacrificio en el Templo, salvo el cordero pascual; pero José y Ana acostumbraban ofrecer con frecuencia, durante su vida, sacrificios por el Niño Jesús. Sin embargo, incluso esta acusación era pueril, pues los esenios nunca ofrecían sacrificios, y nadie los tenía en menor estima por no hacerlo.

Los enemigos de Jesús seguían acusándolo de ser un hechicero, y Caifás afirmó varias veces que la confusión en las declaraciones de los testigos se debía únicamente a la brujería.

Algunos decían que había comido el cordero pascual el día anterior, lo cual era contrario a la ley, y que el año anterior había introducido diversas modificaciones en la manera de celebrar esta ceremonia.

Pero los testigos se contradecían hasta tal punto que Caifás y sus partidarios comprobaron, con enorme disgusto e ira, que no se podía demostrar realmente ni una sola acusación. Llamaron a Nicodemo y a José de Arimatea y les ordenaron explicar cómo habían permitido que comiera la Pascua en un día equivocado, en una sala que les pertenecía.

Ellos demostraron, mediante documentos antiguos, que desde tiempo inmemorial se había permitido a los galileos comer la Pascua un día antes que el resto de los judíos. Añadieron que todas las demás partes de la ceremonia se habían realizado conforme a las instrucciones de la ley, y que en la cena habían estado presentes personas vinculadas al Templo.

Esto dejó a los testigos completamente desconcertados, y Nicodemo aumentó la ira de los enemigos de Jesús al señalar los pasajes de los archivos que demostraban el derecho de los galileos y explicaban la razón por la que se había concedido este privilegio.

La razón era esta: los sacrificios no habrían terminado antes del sábado si las inmensas multitudes que se congregaban con ese fin hubieran estado obligadas a realizar la ceremonia el mismo día; y, aunque los galileos no siempre habían hecho uso de este derecho, Nicodemo demostró su existencia de manera indiscutible.

La ira de los fariseos aumentó cuando señaló que los miembros del Consejo tenían motivos para sentirse profundamente ofendidos por las graves contradicciones de las declaraciones de los testigos, y que la manera extraordinaria y apresurada en que se había llevado todo el asunto demostraba que la malicia y la envidia eran los únicos motivos que impulsaban a los acusadores y los llevaban a presentar el caso en un momento en que todos estaban ocupados con los preparativos de la fiesta más solemne del año.

Miraron furiosamente a Nicodemo y no pudieron responder, pero siguieron interrogando a los testigos de una manera aún más precipitada e imprudente. Por fin se presentaron dos testigos que dijeron: «Este hombre dijo: "Destruiré este Templo hecho por manos humanas y, en tres días, construiré otro que no esté hecho por manos humanas"».

No obstante, ni siquiera estos testigos coincidían en sus declaraciones, pues uno decía que el acusado quería construir un Templo nuevo y que había comido la Pascua en un lugar poco habitual porque deseaba la destrucción del antiguo Templo; pero el otro decía: «No es así: el edificio donde

comió la Pascua fue construido por manos humanas; por lo tanto, no podía referirse a él».

⁂

La ira de Caifás era indescriptible, pues el trato cruel que Jesús había sufrido, su divina paciencia y las contradicciones de los testigos empezaban a causar una profunda impresión en muchos de los presentes. Se oyeron algunos silbidos, y algunos corazones estaban tan conmovidos que no podían acallar la voz de su conciencia.

Diez soldados abandonaron el patio con el pretexto de sentirse indispuestos, pero en realidad estaban vencidos por sus emociones. Al pasar junto al lugar donde se encontraban Pedro y Juan, exclamaron: «El silencio de Jesús de Nazaret en medio de un trato tan cruel es sobrehumano: derretiría un corazón de hierro. Lo asombroso es que la tierra no se abra y se trague a unos malvados como deben de ser sus acusadores. Pero dígannos, ¿adónde debemos ir?».

Los dos Apóstoles, o bien desconfiaban de los soldados y pensaban que solo buscaban delatarlos, o bien temían ser reconocidos por quienes los rodeaban y denunciados como discípulos de Jesús, pues solo respondieron con tono melancólico: «Si la verdad los llama, síganla, y todo se arreglará por sí solo».

Los soldados salieron inmediatamente de la sala y poco después abandonaron Jerusalén. En las afueras de la ciudad encontraron a unas personas que les indicaron el camino a las cavernas situadas al sur de Jerusalén, al otro lado del monte Sion, donde se habían refugiado muchos de los Apóstoles.

Estos se alarmaron al principio al ver entrar a unos desconocidos en su escondite; pero los soldados disiparon pronto todo temor y les contaron los sufrimientos de Jesús.

El ánimo de Caifás, que ya estaba alterado, se llenó de furia ante las declaraciones contradictorias de los dos últimos testigos y, levantándose de su asiento, se acercó a Jesús y dijo: «¿No respondes nada a lo que estos testifican contra ti?».

Jesús no levantó la cabeza ni miró al sumo sacerdote, lo cual aumentó al máximo la ira de este. Al advertirlo, los arqueros agarraron a nuestro Señor por el cabello, le echaron la cabeza hacia atrás y le dieron golpes debajo de la barbilla; pero él seguía con los ojos bajos. Caifás levantó las manos y exclamó con tono furioso: «¡Te conjuro por el Dios vivo a que nos digas si eres el Cristo, el Mesías, el Hijo del Dios vivo!».

Siguió una pausa breve y solemne. Entonces Jesús respondió con voz majestuosa y sobrehumana: «Tú lo has dicho. No obstante, les digo que de ahora en adelante verán al Hijo del Hombre sentado a la derecha del poder de Dios y viniendo sobre las nubes del Cielo».

Mientras Jesús pronunciaba estas palabras, me pareció que una luz brillante lo rodeaba; el Cielo se abrió sobre su cabeza; vi al Padre Eterno, pero ninguna pluma humana puede describir la visión intuitiva que entonces me fue concedida de él. Vi también a los ángeles y las oraciones de los justos que ascendían al trono de Dios.

En aquel mismo momento percibí el abismo abierto del infierno como un meteoro de fuego a los pies de Caifás; estaba lleno de demonios horribles, y

solo una fina gasa parecía separarlo de sus oscuras llamas. Podía ver la furia demoníaca que desbordaba su corazón, y toda la casa me parecía un infierno.

En el momento en que nuestro Señor pronunció las solemnes palabras: «Yo soy el Cristo, el Hijo del Dios vivo», el infierno pareció estremecerse de un extremo al otro y luego, por así decirlo, desbordarse e inundar a todas las personas de la casa de Caifás con sentimientos de odio redoblado hacia nuestro Señor.

Estas cosas siempre se me muestran bajo la apariencia de algún objeto material, lo que las hace menos difíciles de comprender y las graba en la mente de manera más clara y poderosa, porque, siendo nosotros mismos seres materiales, los hechos se nos ilustran más fácilmente si se manifiestan a través de los sentidos.

La desesperación y la furia que estas palabras produjeron en el infierno se me mostraron bajo la apariencia de mil figuras aterradoras en distintos lugares. Recuerdo haber visto, entre otras cosas espantosas, varios pequeños seres negros, parecidos a perros con garras, que caminaban sobre las patas traseras; en aquel momento sabía qué clase de maldad indicaba esta aparición, pero ahora no puedo recordarlo.

Vi a estos horribles fantasmas entrar en los cuerpos de la mayor parte de los presentes, o bien colocarse sobre sus cabezas u hombros. También vi en aquel momento espectros espantosos salir de los sepulcros al otro lado de Sion; creo que eran espíritus malignos.

Cerca del Templo vi muchas otras apariciones que parecían prisioneros cargados de cadenas: no sé si eran demonios o almas condenadas a permanecer en alguna parte determinada de la tierra, y que entonces se dirigían al Limbo, que la condena a muerte de nuestro Señor les había abierto.

Es sumamente difícil explicar estos hechos, por temor a escandalizar a quienes no tienen conocimiento de tales cosas; pero las personas que los ven los sienten, y a menudo hacen que se les erice el cabello. Creo que Juan vio algunas de estas apariciones, pues después lo oí hablar de ellas. Todos aquellos cuyos corazones no estaban corrompidos de raíz sintieron un terror inmenso ante estos acontecimientos, pero los de corazón endurecido solo sintieron aumentar su odio y su ira contra nuestro Señor.

Entonces Caifás se levantó y, impulsado por Satanás, tomó el extremo de su manto, lo perforó con su cuchillo y lo rasgó de un extremo al otro, exclamando al mismo tiempo en voz alta: «¡Ha blasfemado! ¿Qué necesidad tenemos ya de testigos? Ahora han oído la blasfemia: ¿qué les parece?». Todos los que estaban presentes se levantaron y exclamaron con asombrosa maldad: «¡Merece la muerte!».

Durante toda esta escena espantosa, los demonios se encontraban en un estado de tremenda agitación; parecían haberse apoderado por completo, no solo de los enemigos de Jesús, sino también de sus partidarios y cobardes seguidores.

Me parecía que los poderes de las tinieblas proclamaban su triunfo sobre la luz, y los pocos espectadores cuyos corazones aún conservaban un destello de luz se llenaron de tal consternación que, cubriéndose la cabeza, se marcharon enseguida.

Los testigos que pertenecían a las clases altas estaban menos endurecidos que los demás; sus conciencias estaban atormentadas por el remordimiento y, siguiendo el ejemplo de las personas antes mencionadas, salieron de la sala lo más rápido posible, mientras los restantes se agolpaban alrededor del fuego en el vestíbulo y comían y bebían después de recibir el pago completo por sus servicios.

El sumo sacerdote se dirigió entonces a los arqueros y dijo: «Entrego a este rey en sus manos; rindan al blasfemo los honores que le corresponden». Después de estas palabras se retiró con los miembros de su Consejo a la sala redonda situada detrás del tribunal, que no se podía ver desde el vestíbulo.

En medio de la amarga aflicción que inundaba el corazón de Juan, sus pensamientos estaban con la Madre de Jesús; temía que la terrible noticia de la condena de su Hijo le fuera comunicada súbitamente, o que quizá algún enemigo se la diera de manera despiadada.

Por eso miró a Jesús y, diciendo en voz baja: «Señor, tú sabes por qué te dejo», se marchó deprisa en busca de la Santísima Virgen, como si el propio Jesús lo hubiera enviado.

Pedro estaba abrumado por la angustia y el dolor que, unidos al cansancio, le hacían sentir escalofríos; por eso, como la mañana era fría, se acercó al fuego donde muchas personas del pueblo se calentaban. Hizo todo lo posible por ocultar su pena en presencia de ellas, pues no se decidía a volver a casa y dejar a su amado Maestro.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

9 — LOS INSULTOS RECIBIDOS POR JESÚS EN EL TRIBUNAL DE CAIFÁS

✦

Apenas Caifás y los demás miembros del Consejo abandonaron el tribunal, una multitud de malvados —la escoria misma del pueblo— rodeó a Jesús como un enjambre de avispas enfurecidas y comenzó a colmarlo de todos los insultos imaginables.

Incluso durante el juicio, mientras hablaban los testigos, los arqueros y algunos otros no pudieron contener sus crueles inclinaciones, sino que le arrancaron mechones de cabello y barba, le escupieron, le dieron puñetazos, lo hirieron con palos de punta afilada y hasta le clavaron agujas en el cuerpo; pero cuando Caifás salió de la sala, su barbarie no tuvo límites.

Primero le pusieron en la cabeza una corona hecha de paja y corteza de árboles, y luego se la quitaron, saludándolo al mismo tiempo con expresiones insultantes como estas: 'He aquí al Hijo de David llevando la corona de su padre'. 'Aquí hay uno más grande que Salomón; este es el rey que prepara un banquete de bodas para su hijo'.

Así se burlaban de aquellas verdades eternas que él había enseñado mediante parábolas a quienes había venido del cielo a salvar; y mientras repetían estas palabras de burla, seguían golpeándolo con los puños y con palos, y escupiéndole en el rostro.

Después le pusieron una corona de juncos en la cabeza, le quitaron la túnica y el escapulario, y le echaron sobre los hombros un manto viejo y roto

que apenas le llegaba a las rodillas; alrededor del cuello le colgaron una larga cadena de hierro, con un aro de hierro en cada extremo, cubiertos de puntas afiladas que le magullaban y desgarraban las rodillas al caminar.

Volvieron a atarle los brazos, le pusieron una caña en la mano y cubrieron de saliva su divino rostro. Ya le habían arrojado toda clase de inmundicias sobre el cabello, así como sobre el pecho y el viejo manto. Le vendaron los ojos con un trapo sucio y lo golpearon, gritando al mismo tiempo: '¡Profetízanos, Cristo! ¿Quién te ha golpeado?'. Él no respondió una sola palabra, sino que suspiraba y oraba interiormente por ellos.

Después de muchos otros insultos, agarraron la cadena que le colgaba del cuello, lo arrastraron hacia la habitación a la que se había retirado el Consejo y lo obligaron a entrar a golpes de palo, vociferando al mismo tiempo: '¡Adelante, Rey de Paja! Preséntate ante el Consejo con las insignias de los honores reales que te hemos rendido'.

Un numeroso grupo de consejeros, con Caifás a la cabeza, seguía en la habitación, y contemplaban con deleite y aprobación la vergonzosa escena que se desarrollaba, viendo con placer cómo se convertían en burla las ceremonias más sagradas. Los despiadados guardias lo cubrieron de barro y saliva y, con fingida solemnidad, exclamaron: 'Recibe la unción profética, la unción real'.

Luego parodiaron impíamente las ceremonias bautismales y el piadoso acto de Magdalena al vaciar el vaso de perfume sobre su cabeza. '¿Cómo te atreves —exclamaron— a presentarte ante el Consejo en semejante estado? Tú purificas a otros y tú mismo no estás limpio; pero pronto te purificaremos'.

Trajeron una palangana de agua sucia, que le vertieron sobre el rostro y los hombros, mientras doblaban las rodillas ante él y exclamaban: 'He aquí tu preciosa unción, he aquí el nardo que vale trescientos denarios; has sido bautizado en la piscina de Betsaida'.

Con esto pretendían ridiculizar el acto de respeto y veneración de Magdalena cuando derramó el precioso ungüento sobre su cabeza en casa del fariseo.

Con sus palabras burlonas acerca de su bautismo en la piscina de Betsaida, señalaban, aunque sin quererlo, la semejanza entre Jesús y el cordero pascual, pues los corderos eran lavados primero en el estanque cercano a la puerta Probática y luego llevados a la piscina de Betsaida, donde recibían otra purificación antes de ser conducidos al Templo para ser sacrificados. Los enemigos de Jesús también aludían al hombre que llevaba treinta y ocho años enfermo y que fue curado por Jesús en la piscina de Betsaida; pues vi a este hombre ser lavado o bautizado allí; digo lavado o bautizado porque no recuerdo exactamente las circunstancias.

Luego arrastraron a Jesús por la habitación, ante todos los miembros del Consejo, que seguían dirigiéndole reproches e insultos. Todos los rostros parecían diabólicos y enfurecidos, y todo alrededor era oscuridad, confusión y espanto. Nuestro Señor, por el contrario, desde el momento en que se declaró Hijo de Dios, estuvo por lo general rodeado de un halo de luz.

Muchos de los presentes parecían tener una vaga conciencia de este hecho y llenarse de consternación al percibir que ni los ultrajes ni las ignominias podían alterar la expresión majestuosa de su rostro.

El halo que resplandecía alrededor de Jesús desde el momento en que se declaró el Cristo, el Hijo del Dios vivo, solo servía para incitar a sus enemigos a una furia mayor; sin embargo, era tan resplandeciente que no podían mirarlo, y creo que su intención al echarle el trapo sucio sobre la cabeza era atenuar su brillo.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

10 — LA NEGACIÓN DE SAN PEDRO

✦

En el momento en que Jesús pronunció las palabras: 'Tú lo has dicho', y el sumo sacerdote rasgó su vestidura, toda la sala resonó con gritos tumultuosos. Pedro y Juan, que habían sufrido intensamente durante la escena que acababa de desarrollarse y que se habían visto obligados a presenciar en silencio, no pudieron soportar por más tiempo aquel espectáculo.

Por eso Pedro se levantó para salir de la sala, y Juan lo siguió poco después. Este último fue a ver a la Santísima Virgen, que estaba en casa de Marta con las santas mujeres, pero el amor de Pedro por Jesús era tan grande que no podía decidirse a abandonarlo; sentía que el corazón le estallaba y lloraba amargamente, aunque se esforzaba por contener y ocultar sus lágrimas.

Le era imposible permanecer en el tribunal, pues su profunda emoción al ver los sufrimientos de su amado Maestro lo habría delatado; por eso salió al vestíbulo y se acercó al fuego, alrededor del cual estaban sentados soldados y gente del pueblo, hablando de los sufrimientos de Jesús de la manera más cruel y repugnante, y contando todo lo que ellos mismos le habían hecho.

Pedro guardaba silencio, pero su silencio y su actitud abatida despertaron las sospechas de los presentes. En medio de la conversación, la portera se acercó al fuego, miró con descaro a Pedro y dijo: 'Tú también estabas con Jesús el Galileo'.

Estas palabras sobresaltaron y alarmaron a Pedro; tembló al pensar en lo que podría suceder si reconocía la verdad ante sus brutales compañeros, y por eso respondió rápidamente: 'Mujer, no lo conozco', se levantó y salió del vestíbulo. En ese momento cantó el gallo en algún lugar de las afueras de la ciudad. No recuerdo haberlo oído, pero sentí que estaba cantando.

Mientras salía, otra criada lo miró y dijo a quienes estaban con ella: 'Este hombre también estaba con él', y las personas a las que se dirigía preguntaron inmediatamente a Pedro si aquellas palabras eran ciertas, diciendo: '¿No eres tú uno de los discípulos de ese hombre?'.

Pedro se alarmó aún más que antes y repitió su negación con estas palabras: 'No lo soy; no conozco a ese hombre'.

Salió del patio interior y entró en el patio exterior; iba llorando, y su angustia y su dolor eran tan grandes que no reflexionó en absoluto sobre las palabras que acababa de pronunciar. El patio exterior estaba lleno de gente, y algunos habían subido a lo alto del muro para escuchar lo que sucedía en el patio interior, al que les estaba prohibido entrar.

También estaban allí algunos discípulos, pues su preocupación por Jesús era tan grande que no podían decidirse a permanecer escondidos en las cuevas de Hinón. Se acercaron a Pedro y, entre muchas lágrimas, le preguntaron por su amado Maestro, pero él estaba tan abatido y temía tanto delatarse que les recomendó brevemente que se marcharan, pues era peligroso quedarse, y los dejó de inmediato.

Él siguió entregándose a su intenso dolor, mientras ellos se apresuraban a salir de la ciudad. Entre estos discípulos, que eran unos dieciséis, reconocí a

Bartolomé, Natanael, Saturnino, Judas Barsabás, Simón, que después fue obispo de Jerusalén, Zaqueo y Manahem, el hombre que había nacido ciego y fue curado por nuestro Señor.

Pedro no encontraba sosiego en ninguna parte, y su amor por Jesús lo impulsó a volver al patio interior, al que se le permitió entrar porque José de Arimatea y Nicodemo lo habían hecho entrar la primera vez.

No volvió a entrar en el vestíbulo, sino que giró a la derecha y se dirigió hacia la sala circular que estaba detrás del tribunal, donde Jesús sufría todos los insultos e ignominias posibles a manos de sus crueles enemigos.

Pedro se acercó tímidamente a la puerta y, aunque era plenamente consciente de que todos los presentes sospechaban que era partidario de Jesús, no pudo quedarse fuera; su amor por el Maestro lo impulsó a seguir adelante; entró en la sala, avanzó y pronto se encontró en medio de la brutal multitud que deleitaba sus crueles ojos con los sufrimientos de Jesús.

En aquel momento lo arrastraban de un lado a otro de manera ignominiosa, con la corona de paja sobre la cabeza; él dirigió a Pedro una mirada triste e incluso severa que le atravesó el corazón, pero como Pedro seguía muy asustado y en ese momento oyó a algunos de los presentes exclamar: '¿Quién es ese hombre?', volvió a salir al patio y, al ver que las personas del vestíbulo lo observaban, se acercó al fuego y permaneció ante él durante algún tiempo.

Varias personas que habían observado su rostro angustiado y turbado comenzaron a hablar de Jesús con palabras injuriosas, y una de ellas le dijo:

'Tú también eres uno de sus discípulos; tú también eres galileo; tu misma manera de hablar te delata'.

Pedro se levantó con intención de salir de la sala, cuando un hermano de Malco se acercó a él y le dijo: '¿No te vi en el huerto con él? ¿No le cortaste la oreja a mi hermano?'.

Pedro estaba casi fuera de sí por el terror; comenzó a maldecir y a jurar 'que no conocía a ese hombre', y salió corriendo del vestíbulo al patio exterior; entonces el gallo volvió a cantar, y Jesús, que en ese momento era conducido a través del patio, dirigió a su apóstol una mirada en la que se mezclaban la compasión y el dolor.

Esta mirada de nuestro Señor atravesó el corazón de Pedro y le recordó, de la manera más intensa y terrible, las palabras que nuestro Señor le había dirigido la noche anterior: 'Antes de que el gallo cante dos veces, me negarás tres veces'.

Había olvidado todas sus promesas y afirmaciones a nuestro Señor de que moriría antes que negarlo; había olvidado la advertencia que nuestro Señor le había hecho; pero cuando Jesús lo miró, sintió la enormidad de su falta, y el corazón estuvo a punto de estallarle de dolor.

Había negado a su Señor cuando aquel amado Maestro era ultrajado, insultado y entregado en manos de jueces injustos, cuando lo sufría todo con paciencia y en silencio.

Su remordimiento era indescriptible; volvió al patio exterior, se cubrió el rostro y lloró amargamente; todo temor a ser reconocido había desapare-

cido; estaba dispuesto a proclamar ante el universo entero tanto su falta como su arrepentimiento.

¿Qué hombre se atreverá a afirmar que habría mostrado más valor que Pedro si, con su temperamento impetuoso y ardiente, se viera expuesto a semejantes peligros, angustias y dolores, y además en un momento en que se hallaba enteramente abatido entre el miedo y la pena, y agotado por los sufrimientos de aquella triste noche? Nuestro Señor dejó a Pedro a sus propias fuerzas, y él fue débil, como todos los que olvidan las palabras: 'Velen y oren para no caer en la tentación'.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

11 — MARÍA EN LA CASA DE CAIFÁS

✦

La Santísima Virgen estaba siempre unida a su Divino Hijo por comunicaciones espirituales interiores; por eso, conocía plenamente todo lo que le sucedía: sufría con él y se unía a su continua oración por sus asesinos.

Pero sus sentimientos maternales la impulsaban a suplicar a Dios Todopoderoso con el mayor fervor que no permitiera que el crimen se consumara y que salvara a su Hijo de tan espantosos tormentos.

Deseaba ardientemente volver a su lado; y cuando Juan, que había abandonado el tribunal en el momento en que se alzó el terrible grito: «Es reo de muerte», llegó a la casa de Lázaro para saber cómo estaba ella y contarle los detalles de la espantosa escena que acababa de presenciar, ella, al igual que Magdalena y algunas de las otras santas mujeres, rogó que la llevaran al lugar donde Jesús estaba sufriendo.

Juan, que solo había dejado a nuestro Salvador para consolar a aquella a quien más amaba después de su Divino Maestro, accedió de inmediato a su petición y las condujo por las calles, iluminadas únicamente por la luna y llenas de personas que se apresuraban a volver a sus casas.

Las santas mujeres iban bien cubiertas con sus velos; pero los sollozos que no podían contener hicieron que muchos de los que pasaban repararan en ellas, y los insultos contra Jesús que oían de quienes conversaban sobre su arresto les desgarraban el alma.

La Santísima Virgen, que contemplaba siempre en espíritu el trato humillante que recibía su amado Hijo, seguía «guardando todas estas cosas en su corazón»; como él, sufría en silencio, pero más de una vez perdió por completo el conocimiento.

Algunos discípulos de Jesús que regresaban de la sala de Caifás la vieron desfallecida en brazos de las santas mujeres y, movidos por la piedad, se detuvieron a mirarla con compasión y la saludaron con estas palabras: «¡Salve, Madre desdichada! ¡Salve, Madre del Santísimo de Israel, la más afligida de todas las madres!». María levantó la cabeza, les dio las gracias con gratitud y continuó su triste camino.

Cuando estaban cerca de la casa de Caifás, su dolor se renovó al ver a un grupo de hombres que trabajaban afanosamente bajo una tienda, preparando la cruz para la crucifixión de nuestro Señor.

Los enemigos de Jesús habían dado órdenes de que la cruz se preparara inmediatamente después de su arresto, para poder ejecutar sin demora la sentencia que esperaban persuadir a Pilato de que dictara contra él.

Los romanos ya habían preparado las cruces de los dos ladrones, y los obreros que estaban haciendo la de Jesús se sentían muy molestos por verse obligados a trabajar en ella durante la noche; no intentaban ocultar su ira y proferían los más espantosos juramentos y maldiciones, que traspasaban de parte a parte el corazón de la tierna Madre de Jesús; pero ella rezaba por aquellas criaturas ciegas que, sin saberlo, blasfemaban así contra el Salvador que estaba a punto de morir por su salvación, y preparaban la cruz para su cruel ejecución.

María, Juan y las santas mujeres atravesaron el patio exterior de la casa de Caifás. Se detuvieron bajo el arco de una puerta que daba al patio interior. El corazón de María estaba con su Divino Hijo, y deseaba con el mayor fervor que aquella puerta se abriera para tener de nuevo la oportunidad de verlo, pues sabía que solo ella la separaba de la prisión donde estaba encerrado.

Por fin se abrió la puerta y Pedro salió precipitadamente, con el rostro cubierto por el manto, retorciéndose las manos y llorando amargamente. A la luz de las antorchas reconoció enseguida a Juan y a la Santísima Virgen, pero verlos no hizo más que renovar aquellos terribles sentimientos de remordimiento que la mirada de Jesús había despertado en su pecho.

María se acercó a él al instante y dijo: «Simón, dime, te lo ruego, ¿qué ha sido de Jesús, mi Hijo?». Estas palabras le traspasaron el corazón; ni siquiera podía mirarla, sino que se volvió y se retorció de nuevo las manos. María se acercó más a él y dijo con voz temblorosa de emoción: «Simón, hijo de Juan, ¿por qué no me respondes?».

«¡Madre! —exclamó Pedro con tono abatido—. ¡Oh, Madre, no me hables! Tu Hijo está sufriendo más de lo que las palabras pueden expresar. ¡No me hables! Lo han condenado a muerte, y yo lo he negado tres veces».

Juan se acercó para hacer algunas preguntas más, pero Pedro salió corriendo del patio como fuera de sí y no se detuvo ni un solo instante hasta llegar a la cueva del monte de los Olivos, aquella cueva en cuyas piedras había quedado milagrosamente la huella de las manos de nuestro Salvador. Creo que es la cueva en la que Adán se refugió para llorar después de su caída.

La Santísima Virgen sintió un dolor inexpresable al enterarse de la nueva herida infligida al corazón amoroso de su Divino Hijo: el dolor de oírse negado por aquel discípulo que había sido el primero en reconocerlo como Hijo del Dios vivo. No pudo sostenerse y cayó sobre la piedra del umbral, en la que la huella de sus pies y de sus manos permanece hasta el día de hoy.

He visto esas piedras, que se conservan en algún lugar, pero en este momento no puedo recordar dónde. La puerta no volvió a cerrarse, pues la multitud se estaba dispersando, y cuando la Santísima Virgen recobró el conocimiento, rogó que la llevaran a algún lugar lo más cercano posible a su Divino Hijo.

Por eso, Juan la condujo, junto con las santas mujeres, hasta delante de la prisión donde Jesús estaba encerrado. María estaba con Jesús en espíritu, y Jesús estaba con ella; pero esta Madre amorosa deseaba oír con sus propios oídos la voz de su Divino Hijo. Escuchó y oyó no solo sus gemidos, sino también los insultos de quienes lo rodeaban.

A las santas mujeres les resultaba imposible permanecer más tiempo en el patio sin llamar la atención. El dolor de Magdalena era tan intenso que no podía ocultarlo; y aunque la Santísima Virgen, por una gracia especial de Dios Todopoderoso, mantenía un aspecto sereno y digno en medio de sus sufrimientos, también ella fue reconocida y oyó palabras crueles como estas: «¿No es esa la Madre del Galileo? Sin duda ejecutarán a su Hijo, pero no antes de la fiesta, a menos, claro está, que sea el mayor de los criminales».

La Santísima Virgen salió del patio y se acercó al hogar del vestíbulo, donde aún permanecían algunas personas. Cuando llegó al lugar donde Jesús había dicho que era el Hijo de Dios y los judíos malvados habían gritado: «Es reo de muerte», volvió a desmayarse, y Juan y las santas mujeres se la llevaron, con un aspecto más parecido al de un cadáver que al de una persona viva.

Los presentes no dijeron una palabra; parecían sobrecogidos de asombro, y en aquel vestíbulo reinó un silencio como el que podría haber producido en el infierno el paso de un ser celestial.

Las santas mujeres pasaron de nuevo por el lugar donde se estaba preparando la cruz; los obreros parecían encontrar tantas dificultades para terminarla como las que habían encontrado los jueces para pronunciar la sentencia, y se veían obligados a ir a buscar más madera a cada momento, pues algunos trozos no encajaban y otros se partían; esto continuó hasta que las distintas clases de madera quedaron colocadas en la cruz conforme a los designios de la Divina Providencia. Vi ángeles que obligaban a estos hombres a comenzar de nuevo su trabajo y que no los dejaban descansar hasta que todo estuviera hecho debidamente; pero mi recuerdo de esta visión es impreciso.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

12 — JESÚS ENCERRADO EN LA PRISIÓN SUBTERRÁNEA

✦

Los judíos, después de haber agotado por completo su barbarie, encerraron a Jesús en una pequeña prisión abovedada, cuyos restos subsisten hasta el día de hoy. Solo dos de los arqueros permanecieron con él, y pronto fueron reemplazados por otros dos. Seguía vestido con el viejo manto sucio y cubierto de los escupitajos y demás inmundicias que le habían arrojado encima; pues no le habían permitido volver a ponerse su propia ropa, sino que le mantenían las manos fuertemente atadas.

Cuando nuestro Señor entró en esta prisión, rogó con el mayor fervor a su Padre celestial que aceptara todo lo que ya había sufrido y todo lo que estaba a punto de sufrir como sacrificio expiatorio, no solo por sus verdugos, sino también por todos los que, en los siglos venideros, tuvieran que sufrir tormentos como los que él iba a soportar y se vieran tentados a la impaciencia o a la ira.

Los enemigos de nuestro Señor no le concedieron un momento de descanso, ni siquiera en esta lúgubre prisión, sino que lo ataron a una columna que se alzaba en el centro y no le permitieron apoyarse en ella, aunque estaba tan agotado por los malos tratos, el peso de sus cadenas y sus numerosas caídas, que apenas podía sostenerse sobre sus pies hinchados y desgarrados. No dejaron de insultarlo ni un solo momento; y cuando los primeros se cansaban, otros los reemplazaban.

Es del todo imposible describir cuanto sufrió el Santo de los Santos a manos de aquellos seres sin corazón; pues lo que veía me afectó tanto que llegué a enfermar de verdad y sentí que no podría sobrevivir a ello.

En verdad, deberíamos avergonzarnos de esa debilidad y sensibilidad que nos impiden escuchar con serenidad las descripciones, o hablar sin repugnancia, de aquellos sufrimientos que nuestro Señor soportó con tanta calma y paciencia por nuestra salvación.

El horror que sentimos es tan grande como el de un asesino obligado a poner las manos sobre la herida que él mismo ha causado a su víctima. Jesús lo soportó todo sin abrir la boca; y fue el hombre, el hombre pecador, quien perpetró todos estos ultrajes contra quien era a la vez su Hermano, su Redentor y su Dios.

Yo también soy una gran pecadora, y mis pecados causan estos sufrimientos. En el día del juicio, cuando se manifiesten las cosas más ocultas, veremos la parte que hemos tenido en los tormentos sufridos por el Hijo de Dios; veremos hasta qué punto los hemos causado con los pecados que cometemos tan a menudo, y que son, en realidad, una especie de consentimiento y de participación por nuestra parte en las torturas que los crueles enemigos de Jesús le infligieron.

Si, ¡ay!, reflexionáramos seriamente sobre esto, repetiríamos con mucho mayor fervor las palabras que encontramos tan a menudo en los libros de oración: «Señor, concédeme morir antes que volver a ofenderte voluntariamente con el pecado».

Jesús continuó orando por sus enemigos, y ellos, cansados por fin, lo dejaron en paz durante un breve tiempo; entonces él se apoyó en la columna para descansar y una luz resplandeciente brilló a su alrededor.

Comenzaba a despuntar el día, el día de su Pasión, de nuestra Redención, y un tenue rayo que penetraba por el estrecho respiradero de la prisión cayó sobre el santo e inmaculado Cordero, que había tomado sobre sí los pecados del mundo.

Jesús se volvió hacia el rayo de luz, levantó las manos atadas y, de la manera más conmovedora, dio gracias a su Padre celestial por el amanecer de aquel día, tan largamente deseado por los profetas, y por el cual él mismo había suspirado con tanto ardor desde el momento de su nacimiento en la tierra, y acerca del cual había dicho a sus discípulos: «Tengo un bautismo con el que he de ser bautizado, ¡y qué angustia siento hasta que se cumpla!».

Yo oré con él; pero no puedo reproducir las palabras de su oración, pues me sentía completamente abrumada y conmovida al oírlo dar gracias a su Padre por los terribles sufrimientos que ya había soportado por mí y por los aún mayores que estaba a punto de soportar.

Solo podía repetir una y otra vez, con el mayor fervor: «Señor, te lo suplico, dame estos sufrimientos: me pertenecen: los he merecido como castigo por mis pecados».

Me sentía completamente desbordada de amor y compasión al verlo acoger así el primer amanecer del gran día de su Sacrificio, y aquel rayo de luz que penetraba en su prisión podía, en verdad, compararse con la visita de

un juez que desea reconciliarse con un criminal antes de que se ejecute la sentencia de muerte que ha pronunciado contra él.

Los arqueros, que dormitaban, se despertaron por un momento y lo miraron con sorpresa: no dijeron nada, pero parecían algo asombrados y asustados. Nuestro divino Señor estuvo encerrado en esta prisión una hora, aproximadamente.

Mientras Jesús estaba en esta mazmorra, Judas, que había estado vagando de un lado a otro por el valle de Hinón como un loco, dirigió sus pasos hacia la casa de Caifás, con las treinta monedas de plata, recompensa de su traición, todavía colgadas de la cintura.

Todo estaba en silencio a su alrededor, y se dirigió a algunos de los centinelas, sin darles a conocer quién era, y preguntó qué iban a hacer con el Galileo. «Ha sido condenado a muerte, y sin duda será crucificado», fue la respuesta. Judas caminaba de un lado a otro y escuchaba las distintas conversaciones que se mantenían acerca de Jesús.

Unos hablaban del trato cruel que había recibido; otros, de su asombrosa paciencia; y otros, a su vez, conversaban sobre el solemne juicio que tendría lugar por la mañana ante el gran Consejo.

Mientras el traidor escuchaba con avidez las distintas opiniones, amaneció; los miembros del tribunal comenzaron sus preparativos y Judas se escabulló detrás del edificio para que no lo vieran, pues, como Caín, procuraba ocultarse de las miradas humanas, y la desesperación comenzaba a apoderarse de su alma.

El lugar donde se refugió resultó ser precisamente aquel donde los trabajadores habían estado preparando la madera para hacer la cruz de nuestro Señor; todo estaba listo, y los hombres dormían a su lado.

Judas se llenó de horror ante aquella visión: se estremeció y huyó al contemplar el instrumento de aquella muerte cruel a la que, por una miserable suma de dinero, había entregado a su Señor y Maestro; corrió de un lado a otro en medio de una terrible agonía de remordimiento y, finalmente, se escondió en una cueva cercana, donde decidió esperar el juicio que tendría lugar por la mañana.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

13 — EL JUICIO DE LA MAÑANA

✦

Caifás, Anás, los ancianos y los escribas se reunieron por la mañana en la gran sala del tribunal para celebrar un juicio legal, pues las reuniones nocturnas no eran lícitas y solo podían considerarse audiencias preparatorias.

La mayoría de los miembros había dormido en casa de Caifás, donde les habían preparado camas, pero algunos, entre ellos Nicodemo y José de Arimatea, habían ido a sus casas y regresaron al amanecer. La reunión estaba muy concurrida y los miembros comenzaron sus actuaciones con la mayor prisa posible.

Querían condenar a Jesús a muerte de inmediato, pero Nicodemo, José y algunos otros se opusieron a sus deseos y exigieron que la decisión se aplazara hasta después de la fiesta, por temor a provocar una insurrección entre el pueblo; sostenían además que ningún criminal podía ser condenado justamente por acusaciones que no se hubieran probado, y que, en el caso que tenían ante sí, todos los testigos se contradecían unos a otros.

Los sumos sacerdotes y sus partidarios se enfurecieron y dijeron a José y a Nicodemo, sin rodeos, que no les sorprendía que expresaran su desagrado por lo que se había hecho, porque ellos mismos eran partidarios del Galileo y de sus doctrinas, y temían ser condenados.

El sumo sacerdote llegó incluso a intentar excluir del Consejo a todos los miembros que fueran favorables a Jesús en el más mínimo grado. Estos miembros declararon que se lavaban las manos de todas las actuaciones fu-

turas del Consejo y, saliendo de la sala, fueron al Templo; desde aquel día nunca volvieron a ocupar sus puestos en el Consejo.

Caifás ordenó entonces a los guardias que llevaran a Jesús una vez más ante él y que prepararan todo para conducirlo al tribunal de Pilato en cuanto hubiera pronunciado la sentencia.

Los emisarios del Consejo se apresuraron a ir a la prisión y, con su brutalidad habitual, desataron las manos de Jesús, le arrancaron el viejo manto que le habían echado sobre los hombros, le hicieron ponerse su propia túnica sucia y, después de atarle cuerdas alrededor de la cintura, lo sacaron de la prisión a rastras.

El aspecto de Jesús, cuando pasó entre la multitud que ya se había reunido delante de la casa, era el de una víctima llevada al sacrificio; su rostro estaba totalmente cambiado y desfigurado por los malos tratos, y sus vestiduras, manchadas y desgarradas; pero la visión de sus sufrimientos, lejos de despertar un sentimiento de compasión en los judíos de corazón endurecido, solo los llenó de repugnancia y aumentó su furia. La piedad era, en verdad, un sentimiento desconocido en sus crueles pechos.

Caifás, que no hacía el menor esfuerzo por ocultar su odio, se dirigió a nuestro Señor con altivez y le dijo estas palabras: «Si eres el Cristo, dínoslo claramente». Entonces Jesús levantó la cabeza y respondió con gran dignidad y calma: «Si se lo digo, no me creerán; y si también les pregunto, no me responderán ni me dejarán ir. Pero de ahora en adelante el Hijo del Hombre estará sentado a la derecha del poder de Dios».

Los sumos sacerdotes se miraron unos a otros y dijeron a Jesús, con una risa desdeñosa: «¿Eres tú, entonces, el Hijo de Dios?». Y Jesús respondió, con la voz de la verdad eterna: «Ustedes dicen que lo soy». Al oír estas palabras, todos exclamaron: «¿Qué necesidad tenemos de más testimonios? Pues nosotros mismos lo hemos oído de su propia boca».

Todos se levantaron al instante y rivalizaron entre sí por ver quién acumulaba más insultos contra Jesús, a quien llamaban un malvado de baja condición que aspiraba a ser su Mesías y pretendía tener derecho a sentarse a la derecha de Dios. Ordenaron a los arqueros que le ataran de nuevo las manos y le pusieran una cadena alrededor del cuello —esto se hacía habitualmente con los criminales condenados a muerte—, y luego se dispusieron a conducirlo a la sala de Pilato, adonde ya habían enviado un mensajero para pedirle que lo tuviera todo preparado para juzgar a un criminal, pues era necesario proceder sin demora a causa del día de fiesta.

Los sacerdotes judíos murmuraban entre sí por verse obligados a recurrir al gobernador romano para que confirmara su sentencia, pero era necesario, pues no tenían derecho a condenar a los criminales salvo por asuntos que concernieran únicamente a la religión y al Templo, y no podían dictar una sentencia de muerte.

Querían demostrar que Jesús era enemigo del emperador, y esta acusación concernía a las materias que estaban bajo la jurisdicción de Pilato. Los soldados estaban todos de pie delante de la casa, rodeados por un gran grupo de enemigos de Jesús y de gente común atraída por la curiosidad.

Los sumos sacerdotes y una parte del Consejo iban a la cabeza de la comitiva; Jesús, conducido por los arqueros y custodiado por soldados, los se-

guía, mientras la turba cerraba la marcha.

Tuvieron que bajar del monte Sion y atravesar una parte de la ciudad baja para llegar al palacio de Pilato, y muchos sacerdotes que habían asistido al Consejo fueron al Templo inmediatamente después, pues era necesario preparar la fiesta.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

14 — LA DESESPERACIÓN DE JUDAS

✦

Mientras los judíos conducían a Jesús ante Pilato, el traidor Judas caminaba de un lado a otro escuchando las conversaciones de la multitud que los seguía, y llegaron a sus oídos palabras como estas: «Lo llevan ante Pilato; los sumos sacerdotes han condenado a muerte al galileo; será crucificado; acabarán con su vida; ya lo han maltratado terriblemente; su paciencia es admirable, no responde; sus únicas palabras son que él es el Mesías y que estará sentado a la derecha de Dios; lo crucificarán por esas palabras; si no las hubiera dicho, no habrían podido condenarlo a muerte.

El malvado que lo vendió era uno de sus discípulos y poco antes había comido con él el cordero pascual; por nada del mundo habría querido participar en semejante acto; por culpable que sea el galileo, al menos no ha vendido a su amigo por dinero; un personaje tan infame como ese discípulo merece infinitamente más la muerte».

Entonces, pero demasiado tarde, la angustia, la desesperación y el remordimiento se apoderaron de la mente de Judas. Satanás lo impulsó de inmediato a huir. Huyó como si mil furias le pisaran los talones, y la bolsa que llevaba colgada al costado lo golpeaba mientras corría y lo empujaba como una espuela del infierno; pero la tomó en la mano para evitar sus golpes.

Huyó tan deprisa como pudo, pero ¿adónde huyó? No hacia la multitud, para arrojarse a los pies de Jesús, su Salvador misericordioso, implorar su perdón y suplicar morir con él; tampoco para confesar su falta ante Dios

con verdadero arrepentimiento, sino para intentar librarse ante el mundo de su crimen y del precio de su traición.

Corrió como fuera de sí al Templo, donde varios miembros del Consejo se habían reunido después del juicio de Jesús. Se miraron unos a otros con asombro y luego volvieron hacia Judas sus rostros altivos, en los que se advertía una sonrisa de ironía.

Con un gesto frenético, él se arrancó del costado las treinta monedas de plata y, tendiéndolas con la mano derecha, exclamó con un tono de profundísima desesperación: «Reciban de vuelta su plata, esa plata con la que me sobornaron para traicionar a este hombre justo; reciban de vuelta su plata; liberen a Jesús; nuestro pacto ha terminado; he pecado gravemente, pues he entregado sangre inocente».

Los sacerdotes le respondieron con el mayor desprecio y, como si temieran contaminarse al tocar la recompensa del traidor, no quisieron tocar la plata que les tendía, sino que respondieron: «¿Qué tenemos que ver nosotros con tu pecado? Si crees haber vendido sangre inocente, es asunto tuyo; sabemos lo que hemos pagado y lo hemos juzgado digno de muerte. Tienes tu dinero, no digas más».

Le dirigieron estas palabras con el tono brusco que suelen emplear los hombres cuando desean librarse de una persona molesta, y enseguida se levantaron y se alejaron.

Estas palabras llenaron a Judas de tanta rabia y desesperación que casi enloqueció: se le erizaron los cabellos; rasgó en dos la bolsa que contenía las

treinta monedas de plata, las arrojó en el Templo y huyó a las afueras de la ciudad.

Volví a verlo corriendo de un lado a otro como un loco por el valle de Hinón: Satanás estaba a su lado bajo una forma espantosa y le susurraba al oído, para intentar sumirlo en la desesperación, todas las maldiciones que los profetas habían lanzado sobre aquel valle, donde antiguamente los judíos sacrificaban a sus hijos a los ídolos.

Parecía como si todas aquellas maldiciones fueran dirigidas contra él, como, por ejemplo, estas palabras: «Saldrán y contemplarán los cadáveres de quienes han pecado contra mí, cuyo gusano no muere y cuyos fuegos jamás se apagarán». Luego el diablo le murmuró al oído: «Caín, ¿dónde está tu hermano Abel? ¿Qué has hecho? Su sangre clama a mí por venganza: estás maldito sobre la tierra, errante para siempre».

Cuando llegó al torrente del Cedrón y vio el monte de los Olivos, se estremeció, se apartó y de nuevo resonaron en sus oídos las palabras: «Amigo, ¿a qué has venido? Judas, ¿con un beso traicionas al Hijo del Hombre?». El horror llenó su alma, su mente comenzó a divagar y el gran demonio volvió a susurrarle: «Fue aquí donde David cruzó el Cedrón cuando huía de Absalón. Absalón puso fin a su vida ahorcándose. De ti hablaba David cuando dijo: "Y me devolvieron mal por bien; odio por mi amor. Que el diablo esté a su derecha; cuando sea juzgado, que salga condenado. Que sus días sean pocos y que otro ocupe su obispado.

Que la iniquidad de su padre sea recordada ante el Señor y que el pecado de su madre no sea borrado, porque no se acordó de mostrar misericordia, sino que persiguió al pobre, al mendigo y al quebrantado de corazón para

darle muerte. Y amó la maldición, y esta vendrá sobre él. Y se vistió de maldición como de una prenda, y esta entró como agua en sus entrañas y como aceite en sus huesos. Que sea para él como una prenda que lo cubra y como un cinturón que lleve ceñido continuamente"».

Abrumado por estos pensamientos terribles, Judas siguió corriendo y llegó al pie de la montaña. Era un lugar sombrío y desolado, lleno de basura y restos putrefactos; sonidos discordantes de la ciudad resonaban en sus oídos, y Satanás repetía sin cesar: «Ahora están a punto de darle muerte; tú lo has vendido. ¿No conoces las palabras de la ley: "Quien venda a una persona de entre sus hermanos y reciba su precio, que sea condenado a muerte"? Pon fin a tu miseria, desdichado; pon fin a tu miseria».

Vencido por la desesperación, Judas se arrancó el cinturón y se ahorcó en un árbol que crecía en una grieta de la roca; después de morir, su cuerpo reventó y sus entrañas quedaron esparcidas alrededor.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

15 — JESÚS ES LLEVADO ANTE PILATO

✦

Los maliciosos enemigos de nuestro Salvador lo condujeron por la parte más concurrida de la ciudad para llevarlo ante Pilato. La comitiva avanzó lentamente por la ladera norte del monte Sion; luego atravesó aquel sector situado al este del Templo, llamado Acre, hacia el palacio y el tribunal de Pilato, que se encontraban al noroeste del Templo, frente a una gran plaza.

Caifás, Anás y muchos otros miembros del Consejo Supremo iban delante, vestidos con sus ropas de fiesta; los seguía una multitud de escribas y muchos otros judíos, entre los cuales estaban los falsos testigos y los malvados fariseos que más habían participado en la acusación contra Jesús.

Nuestro Señor iba detrás, a poca distancia; lo rodeaba un grupo de soldados y lo conducían los arqueros. La multitud se agolpaba por todos lados y seguía la comitiva, lanzando a gritos los más terribles juramentos y maldiciones, mientras grupos de personas corrían de un lado a otro, empujándose y atropellándose.

A Jesús lo habían despojado de todo salvo de su túnica interior, manchada y ensuciada por las inmundicias que le habían arrojado; una larga cadena le colgaba del cuello y le golpeaba las rodillas al andar; tenía las manos atadas como el día anterior, y los arqueros lo arrastraban con las cuerdas que llevaba sujetas a la cintura.

Más que andar, se tambaleaba, y estaba casi irreconocible por los sufrimientos de aquella noche; estaba pálido, demacrado, con el rostro hinchado e incluso ensangrentado, y sus despiadados perseguidores seguían atormentándolo cada vez más.

Habían reunido a un gran número de personas de la escoria del pueblo para convertir aquella entrada deshonrosa en la ciudad en una parodia de su entrada triunfal del Domingo de Ramos.

Se burlaban de él, lo llamaban rey con gestos de escarnio y arrojaban a su paso piedras, trozos de madera y trapos inmundos; se mofaban de él y lo ridiculizaban con mil palabras hirientes durante aquella supuesta entrada triunfal.

En la esquina de un edificio, no lejos de la casa de Caifás, la afligida Madre de Jesús lo esperaba junto con Juan y Magdalena. Su alma estaba siempre unida a la de él; pero, impulsada por su amor, no dejaba ningún medio sin intentar que le permitiera acercarse realmente a él.

Después de su visita de medianoche al tribunal de Caifás, permaneció algún tiempo en el Cenáculo, sin fuerzas y sin poder hablar por el dolor; pero cuando sacaron a Jesús a rastras de su prisión para llevarlo de nuevo ante sus jueces, se levantó, se cubrió con el velo y el manto y dijo a Magdalena y a Juan: «Sigamos a mi Hijo hasta el tribunal de Pilato; debo volver a verlo».

Fueron a un lugar por donde tenía que pasar la comitiva y la esperaron. La Madre de Jesús sabía que su Hijo sufría terriblemente, pero nunca habría

podido imaginar el estado deplorable y desgarrador al que lo había reducido la brutalidad de sus enemigos.

Su imaginación se lo había representado padeciendo horriblemente, pero sostenido e iluminado aún por la santidad, el amor y la paciencia. Ahora, no obstante, la triste realidad se presentó de golpe ante ella. Los primeros en aparecer en la comitiva fueron los sacerdotes, aquellos enemigos acérrimos de su divino Hijo.

Iban engalanados con amplias vestiduras; pero, es terrible decirlo, en vez de mostrarse resplandecientes en su condición de sacerdotes del Altísimo, se habían transformado en sacerdotes de Satanás, pues nadie podía contemplar sus rostros malvados sin ver allí, retratadas con vivos colores, las malas pasiones que llenaban sus almas: el engaño, la astucia infernal y un afán furioso por llevar a cabo el más tremendo de los crímenes, la muerte de su Señor y Salvador, el Hijo único de Dios.

Después venían los falsos testigos, sus pérfidos acusadores, rodeados por el pueblo que vociferaba; y, al final de todos, él mismo, su Hijo, Jesús, el Hijo de Dios, el Hijo del Hombre, cargado de cadenas, apenas capaz de sostenerse, pero arrastrado sin piedad por sus infernales enemigos, recibiendo golpes de unos, bofetadas de otros, y de toda la chusma reunida, maldiciones, insultos y las palabras más soeces.

Habría sido completamente irreconocible incluso para sus ojos de madre, despojado como estaba de todo salvo de un jirón de su vestidura, si ella no hubiera advertido al instante el contraste entre su comportamiento y el de sus viles verdugos.

Solo él, en medio de la persecución y el sufrimiento, parecía sereno y resignado, y lejos de devolver golpe por golpe, no levantaba las manos sino para suplicar a su Padre Eterno el perdón de sus enemigos. Al acercarse él, ella ya no pudo contenerse y exclamó con voz estremecedora: «¡Ay! ¿Es ese mi Hijo? ¡Ah, sí! Veo que es mi Hijo amado. ¡Oh, Jesús, mi Jesús!».

Cuando la comitiva estaba casi frente a ella, Jesús la miró con una expresión del más profundo amor y compasión; aquella mirada fue demasiado para la madre desconsolada: perdió por un momento el conocimiento, y Juan y Magdalena intentaron llevarla a casa, pero ella se repuso pronto y acompañó al discípulo amado hasta la casa de Pilato.

Todos los habitantes de la población de Ofel se habían reunido en un espacio abierto para recibir a Jesús, pero, lejos de darle consuelo, añadieron un nuevo ingrediente a su copa de amargura; le hicieron sentir ese dolor punzante que siempre deben sufrir quienes ven que sus amigos los abandonan en la hora de la adversidad.

Jesús había hecho mucho por los habitantes de Ofel, pero en cuanto lo vieron reducido a semejante estado de miseria y humillación, su fe vaciló; ya no podían creer que fuera un rey, un profeta, el Mesías y el Hijo de Dios. Los fariseos se mofaban de ellos y los ridiculizaban por la admiración que antes habían expresado por Jesús.

«Miren ahora a su rey —exclamaban—; ríndanle homenaje; ¿no tienen ninguna felicitación que ofrecerle ahora que está a punto de ser coronado y de sentarse en su trono? Todos sus tan cacareados milagros han llegado a su fin; el sumo sacerdote ha puesto fin a sus trucos y hechicerías».

A pesar del recuerdo que aquellas pobres personas conservaban de los milagros y las curaciones maravillosas que Jesús había realizado ante sus propios ojos; a pesar de los grandes beneficios que les había concedido, su fe vaciló al verlo así ridiculizado y señalado como objeto de desprecio por el sumo sacerdote y los miembros del Sanedrín, a quienes se tenía en Jerusalén en la más alta veneración. Algunos se marcharon llenos de dudas, mientras que otros se quedaron e intentaron unirse a la chusma, pero se lo impidieron los guardias que los fariseos habían enviado para evitar disturbios y confusión.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

16 — DESCRIPCIÓN DEL PALACIO DE PILATO Y DE LOS EDIFICIOS ADYACENTES

✦

El palacio del gobernador romano, Pilato, estaba construido en el lado noroeste del monte sobre el que se alzaba el Templo, y para llegar a él había que subir una escalinata de mármol. Dominaba una gran plaza rodeada por una columnata, bajo la cual se sentaban los mercaderes para vender sus diversas mercancías.

Solo un parapeto y una entrada en cada uno de los lados norte, sur, este y oeste interrumpían la uniformidad de esta parte del mercado, que se llamaba el foro y estaba construida sobre un terreno más elevado que las calles adyacentes, que descendían desde allí.

El palacio de Pilato no estaba del todo junto al foro, sino separado de él por un gran patio, cuya entrada por el lado oriental pasaba bajo un arco alto, frente a una calle que conducía a la puerta llamada «Probática», en el camino al monte de los Olivos. La entrada meridional pasaba bajo otro arco, que conduce a Sion, en las proximidades de la fortaleza de Acre.

Desde lo alto de la escalinata de mármol del palacio de Pilato se podía ver, al otro lado del patio, hasta el foro, a cuya entrada había algunas columnas y asientos de piedra.

Junto a estos asientos se detenían los sacerdotes judíos para no contaminarse entrando en el tribunal de Pilato; una línea trazada en el pavimento

del patio indicaba el límite preciso que no podían cruzar sin quedar impuros.

Cerca de la entrada occidental había un gran parapeto, sostenido por los lados del pretorio de Pilato, que formaba una especie de pórtico entre este y la plaza. La parte del palacio de Pilato que utilizaba cuando actuaba como juez se llamaba el pretorio.

Varias columnas rodeaban el parapeto del que acabamos de hablar, y en el centro había una parte descubierta que contenía una zona subterránea, donde estaban encerrados los dos ladrones condenados a ser crucificados con nuestro Señor, y esta parte estaba llena de soldados romanos.

La columna en la que fue azotado nuestro Señor se encontraba en el foro mismo, no lejos de este parapeto y de la columnata. Había muchas otras columnas en este lugar; las más cercanas al palacio se utilizaban para aplicar diversos castigos corporales, y las demás servían de postes a los que se ataban los animales traídos para la venta.

En el foro mismo, frente a este edificio, había una plataforma llena de asientos de piedra; desde esta plataforma, que se llamaba Gábata, Pilato solía pronunciar sentencia contra los grandes criminales.

La escalinata de mármol por la que subían quienes se dirigían al palacio del gobernador conducía también a una terraza descubierta, y desde esta terraza Pilato daba audiencia a los sacerdotes y fariseos cuando presentaban sus acusaciones contra Jesús. Todos ellos permanecían ante él en el foro y se negaban a avanzar más allá de los asientos de piedra antes mencionados.

Quien hablara en voz alta desde la terraza podía ser oído fácilmente por quienes estaban en el foro.

Detrás del palacio de Pilato había muchas otras terrazas, así como jardines y una casa de campo. Los jardines estaban entre el palacio del gobernador y la vivienda de su esposa, Claudia Procles. Un gran foso separaba estos edificios del monte sobre el que se alzaba el Templo, y por este lado podían verse las casas habitadas por quienes servían en el Templo.

El palacio de Herodes el Mayor estaba situado al este del palacio de Pilato; y fue en su patio interior donde fueron masacrados muchos de los Inocentes. En la actualidad, el aspecto de estos dos edificios ha cambiado un poco, pues sus entradas han sido modificadas.

Cuatro de las calles principales comenzaban en esta parte de la ciudad y se dirigían hacia el sur; tres conducían al foro y al palacio de Pilato, y la cuarta a la puerta por la que pasaban quienes iban camino de Betsur. La hermosa casa que pertenecía a Lázaro, así como la de Marta, se encontraban en una parte destacada de esta calle.

Una de estas calles estaba muy cerca del Templo y comenzaba en la puerta llamada Probática. La piscina Probática estaba junto a esta puerta, a mano derecha, y en esta piscina se lavaban las ovejas por primera vez antes de llevarlas al Templo; el segundo lavado, más solemne, tenía lugar en la piscina de Betsaida, que está cerca de la entrada sur del Templo.

En la segunda de las calles antes mencionadas había una casa que pertenecía a santa Ana, la madre de la Santísima Virgen, en la que solía alojarse cuando subía a Jerusalén con su familia para ofrecer sacrificios en el Tem-

plo. Creo que fue en esta casa donde se celebraron los esponsales de san José y la Santísima Virgen.

El foro, como ya he explicado, estaba construido sobre un terreno más elevado que las calles vecinas, y los acueductos que recorrían estas calles desembocaban en la piscina Probática.

En el monte Sion, justo enfrente del antiguo castillo del rey David, se alzaba un edificio muy parecido al foro, mientras que al sureste podía verse el Cenáculo, y un poco hacia el norte, los tribunales de Anás y Caifás. El castillo del rey David era una fortaleza desierta, llena de patios, habitaciones vacías y establos, que por lo general se alquilaban a los viajeros.

Llevaba mucho tiempo en este estado de ruina, sin duda desde antes del nacimiento de nuestro Señor. Vi a los Magos entrar en él con su numeroso séquito antes de ir a Jerusalén.

Cuando en la meditación contemplo las ruinas de antiguos castillos y templos, veo su estado de abandono y desolación y reflexiono sobre los usos que ahora se les dan, tan distintos de las intenciones de quienes los levantaron, mi pensamiento vuelve siempre a los acontecimientos de nuestros días, cuando tantos de los hermosos edificios erigidos por nuestros piadosos y fervorosos antepasados son destruidos, desfigurados o utilizados para fines mundanos, cuando no malvados.

La pequeña iglesia de nuestro convento, en la que nuestro Señor se dignó habitar a pesar de nuestra indignidad, y que para mí era un paraíso en la tierra, está ahora sin techo ni ventanas, y todos los monumentos han sido

borrados o se los han llevado. Y nuestro amado convento, ¿qué harán con él dentro de poco tiempo?

Aquel convento donde yo era más feliz en mi pequeña celda con mi silla rota de lo que un rey pudiera serlo en su trono, pues desde su ventana contemplaba la parte de la iglesia que albergaba el Santísimo Sacramento.

Dentro de unos años, quizá nadie sabrá que existió; nadie sabrá que una vez albergó a cientos de almas consagradas a Dios, que pasaban sus días implorando su misericordia sobre los pecadores. Pero Dios lo sabrá todo, él nunca olvida; el pasado y el futuro están igualmente presentes para él.

Él es quien me revela acontecimientos que tuvieron lugar hace tanto tiempo, y el día del juicio, cuando haya que rendir cuentas de todo y pagar toda deuda, hasta el último céntimo, recordará tanto las buenas como las malas acciones realizadas en lugares olvidados desde hace mucho.

Ante Dios no hay distinción de personas ni de lugares, sus ojos lo ven todo, incluso la viña de Nabot. Existe entre nosotras la tradición de que nuestro convento fue fundado originalmente por dos monjas pobres, cuyas posesiones terrenales consistían en una jarra de aceite y un saco de alubias.

En el último día, Dios las recompensará por la manera en que pusieron a producir intereses este pequeño talento y por la abundante cosecha que recogieron y le presentaron. Con frecuencia se dice que las pobres almas permanecen en el purgatorio como castigo por lo que nos parece una falta tan pequeña como no haber restituido unas pocas monedas de cobre que poseían ilícitamente.

Que Dios tenga, pues, misericordia de quienes se han apoderado de los bienes de los pobres o de la Iglesia.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

17 — JESÚS ANTE PILATO

✦

Eran alrededor de las ocho de la mañana, según nuestra manera de contar el tiempo, cuando la comitiva llegó al palacio de Pilato. Anás, Caifás y los jefes del Sanedrín se detuvieron en un lugar entre el foro y la entrada del pretorio, donde habían dispuesto unos asientos de piedra para ellos.

Los brutales guardias arrastraron a Jesús hasta el pie de la escalinata que llevaba al tribunal de Pilato. Pilato descansaba en una cómoda silla, en una terraza que daba al foro, y a su lado había una pequeña mesa de tres patas, sobre la cual estaban las insignias de su cargo y algunas otras cosas.

Lo rodeaban oficiales y soldados vestidos con la magnificencia habitual en el ejército romano. Los judíos y los sacerdotes no entraron en el pretorio, por temor a contaminarse, sino que permanecieron fuera.

Cuando Pilato vio entrar la tumultuosa comitiva y advirtió cuán vergonzosamente habían tratado los crueles judíos a su prisionero, se levantó y se dirigió a ellos con un tono tan despectivo como el que podría haber empleado un general victorioso con el jefe vencido de alguna aldea insignificante: «¿Qué los trae por aquí tan temprano? ¿Por qué han maltratado a este prisionero de manera tan vergonzosa? ¿No pueden abstenerse de despedazar así a sus criminales y empezar a ejecutarlos incluso antes de que sean juzgados?».

No respondieron, sino que gritaron a los guardias: «¡Tráiganlo, tráiganlo para que sea juzgado!». Luego, volviéndose hacia Pilato, dijeron: «Escucha

nuestras acusaciones contra este malhechor, pues no podemos entrar en el tribunal para no contaminarnos».

Apenas habían terminado de pronunciar estas palabras cuando se oyó una voz en medio de la densa multitud; provenía de un anciano de aspecto venerable y estatura imponente, que exclamó: «Tienen razón en no entrar en el pretorio, pues ha sido santificado por la sangre de los Inocentes; solo hay una Persona que tiene derecho a entrar, y que es la única que puede hacerlo, porque solo él es puro como los Inocentes que fueron masacrados allí».

Quien pronunció estas palabras en voz alta y luego desapareció entre la multitud era un hombre rico llamado Sadoc, primo hermano de Obed, el esposo de Verónica; dos de sus hijos estaban entre los Inocentes que Herodes había mandado degollar al nacer nuestro Salvador.

Desde aquel terrible momento había renunciado al mundo y, junto con su esposa, seguía las reglas de los esenios. Una vez había visto a nuestro Salvador en casa de Lázaro y allí lo había oído hablar, y la visión de la manera bárbara en que lo arrastraban ante Pilato le recordó todo lo que él mismo había sufrido cuando sus pequeños fueron asesinados con tanta crueldad ante sus ojos, por lo que decidió dar este testimonio público de su fe en la inocencia de Jesús.

Los perseguidores de nuestro Señor estaban demasiado irritados por la actitud altiva que Pilato adoptaba hacia ellos y por la humilde posición que se veían obligados a ocupar como para prestar atención a las palabras de un desconocido.

Los brutales guardias arrastraron a nuestro Señor por la escalinata de mármol y lo llevaron al extremo de la terraza, desde donde Pilato conversaba con los sacerdotes judíos.

El gobernador romano había oído hablar muchas veces de Jesús, aunque nunca lo había visto, y ahora estaba enteramente asombrado por la serena dignidad del porte de un hombre llevado ante él en un estado tan lamentable.

El comportamiento inhumano de los sacerdotes y los ancianos lo exasperaba y aumentaba su desprecio por ellos, y no tardó en hacerles saber que no tenía la menor intención de condenar a Jesús sin pruebas satisfactorias de la veracidad de su acusación.

«¿Qué acusación presentan contra este hombre?», dijo, dirigiéndose a los sacerdotes con el tono más desdeñoso posible. «Si no fuera un malhechor, no te lo habríamos entregado», respondieron los sacerdotes de mala gana.

«Llévenselo —dijo Pilato— y júzguenlo según su ley». «Sabes bien —respondieron— que no nos está permitido condenar a nadie a muerte». Los enemigos de Jesús estaban furiosos: deseaban que el juicio concluyera y que su víctima fuera ejecutada lo antes posible, para estar preparados el día de la fiesta para sacrificar el cordero pascual, sin saber, desdichados como eran, que aquel a quien habían arrastrado ante el tribunal de un juez idólatra, en cuya casa no querían entrar por temor a contaminarse antes de participar de la víctima simbólica, era él, y solo él, el verdadero Cordero Pascual, del cual el otro no era más que la sombra.

No obstante, Pilato les ordenó por fin que presentaran sus acusaciones. Estas eran tres, y presentaron diez testigos para dar fe de la veracidad de cada una. Su principal objetivo era hacer creer a Pilato que Jesús era el cabecilla de una conspiración contra el emperador, para que lo condenara a muerte como rebelde.

Ellos mismos carecían de autoridad en tales asuntos, pues solo se les permitía juzgar delitos religiosos. Primero intentaron demostrar que era culpable de engañar al pueblo, incitarlo a la rebelión y ser enemigo de la paz y la tranquilidad públicas.

Para probar estos cargos presentaron algunos testigos falsos y declararon también que violaba el sábado, e incluso lo profanaba curando a los enfermos ese día. Ante esta acusación, Pilato los interrumpió y dijo en tono burlón: «Es evidente que ninguno de ustedes estaba enfermo; de haberlo estado, no se habrían quejado de ser curados en sábado».

«Engaña al pueblo e inculca las doctrinas más repugnantes. Incluso dice que nadie puede alcanzar la vida eterna a menos que coma su carne y beba su sangre». Pilato estaba muy irritado por el intenso odio que expresaban sus palabras y sus rostros y, apartándose de ellos con una mirada de desprecio, exclamó: «Sin duda deben de querer seguir sus doctrinas y alcanzar la vida eterna, pues están sedientos tanto de su cuerpo como de su sangre».

Los judíos presentaron entonces la segunda acusación contra Jesús, que consistía en que prohibía al pueblo pagar tributo al emperador. Estas palabras despertaron la indignación de Pilato, pues a él le correspondía velar por que todos los impuestos se pagaran debidamente, y exclamó con tono airado: «¡Eso es mentira! Yo debo de saber más de eso que ustedes».

Esto obligó a los enemigos de nuestro Señor a pasar a la tercera acusación, lo cual hicieron con palabras como estas: «Aunque este hombre es de origen humilde, es el jefe de un gran partido. Cuando está al frente de sus seguidores, pronuncia maldiciones contra Jerusalén y cuenta parábolas de doble sentido acerca de un rey que prepara un banquete de bodas para su hijo. La multitud que había reunido en una montaña intentó una vez hacerlo su rey; pero fue antes de lo que él se proponía: sus planes aún no estaban maduros, por lo que huyó y se escondió.

Últimamente se ha mostrado mucho más: hace apenas unos días entró en Jerusalén al frente de una asamblea tumultuosa que, por orden suya, hizo que el pueblo llenara el aire con aclamaciones de "¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito sea el imperio de nuestro padre David, que ahora comienza!". Obliga a sus partidarios a rendirle honores reales y les dice que es el Cristo, el Ungido del Señor, el Mesías, el rey prometido a los judíos, y quiere que lo llamen con estos títulos pomposos».

Luego los testigos declararon acerca de estas cosas. La última acusación, la de que Jesús se hacía llamar rey, causó cierta impresión en Pilato; se quedó un poco pensativo, abandonó la terraza y, tras dirigir a Jesús una mirada escrutadora, entró en la habitación contigua y ordenó a los guardias que lo llevaran solo ante su presencia.

Pilato no solo era supersticioso, sino también de carácter sumamente débil e influenciable. A menudo, durante su educación pagana, había oído hablar de hijos de sus dioses que habían vivido algún tiempo en la tierra; también sabía muy bien que los profetas judíos habían anunciado desde hacía mucho que aparecería entre ellos alguien que sería el Ungido del Se-

ñor, su Salvador y Libertador de la esclavitud, y que muchos del pueblo lo creían firmemente.

Recordaba asimismo que unos reyes de Oriente habían acudido a Herodes, el predecesor del monarca actual de ese nombre, para rendir homenaje a un rey de los judíos recién nacido, y que por ese motivo Herodes había dado órdenes de masacrar a los Inocentes.

Había oído hablar muchas veces de las tradiciones acerca del Mesías y del rey de los judíos, e incluso las había examinado con cierta curiosidad, aunque, por supuesto, siendo pagano, sin creer lo más mínimo en ellas. Si hubiera creído en algo de aquello, probablemente habría estado de acuerdo con los herodianos y con aquellos judíos que esperaban un rey poderoso y victorioso.

Con tales impresiones, la idea de que los judíos acusaran al pobre y miserable individuo que habían llevado ante él de erigirse en el rey y Mesías prometido le parecía, por supuesto, absurda; pero, como los enemigos de Jesús presentaban estos cargos como prueba de traición contra el emperador, consideró oportuno interrogarlo en privado acerca de ellos.

«¿Eres tú el rey de los judíos?», dijo Pilato, mirando a nuestro Señor, sin poder reprimir su asombro ante la expresión divina de su rostro.

⁂

Jesús respondió: «¿Dices esto por ti mismo, o te lo han dicho otros de mí?».

Pilato se sintió ofendido de que Jesús considerara posible que él creyera semejante cosa, y respondió: «¿Acaso soy judío? Tu propia nación y los jefes de los sacerdotes te han entregado a mí como merecedor de la muerte: ¿qué has hecho?».

Jesús respondió con majestad: «Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuera de este mundo, mis servidores lucharían sin duda para que yo no fuera entregado a los judíos; pero mi reino no es de aquí».

Pilato se sintió algo conmovido por estas palabras solemnes y le dijo en un tono más serio: «¿Entonces eres rey?».

Jesús respondió: «Tú dices que soy rey. Para esto nací y para esto vine al mundo: para dar testimonio de la verdad. Todo el que es de la verdad escucha mi voz».

Pilato lo miró y, levantándose de su asiento, dijo: «¡La verdad! ¿Qué es la verdad?».

Luego intercambiaron algunas palabras más, que ahora no recuerdo, y Pilato regresó a la terraza. Las respuestas y la conducta de Jesús estaban muy por encima de su comprensión; pero veía claramente que su pretensión de realeza no entraría en conflicto con la del emperador, pues no reclamaba ningún reino de este mundo, mientras que el emperador no se interesaba por nada más allá de él.

Por eso volvió a dirigirse a los jefes de los sacerdotes desde la terraza y dijo: «No encuentro culpa en él». Los enemigos de Jesús se enfurecieron y lanzaron mil acusaciones distintas contra nuestro Salvador.

Pero él permaneció en silencio, ocupado únicamente en orar por sus viles enemigos, y no respondió cuando Pilato le dirigió estas palabras: «¿No respondes nada? ¡Mira de cuántas cosas te acusan!». Pilato se llenó de asombro y dijo: «Veo claramente que todo lo que alegan es falso».

Pero sus acusadores, cuya ira seguía aumentando, gritaron: «¿No encuentras culpa en él? ¿Acaso no es un crimen incitar al pueblo a la revuelta en todas partes del reino y difundir sus falsas doctrinas, no solo aquí, sino también en Galilea?».

La mención de Galilea hizo que Pilato se detuviera: reflexionó un momento y luego preguntó: «¿Este hombre es galileo y súbdito de Herodes?». Respondieron: «Lo es; sus padres vivían en Nazaret y su morada actual está en Cafarnaúm».

«Siendo así —respondió Pilato—, llévenlo ante Herodes; está aquí para la fiesta y puede juzgarlo de inmediato, pues es su súbdito». Jesús fue sacado enseguida del tribunal, y Pilato envió un oficial a Herodes para informarle de que Jesús de Nazaret, que era súbdito suyo, estaba a punto de ser llevado ante él para ser juzgado.

Pilato tenía dos razones para obrar de este modo: en primer lugar, estaba encantado de librarse de tener que dictar sentencia él mismo, pues todo aquel asunto lo hacía sentirse muy incómodo; y, en segundo lugar, se alegraba de tener una oportunidad de complacer a Herodes, con quien había tenido un desacuerdo, pues sabía que sentía mucha curiosidad por ver a Jesús.

Los enemigos de nuestro Señor se enfurecieron al verse despedidos así por Pilato en presencia de toda la multitud, y dieron rienda suelta a su ira maltratándolo aún más que antes. Volvieron a atarle fuertemente los brazos y no dejaron de abrumarlo con maldiciones y golpes mientras lo llevaban apresuradamente entre la multitud hacia el palacio de Herodes, situado no muy lejos del foro. Algunos soldados romanos se habían unido a la comitiva.

Durante el juicio, Claudia Procles, la esposa de Pilato, le había enviado frecuentes mensajes para hacerle saber que deseaba muchísimo hablar con él; y cuando Jesús fue enviado a Herodes, ella se situó en un balcón y observó la cruel conducta de sus enemigos con sentimientos mezclados de temor, dolor y horror.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

18 — EL ORIGEN DEL VÍA CRUCIS

✦

Durante toda la escena que acabamos de describir, la Madre de Jesús, con Magdalena y Juan, había permanecido en un rincón del foro: los abrumaba el dolor más amargo, que no hacía sino aumentar con todo lo que oían y veían. Cuando llevaron a Jesús ante Herodes, Juan condujo a la Santísima Virgen y a Magdalena por los lugares que sus pasos habían santificado.

Volvieron a contemplar la casa de Caifás, la de Anás, Ofel, Getsemaní y el huerto de los Olivos; se detuvieron a contemplar cada lugar donde él había caído o donde había sufrido de manera especial; y lloraron en silencio al pensar en todo lo que había padecido.

La Santísima Virgen se arrodillaba con frecuencia y besaba el suelo donde había caído su Hijo, mientras Magdalena se retorcía las manos con amargo dolor, y Juan, aunque no podía contener sus propias lágrimas, procuraba consolar a sus compañeras, las sostenía y las guiaba.

Así se practicó por primera vez la santa devoción del «vía crucis»; así se honraron por primera vez los misterios de la Pasión de Jesús, aun antes de que aquella Pasión se consumara, y la Santísima Virgen, aquel modelo de pureza sin mancha, fue la primera en manifestar la profunda veneración que la Iglesia siente por nuestro amado Señor.

Qué dulce y consolador es seguir a esta Madre Inmaculada, que va de un lugar a otro y riega con sus lágrimas los lugares sagrados. Pero ¡ah! ¿Quién

puede describir la espada de dolor tan aguda, tan aguda, que atravesaba entonces su tierna alma?

Ella, que había llevado al Salvador del mundo en su casto seno y lo había amamantado durante tanto tiempo; ella, que había concebido verdaderamente a aquel que era el Verbo de Dios, que estaba en Dios desde toda la eternidad y era verdaderamente Dios; ella, bajo cuyo corazón lleno de gracia él se había dignado habitar nueve meses, que lo había sentido vivir dentro de sí antes de que apareciera entre los hombres para impartirles la bendición de la salvación y enseñarles sus doctrinas celestiales; ella sufría con Jesús, compartiendo con él no solo los sufrimientos de su amarga Pasión, sino también aquel ardiente deseo de redimir al hombre caído mediante una muerte ignominiosa, que lo consumía.

De esta conmovedora manera, la Virgen purísima y santísima puso los cimientos de la devoción llamada vía crucis; así, en cada estación, marcada por los sufrimientos de su Hijo, guardaba en su corazón los méritos inagotables de su Pasión y los recogía como piedras preciosas o flores perfumadas para presentarlos como una ofrenda escogida al Padre Eterno en favor de todos los verdaderos creyentes.

El dolor de Magdalena era tan intenso que la hacía parecer casi una persona enloquecida. El amor santo e ilimitado que sentía por nuestro Señor la impulsaba a arrojarse a sus pies y derramar allí los sentimientos de su corazón, como en otro tiempo había derramado el precioso ungüento sobre su cabeza mientras él estaba sentado a la mesa; pero, cuando estaba a punto de seguir aquel impulso, un abismo oscuro parecía interponerse entre ella y él.

El arrepentimiento que sentía por sus faltas era inmenso, y no menos intensa era su gratitud por el perdón recibido; pero, cuando anhelaba ofrecer actos de amor y acción de gracias como precioso incienso a los pies de Jesús, lo veía traicionado, sufriendo y a punto de morir para expiar las ofensas de ella, que él había tomado sobre sí, y aquella visión la llenaba de horror y casi le desgarraba el alma con sentimientos de amor, arrepentimiento y gratitud.

Ver la ingratitud de aquellos por quienes él estaba a punto de morir multiplicaba por diez la amargura de estos sentimientos, y cada paso, palabra o movimiento manifestaba la agonía de su alma. El corazón de Juan estaba lleno de amor y sufría intensamente, pero no pronunciaba una palabra.

Sostenía a la Madre de su amado Maestro en esta primera peregrinación por las estaciones del vía crucis y la ayudaba a dar ejemplo de aquella devoción que desde entonces han practicado con tanto fervor los miembros de la Iglesia cristiana.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

19 — PILATO Y SU ESPOSA

✦

Mientras los judíos llevaban a Jesús ante Herodes, vi a Pilato ir a ver a su esposa, Claudia Prócula. Ella se apresuró a salir a su encuentro, y juntos entraron en un pequeño pabellón de jardín que se encontraba en una de las terrazas detrás del palacio. Claudia parecía muy agitada y dominada por el miedo. Era una mujer alta y de buen aspecto, aunque extremadamente pálida.

Llevaba el cabello trenzado y ligeramente adornado, pero cubierto en parte por un largo velo que caía con gracia sobre sus hombros. Llevaba pendientes y un collar, y su vestido suelto estaba recogido y sujeto por una especie de broche.

Conversó con Pilato durante largo rato y le suplicó, por todo lo que él consideraba sagrado, que no hiciera daño a Jesús, aquel Profeta, aquel santo entre los santos; y le relató los extraordinarios sueños o visiones que había tenido la noche anterior acerca de él.

Mientras ella hablaba, vi la mayor parte de aquellas visiones: las siguientes fueron las más impresionantes. En primer lugar, los principales acontecimientos de la vida de nuestro Señor: la anunciación, el nacimiento, la adoración de los pastores y la de los reyes, la profecía de Simeón y la de Ana, la huida a Egipto, la matanza de los Inocentes y la tentación de nuestro Señor en el desierto.

También se le habían mostrado en sueños los aspectos más destacados de la vida pública de Jesús. Él siempre se le aparecía rodeado de una luz resplandeciente, pero sus enemigos maliciosos y crueles tenían las formas más horribles y repugnantes que se puedan imaginar.

Vio sus intensos sufrimientos, su paciencia y su amor inagotable, así como la angustia de su Madre y su perfecta resignación. Estas visiones llenaron a la esposa de Pilato de una enorme ansiedad y terror, sobre todo porque iban acompañadas de símbolos que le hacían comprender su significado, y sus tiernos sentimientos se veían atormentados ante escenas tan espantosas.

Había sufrido por ellas durante toda la noche; a veces eran confusas, pero con mayor frecuencia eran claras y precisas; y cuando amaneció y la despertó el ruido de la multitud alborotada que arrastraba a Jesús para que fuera juzgado, miró la comitiva y vio al instante que la víctima que no ofrecía resistencia en medio de la multitud, atada, sufriente y tratada con tanta inhumanidad que apenas se la podía reconocer, no era otra que aquel ser luminoso y glorioso que tantas veces había aparecido ante sus ojos en las visiones de la noche anterior.

Aquella visión la conmovió profundamente, y enseguida mandó llamar a Pilato y le contó todo lo que le había sucedido. Hablaba con mucha vehemencia y emoción; y aunque había mucho en lo que había visto que no podía comprender, y mucho menos expresar, rogó y suplicó a su esposo, con las palabras más conmovedoras, que accediera a su petición.

Las palabras de su esposa dejaron a Pilato a la vez asombrado y preocupado. Comparó su relato con todo lo que había oído antes acerca de Jesús,

y reflexionó sobre el odio de los judíos, el majestuoso silencio de nuestro Salvador y las misteriosas respuestas que había dado a todas sus preguntas.

Vaciló durante algún tiempo, pero al fin cedió a las súplicas de su esposa y le dijo que ya había declarado su convicción de que Jesús era inocente, y que no lo condenaría, porque veía que las acusaciones eran meras invenciones de sus enemigos.

Le habló de las palabras que Jesús le había dirigido, prometió a su esposa que nada lo induciría a condenar a aquel hombre justo e incluso le dio un anillo antes de separarse, como prenda de su promesa.

Pilato era de carácter disoluto e indeciso, pero sus peores cualidades eran un orgullo y una bajeza extremos, que hacían que nunca vacilara en cometer una injusticia si con ello lograba sus fines. Era sumamente supersticioso y, cuando se encontraba en alguna dificultad, recurría a amuletos y conjuros.

El juicio de Jesús lo tenía muy desconcertado y alarmado; y lo vi ir y venir, ofreciendo incienso primero a un dios y después a otro, e implorándoles que lo ayudaran; pero Satanás llenaba su imaginación de una confusión aún mayor; le infundía primero una idea falsa y después otra.

Entonces recurrió a una de sus prácticas supersticiosas favoritas, la de observar cómo comían los pollos sagrados, pero en vano: su mente seguía envuelta en tinieblas y él se volvía cada vez más indeciso.

Al principio pensó que absolvería a nuestro Salvador, a quien sabía muy bien inocente, pero luego temió provocar la ira de sus falsos dioses si le per-

donaba la vida, pues imaginaba que podía ser una especie de semidiós y resultarles odioso.

«Es posible —se dijo para sus adentros— que este hombre sea realmente aquel rey de los judíos sobre cuya venida hay tantas profecías. Fue a un rey de los judíos a quien los Magos vinieron de Oriente a adorar. Tal vez sea un enemigo secreto tanto de nuestros dioses como del emperador; podría ser muy imprudente de mi parte perdonarle la vida. ¿Quién sabe si su muerte no sería un triunfo para mis dioses?».

Entonces recordó los maravillosos sueños que le había descrito su esposa, quien nunca había visto a Jesús, y volvió a cambiar de parecer, decidiendo que sería más seguro no condenarlo. Intentó convencerse de que deseaba dictar una sentencia justa; pero se engañaba, pues cuando se preguntó: «¿Qué es la verdad?», no esperó la respuesta.

Su mente estaba llena de confusión y no sabía en absoluto cómo actuar, ya que su único deseo era no exponerse a ningún riesgo.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

20 — JESÚS ANTE HERODES

✦

El palacio del tetrarca Herodes estaba construido en el lado norte del foro, en la ciudad nueva, no muy lejos del de Pilato. Una escolta de soldados romanos, procedentes en su mayoría de la región situada entre Suiza e Italia, se había unido a la comitiva.

Los enemigos de Jesús estaban enteramente furiosos por las molestias que se veían obligados a tomarse yendo de un lado a otro, y por eso descargaban su rabia sobre él. El mensajero de Pilato se había adelantado a la comitiva, de modo que Herodes los esperaba.

Estaba sentado sobre un montón de cojines, apilados de manera que formaban una especie de trono, en una sala espaciosa, rodeado de cortesanos y guerreros. Los jefes de los sacerdotes entraron y se colocaron a su lado, dejando a Jesús en la entrada.

Herodes estaba muy ufano y satisfecho de que Pilato hubiera reconocido así públicamente su derecho a juzgar a los galileos, y también se alegraba de ver a aquel Jesús, que nunca se había dignado comparecer ante él, reducido a semejante estado de humillación y degradación.

Su curiosidad se había despertado vivamente por los elogiosos términos con que Juan el Bautista había anunciado la venida de Jesús, y también había oído hablar mucho de él a los herodianos y por medio de los numerosos espías que había enviado a distintas regiones.

Por eso le encantaba aquella oportunidad de interrogarlo en presencia de los cortesanos y de los sacerdotes judíos, con la esperanza de hacer una gran exhibición de sus propios conocimientos y talentos.

Como Pilato le había enviado el mensaje de que «no encontraba motivo de acusación en aquel hombre», concluyó que aquellas palabras pretendían insinuar que él, Pilato, deseaba que se tratara a los acusadores con desprecio y desconfianza. Por tanto, se dirigió a ellos de la manera más altiva y distante posible, aumentando con ello su furia y su ira de un modo indescriptible.

Todos comenzaron a vociferar a la vez sus acusaciones, que Herodes apenas escuchaba, pues solo pensaba en satisfacer su curiosidad examinando detenidamente a Jesús, a quien tantas veces había deseado ver.

Pero cuando lo vio despojado de toda ropa salvo un resto de manto, apenas capaz de mantenerse en pie y con el rostro totalmente desfigurado por los golpes recibidos y por el barro y los objetos que la chusma le había arrojado a la cabeza, el príncipe, entregado al lujo y afeminado, se volvió con repugnancia, pronunció el nombre de Dios y dijo a los sacerdotes en un tono que mezclaba lástima y desprecio: «Llévenselo de aquí y no vuelvan a traerlo ante mí en un estado tan deplorable».

Los guardias llevaron a Jesús al patio exterior y consiguieron agua en una palangana, con la que limpiaron sus ropas sucias y su rostro desfigurado; pero ni siquiera mientras hacían esto pudieron contener su brutalidad, y no tuvieron consideración alguna por las heridas que lo cubrían.

Entretanto, Herodes se dirigió a los sacerdotes en términos muy parecidos a los que había usado Pilato. «Su comportamiento se parece mucho al de los carniceros —dijo—, y comienzan sus inmolaciones bastante temprano». Los jefes de los sacerdotes presentaron de inmediato sus acusaciones. Cuando Jesús fue llevado nuevamente ante él, Herodes fingió sentir cierta compasión y le ofreció una copa de vino para que recobrara las fuerzas; pero Jesús volvió la cabeza y rechazó aquel alivio.

Herodes empezó entonces a extenderse con gran locuacidad sobre todo lo que había oído acerca de nuestro Señor. Le hizo mil preguntas y lo instó a obrar un milagro en su presencia; pero Jesús no respondió una palabra y permaneció ante él con los ojos bajos. Esta conducta irritó y desconcertó a Herodes, aunque procuró disimular su enojo y continuó interrogándolo.

Al principio expresó sorpresa y empleó palabras persuasivas. «¿Es posible, Jesús de Nazaret —exclamó—, que seas tú mismo quien comparece ante mí como un criminal? He oído hablar tanto de tus obras. Quizá no sepas que me ofendiste gravemente al poner en libertad a los prisioneros que yo había encerrado en Tirsa, aunque es posible que tus intenciones fueran buenas. El gobernador romano te ha enviado ahora a mí para que seas juzgado; ¿qué puedes responder a todas estas acusaciones? ¿Guardas silencio?

He oído hablar mucho de tu sabiduría y de la religión que enseñas; déjame oírte responder y confundir a tus enemigos. ¿Eres el rey de los judíos? ¿Eres el Hijo de Dios? ¿Quién eres? Se dice que has obrado milagros maravillosos; obra uno ahora en mi presencia. Tengo poder para dejarte en libertad. ¿Es cierto que has devuelto la vista a los ciegos, resucitado a Lázaro de entre los muertos y alimentado a dos o tres mil personas con unos pocos pa-

nes? ¿Por qué no respondes? Te aconsejo que obres pronto un milagro ante mí; quizá después te alegres de haber cumplido mis deseos».

Jesús seguía guardando silencio, y Herodes continuó interrogándolo con una locuacidad aún mayor.

«¿Quién eres? —dijo—. ¿De dónde procede tu poder? ¿Cómo es que ya no lo posees? ¿Eres aquel cuyo nacimiento fue anunciado de manera tan maravillosa? Unos reyes de Oriente acudieron a mi padre para ver a un rey de los judíos recién nacido: ¿es cierto que tú eras aquel niño? ¿Escapaste cuando tantos niños fueron masacrados, y cómo se logró tu huida? ¿Por qué has permanecido tantos años en el anonimato? ¡Responde a mis preguntas! ¿Eres rey? Tu aspecto ciertamente no es regio. Me han dicho que hace poco te llevaron en triunfo al Templo. ¿Qué significaba semejante exhibición? ¡Habla de una vez! ¡Respóndeme!»

Herodes continuó interrogando a Jesús de esta manera precipitada; pero nuestro Señor no se dignó responder. Se me mostró, como de hecho ya sabía, que Jesús guardaba aquel silencio porque Herodes se encontraba en estado de excomunión, tanto por su matrimonio adúltero con Herodías como por haber ordenado la ejecución de san Juan el Bautista.

Anás y Caifás, al ver lo indignado que estaba Herodes por el silencio de Jesús, procuraron de inmediato aprovechar sus sentimientos de ira y reanudaron sus acusaciones, diciendo que había llamado zorro al propio Herodes; que su gran objetivo durante muchos años había sido derrocar a la familia de Herodes; que intentaba establecer una nueva religión y que había celebrado la Pascua el día anterior.

Aunque Herodes estaba sumamente enfurecido por la conducta de Jesús, no perdió de vista los fines políticos que deseaba promover. Estaba decidido a no condenar a nuestro Señor, tanto porque experimentaba una secreta e indefinible sensación de terror en su presencia como porque aún sentía remordimientos al pensar que había dado muerte a Juan el Bautista.

Además, detestaba a los sumos sacerdotes por no haberle permitido participar en los sacrificios a causa de su relación adúltera con Herodías.

⁂

Pero su principal razón para decidir no condenar a Jesús era que deseaba corresponder de algún modo a la cortesía de Pilato, y pensaba que la mejor manera de hacerlo sería tener la atención de mostrar deferencia hacia su decisión y compartir su opinión. Sin embargo, habló a Jesús del modo más despectivo y, volviéndose hacia los guardias y servidores que lo rodeaban, unos doscientos en total, dijo: «Llévense a este necio y ríndanle el homenaje que merece; está loco más que ser culpable de algún delito».

Nuestro Señor fue llevado de inmediato a un gran patio, donde lo colmaron de todos los insultos y humillaciones imaginables. Este patio se encontraba entre las dos alas del palacio, y Herodes permaneció un tiempo en una plataforma como espectador. Anás y Caifás estaban a su lado, tratando de persuadirlo para que condenara a nuestro Salvador.

Pero sus esfuerzos fueron inútiles, y Herodes respondió en un tono lo bastante alto para que lo oyeran los soldados romanos: «No, obraría muy mal si lo condenara». Quería decir que sería injusto condenar como culpable a

alguien a quien Pilato había declarado inocente, aunque hubiera tenido la cortesía de dejar en sus manos el juicio definitivo.

Cuando los sumos sacerdotes y los demás enemigos de Jesús advirtieron que Herodes estaba decidido a no ceder a sus deseos, enviaron emisarios a la zona de la ciudad llamada Acre, habitada principalmente por fariseos, para hacerles saber que debían reunirse en las inmediaciones del palacio de Pilato, congregar a la chusma y sobornarla para que provocara un tumulto y exigiera la condena de nuestro Señor.

También enviaron agentes secretos para alarmar al pueblo con amenazas de venganza divina si no insistían en la ejecución de Jesús, a quien calificaban de blasfemo sacrílego.

Asimismo, estos agentes recibieron la orden de alarmarlos insinuando que, si Jesús no era ejecutado, se pasaría al bando de los romanos y ayudaría a exterminar a la nación judía, pues a eso se refería cuando hablaba de su reino futuro.

Procuraron difundir en otras partes de la ciudad el rumor de que Herodes lo había condenado, pero que aun así era necesario que el pueblo también expresara sus deseos, pues había que temer a sus partidarios; porque, si quedaba en libertad, se uniría a los romanos, provocaría un disturbio el día de la fiesta y se vengaría de la manera más inhumana.

Algunos difundían rumores contradictorios y alarmantes para agitar al pueblo y provocar una insurrección, mientras otros repartían dinero entre los soldados para sobornarlos a fin de que maltrataran a Jesús hasta causarle

la muerte, que deseaban con gran ansia que llegara cuanto antes, por temor a que Pilato lo absolviera.

Mientras los fariseos se ocupaban de estas cosas, nuestro bendito Salvador sufría los mayores ultrajes a manos de los brutales soldados a quienes Herodes lo había entregado para que se burlaran de él como de un necio. Lo arrastraron hasta el patio, y uno de ellos consiguió un gran saco blanco que antes había estado lleno de algodón.

Le hicieron un agujero en el centro con una espada y luego se lo echaron por la cabeza a Jesús, acompañando cada acción con estallidos de las risas más despectivas.

Otro soldado trajo los restos de una vieja capa escarlata y se la pasó alrededor del cuello, mientras los demás doblaban la rodilla ante él, lo empujaban, lo insultaban, le escupían, lo golpeaban en la mejilla porque se había negado a responder a su rey, se burlaban de él fingiendo rendirle homenaje, le arrojaban barro y lo sujetaban por la cintura, como si quisieran hacerlo bailar.

Después lo derribaron y lo arrastraron por un canal de desagüe que corría a un lado del patio, haciendo que su sagrada cabeza golpeara contra las columnas y los costados del muro; y cuando por fin lo levantaron, fue solo para reanudar sus insultos.

Los soldados y servidores de Herodes reunidos en aquel patio sumaban más de doscientos, y todos creían halagar a su monarca torturando a Jesús de alguna manera inaudita. Muchos habían sido sobornados por los

enemigos de nuestro Señor para golpearlo en la cabeza con sus palos, y aprovechaban la confusión y el tumulto para hacerlo.

Jesús los miraba con compasión; el exceso de dolor le arrancaba de vez en cuando quejidos y gemidos, pero sus enemigos se alegraban de sus sufrimientos y se burlaban de sus gemidos, y ni uno solo de todos los presentes mostró el más mínimo grado de compasión.

Vi la sangre correr de su cabeza, y tres veces los golpes lo derribaron; pero unos ángeles lloraban a su lado y le ungían la cabeza con bálsamo celestial. Se me reveló que, de no haber sido por aquella ayuda milagrosa, habría muerto a causa de esas heridas.

Los filisteos de Gaza, que descargaron su ira atormentando al pobre Sansón ciego, fueron mucho menos bárbaros que aquellos crueles verdugos de nuestro Señor.

Sin embargo, los sacerdotes estaban impacientes por regresar al Templo; por eso, después de asegurarse de que se cumplirían sus órdenes respecto a Jesús, volvieron junto a Herodes y procuraron persuadirlo para que condenara a nuestro Señor. Pero él, decidido a hacer cuanto estuviera en su poder para complacer a Pilato, se negó a acceder a sus deseos y envió de nuevo a Jesús de vuelta, vestido con el traje de necio.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

21 — JESÚS ES LLEVADO DE NUEVO DEL TRIBUNAL DE HERODES AL DE PILATO

✦

Los enemigos de Jesús estaban completamente enfurecidos por verse obligados a llevarlo de nuevo, aún sin condena, ante Pilato, que tantas veces había declarado su inocencia. Lo condujeron por un camino mucho más largo, en primer lugar para que los habitantes de aquella parte de la ciudad lo vieran en el estado de ignominia al que había quedado reducido, y en segundo lugar para dar más tiempo a sus emisarios a fin de agitar al pueblo.

Este camino era muy escabroso y desigual; y los soldados, alentados por los fariseos, apenas dejaban un momento de atormentar a Jesús. La larga vestidura que llevaba le estorbaba al andar y lo hizo caer pesadamente más de una vez; y sus crueles guardianes, así como muchos de los que formaban aquella multitud brutal, en vez de ayudarlo en su estado de agotamiento, trataban de obligarlo a levantarse a golpes y patadas.

Jesús no opuso la menor resistencia a todos estos ultrajes; rogaba constantemente a su Padre que le concediera gracia y fortaleza para no sucumbir bajo ellos, sino llevar a cabo la obra de su Pasión para nuestra redención.

Eran alrededor de las ocho cuando la comitiva llegó al palacio de Pilato. La multitud era muy numerosa, y se veía a los fariseos ir de un lado a otro, tratando de incitarla y enfurecerla aún más. Pilato, que recordaba una insurrección ocurrida el año anterior durante la Pascua, había reunido a más de

mil soldados, a quienes apostó alrededor del pretorio, del foro y de su palacio.

La Santísima Virgen, su hermana mayor María (hija de Helí), María (hija de Cleofás), Magdalena y unas veinte de las santas mujeres estaban en una habitación desde donde podían ver todo lo que sucedía, y al principio Juan estaba con ellas.

Los fariseos condujeron a Jesús, todavía vestido con la túnica de loco, por en medio de la insolente muchedumbre, y habían hecho cuanto estaba en su poder para reunir a los malhechores más viles y perversos de entre la escoria del pueblo.

Un criado enviado por Herodes ya había llegado ante Pilato con un mensaje en el que le decía que su señor había apreciado mucho la cortés deferencia que había mostrado hacia su opinión, pero que consideraba al célebre galileo como un simple loco, que lo había tratado como tal y que ahora se lo devolvía.

Pilato quedó muy satisfecho al saber que Herodes había llegado a la misma conclusión que él, y por eso le respondió con un mensaje cortés. Desde aquella hora se hicieron amigos, después de haber sido enemigos durante muchos años; de hecho, desde el derrumbe del acueducto.

[La causa de la disputa entre Pilato y Herodes fue, según el relato de sor Emmerich, sencillamente esta: Pilato había emprendido la construcción de un acueducto en la ladera sudeste del monte sobre el que se alzaba el Templo, junto al torrente en el que desembocaban las aguas de la piscina de Betsaida, y este acueducto debía evacuar los desechos del Templo.

Herodes, por medio de uno de sus confidentes, que era miembro del Sanedrín, accedió a proporcionarle los materiales necesarios, así como veintiocho arquitectos, que también eran herodianos. Su propósito era enemistar aún más a los judíos con el gobernador romano, haciendo fracasar la obra.

Por ello llegó a un acuerdo secreto con los arquitectos, que aceptaron construir el acueducto de tal manera que su fracaso fuera seguro. Cuando la obra estaba casi terminada y varios albañiles de Ofel se ocupaban afanosamente de retirar los andamios, los veintiocho constructores subieron a lo alto de la torre de Siloé para contemplar el derrumbe que sabían que iba a producirse.

No solo toda la construcción se hizo pedazos, cayó y mató a noventa y tres obreros, sino que también se desplomó la torre en la que estaban los veintiocho arquitectos, y ninguno escapó de la muerte.

Este accidente ocurrió poco antes del 8 de enero, dos años después de que Jesús hubiera comenzado a predicar; sucedió el día del cumpleaños de Herodes, el mismo día en que Juan el Bautista fue decapitado en el castillo de Maqueronte.

Ningún oficial romano asistió a aquellas fiestas a causa del asunto del acueducto, aunque se había invitado a Pilato a participar en ellas con hipócrita cortesía. Sor Emmerich vio a algunos discípulos de Jesús llevar la noticia de este suceso a Samaria, donde él enseñaba, el 8 de enero.

Jesús fue desde allí a Hebrón para consolar a la familia de Juan; y ella lo vio, el 13 de enero, curar a muchos de los obreros de Ofel que habían resul-

tado heridos por la caída del acueducto. Hemos visto, por el relato anterior, la poca gratitud que le mostraron.

La enemistad de Herodes hacia Pilato aumentó todavía más por la manera en que este se vengó de los seguidores de Herodes. Incluiremos aquí algunos detalles que le fueron comunicados en distintos momentos a sor Emmerich.

El 25 de marzo del segundo año de la predicación de nuestro Señor, cuando Jesús y sus discípulos estaban en los alrededores de Betania, Lázaro les advirtió que Judas de Gaulón se proponía provocar una insurrección contra Pilato.

El 28 de marzo, Pilato publicó una proclama en la que anunciaba su intención de imponer un tributo, cuya recaudación serviría en parte para cubrir los gastos en que había incurrido al levantar la construcción que acababa de derrumbarse.

A este anuncio siguió una sedición encabezada por Judas de Gaulón, que siempre defendía la libertad y que era, sin saberlo, un instrumento en manos de los herodianos. Los herodianos se parecían bastante a nuestros masones. El 30 de marzo, a las diez de la noche, Jesús, vestido con una túnica oscura, enseñaba en el Templo con sus apóstoles y treinta discípulos.

La revuelta de los galileos contra Pilato estalló ese mismo día, y los rebeldes liberaron a cincuenta de los suyos que habían sido encarcelados el día anterior; y muchos romanos murieron. El 6 de abril, Pilato hizo que unos soldados disfrazados, a quienes había ocultado en el Templo, masacraran a los galileos en el momento de ofrecer el sacrificio.

Judas murió junto con sus compañeros. Esta matanza exacerbó todavía más a Herodes contra Pilato, y acabamos de ver por qué medios se logró su reconciliación.]

⁂

Jesús fue llevado de nuevo a la casa de Pilato. Los arqueros lo arrastraron escaleras arriba con su brutalidad habitual; sus pies se enredaron en la larga túnica y cayó sobre los escalones de mármol blanco, que quedaron manchados con la sangre de su sagrada cabeza.

Sus enemigos habían vuelto a ocupar sus asientos a la entrada del foro; la muchedumbre se rio de su caída, y los arqueros golpearon a su víctima inocente en vez de ayudarla a levantarse. Pilato estaba reclinado en una especie de sillón, con una mesita delante, y rodeado de oficiales y de personas que sostenían en las manos tiras de pergamino cubiertas de escritura.

Se adelantó y dijo a los acusadores de Jesús: «Me han presentado a este hombre como alguien que extravía al pueblo, y yo, después de interrogarlo delante de ustedes, no encuentro en él ninguna culpa de las que lo acusan. Tampoco Herodes. Pues los envié ante él y, como ven, nada digno de muerte se le ha hecho. Por tanto, lo castigaré y lo pondré en libertad».

Cuando los fariseos oyeron estas palabras, se enfurecieron e hicieron todo lo posible por convencer al pueblo de que se sublevara, repartiendo dinero entre ellos con ese fin. Pilato miró a su alrededor con desprecio y les dirigió palabras desdeñosas.

Era precisamente el momento en que, según una antigua costumbre, el pueblo tenía el privilegio de pedir la liberación de un preso. Los fariseos

habían enviado emisarios para convencer al pueblo de que pidiera la muerte de nuestro Señor y no su vida. Pilato esperaba que pidieran a Jesús, y decidió darles a elegir entre él y un criminal llamado Barrabás, que había sido condenado por un asesinato atroz cometido durante una sedición, así como por muchos otros delitos, y que, además, era detestado por el pueblo.

Había una gran agitación entre la multitud; una parte de ella se adelantó, y sus portavoces, dirigiéndose a Pilato en voz alta, dijeron: «Concédenos el favor que siempre nos has concedido el día de la fiesta». Pilato respondió: «Tengo por costumbre liberarles a un criminal durante la Pascua; ¿a quién quieren que les suelte, a Barrabás o a Jesús, llamado Cristo?».

Aunque Pilato no estaba en absoluto seguro en su interior de que Jesús fuera el rey de los judíos, lo llamaba así, en parte porque su orgullo romano lo hacía complacerse en humillar a los judíos llamando rey suyo a una persona de aspecto tan despreciable; y en parte porque sentía una especie de convicción interior de que Jesús podía ser realmente aquel rey milagroso, aquel Mesías que había sido prometido.

Veía claramente que solo la envidia movía a los sacerdotes a acusar a Jesús; esto le hacía desear vivamente frustrar sus propósitos; y ese deseo aumentaba con aquel destello de verdad que iluminaba en parte su mente. Hubo cierta vacilación entre la multitud cuando Pilato hizo esta pregunta, y unas pocas voces respondieron: «Barrabás».

Un criado enviado por la esposa de Pilato preguntó por él en ese momento; Pilato dejó el estrado, y el mensajero le presentó la prenda que él le había dado a ella, diciendo al mismo tiempo: «Claudia Procles te ruega que recuerdes tu promesa de esta mañana».

Los fariseos y los sacerdotes iban de un lado a otro entre la multitud, inquietos y apresurados, amenazando a unos y dando órdenes a otros, aunque, en realidad, poco hacía falta para incitar a aquella multitud ya enfurecida.

María, con Magdalena, Juan y las santas mujeres, estaba en un rincón del foro, temblando y llorando; pues, aunque la Madre de Jesús sabía perfectamente que la redención del ser humano no podía realizarse por otro medio que la muerte de su Hijo, estaba llena de la angustia de una madre y del vivo deseo de salvarlo de aquellas torturas y de aquella muerte que estaba a punto de sufrir.

Rogaba a Dios que no permitiera que se cometiera un crimen tan espantoso; repetía las palabras de Jesús en el huerto de los Olivos: «Si es posible, que pase este cáliz». Todavía conservaba un destello de esperanza, porque corría el rumor de que Pilato quería absolver a Jesús.

Cerca de ella se habían reunido grupos de personas, en su mayoría habitantes de Cafarnaúm, donde Jesús había enseñado y entre quienes había realizado tantas curaciones milagrosas; fingían no recordar ni a ella ni a sus compañeras que lloraban; solo dirigían de vez en cuando una mirada, como por casualidad, hacia sus figuras cubiertas por tupidos velos.

Muchos pensaban, al igual que sus compañeros, que al menos aquellas personas rechazarían a Barrabás y pedirían la vida de su Salvador y Benefactor; pero aquellas esperanzas fueron, por desgracia, engañosas.

Pilato devolvió la prenda a su esposa como garantía de su intención de cumplir su promesa. Volvió a adelantarse en el estrado y se sentó ante la

mesita. Los sumos sacerdotes también ocuparon sus asientos, y Pilato preguntó una vez más: «¿A cuál de los dos he de soltarles?». Un clamor general resonó por toda la sala: «¡A este no, sino a Barrabás!».

«Pero ¿qué he de hacer con Jesús, llamado Cristo?», respondió Pilato. Todos exclamaron alborotadamente: «¡Que sea crucificado! ¡Que sea crucificado!». «Pero ¿qué mal ha hecho?», preguntó Pilato por tercera vez.

«No encuentro ninguna culpa en él. Lo haré azotar y después lo absolveré». Pero el grito de «¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo!» brotó de la multitud, y los sonidos resonaron como una tempestad infernal; los sumos sacerdotes y los fariseos vociferaban y corrían de un lado a otro como si hubieran perdido el juicio.

Pilato cedió por fin; su carácter débil y pusilánime no pudo resistir manifestaciones tan violentas; entregó a Barrabás al pueblo y condenó a Jesús a ser azotado.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

22 — LA FLAGELACIÓN DE JESÚS

✦

Pilato, el más débil e indeciso de todos los jueces, había repetido varias veces estas cobardes palabras: «No encuentro ningún delito en él; por tanto, lo castigaré y lo dejaré ir»; a lo que los judíos habían seguido respondiendo: «¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo!».

Pero él decidió mantenerse firme en su resolución de no condenar a muerte a nuestro Señor y ordenó que lo azotaran según la costumbre de los romanos. Se ordenó, pues, a los guardias que lo condujeran por entre la multitud furiosa hasta el foro, lo cual hicieron con la mayor brutalidad, mientras lo colmaban de insultos y lo golpeaban con sus bastones.

La columna donde se azotaba a los criminales estaba al norte del palacio de Pilato, cerca del cuerpo de guardia, y pronto llegaron los verdugos, llevando látigos, varas y cuerdas, que arrojaron al pie de ella.

Eran seis hombres de tez oscura y morena, algo más bajos que Jesús; llevaban el pecho cubierto con un trozo de cuero o alguna tela sucia; tenían ceñida la cintura y los brazos velludos y musculosos al descubierto.

Eran malhechores de las fronteras de Egipto, condenados por sus delitos a trabajos forzados, y se los empleaba principalmente en la construcción de canales y edificios públicos; a los de peores crímenes se los escogía para actuar como verdugos en el pretorio.

Estos hombres crueles habían azotado muchas veces hasta la muerte a pobres criminales en aquella columna. Parecían fieras o demonios y daban la

impresión de estar medio borrachos.

Golpeaban a nuestro Señor con los puños y lo arrastraban por las cuerdas con las que estaba maniatado, aunque él los seguía sin ofrecer la menor resistencia, y finalmente lo derribaron brutalmente contra la columna.

Esta columna, situada en el centro del patio, estaba aislada y no sostenía ninguna parte del edificio; no era muy alta, pues un hombre alto podía tocar la parte superior extendiendo el brazo; tenía una gran argolla de hierro en lo alto y otras argollas y ganchos algo más abajo.

Es del todo imposible describir la crueldad que estos rufianes mostraron con Jesús: le arrancaron el manto con que lo habían vestido por burla en la corte de Herodes y casi volvieron a derribarlo.

Jesús temblaba y se estremecía de pie ante la columna, y se quitó las vestiduras tan deprisa como pudo, pero tenía las manos ensangrentadas e hinchadas. La única respuesta que daba cuando sus brutales verdugos lo golpeaban e insultaban era orar por ellos de la manera más conmovedora: una vez volvió el rostro hacia su Madre, que estaba allí, abrumada por el dolor; aquella mirada la dejó sin fuerzas: se desmayó y habría caído si las santas mujeres que estaban allí no la hubieran sostenido.

Jesús rodeó la columna con los brazos y, cuando tuvo las manos así levantadas, los arqueros se las sujetaron a la argolla de hierro que estaba en lo alto de la columna; luego le tiraron de los brazos hasta tal altura que sus pies, fuertemente atados a la base de la columna, apenas tocaban el suelo.

Así quedó el Santo de los Santos violentamente estirado, sin prenda alguna, en una columna destinada al castigo de los mayores criminales; y en-

tonces dos rufianes furiosos, sedientos de su sangre, comenzaron a azotar de la manera más bárbara su cuerpo sagrado, de la cabeza a los pies.

Los látigos o azotes que emplearon primero me parecieron hechos de una especie de madera blanca y flexible, pero quizá estaban compuestos de tendones de buey o de tiras de cuero.

Nuestro amoroso Señor, el Hijo de Dios, verdadero Dios y verdadero Hombre, se retorcía como un gusano bajo los golpes de aquellos bárbaros; sus suaves pero profundos gemidos se oían desde lejos; resonaban en el aire, formando una especie de conmovedor acompañamiento al silbido de los instrumentos de tortura.

Aquellos gemidos parecían más un conmovedor clamor de oración y súplica que lamentos de angustia. El griterío de los fariseos y del pueblo formaba otra especie de acompañamiento que, a veces, como una tormenta ensordecedora, apagaba y ahogaba aquellos clamores sagrados y lastimeros, y en su lugar se oían las palabras: «¡Que muera!», «¡Crucifícalo!».

Pilato seguía dialogando con el pueblo y, cuando pedía silencio para poder hablar, se veía obligado a dar a conocer su deseo a la ruidosa asamblea mediante el sonido de una trompeta; en esos momentos volvían a oírse el ruido de los azotes, los gemidos de Jesús, las imprecaciones de los soldados y los balidos de los corderos pascuales que estaban siendo lavados en la piscina Probática, no muy lejos del foro.

Había algo particularmente conmovedor en los lastimeros balidos de aquellos corderos: solo ellos parecían unir sus lamentos a los gemidos de dolor de nuestro Señor.

La turba judía se había reunido a cierta distancia de la columna donde se infligía aquel terrible castigo, y había soldados romanos apostados en distintos puntos de los alrededores.

Muchas personas iban de un lado a otro, unas en silencio, otras hablando de Jesús en los términos más insultantes posibles, y algunas parecían conmovidas; me pareció ver rayos de luz que salían de nuestro Señor y entraban en los corazones de estas últimas.

Vi grupos de jóvenes infames y de aspecto insolente, que en su mayoría se afanaban cerca del cuerpo de guardia preparando nuevos azotes, mientras otros iban en busca de ramas de espino.

Varios criados de los sumos sacerdotes se acercaron a los brutales verdugos y les dieron dinero, así como una gran jarra llena de un líquido fuerte de color rojo vivo, que los embriagó por completo y multiplicó por diez su crueldad hacia su inocente Víctima.

Los dos rufianes siguieron golpeando a nuestro Señor con incesante violencia durante un cuarto de hora, y entonces fueron reemplazados por otros dos. Su cuerpo estaba enteramente cubierto de marcas negras, azules y rojas; la sangre goteaba al suelo y, sin embargo, los gritos furiosos que salían de entre los judíos reunidos mostraban que su crueldad estaba lejos de haberse saciado.

⁂

La noche había sido extremadamente fría y la mañana era oscura y nublada; había caído un poco de granizo, lo que sorprendió a todos, pero hacia las doce el día se aclaró y salió el sol.

Los dos nuevos verdugos comenzaron a azotar a Jesús con la mayor furia posible; empleaban una clase distinta de vara: una especie de palo espinoso, cubierto de nudos y astillas. Los golpes de aquellos palos le desgarraban la carne; su sangre brotaba a chorros hasta mancharles los brazos, y él gemía, oraba y se estremecía.

En ese momento, unos forasteros montados en camellos pasaron por el foro; se detuvieron un instante y quedaron sobrecogidos de compasión y horror ante la escena que tenían delante, por lo que algunos de los presentes les explicaron la causa de lo que veían. Algunos de aquellos viajeros habían sido bautizados por Juan y otros habían oído el sermón de Jesús en la montaña. El ruido y el tumulto de la turba eran aún más ensordecedores cerca de la casa de Pilato.

Dos nuevos verdugos ocuparon el lugar de los anteriores, que empezaban a flaquear; sus azotes estaban hechos de pequeñas cadenas o correas cubiertas de ganchos de hierro, que penetraban hasta el hueso y arrancaban grandes pedazos de carne con cada golpe. ¡Qué palabra, ay, podría describir aquella escena terrible y desgarradora!

Sin embargo, la crueldad de aquellos bárbaros aún no estaba saciada; desataron a Jesús y volvieron a sujetarlo, esta vez con la espalda hacia la columna. Como era totalmente incapaz de mantenerse erguido, le pasaron cuerdas alrededor de la cintura, por debajo de los brazos y por encima de las rodillas y, después de atarle fuertemente las manos a las argollas situadas en la parte superior de la columna, volvieron a azotarlo con una furia aún mayor que antes; y uno de ellos lo golpeaba sin cesar en el rostro con una vara nueva.

El cuerpo de nuestro Señor estaba completamente desgarrado: era una sola herida. Miraba a sus torturadores con los ojos llenos de sangre, como si implorara misericordia; pero la brutalidad de ellos parecía aumentar, y sus gemidos se hacían cada vez más débiles.

La terrible flagelación había continuado sin interrupción durante tres cuartos de hora cuando un forastero de origen humilde, pariente de Ctesifonte, el ciego a quien Jesús había curado, salió precipitadamente de entre la multitud y se acercó a la columna con un cuchillo en forma de alfanje en la mano.

«¡Basta! —exclamó con tono indignado—. ¡Basta! ¡No azoten hasta la muerte a este hombre inocente!». Los malvados borrachos, tomados por sorpresa, se detuvieron de golpe, mientras él cortaba rápidamente las cuerdas que ataban a Jesús a la columna y desaparecía entre la multitud. Jesús cayó casi inconsciente al suelo, que estaba bañado en su sangre.

Los verdugos lo dejaron allí y volvieron a reunirse con sus crueles compañeros, que se divertían en el cuerpo de guardia bebiendo y trenzando la corona de espinas.

Nuestro Señor permaneció un breve tiempo en el suelo, al pie de la columna, bañado en su propia sangre, y dos o tres muchachas de aspecto insolente se acercaron para satisfacer su curiosidad y se apartaron con repugnancia, pero en aquel momento el dolor de las heridas de Jesús era tan intenso que levantó la cabeza ensangrentada y las miró. Ellas se retiraron rápidamente, y los soldados y los guardias se rieron y se burlaron de ellas.

Durante la flagelación de nuestro Señor, vi muchas veces a ángeles que se acercaban a él llorando; también oí las oraciones que dirigía constantemente a su Padre por el perdón de nuestros pecados, oraciones que no cesaron durante todo el tiempo en que se le infligió aquel cruel castigo.

Mientras yacía bañado en su sangre, vi a un ángel ofrecerle un vaso que contenía una bebida de aspecto luminoso que pareció reanimarlo en cierta medida. Los arqueros regresaron pronto y, después de darle algunos golpes con sus palos, le ordenaron que se levantara y los siguiera.

Se incorporó con enorme dificultad, pues sus miembros temblorosos apenas podían sostener el peso de su cuerpo; no le dieron tiempo suficiente para vestirse, sino que le echaron la vestidura exterior sobre los hombros desnudos y lo llevaron de la columna al cuerpo de guardia, donde se limpió con una punta de su vestidura la sangre que le corría por el rostro.

Cuando pasó ante los bancos donde estaban sentados los sumos sacerdotes, estos gritaron: «¡Que muera! ¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo!», y luego se volvieron con desprecio. Los verdugos lo llevaron al interior del cuerpo de guardia, que estaba lleno de esclavos, arqueros, peones de albañil y lo más bajo del pueblo, pero no había soldados.

La gran agitación del pueblo alarmó tanto a Pilato que mandó pedir refuerzos de soldados romanos a la fortaleza Antonia y apostó a aquellas tropas bien disciplinadas alrededor del cuerpo de guardia; se les permitía hablar y burlarse de Jesús de todas las maneras posibles, pero se les prohibía

abandonar sus filas. Aquellos soldados, a quienes Pilato había hecho venir para intimidar a la turba, sumaban alrededor de mil.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

23 — MARÍA DURANTE LA FLAGELACIÓN DE NUESTRO SEÑOR

✦

Vi a la Santísima Virgen en un éxtasis continuo durante la flagelación de su Divino Hijo; veía y sufría con amor y dolor inexpresables todos los tormentos que él padecía. Gemía débilmente y tenía los ojos enrojecidos de tanto llorar. Un gran velo la cubría, y se apoyaba en María de Helí, su hermana mayor, que era anciana y se parecía muchísimo a su madre, Ana.

María de Cleofás, hija de María de Helí, también estaba allí. Los amigos de Jesús y de María estaban alrededor de esta última; llevaban grandes velos, parecían abatidos por el dolor y la angustia, y lloraban como si esperaran la muerte de un momento a otro.

El vestido de María era azul; era largo y estaba parcialmente cubierto por un manto de lana blanca, y su velo era de un blanco algo amarillento. Magdalena estaba completamente fuera de sí por el dolor, y su cabello caía suelto bajo el velo.

Cuando Jesús cayó al pie de la columna, después de la flagelación, vi que Claudia Prócula, la esposa de Pilato, envió unos grandes paños de lino a la Madre de Dios. No sé si pensaba que Jesús sería puesto en libertad y que su Madre necesitaría entonces lienzos para vendar sus heridas, o si esta compasiva señora sabía qué uso se haría de su regalo.

Al terminar la flagelación, María volvió en sí por un tiempo y vio a su Divino Hijo, todo desgarrado y destrozado, mientras los arqueros se lo lleva-

ban después de los azotes: él se limpió los ojos, que estaban llenos de sangre, para poder mirar a su Madre, y ella extendió las manos hacia él y siguió mirando las huellas ensangrentadas de sus pasos.

Poco después vi a María y a Magdalena acercarse a la columna donde Jesús había sido azotado; la muchedumbre estaba a cierta distancia, y ellas quedaban parcialmente ocultas por las otras santas mujeres y por unas cuantas personas de buen corazón que se les habían unido; se arrodillaron en el suelo cerca de la columna y recogieron la sangre sagrada con los paños de lino que Claudia Prócula había enviado.

Juan no estaba en ese momento con las santas mujeres, que eran unas veinte. Los hijos de Simeón y de Obed, y Verónica, así como los dos sobrinos de José de Arimatea —Aram y Temni—, estaban en el Templo y parecían abrumados por el dolor. No eran más de las nueve de la mañana cuando terminó la flagelación.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

24 — INTERRUPCIÓN DE LAS VISIONES DE LA PASIÓN POR LA APARICIÓN DE SAN JOSÉ BAJO LA FORMA DE UN NIÑO

✦

Durante todo el tiempo de las visiones que acabamos de narrar (es decir, desde el 18 de febrero hasta el 8 de marzo), la hermana Emmerich siguió sufriendo todos los tormentos del alma y del cuerpo que en otro tiempo padeció nuestro Señor.

Totalmente sumida en estas meditaciones y como muerta para las cosas exteriores, lloraba y gemía como una persona en manos de un verdugo, temblaba, se estremecía y se retorcía en su lecho, mientras su rostro se parecía al de un hombre a punto de morir bajo la tortura, y un sudor de sangre le corría a menudo por el pecho y los hombros.

Por lo general sudaba tan copiosamente que su cama y su ropa quedaban empapadas. Sus sufrimientos por la sed eran también espantosos, y bien podía comparársela con una persona que muere en el desierto por falta de agua.

Generalmente, por la mañana tenía la boca tan reseca y la lengua tan contraída y seca que no podía hablar, y se veía obligada a pedir alivio mediante señas y sonidos inarticulados.

Su constante estado febril probablemente se debía a los grandes dolores que soportaba, a los que se añadía que a menudo tomaba sobre sí las enfer-

medades y las calamidades temporales merecidas por otros.

Siempre necesitaba descansar un tiempo antes de relatar las distintas escenas de la Pasión; tampoco podía hablar siempre de lo que había visto, e incluso a menudo se veía obligada a interrumpir sus relatos por el resto del día.

Se encontraba en este estado de sufrimiento el sábado 8 de marzo y, con suma dificultad y dolor, describió la flagelación de nuestro Señor que había visto en la visión de la noche anterior, y que parecía seguir presente en su mente durante la mayor parte del día siguiente.

No obstante, hacia el anochecer se produjo un cambio, y se interrumpió la serie de meditaciones sobre la Pasión que últimamente se habían sucedido con tanta regularidad.

Describiremos esta interrupción, en primer lugar, para dar a nuestros lectores una comprensión más completa de la vida interior de esta persona tan extraordinaria; y, en segundo lugar, para permitirles hacer una pausa y descansar la mente, pues bien sé que las meditaciones sobre la Pasión de nuestro Señor agotan a los débiles, aun cuando recuerdan que él sufrió y murió por su salvación.

La vida de la hermana Emmerich, tanto en lo espiritual como en lo intelectual, armonizaba invariablemente con el espíritu de la Iglesia en las distintas épocas del año.

Armonizaba con él aún más estrechamente de lo que la vida natural del hombre armoniza con las estaciones o con las horas del día, y esto hacía de

ella, si podemos expresarnos así, una encarnación de la existencia y de las diversas intenciones de la Iglesia.

Su unión con el espíritu de esta era tan completa que, en cuanto comenzaba una festividad (es decir, en la víspera), se producía en ella un cambio total, tanto intelectual como espiritual.

En cuanto se ponía el sol espiritual de estas festividades de la Iglesia, dirigía todos sus pensamientos hacia el que saldría al día siguiente, y orientaba todas sus oraciones, buenas obras y sufrimientos a obtener las gracias especiales vinculadas a la fiesta que estaba por comenzar, como una planta que absorbe el rocío y se deleita en el calor y la luz de los primeros rayos del sol.

Como es fácil comprender, estos cambios no siempre se producían en el momento exacto en que el sonido del ángelus anunciaba el comienzo de una festividad y convocaba a los fieles a la oración, pues a menudo, por ignorancia o negligencia, esta campana suena a una hora equivocada; comenzaban en el momento en que realmente se iniciaba la fiesta.

Si la Iglesia conmemoraba un misterio doloroso, ella parecía abatida, desfallecida y casi sin fuerzas; pero en el instante en que comenzaba la celebración de una fiesta alegre, su cuerpo y su alma revivían a una vida nueva, como refrescados por el rocío de nuevas gracias, y permanecía en ese estado de calma, sosiego y felicidad, enteramente libre de toda clase de sufrimiento, hasta el anochecer.

Estas cosas sucedían en su alma con absoluta independencia de su voluntad; pero, como desde la infancia había tenido el deseo más ardiente de

obedecer a Jesús y a su Iglesia, Dios le había concedido aquellas gracias especiales que dan una facilidad natural para practicar la obediencia.

Todas las facultades de su alma estaban orientadas hacia la Iglesia, de la misma manera que una planta que, incluso puesta en un sótano oscuro, vuelve naturalmente sus hojas hacia arriba y parece buscar la luz.

El sábado 8 de marzo de 1823, después de la puesta del sol, la hermana Emmerich había descrito, con suma dificultad, los distintos acontecimientos de la flagelación de nuestro Señor, y el autor de estas páginas pensaba que su mente estaba ocupada en la contemplación de la «coronación de espinas», cuando de pronto su rostro, antes pálido y demacrado como el de una persona a punto de morir, se volvió luminoso y sereno, y ella exclamó con tono cariñoso, como si hablara a un niño: «¡Oh, qué niñito tan querido! ¿Quién es? Espera, se lo preguntaré. Se llama José. Se ha abierto paso entre la multitud para venir a mí.

Pobre niño, se está riendo: no sabe nada de lo que está ocurriendo. ¡Qué ropa tan ligera lleva! Me temo que debe de tener frío; el aire está tan helado esta mañana. Espera, hijo mío; déjame ponerte algo más encima».

Tras decir estas palabras con un tono de voz tan natural que a los presentes les resultaba casi imposible no volverse esperando ver al niño, levantó una prenda que tenía cerca, como lo haría una persona bondadosa que quisiera vestir a un pobre niño aterido de frío.

El amigo que estaba junto a su cama no tuvo tiempo suficiente para pedirle que explicara las palabras que había pronunciado, pues se produjo un cambio repentino en todo su aspecto y su actitud cuando su cuidadora pro-

nunció la palabra obediencia, uno de los votos con los que se había consagrado a nuestro Señor.

Al instante volvió en sí y, como un niño obediente que despierta de un sueño profundo y se incorpora al oír la voz de su madre, extendió la mano, tomó el rosario y el crucifijo que siempre estaban a su lado, se arregló el vestido, se frotó los ojos y se sentó.

Luego la llevaron de la cama a una silla, pues no podía mantenerse en pie ni caminar; y, como era la hora de hacerle la cama, su amigo salió de la habitación para poner por escrito lo que había oído durante el día.

⁂

El domingo 9 de marzo, el amigo preguntó a su cuidadora qué había querido decir la hermana Emmerich la tarde anterior al hablar de un niño llamado José. La cuidadora respondió: «Volvió a hablar de él muchas veces ayer por la tarde; es hijo de un primo mío, y ella le tiene mucho cariño. Me temo que el que hable tanto de él sea señal de que va a enfermar, pues dijo muchas veces que el pobre niño estaba casi sin ropa y que debía de tener frío».

El amigo recordó haber visto muchas veces a este pequeño José jugando en la cama de la hermana Emmerich, y supuso que el día anterior ella había estado soñando con él. Cuando fue a verla más tarde ese día para intentar obtener una continuación de los relatos de la Pasión, la encontró, contra lo que esperaba, más tranquila y aparentemente con mejor salud que el día anterior.

Ella le dijo que no había visto nada más después de la flagelación de nuestro Señor; y cuando él le preguntó por lo que había dicho acerca del pequeño José, no pudo recordar haber hablado del niño.

Él le preguntó entonces por qué estaba tan tranquila, serena y aparentemente bien de salud; y ella respondió: «Siempre me siento así cuando llega la mitad de la Cuaresma, pues entonces la Iglesia canta con Isaías en el introito de la misa: "Alégrate, Jerusalén, y reuníos todos los que la amáis; regocijaos de alegría los que habéis estado tristes, para que podáis exultar y saciaros de los pechos de vuestro consuelo".

Por consiguiente, el domingo de mitad de Cuaresma es un día de alegría; y también recordaréis que, en el evangelio de este día, la Iglesia cuenta cómo nuestro Señor alimentó a cinco mil hombres con cinco panes y dos peces, de los que sobraron doce cestas de pedazos; por lo tanto, debemos alegrarnos».

Añadió también que nuestro Señor se había dignado visitarla aquel día en la sagrada comunión, y que siempre sentía un consuelo espiritual especial cuando lo recibía en ese día concreto del año.

El amigo miró el calendario de la diócesis de Münster y vio que aquel día no solo se celebraba el domingo de mitad de Cuaresma, sino también la fiesta de san José, padre adoptivo de nuestro Señor; no lo sabía antes, porque en otros lugares la fiesta de san José se celebra el 19.

Comentó esta circunstancia a la hermana Emmerich y le preguntó si no creía que esa era la causa de que hubiera hablado de José. Ella respondió

que sabía perfectamente que era la fiesta del padre adoptivo de Jesús, pero que no había estado pensando en el niño de ese nombre.

Sin embargo, un momento después recordó de pronto cuáles habían sido sus pensamientos el día anterior, y explicó a su amigo que, en el momento en que empezó la fiesta de san José, cesó su visión de los misterios dolorosos de la Pasión y fue sustituida por escenas totalmente distintas, en las que san José aparecía bajo la forma de un niño, y que a él iban dirigidas las palabras que hemos mencionado antes.

Observamos que, cuando recibía estas comunicaciones, la visión tomaba a menudo la forma de un niño, especialmente en aquellos casos en que un artista habría utilizado esa imagen para expresar sus ideas. Si, por ejemplo, se le mostraba el cumplimiento de alguna profecía de la Escritura, a menudo veía junto a la representación a un niño que indicaba claramente las características de tal o cual profeta mediante su postura, su vestimenta y la manera en que sostenía en la mano y agitaba de un lado a otro el rollo profético sujeto a un bastón.

A veces, cuando sufría en extremo, se acercaba un hermoso niño vestido de verde, de rostro tranquilo y sereno, y se sentaba en actitud de resignación junto a su cama, dejándose mover de un lado a otro, o incluso poner en el suelo, sin la menor oposición, mirándola constantemente con afecto y consolándola.

Si, estando completamente postrada por la enfermedad y por los sufrimientos ajenos que había tomado sobre sí, entraba en comunicación con un santo, ya fuera por participar en la celebración de su fiesta o porque le llevaban sus reliquias, a veces veía episodios de la infancia del martirio.

En sus mayores sufrimientos solía ser consolada, instruida o reprendida, según lo que exigiera la ocasión, por apariciones bajo la forma de niños. A veces, totalmente vencida por las penas y la angustia, se quedaba dormida y era llevada de nuevo en su imaginación a las escenas y los peligros de su infancia.

En ocasiones soñaba, como lo demostraban sus exclamaciones y gestos, que volvía a ser una pequeña campesina de cinco años que trepaba por un seto, quedaba atrapada entre las zarzas y lloraba de miedo.

Estas escenas de su infancia eran siempre hechos que habían ocurrido realmente, y las palabras que se le escapaban mostraban lo que pasaba por su mente. Exclamaba, como si repitiera las palabras de otros: «¿Por qué gritas así?».

«No apartaré el seto hasta que te calmes y me lo pidas con dulzura». Había obedecido esta indicación cuando era niña y había quedado atrapada en el seto, y seguía la misma regla ya adulta, cuando sufría las pruebas más terribles.

A menudo hablaba y bromeaba acerca del seto de espinos y de la paciencia y la oración que entonces le habían recomendado, consejo que en su vida posterior había desatendido con frecuencia, pero que nunca le había fallado cuando había recurrido a él.

Esta coincidencia simbólica entre los acontecimientos de su infancia y los de su edad madura muestra que, tanto en el individuo como en la humanidad en su conjunto, pueden encontrarse figuras proféticas.

Pero tanto al individuo como a la humanidad en general se les ha dado un Modelo Divino en la persona de nuestro Redentor, para que uno y otra, siguiendo sus pasos y con su ayuda, puedan superar la naturaleza humana y alcanzar la sabiduría y la gracia perfectas ante Dios y los hombres.

Así se hace la voluntad de Dios en la tierra como en el cielo, y así alcanzan este reino los «hombres de buena voluntad».

Luego hizo un breve relato de las visiones que, la noche anterior, habían interrumpido sus visiones de la Pasión al comenzar la fiesta de san José.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

25 — DESCRIPCIÓN DEL ASPECTO FÍSICO DE LA SANTÍSIMA VIRGEN

✦

Mientras tenían lugar estos tristes acontecimientos, yo estaba en Jerusalén, unas veces en un lugar y otras en otro; me encontraba completamente abatida, mis sufrimientos eran intensos y sentía que estaba a punto de expirar.

Durante la flagelación de mi adorable Esposo, permanecí sentada en las cercanías, en un lugar al que ningún judío se atrevía a acercarse por miedo a contaminarse; pero yo no temía contaminarme, solo ansiaba que una gota de la sangre de nuestro Señor cayera sobre mí para purificarme.

Tenía el corazón tan destrozado que creía que iba a morir al no poder aliviar a Jesús, y cada golpe que recibía me arrancaba tales sollozos y gemidos que me asombraba mucho que no me echaran de allí. Cuando los verdugos llevaron a Jesús al cuerpo de guardia para coronarlo de espinas, anhelé seguirlo para poder contemplarlo de nuevo en sus sufrimientos.

Fue entonces cuando la Madre de Jesús, acompañada por las santas mujeres, se acercó a la columna y recogió con paños la sangre que empapaba tanto la columna como el suelo de alrededor. La puerta del cuerpo de guardia estaba abierta, y oí las risas brutales de aquellos hombres sin corazón, que se afanaban en terminar la corona de espinas que habían preparado para nuestro Señor.

Estaba demasiado conmovida para llorar, pero procuré arrastrarme hasta cerca del lugar donde nuestro Señor iba a ser coronado de espinas.

Volví a ver a la Santísima Virgen; tenía el rostro demacrado y pálido, y los ojos enrojecidos de llorar, pero la sencilla dignidad de su porte no puede describirse.

A pesar de su dolor y su angustia, a pesar del cansancio que había soportado —pues desde la tarde anterior había estado recorriendo las calles de Jerusalén y atravesando el valle de Josafat—, su aspecto era apacible y modesto, y ni un solo pliegue de su vestido estaba fuera de lugar. Miraba a su alrededor con majestad, y su velo caía con gracia sobre sus hombros.

Se movía con serenidad y, aunque su corazón era presa del dolor más amargo, su rostro permanecía tranquilo y resignado. Su vestido estaba humedecido por el rocío que había caído sobre él durante la noche y por las lágrimas que había derramado con tanta abundancia; por lo demás, estaba completamente limpio.

Su belleza era grande, pero indescriptible, pues era sobrehumana: una mezcla de majestad, santidad, sencillez y pureza.

El aspecto de María Magdalena era completamente distinto; era más alta y robusta, y la expresión de su rostro mostraba mayor determinación, pero su belleza estaba casi destruida por las fuertes pasiones a las que se había entregado durante tanto tiempo y por el intenso arrepentimiento y dolor que había sentido después.

Era doloroso mirarla; era la viva imagen de la desesperación, su larga cabellera desordenada estaba cubierta en parte por su velo rasgado y mojado, y su aspecto era el de alguien completamente sumido en la aflicción y casi fuera de sí por la pena.

Muchos de los habitantes de Magdala estaban cerca, mirándola con sorpresa y curiosidad, pues la habían conocido en otros tiempos, primero en la prosperidad y después en la degradación y la consiguiente miseria. La señalaban e incluso le arrojaban barro, pero ella no veía nada, no sabía nada ni sentía nada salvo su dolor desgarrador.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

26 — LA CORONACIÓN DE ESPINAS

✦

Apenas la hermana Emmerich reanudó el relato de sus visiones de la Pasión, volvió a enfermar gravemente, agobiada por la fiebre y tan atormentada por una sed violenta que su lengua estaba completamente reseca y contraída; y el lunes siguiente al domingo de mitad de Cuaresma estaba tan agotada que solo con gran dificultad y tras muchos intervalos de descanso pudo narrar todo lo que nuestro Señor sufrió en esta coronación de espinas. Apenas podía hablar, porque ella misma experimentaba cada sensación que describía en el siguiente relato:

Pilato se dirigió muchas veces a la multitud durante la flagelación de Jesús, pero en una ocasión lo interrumpieron y gritaron: «Será ejecutado, aunque muramos por ello». Cuando llevaron a Jesús al cuerpo de guardia, todos volvieron a gritar: «¡Crucifícalo, crucifícalo!».

Después de esto hubo silencio durante un tiempo. Pilato se ocupó de dar diversas órdenes a los soldados, y los criados de los sumos sacerdotes les trajeron algo de comer y beber; después, Pilato, a quien sus inclinaciones supersticiosas mantenían intranquilo, se retiró al interior de su palacio para consultar a sus dioses y ofrecerles incienso.

Cuando la Santísima Virgen y las santas mujeres hubieron recogido la sangre de Jesús que empapaba la columna y los lugares contiguos, salieron del foro y entraron en una pequeña casa cercana, cuyo dueño desconozco. Creo que Juan no estuvo presente en la flagelación de Jesús.

Una galería rodeaba el patio interior del cuerpo de guardia donde nuestro Señor fue coronado de espinas, y las puertas estaban abiertas. Los cobardes malhechores que esperaban con ansias satisfacer su crueldad torturando e insultando a nuestro Señor eran unos cincuenta, y la mayoría eran esclavos o criados de los carceleros y los soldados.

La multitud se reunió alrededor del edificio, pero pronto fue desplazada por mil soldados romanos, que se formaron ordenadamente y quedaron apostados allí. Aunque tenían prohibido abandonar sus filas, estos soldados hicieron todo lo posible, con risas y aplausos, por incitar a los crueles verdugos a redoblar sus insultos; y así como los aplausos del público dan nuevas energías a un comediante, sus palabras de aliento multiplicaban por diez la crueldad de aquellos hombres.

En medio del patio había un fragmento de columna, y sobre él colocaron un taburete muy bajo que aquellos hombres crueles cubrieron maliciosamente con pedernales afilados y trozos de cerámica rota.

Entonces arrancaron las vestiduras de Jesús, reabriendo así todas sus heridas; echaron sobre sus hombros un viejo manto escarlata que apenas le llegaba a las rodillas; lo arrastraron hasta el asiento preparado y lo empujaron bruscamente sobre él, después de haberle colocado la corona de espinas en la cabeza.

La corona de espinas estaba hecha de tres ramas trenzadas, con la mayoría de las espinas vueltas intencionadamente hacia dentro para que perforaran la cabeza de nuestro Señor.

Tras colocar estas ramas entrelazadas sobre su frente, las ataron con fuerza detrás de su cabeza y, en cuanto lo hubieron hecho a su satisfacción, le pusieron una caña grande en la mano, haciéndolo todo con una solemnidad burlona, como si realmente lo estuvieran coronando rey.

Luego tomaron la caña y lo golpearon en la cabeza con tanta violencia que sus ojos se llenaron de sangre; se arrodillaron ante él, se burlaron de él, le escupieron en el rostro y le dieron bofetadas, diciendo al mismo tiempo: «¡Salve, rey de los judíos!».

Después volcaron su taburete, lo levantaron del suelo donde había caído y volvieron a sentarlo con la mayor brutalidad posible.

Es del todo imposible describir los crueles ultrajes que idearon y cometieron aquellos monstruos de forma humana. Jesús sufría una sed intensa, causada por la fiebre que sus heridas y sufrimientos le habían provocado.

Temblaba de pies a cabeza, su carne estaba desgarrada en pedazos, su lengua contraída, y el único alivio que recibía era la sangre que goteaba de su cabeza sobre sus labios resecos. Esta escena vergonzosa se prolongó durante media hora entera, y los soldados romanos siguieron todo ese tiempo aplaudiendo y alentando la perpetración de ultrajes aún mayores.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

27 — ECCE HOMO

✦

Los crueles verdugos condujeron entonces de nuevo a nuestro Señor al palacio de Pilato, con el manto escarlata todavía echado sobre los hombros, la corona de espinas en la cabeza y la caña en las manos atadas.

Estaba enteramente irreconocible: tenía los ojos, la boca y la barba cubiertos de sangre, el cuerpo convertido en una sola herida y la espalda encorvada como la de un anciano, mientras todos sus miembros temblaban al caminar.

Cuando Pilato lo vio de pie a la entrada de su tribunal, incluso él, que solía ser duro de corazón, se sobresaltó y se estremeció de horror y compasión, mientras los bárbaros sacerdotes y el pueblo, lejos de sentir piedad, continuaban con sus insultos y burlas.

Cuando Jesús hubo subido las escaleras, Pilato se adelantó, sonó la trompeta para anunciar que el gobernador iba a hablar, y este se dirigió a los principales sacerdotes y a los presentes con las siguientes palabras: «Mirad, os lo traigo para que sepáis que no encuentro ningún motivo de acusación contra él».

Los arqueros llevaron entonces a Jesús ante Pilato, para que el pueblo pudiera volver a recrear sus crueles ojos en él, en el estado de degradación al que había quedado reducido.

Terrible y desgarrador era, en verdad, el espectáculo que ofrecía, y una exclamación de horror brotó de la multitud, seguida de un silencio sepulcral,

cuando levantó con dificultad la cabeza herida, coronada de espinas, y dirigió su mirada agotada hacia la muchedumbre agitada. Pilato exclamó, señalándolo al pueblo: «¡Ecce homo! ¡He aquí al hombre!».

El odio de los sumos sacerdotes y sus seguidores aumentó, si cabe, al ver a Jesús, y gritaron: «¡Dale muerte! ¡Crucifícalo!». «¿No estáis satisfechos?», dijo Pilato.

«El castigo que ha recibido basta, sin duda, para quitarle todo deseo de hacerse rey». Pero ellos gritaban aún más, y la multitud se unió al clamor: «¡Crucifícalo, crucifícalo!». Pilato hizo sonar entonces la trompeta para pedir silencio y dijo: «Tomadlo vosotros y crucificadlo, pues yo no encuentro ningún motivo de acusación contra él».

«Nosotros tenemos una ley, y según esa ley debe morir», respondieron los sacerdotes, «porque se ha hecho Hijo de Dios». Estas palabras, «se ha hecho Hijo de Dios», reavivaron los temores de Pilato; llevó a Jesús a otra sala y le preguntó: «¿De dónde eres?». Pero Jesús no respondió.

«¿No me hablas?», dijo Pilato. «¿No sabes que tengo poder para crucificarte y poder para soltarte?». «No tendrías ningún poder sobre mí», respondió Jesús, «si no te hubiera sido dado de lo alto; por eso, quien me ha entregado a ti tiene mayor pecado».

La conducta indecisa y débil de Pilato llenó de ansiedad a Claudia Procles; volvió a enviarle la prenda, para recordarle su promesa, pero él solo le devolvió una respuesta vaga y supersticiosa, dando a entender que dejaría la decisión del caso en manos de los dioses. Los enemigos de Jesús, los sumos sacerdotes y los fariseos, al enterarse de los esfuerzos que Claudia hacía por

salvarlo, hicieron correr entre el pueblo el rumor de que los partidarios de nuestro Señor la habían seducido, de que él sería puesto en libertad y después se uniría a los romanos y provocaría la destrucción de Jerusalén y el exterminio de los judíos.

Pilato se encontraba en tal estado de indecisión e incertidumbre que estaba enteramente fuera de sí; no sabía qué paso dar a continuación y volvió a dirigirse a los enemigos de Jesús, declarando que «no encontraba ningún delito en él», pero ellos exigían su muerte con clamores aún mayores.

Recordó entonces las acusaciones contradictorias que se habían presentado contra Jesús, los misteriosos sueños de su esposa y la inexplicable impresión que las palabras de Jesús habían causado en él, y decidió interrogarlo de nuevo para obtener alguna información que le aclarara cómo debía proceder; por ello regresó al pretorio, entró solo en una sala y mandó llamar a nuestro Salvador.

Miró la figura desgarrada y ensangrentada que tenía delante y exclamó para sus adentros: «¿Es posible que sea Dios?». Luego se volvió hacia Jesús y le exigió solemnemente que le dijera si era Dios, si era aquel rey que había sido prometido a los judíos, dónde estaba su reino y a qué clase de dioses pertenecía.

Solo puedo dar el sentido de las palabras de Jesús, pero fueron solemnes y severas. Le dijo «que su reino no era de este mundo», y también habló con firmeza de los muchos crímenes ocultos que manchaban la conciencia de Pilato; le advirtió del terrible destino que le aguardaba si no se arrepentía; y, finalmente, declaró que él mismo, el Hijo del Hombre, vendría en el último día para pronunciar un juicio justo sobre él.

Las palabras de Jesús dejaron a Pilato entre el miedo y la ira; regresó al balcón y declaró de nuevo que pondría a Jesús en libertad; pero ellos gritaron: «Si sueltas a este hombre, no eres amigo del César. Porque todo el que se hace rey habla contra el César».

Otros decían que lo acusarían ante el emperador de haber perturbado su fiesta; que debía decidirse de inmediato, porque estaban obligados a estar en el Templo a las diez de la noche. El grito de «¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo!» resonaba por todas partes; llegaba incluso desde las azoteas de las casas cercanas al foro, donde se habían reunido muchas personas.

Pilato vio que todos sus esfuerzos eran vanos, que no podía influir en la turba enfurecida; sus alaridos y maldiciones eran ensordecedores, y comenzó a temer una insurrección. Por eso tomó agua y se lavó las manos ante el pueblo, diciendo: «Soy inocente de la sangre de este justo; vosotros responderéis de ella».

Un grito espantoso y unánime surgió entonces de la densa multitud, reunida de todas partes de Palestina: «¡Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos!».

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

28 — REFLEXIONES SOBRE LAS VISIONES

✦

Siempre que, durante mis meditaciones sobre la Pasión de nuestro Señor, me parece oír aquel espantoso grito de los judíos: «Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos», visiones de carácter maravilloso y terrible muestran ante mis ojos, en ese mismo instante, el efecto de aquella solemne maldición.

Me parece ver un cielo sombrío cubierto de nubes del color de la sangre, de las que salen espadas y dardos de fuego que se ciernen amenazadores sobre la multitud vociferante; y esta maldición, que han hecho recaer sobre sí mismos, me parece penetrar hasta la médula misma de sus huesos, incluso hasta los niños aún no nacidos.

Los veo rodeados de oscuridad por todas partes; las palabras que pronuncian adquieren, ante mis ojos, la forma de llamas negras que se vuelven contra ellos, penetrando en los cuerpos de unos y limitándose a revolotear alrededor de otros.

Estos últimos eran los que se convirtieron después de la muerte de Jesús, y eran muy numerosos, pues ni Jesús ni María dejaron nunca de orar, en medio de sus sufrimientos, por la salvación de estos seres desdichados.

Cuando, durante visiones de esta clase, dirijo mis pensamientos a las santas almas de Jesús y María, y a las de los enemigos de Cristo, todo lo que sucede en su interior se me muestra bajo diversas formas.

Veo numerosos demonios entre la multitud, excitando y alentando a los judíos, susurrándoles al oído, entrando en sus bocas e incitándolos aún más contra Jesús, pero temblando, sin embargo, ante su amor inefable y su paciencia celestial. Innumerables ángeles rodeaban a Jesús, a María y al pequeño número de santos que estaban allí.

El aspecto de estos ángeles indica la función que desempeñan; unos representan el consuelo, otros la oración o alguna de las obras de misericordia.

Asimismo, veo a menudo voces consoladoras, y otras veces amenazadoras, bajo la apariencia de destellos de luz brillante o de colores, que salen de las bocas de estas distintas apariciones; y veo los sentimientos de sus almas, sus sufrimientos interiores y, en una palabra, cada uno de sus pensamientos, bajo la apariencia de rayos oscuros o luminosos.

Entonces lo comprendo todo perfectamente, pero me resulta imposible explicárselo a los demás; además, estoy tan enferma y tan completamente abatida por el dolor que siento por mis propios pecados y por los del mundo, tan sobrecogida al contemplar los sufrimientos de nuestro Señor, que apenas puedo imaginar cómo me es posible relatar los acontecimientos con la más mínima coherencia.

Muchas de estas cosas, pero sobre todo las apariciones de demonios y ángeles que relatan otras personas que han tenido visiones de la Pasión de Jesucristo, son fragmentos de percepciones interiores simbólicas de esta clase, que varían según el estado del alma de quien las contempla. De ahí las numerosas contradicciones, porque, naturalmente, muchas cosas se olvidan o se omiten.

La hermana Emmerich hablaba a veces de estos asuntos, ya fuera durante sus visiones de la Pasión o antes de que comenzaran; pero con mayor frecuencia se negaba a hablar de ellos en absoluto, por temor a causar confusión en las visiones. Es fácil comprender lo difícil que debió de ser para ella, en medio de semejante variedad de apariciones, mantener cierto grado de conexión en sus relatos. ¿Quién puede, por tanto, sorprenderse de encontrar algunas omisiones y confusión en sus descripciones?

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

29 — JESÚS CONDENADO A SER CRUCIFICADO

✦

Pilato, que no deseaba conocer la verdad, sino que solo ansiaba salir de aquella dificultad sin sufrir daño alguno, se mostró más indeciso que nunca; su conciencia le susurraba: «Jesús es inocente»; su esposa decía: «Es santo»; sus sentimientos supersticiosos le hacían temer que Jesús fuera enemigo de sus dioses; y su cobardía lo llenaba de miedo ante la posibilidad de que Jesús, si era un dios, descargara su venganza sobre quien lo juzgaba.

Las últimas palabras de Jesús lo habían irritado y alarmado a la vez, e hizo otro intento por liberarlo; pero los judíos amenazaron de inmediato con presentar una acusación contra él ante el emperador.

Esta amenaza lo aterrorizó, y decidió acceder a sus deseos, aunque en su interior estaba firmemente convencido de la inocencia de Jesús y era plenamente consciente de que, al pronunciar contra él una sentencia de muerte, violaría todas las leyes de la justicia, además de faltar a la promesa que había hecho a su esposa aquella mañana.

Así sacrificó a Jesús a la enemistad de los judíos e intentó acallar sus remordimientos lavándose las manos ante el pueblo y diciendo: «Soy inocente de la sangre de este justo; ustedes responderán por ella». ¡En vano pronuncias estas palabras, Pilato! Porque su sangre también recae sobre tu cabeza; no puedes lavar su sangre de tu alma como la lavas de tus manos.

Apenas habían dejado de resonar aquellas terribles palabras: «Su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos», cuando Pilato empezó los preparativos para dictar sentencia. Pidió el traje que usaba en las ocasiones solemnes, se puso en la cabeza una especie de diadema engastada con piedras preciosas, se cambió el manto y ordenó que llevaran un bastón delante de él.

Lo rodeaban soldados, lo precedían funcionarios del tribunal y lo seguían escribas que llevaban rollos de pergamino y libros usados para anotar nombres y fechas. Delante caminaba un hombre que llevaba la trompeta.

La comitiva marchó en este orden desde el palacio de Pilato hasta el foro, donde habían colocado un asiento elevado, usado en aquellas ocasiones especiales, frente a la columna en la que Jesús había sido azotado.

Este tribunal se llamaba Gábata; era una especie de terraza circular a la que se subía por unas escaleras; en lo alto había un asiento para Pilato y, detrás de este, un banco para los funcionarios de menor rango, mientras que varios soldados estaban apostados alrededor de la terraza y en las escaleras.

Muchos de los fariseos habían salido del palacio y se habían ido al Templo, de modo que solo Anás, Caifás y veintiocho sacerdotes siguieron al gobernador romano hasta el foro, y los dos ladrones fueron llevados allí cuando Pilato presentó a nuestro Salvador al pueblo, diciendo: «¡He aquí el hombre!».

Nuestro Señor aún vestía su túnica púrpura, llevaba la corona de espinas en la cabeza y tenía las manos encadenadas cuando los arqueros lo condujeron hasta el tribunal y lo colocaron entre los dos malhechores. En cuanto

Pilato se sentó, volvió a dirigirse a los enemigos de Jesús con estas palabras: «¡Aquí tienen a su Rey!». Pero los gritos de «¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo!» resonaron por todas partes.

«¿He de crucificar a su Rey?», dijo Pilato.

«¡No tenemos más rey que el César!», respondieron los sumos sacerdotes.

Pilato comprendió que era completamente inútil decir nada más y, por tanto, comenzó los preparativos para dictar sentencia. Los dos ladrones habían sido condenados a la crucifixión algún tiempo antes; pero los sumos sacerdotes habían conseguido un aplazamiento para ellos, a fin de que nuestro Señor sufriera la ignominia adicional de ser ejecutado junto a dos criminales de la peor clase.

Las cruces de los dos ladrones estaban a su lado; la destinada a nuestro Señor no había sido traída, porque aún no había sido condenado a muerte.

La Santísima Virgen, que se había retirado a cierta distancia después de la flagelación de Jesús, se acercó de nuevo para oír la sentencia de muerte pronunciada contra su Hijo y su Dios. Jesús estaba en medio de los arqueros, al pie de la escalera que subía al tribunal.

Sonó la trompeta para pedir silencio, y entonces aquel juez cobarde y vil pronunció, con voz temblorosa e indecisa, la sentencia de muerte contra el Justo. La visión de la cobardía y la doblez de aquel ser despreciable, que, sin embargo, estaba hinchado de orgullo por su importante cargo, estuvo a punto de vencerme; y la alegría feroz de los verdugos, los rostros triunfantes de los sumos sacerdotes, el estado deplorable al que había sido reducido

nuestro amoroso Salvador y el dolor desgarrador de su amada Madre aumentaron aún más mi sufrimiento.

Volví a levantar la mirada y vi a los crueles judíos casi devorando con los ojos a su víctima, a los soldados que permanecían allí con frialdad y a multitudes de horribles demonios que iban y venían y se mezclaban entre la gente.

Sentí que yo debía haber estado en el lugar de Jesús, mi amado Esposo, pues entonces la sentencia no habría sido injusta; pero estaba tan abrumada por la angustia, y mis sufrimientos eran tan intensos, que no puedo recordar con exactitud todo lo que vi. Sin embargo, lo relataré todo con la mayor fidelidad que pueda.

Después de un largo preámbulo, compuesto principalmente por los elogios más pomposos y exagerados del emperador Tiberio, Pilato habló de las acusaciones que los sumos sacerdotes habían presentado contra Jesús.

Dijo que lo habían condenado a muerte por haber alterado la paz pública y quebrantado sus leyes al llamarse Hijo de Dios y Rey de los judíos; y que el pueblo había exigido por unanimidad que se cumpliera su decreto.

Pese a haber expresado tantas veces su convicción de la inocencia de Jesús, aquel juez mezquino e indigno no se avergonzó de decir que él también consideraba justa su decisión y que, por tanto, pronunciaría sentencia, lo que hizo con estas palabras: «Condeno a Jesús de Nazaret, el Rey de los judíos, a ser crucificado»; y ordenó a los verdugos que trajeran la cruz.

Creo recordar también que tomó una vara larga entre las manos, la rompió y arrojó los fragmentos a los pies de Jesús.

Al oír estas palabras de Pilato, la Madre de Jesús perdió por completo el conocimiento durante unos instantes, pues ahora tenía la certeza de que su amado Hijo debía sufrir la más ignominiosa y dolorosa de todas las muertes. Juan y las santas mujeres se la llevaron para impedir que los seres sin corazón que los rodeaban añadieran un crimen a otro burlándose de su dolor; pero, apenas se repuso un poco, rogó que la llevaran de nuevo a cada lugar que había sido santificado por los sufrimientos de su Hijo, para regarlos con sus lágrimas; y así la Madre de nuestro Señor tomó posesión de aquellos santos lugares en nombre de la Iglesia.

⁂

Pilato puso entonces la sentencia por escrito, y quienes estaban detrás de él la copiaron tres veces. Las palabras que escribió eran muy distintas de las que había pronunciado; pude ver claramente que su mente estaba terriblemente agitada: un ángel de la ira parecía guiar su mano.

El contenido de la sentencia escrita era este: «Por temor a una insurrección, me he visto obligado a ceder a los deseos de los sumos sacerdotes, del Sanedrín y del pueblo, que exigían tumultuosamente la muerte de Jesús de Nazaret, a quien acusaban de haber alterado la paz pública, así como de haber blasfemado y quebrantado sus leyes. Se lo he entregado para que sea crucificado, aunque sus acusaciones parecían carecer de fundamento. Lo he hecho por temor a que aleguen ante el emperador que fomento las insurrecciones y provoco descontento entre los judíos al negarles sus derechos de justicia».

Luego escribió la inscripción para la cruz, mientras sus escribientes copiaban la sentencia varias veces, para que esas copias pudieran enviarse a luga-

res lejanos del país.

Los sumos sacerdotes estaban sumamente descontentos con las palabras de la sentencia, que, según decían, no eran ciertas; rodearon el tribunal con gran alboroto para intentar persuadirlo de que cambiara la inscripción y no pusiera «Rey de los judíos», sino que él había dicho: «Soy el Rey de los judíos».

Pilato se irritó y respondió con impaciencia: «¡Lo que he escrito, escrito está!». También deseaban que la cruz de nuestro Señor no fuera más alta que las de los dos ladrones, pero era necesario que lo fuera, porque de otro modo no habría habido espacio suficiente para la inscripción de Pilato; por eso intentaron convencerlo de que no hiciera colocar aquella odiosa inscripción.

Pero Pilato estaba decidido, y sus palabras no le hicieron ninguna impresión; por tanto, hubo que alargar la cruz con otro trozo de madera. En consecuencia, la forma de la cruz era peculiar: los dos brazos sobresalían como las ramas de un árbol que nacen del tronco, y su forma se parecía mucho a la letra Y, con la parte inferior prolongada de modo que se elevara entre los brazos, que se habían colocado por separado y eran más delgados que el cuerpo de la cruz. También se clavó un trozo de madera en la parte inferior de la cruz para apoyar los pies.

Mientras Pilato pronunciaba aquella sentencia inicua, vi a su esposa, Claudia Procles, devolverle la prenda que él le había dado, y al anochecer ella abandonó su palacio y se unió a los amigos de nuestro Señor, quienes la ocultaron en una bóveda subterránea de la casa de Lázaro en Jerusalén.

Más tarde, aquel mismo día, vi también a un amigo de nuestro Señor grabar las palabras «Juez injusto» y el nombre de Claudia Procles en una piedra de aspecto verdoso que estaba detrás de la terraza llamada Gábata; esta piedra aún se encuentra en los cimientos de una iglesia o casa de Jerusalén, situada en el lugar que antes se llamaba Gábata. Claudia Procles se hizo cristiana, siguió a san Pablo y llegó a ser amiga íntima suya.

En cuanto Pilato hubo pronunciado la sentencia, Jesús fue entregado en manos de los arqueros, y le trajeron las ropas que se había quitado en el patio de Caifás para que volviera a ponérselas. Creo que algunas personas caritativas las habían lavado, pues parecían limpias.

Los rufianes que rodeaban a Jesús le desataron las manos para cambiarle la ropa y le arrancaron con brusquedad el manto escarlata con el que lo habían vestido para burlarse de él, reabriendo así todas sus heridas; él se puso su propia túnica interior de lino con manos temblorosas, y ellos le echaron el escapulario sobre los hombros.

Como la corona de espinas era demasiado grande e impedía que la túnica sin costuras que su Madre le había hecho pasara por la cabeza, se la quitaron violentamente, sin preocuparse por el dolor que así le causaban. Luego le echaron sobre los hombros su vestidura de lana blanca, y después su ancho cinturón y su manto.

A continuación, volvieron a atarle alrededor de la cintura un aro cubierto de afiladas puntas de hierro, al que sujetaron las cuerdas con las que lo conducían, haciéndolo todo con su acostumbrada y brutal crueldad.

Los dos ladrones estaban de pie, uno a la derecha y otro a la izquierda de Jesús, con las manos atadas y una cadena alrededor del cuello; estaban cubiertos de marcas negras y lívidas, consecuencia de la flagelación del día anterior.

El comportamiento del que después se convirtió era tranquilo y pacífico, mientras que el del otro, por el contrario, era brusco e insolente, y se unía a los arqueros en sus ofensas e insultos contra Jesús, quien miraba a sus dos compañeros con amor y compasión y ofrecía sus sufrimientos por la salvación de ellos.

Los arqueros reunieron todos los instrumentos necesarios para las crucifixiones y lo prepararon todo para el terrible y doloroso camino al Calvario.

Anás y Caifás dejaron por fin de discutir con Pilato y se retiraron enfurecidos, llevándose las hojas de pergamino en las que estaba escrita la sentencia; se marcharon apresuradamente, temiendo llegar demasiado tarde al Templo para el sacrificio pascual. Así los sumos sacerdotes, sin saberlo, abandonaron al verdadero Cordero Pascual.

Fueron a un templo hecho de piedra para inmolar y sacrificar aquel cordero que no era más que un símbolo, y dejaron al verdadero Cordero Pascual, a quien los crueles verdugos conducían al Altar de la Cruz; tenían el mayor cuidado de no contraer impureza exterior, mientras sus almas estaban enteramente mancilladas por la ira, el odio y la envidia.

Habían dicho: «¡Su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos!». Y con estas palabras habían realizado la ceremonia y habían puesto la mano

del sacrificador sobre la cabeza de la Víctima. Así se formaron los dos caminos: uno conducía al altar de la ley judía; el otro, al Altar de la Gracia.

Pilato, aquel pagano orgulloso e indeciso, aquel esclavo del mundo que temblaba en presencia del Dios verdadero y, sin embargo, adoraba a sus falsos dioses, tomó un camino intermedio y regresó a su palacio.

La sentencia inicua fue dictada alrededor de las diez de la mañana.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

30 — JESÚS CARGA CON LA CRUZ

✦

Cuando Pilato salió del tribunal, una parte de los soldados lo siguió y se formó en filas delante del palacio; unos pocos acompañaron a los condenados. Veintiocho fariseos armados llegaron al foro a caballo para acompañar a Jesús al lugar de la ejecución, y entre ellos estaban los seis enemigos de Jesús que habían participado en su arresto en el Huerto de los Olivos.

Los arqueros condujeron a Jesús al centro del patio, los esclavos arrojaron la cruz a sus pies y enseguida ataron los dos brazos al madero central. Jesús se arrodilló a su lado, la rodeó con sus sagrados brazos y la besó tres veces, al tiempo que dirigía a su Padre celestial una conmovedora oración de agradecimiento por aquella obra de redención que había comenzado.

Entre los paganos era costumbre que el sacerdote abrazara un altar nuevo, y de igual manera Jesús abrazó su cruz, aquel augusto altar sobre el que estaba a punto de ofrecerse el sacrificio sangriento y expiatorio.

Los arqueros pronto lo hicieron levantarse, luego arrodillarse de nuevo y, casi sin ayuda alguna, colocarse la pesada cruz sobre el hombro derecho, sosteniendo su enorme peso con la mano derecha. Vi a unos ángeles acudir en su ayuda; de lo contrario, ni siquiera habría podido levantarla del suelo.

Mientras estaba de rodillas y seguía orando, los verdugos pusieron sobre las espaldas de los dos ladrones los brazos de sus cruces, que eran un poco curvos y aún no estaban sujetos a los maderos centrales, y les ataron fuertemente las manos a ellos.

Los esclavos llevaban las partes centrales de las cruces, pues los maderos transversales no debían sujetarse a ellas hasta poco antes de la ejecución. Sonó la trompeta para anunciar la partida de los jinetes de Pilato, y uno de los fariseos de la escolta se acercó a Jesús, que seguía arrodillado, y le dijo: «Levántate, ya hemos tenido bastante de tus bonitos discursos; levántate y ponte en marcha».

Lo levantaron con brusquedad, pues era totalmente incapaz de ponerse en pie sin ayuda, y entonces sintió sobre sus hombros el peso de aquella cruz que nosotros debemos llevar tras él, conforme a su verdadero y santo mandato de seguirlo. Así empezó aquella marcha triunfal del Rey de reyes, una marcha tan ignominiosa en la tierra y tan gloriosa en el cielo.

Por medio de unas cuerdas que los verdugos habían atado al pie de la cruz, dos arqueros la sostenían para impedir que se enganchara en algo, y otros cuatro soldados sujetaban las cuerdas que habían atado a Jesús por debajo de la ropa.

La visión de nuestro amado Señor temblando bajo su carga me recordó vivamente a Isaac cuando subía por las montañas llevando la leña destinada a su propio sacrificio. La trompeta de Pilato sonó como señal de partida, pues él mismo tenía intención de ir al Calvario al frente de un destacamento de soldados para impedir cualquier posibilidad de insurrección.

Iba a caballo, con armadura, rodeado de oficiales y de un cuerpo de caballería, y seguido por unos trescientos soldados de infantería procedentes de las fronteras de Italia y Suiza. Encabezaba la procesión un trompetista que tocaba su trompeta en cada esquina y proclamaba la sentencia.

Varias mujeres y niños caminaban detrás de la procesión con cuerdas, clavos, cuñas y cestas llenas de diversos objetos en las manos; otros, más fuertes, llevaban postes, escaleras y los maderos centrales de las cruces de los dos ladrones, y algunos de los fariseos los seguían a caballo.

Un muchacho encargado de la inscripción que Pilato había escrito para la cruz llevaba también, en el extremo de un palo largo, la corona de espinas que habían quitado de la cabeza de Jesús, pero no parecía malvado ni duro de corazón como los demás.

A continuación vi a nuestro bendito Salvador y Redentor, con los pies descalzos, hinchados y sangrantes, la espalda encorvada como si estuviera a punto de desplomarse bajo el gran peso de la cruz, y todo el cuerpo cubierto de heridas y sangre.

Parecía a punto de desmayarse de agotamiento, pues no había tomado alimento ni descansado desde la cena de la noche anterior; estaba débil por la pérdida de sangre y abrasado por la sed que le causaban la fiebre y el dolor.

Sostenía la cruz sobre el hombro derecho con la mano derecha, mientras la izquierda colgaba casi sin fuerzas a su lado, aunque de vez en cuando intentaba recogerse la larga vestidura para evitar que sus pies sangrantes se enredaran en ella.

Los cuatro arqueros que sujetaban las cuerdas atadas alrededor de su cintura caminaban a cierta distancia de él; los dos de delante tiraban de él hacia adelante, y los dos de detrás lo arrastraban hacia atrás, de modo que solo podía avanzar con la mayor dificultad.

Tenía las manos cortadas por las cuerdas con que se las habían atado; el rostro ensangrentado y desfigurado; el cabello y la barba empapados de sangre; el peso de la cruz y de sus cadenas se unían para oprimirlo y hacer que la túnica de lana se pegara a sus heridas y las abriera de nuevo.

Solo le dirigían palabras de burla y crueldad, pero él seguía orando por sus perseguidores, y su rostro mostraba una expresión de amor y resignación. Muchos soldados armados caminaban al lado de la procesión, y detrás de Jesús iban los dos ladrones, a quienes también conducían, con los brazos de sus cruces, separados de los maderos centrales, colocados sobre sus espaldas y las manos fuertemente atadas a los dos extremos.

Vestían grandes delantales, con una especie de escapulario sin mangas que les cubría la parte superior del cuerpo, y llevaban gorros de paja en la cabeza. El buen ladrón estaba tranquilo, pero el otro, por el contrario, estaba furioso y no dejaba de maldecir y blasfemar. Cerraban la procesión los demás fariseos a caballo, que iban de un lado a otro para mantener el orden.

Pilato y sus cortesanos iban a cierta distancia por detrás; él estaba en medio de sus oficiales vestidos con armadura, precedido por un escuadrón de caballería y seguido por trescientos soldados de infantería; cruzó el foro y luego entró en una de las calles principales, pues recorría la ciudad para impedir cualquier insurrección entre el pueblo.

Condujeron a Jesús por una estrecha calle secundaria para que la procesión no estorbara a las personas que iban al Templo, y también para que Pilato y su tropa dispusieran de toda la calle principal para ellos solos.

La multitud se había dispersado y había tomado distintas direcciones casi inmediatamente después de la lectura de la sentencia, y la mayor parte de los judíos había regresado a sus casas o al Templo para apresurar los preparativos del sacrificio del cordero pascual; pero algunos todavía se apresuraban en desorden para ver pasar la triste procesión.

Los soldados romanos impedían que nadie se uniera a ella, por lo que los más curiosos se veían obligados a dar un rodeo por calles secundarias o a acelerar el paso para llegar al Calvario antes que Jesús. La calle por la que conducían a Jesús era estrecha y sucia; sufrió mucho al recorrerla, porque los arqueros lo rodeaban de cerca y lo hostigaban.

Había personas en las azoteas de las casas y en las ventanas que lo insultaban con palabras injuriosas; los esclavos que trabajaban en las calles le arrojaban inmundicias y barro; incluso los niños, instigados por sus enemigos, se habían llenado los delantales de piedras afiladas que arrojaban delante de sus puertas cuando él pasaba, para obligarlo a caminar sobre ellas.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

31 — LA PRIMERA CAÍDA DE JESÚS

✦

La calle de la que acabamos de hablar, después de girar un poco a la izquierda, se hacía bastante empinada y también más ancha. Un acueducto subterráneo procedente del monte Sion pasaba por debajo de ella, y cerca de allí había una hondonada que a menudo se llenaba de agua y barro después de la lluvia; en su centro habían colocado una gran piedra para que las personas pudieran pasar con mayor facilidad.

Cuando Jesús llegó a este lugar, sus fuerzas estaban completamente agotadas; era totalmente incapaz de moverse y, como los arqueros lo arrastraban y empujaban sin mostrar la menor compasión, cayó al suelo contra aquella piedra, y la cruz cayó a su lado.

Los crueles verdugos se vieron obligados a detenerse; lo insultaron y golpearon sin piedad, pero toda la procesión quedó detenida, lo que causó cierta confusión. En vano extendía la mano para que alguien lo ayudara a levantarse.

«¡Ah! —exclamó—, pronto todo habrá terminado»; y oró por sus enemigos. «Levántenlo —dijeron los fariseos—; de lo contrario, morirá en nuestras manos». Muchas mujeres y niños seguían la procesión; las primeras lloraban, y los segundos estaban asustados.

Sin embargo, Jesús recibió ayuda de lo alto y levantó la cabeza; pero aquellos hombres crueles, lejos de intentar aliviar sus sufrimientos, volvieron a ponerle la corona de espinas en la cabeza antes de sacarlo del barro a tiro-

nes, y apenas estuvo otra vez de pie, le colocaron de nuevo la cruz sobre la espalda.

La corona de espinas que le rodeaba la cabeza aumentaba su dolor de manera indecible y lo obligaba a inclinarse hacia un lado para dejar sitio a la cruz, que pesaba enormemente sobre sus hombros.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

32 — LA SEGUNDA CAÍDA DE JESÚS

✦

La afligida Madre de Jesús había salido del foro, acompañada de Juan y de algunas otras mujeres, inmediatamente después de que se pronunciara la injusta sentencia.

Se había dedicado a recorrer muchos de los lugares santificados por nuestro Señor y a regarlos con sus lágrimas; pero cuando el sonido de la trompeta, el tumulto de la gente y el estrépito de los jinetes anunciaron que la comitiva estaba a punto de partir hacia el Calvario, no pudo resistir su ardiente deseo de contemplar una vez más a su amado Hijo, y suplicó a Juan que la llevara a algún lugar por donde él tuviera que pasar.

Juan la condujo a un palacio que tenía una entrada en aquella calle por la que Jesús pasó después de su primera caída; era, creo, la residencia del sumo sacerdote Caifás, cuyo tribunal estaba en el sector llamado Sion. Juan pidió y obtuvo de un criado de buen corazón permiso para permanecer en la entrada antes mencionada, con María y sus compañeras.

La Madre de Dios estaba pálida, tenía los ojos enrojecidos de tanto llorar y se envolvía estrechamente en un manto de color gris azulado. Se oían con claridad el clamor y los insultos de la multitud enfurecida; y en aquel momento un heraldo proclamó en voz alta que tres criminales iban a ser crucificados.

El criado abrió la puerta; los terribles sonidos se distinguían cada vez más; y María se arrodilló. Después de orar fervientemente, se volvió hacia Juan y

dijo: «¿Me quedo? ¿Debo irme? ¿Tendré fuerzas para soportar semejante visión?». Juan respondió: «Si no te quedas a verlo pasar, después te lamentarás».

Permanecieron, pues, cerca de la puerta, con los ojos fijos en la comitiva, que aún estaba lejos, pero avanzaba lentamente. Cuando se acercaron los que llevaban los instrumentos para la ejecución y la Madre de Jesús vio sus miradas insolentes y triunfantes, no pudo contener su emoción y juntó las manos como para implorar la ayuda del cielo; entonces uno de ellos dijo a sus compañeros: «¿Quién es esa mujer que se lamenta de ese modo?».

Otro respondió: «Es la Madre del Galileo». Cuando aquellos hombres crueles oyeron esto, lejos de sentir compasión, empezaron a burlarse del dolor de esta Madre tan afligida: la señalaban, y uno de ellos tomó los clavos que iban a utilizar para fijar a Jesús a la cruz y se los mostró de manera insultante; pero ella apartó la mirada, fijó los ojos en Jesús, que se acercaba, y se apoyó en la columna para sostenerse, por temor a desmayarse de nuevo de dolor, pues sus mejillas tenían la palidez de la muerte y sus labios estaban casi azules.

Primero pasaron los fariseos a caballo, seguidos del muchacho que llevaba la inscripción. Después venía su amado Hijo. Estaba a punto de sucumbir bajo el enorme peso de su cruz, y su cabeza, todavía coronada de espinas, caía dolorosamente sobre su hombro. Dirigió a su Madre una mirada de compasión y tristeza, se tambaleó y cayó por segunda vez sobre las manos y las rodillas.

María quedó sumida en la más profunda angustia ante aquella visión; se olvidó de todo lo demás; no veía ni a los soldados ni a los verdugos; solo

veía a su Hijo tan querido; y, saliendo precipitadamente de la entrada hacia el grupo que lo insultaba y maltrataba, se arrodilló a su lado y lo abrazó.

Las únicas palabras que oí fueron «¡Hijo amado!» y «¡Madre!», pero no sé si estas palabras se pronunciaron realmente o si solo estaban en mi mente.

Se produjo un momento de confusión. Juan y las santas mujeres intentaron levantar a María del suelo, y los arqueros la reprendieron; uno de ellos dijo: «¿Qué tienes que hacer aquí, mujer? No estaría en nuestras manos si hubiera recibido una mejor educación».

Algunos de los soldados parecían conmovidos; y, aunque obligaron a la Santísima Virgen a retirarse a la entrada, ninguno puso las manos sobre ella. Juan y las mujeres la rodearon cuando cayó, medio desmayada, contra una piedra que estaba cerca de la entrada y en la que quedó la huella de sus manos.

Esta piedra era muy dura y posteriormente fue trasladada a la primera iglesia católica construida en Jerusalén, cerca de la piscina de Betsaida, durante el tiempo en que Santiago el Menor era obispo de aquella ciudad. Los dos discípulos que estaban con la Madre de Jesús la llevaron al interior de la casa, y la puerta se cerró.

Entretanto, los arqueros habían levantado a Jesús y lo habían obligado a llevar la cruz de otra manera. Como el brazo de la cruz se había soltado del centro y se había enredado en las cuerdas con las que estaba atado, él los sostenía sobre su brazo, y de este modo se aliviaba un poco del peso del cuerpo de la cruz, pues esta se arrastraba más por el suelo.

Vi a numerosas personas reunidas en grupos; la mayoría se divertía insultando a nuestro Señor de distintas maneras, pero algunas mujeres cubiertas con velos lloraban.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

33 — SIMÓN DE CIRENE. TERCERA CAÍDA DE JESÚS

✦

La comitiva había llegado a un arco abierto en una antigua muralla de la ciudad, frente a una plaza en la que desembocaban tres calles, cuando Jesús tropezó con una gran piedra situada en medio del paso bajo el arco; la cruz se deslizó de su hombro, él cayó sobre la piedra y quedó enteramente incapaz de levantarse.

Muchas personas de aspecto respetable que se dirigían al Templo se detuvieron y exclamaron con compasión: «¡Miren a ese pobre hombre, sin duda se está muriendo!», pero sus enemigos no mostraron compasión.

Esta caída provocó una nueva demora, pues nuestro Señor no podía ponerse de pie, y los fariseos dijeron a los soldados: «Nunca lo llevaremos vivo al lugar de la ejecución si no encuentran a alguien que cargue con su cruz». En ese momento pasó por allí Simón de Cirene, un pagano, acompañado de sus tres hijos.

Era jardinero y regresaba a casa después de trabajar en un huerto cerca de la muralla oriental de la ciudad, llevando un haz de ramas podadas. Los soldados, al darse cuenta por su vestimenta de que era pagano, lo sujetaron y le ordenaron que ayudara a Jesús a llevar su cruz.

Al principio se negó, pero pronto lo obligaron a obedecer, aunque sus hijos, asustados, lloraban y hacían mucho ruido, por lo que algunas mujeres los calmaron y se hicieron cargo de ellos.

Simón estaba muy molesto y expresó su gran disgusto por verse obligado a caminar junto a un hombre en un estado tan deplorable de suciedad y miseria; pero Jesús lloró y le dirigió una mirada tan dulce y celestial que se conmovió y, en vez de seguir mostrándose reacio, lo ayudó a levantarse, mientras los verdugos colocaban y sujetaban uno de los brazos de la cruz sobre sus hombros.

Así caminó detrás de nuestro Señor, aliviándolo en gran medida de su peso; y cuando todo estuvo dispuesto, la comitiva siguió adelante. Simón era un hombre de aspecto robusto, al parecer de unos cuarenta años.

Sus hijos llevaban túnicas de una tela de varios colores; los dos mayores, llamados Rufo y Alejandro, se unieron después a los discípulos; el tercero era mucho más pequeño, pero unos años más tarde se fue a vivir con san Esteban. Simón llevaba poco tiempo cargando la cruz detrás de Jesús cuando sintió que la gracia conmovía profundamente su corazón.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

34 — EL VELO DE VERÓNICA

✦

Mientras la procesión pasaba por una larga calle, ocurrió un incidente que causó una profunda impresión en Simón. Muchas personas respetables se apresuraban hacia el Templo; muchas de ellas se apartaban al ver a Jesús, por un temor farisaico a contaminarse, mientras que otras, por el contrario, se detenían y expresaban compasión por sus sufrimientos.

Pero cuando la procesión había avanzado unos doscientos pasos desde el lugar donde Simón comenzó a ayudar a nuestro Señor a llevar la cruz, se abrió la puerta de una hermosa casa situada a la izquierda, y salió una mujer de aspecto majestuoso que llevaba a una niña de la mano y se dirigió hasta la misma cabeza de la procesión.

Serafia era el nombre de la valiente mujer que así se atrevió a enfrentarse a la multitud enfurecida; era esposa de Sirac, uno de los consejeros del Templo, y después fue conocida con el nombre de Verónica, nombre que se le dio a partir de las palabras vera icon (verdadero retrato), para conmemorar su valiente conducta en aquel día.

Serafia había preparado un excelente vino aromático que piadosamente pensaba ofrecer a nuestro Señor para reconfortarlo en su doloroso camino al Calvario. Había permanecido un tiempo en la calle y, por fin, había vuelto a entrar en casa para esperar.

Cuando la vi por primera vez, estaba envuelta en un largo velo y llevaba de la mano a una niña de nueve años que había adoptado; también llevaba un

gran velo sobre el brazo, y la niña intentó ocultar la jarra de vino cuando se acercó la procesión.

Los que marchaban a la cabeza de la procesión trataron de hacerla retroceder; pero ella se abrió paso entre la muchedumbre, los soldados y los arqueros, llegó hasta Jesús, cayó de rodillas ante él y le presentó el velo, diciendo al mismo tiempo: «Permíteme limpiar el rostro de mi Señor».

Jesús tomó el velo con la mano izquierda, se limpió el rostro ensangrentado y lo devolvió dando las gracias. Serafia lo besó y lo guardó bajo su manto. La niña ofreció entonces tímidamente el vino, pero los brutales soldados no permitieron que Jesús lo bebiera.

Lo repentino de este valeroso acto de Serafia había sorprendido a los guardias y provocado una breve detención involuntaria, que ella había aprovechado para presentar el velo a su divino Maestro.

Tanto los fariseos como los guardias estaban muy exasperados, no solo por la repentina detención, sino mucho más por la muestra pública de veneración que así se rendía a Jesús, y se vengaron golpeándolo e insultándolo, mientras Serafia regresaba apresuradamente a su casa.

En cuanto llegó a su habitación, puso el velo de lana sobre una mesa y cayó de rodillas, casi sin sentido. Un amigo que entró en la habitación poco después la encontró así arrodillada, con la niña llorando a su lado, y vio, para su asombro, el rostro ensangrentado de nuestro Señor impreso en el velo, una imagen de perfecta semejanza, aunque desgarradora y dolorosa de contemplar.

Hizo reaccionar a Serafia y le señaló el velo. Ella volvió a arrodillarse ante él y exclamó entre lágrimas: «Ahora sí lo dejaré todo con el corazón alegre, pues mi Señor me ha dado un recuerdo de sí mismo». La tela de este velo era una especie de lana muy fina; su largo era tres veces su ancho, y por lo general se llevaba sobre los hombros.

Era costumbre ofrecer estos velos a las personas que estaban afligidas, muy fatigadas o enfermas, para que pudieran limpiarse el rostro con ellos, y se hacía como expresión de solidaridad o compasión.

Verónica conservó este velo hasta su muerte y lo colgó a la cabecera de su cama; después fue entregado a la Santísima Virgen, quien lo dejó a los Apóstoles, y estos lo transmitieron más tarde a la Iglesia.

Serafis y Juan el Bautista eran primos, pues el padre de ella y Zacarías eran hermanos. Cuando Joaquín y Ana llevaron a Jerusalén a la Santísima Virgen, que entonces solo tenía cuatro años, para ponerla entre las vírgenes del Templo, se alojaron en casa de Zacarías, situada cerca del mercado de pescado.

Serafia era al menos cinco años mayor que la Santísima Virgen, estuvo presente en su matrimonio con san José y también era pariente del anciano Simeón, que profetizó cuando pusieron al Niño Jesús en sus brazos. Se crio con los hijos de este, y él infundió tanto en ambos como en Serafia su ardiente deseo de ver a nuestro Señor.

Cuando Jesús tenía doce años y se quedó enseñando en el Templo, Serafia, que todavía no estaba casada, le enviaba comida todos los días a una pequeña posada, a un cuarto de milla de Jerusalén, donde él se alojaba

cuando no estaba en el Templo. María estuvo allí dos días cuando iba de Belén a Jerusalén para ofrecer a su Niño en el Templo.

Los dos ancianos que regentaban esta posada eran esenios y conocían bien a la Sagrada Familia; en ella había una especie de fundación para los pobres, y Jesús y sus discípulos acudían allí con frecuencia para pasar la noche.

Serafia se casó a una edad bastante avanzada; su esposo, Sirac, descendía de la casta Susana y era miembro del Sanedrín. Al principio se oponía firmemente a nuestro Señor, y su esposa sufrió mucho por su devoción a Jesús y a las santas mujeres, pero José de Arimatea y Nicodemo lograron mejorar su disposición, y él permitió que Serafia siguiera a nuestro Señor.

Cuando Jesús fue acusado injustamente ante el tribunal de Caifás, el esposo de Serafia se unió a José y Nicodemo en sus intentos de obtener la liberación de nuestro Señor, y los tres renunciaron a sus puestos en el Consejo.

Serafia tenía unos cincuenta años en el momento de la procesión triunfal de nuestro Señor, cuando entró en Jerusalén el Domingo de Ramos, y entonces la vi quitarse el velo y extenderlo en el suelo para que él caminara sobre él. Fue ese mismo velo el que presentó a Jesús en esta segunda procesión suya, una procesión que exteriormente parecía mucho menos gloriosa, pero que en realidad lo era mucho más. Este velo le valió el nombre de Verónica, y todavía se muestra para la veneración de los fieles.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

35 — LA CUARTA Y LA QUINTA CAÍDA DE JESÚS

✦

Las hijas de Jerusalén.

La procesión se encontraba todavía a cierta distancia de la puerta del suroeste, que era grande y estaba unida a las fortificaciones, y la calle era accidentada y empinada; primero tenía que pasar bajo un arco abovedado, luego por un puente y, por último, bajo un segundo arco.

La muralla del lado izquierdo de la puerta se extiende primero hacia el sur, luego se desvía un poco hacia el oeste y finalmente continúa hacia el sur por detrás del monte Sion.

Cuando la procesión estaba cerca de esta puerta, los brutales arqueros empujaron a Jesús a un charco de agua estancada que había junto a ella; Simón de Cirene, al tratar de evitar el charco, torció la cruz, lo que hizo que Jesús cayera por cuarta vez en medio del sucio lodo, y Simón tuvo enormes dificultades para volver a levantar la cruz.

Jesús exclamó entonces con una voz que, aunque clara, era conmovedora y triste: «¡Jerusalén, Jerusalén, cuántas veces he querido reunir a tus hijos como la gallina reúne a sus polluelos bajo las alas, y tú no has querido!». Cuando los fariseos oyeron estas palabras, se enfurecieron aún más y, reanudando sus insultos y golpes, trataron de obligarlo a levantarse del lodo.

Su crueldad con Jesús exasperó tanto a Simón de Cirene que finalmente exclamó: «Si continúan con esta conducta brutal, tiraré la cruz al suelo y no la llevaré más lejos. Lo haré aunque me maten por ello».

Nada más cruzar la puerta se veía un sendero estrecho y pedregoso que se dirigía hacia el norte y conducía al Calvario. El camino principal del que se aparta se dividía poco después en tres ramales: uno hacia el suroeste, que llevaba a Belén a través del valle de Guijón; un segundo hacia el sur, en dirección a Emaús y Jope; y un tercero, también hacia el suroeste, que rodeaba el Calvario y terminaba en la puerta que conducía a Betsur.

Una persona situada en la puerta por la que llevaron a Jesús podía ver fácilmente la puerta de Belén. Los oficiales habían fijado una inscripción en un poste situado al comienzo del camino al Calvario para informar a los que pasaban de que Jesús y los dos ladrones habían sido condenados a muerte.

Un grupo de mujeres se había reunido cerca de este lugar y lloraba y se lamentaba; muchas llevaban niños pequeños en brazos; la mayoría eran muchachas y mujeres de Jerusalén que se habían adelantado a la procesión, pero algunas venían de Belén, de Hebrón y de otros lugares vecinos para celebrar la Pascua.

Jesús estaba a punto de caer de nuevo, pero Simón, que iba detrás, al ver que no podía mantenerse en pie, se apresuró a sostenerlo; Jesús se apoyó en Simón y así evitó caer al suelo.

Cuando las mujeres y los niños de quienes hemos hablado antes vieron el deplorable estado al que había quedado reducido nuestro Señor, lanzaron fuertes gritos, lloraron y, según la costumbre judía, le ofrecieron paños para

limpiarse el rostro. Jesús se volvió hacia ellas y dijo: «Hijas de Jerusalén, no lloren por mí, sino por ustedes mismas y por sus hijos. Porque llegarán días en que dirán: Dichosas las estériles, los vientres que no han dado a luz y los pechos que no han amamantado. Entonces comenzarán a decir a los montes: Caigan sobre nosotros; y a las colinas: Cúbrannos.

Porque si en la leña verde hacen estas cosas, ¿qué se hará en la seca?». Luego les dirigió unas palabras de consuelo que no recuerdo con exactitud.

La procesión se detuvo por un momento. Los verdugos, que habían partido primero, habían llegado al Calvario con los instrumentos para la ejecución, seguidos por cien de los soldados romanos que habían salido con Pilato; este solo acompañó la procesión hasta la puerta y regresó a la ciudad.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

36 — JESÚS EN EL MONTE GÓLGOTA

✦

Sexta y séptima caídas de Jesús.

La comitiva volvió a ponerse en marcha; el camino entre las murallas de la ciudad y el Calvario era muy empinado y accidentado, y Jesús tenía enormes dificultades para caminar con su pesada carga sobre los hombros; pero sus crueles enemigos, lejos de sentir la menor compasión o prestarle la más mínima ayuda, seguían obligándolo a avanzar a fuerza de duros golpes y terribles maldiciones.

Por fin llegaron a un lugar donde el sendero giraba bruscamente hacia el sur; allí tropezó y cayó por sexta vez. La caída fue terrible, pero los guardias solo lo golpearon con más fuerza para obligarlo a levantarse, y apenas llegó al Calvario volvió a desplomarse por séptima vez.

Simón de Cirene estaba lleno de indignación y de lástima; a pesar de su cansancio, deseaba quedarse para ayudar a Jesús, pero los arqueros primero lo insultaron y luego lo echaron, y poco después se unió al grupo de los discípulos.

Los verdugos ordenaron entonces que se marcharan los obreros y los muchachos que habían llevado los instrumentos de la ejecución, y pronto llegaron los fariseos, pues iban a caballo y habían tomado el camino llano y fácil que pasaba al este del Calvario. Desde la cima del Calvario se disfrutaba de una hermosa vista de toda la ciudad de Jerusalén.

Esta cima era circular, de un tamaño aproximado al de una pista de equitación corriente, rodeada por un muro bajo y con cinco entradas separadas. Este parecía ser el número habitual en aquellas tierras, pues había cinco caminos en los baños, en el lugar donde bautizaban y en la piscina de Betsaida, y también había muchas ciudades con cinco puertas.

En esto, como en muchas otras particularidades de Tierra Santa, había un profundo significado profético; aquel número cinco, que aparecía tan a menudo, era una prefiguración de las cinco llagas sagradas de nuestro bendito Salvador, que habían de abrirnos las puertas del Cielo.

Los jinetes se detuvieron en el lado occidental del monte, donde la pendiente no era tan pronunciada; pues la ladera por la que llevaban a los condenados era tanto accidentada como empinada.

Unos cien soldados estaban apostados en distintas partes del monte y, como se necesitaba espacio, no llevaron a los ladrones hasta la cima, sino que les ordenaron detenerse antes de llegar a ella y acostarse en el suelo con los brazos sujetos a sus cruces.

Los soldados los rodeaban y vigilaban, mientras multitudes de personas que no temían contaminarse permanecían cerca de la plataforma o en las alturas vecinas; en su mayoría eran de las clases más humildes: extranjeros, esclavos y paganos, y entre ellos había bastantes mujeres.

Faltaba aproximadamente un cuarto para las doce cuando Jesús, cargado con su cruz, se desplomó en el lugar exacto donde iba a ser crucificado. Los bárbaros verdugos lo levantaron tirando de las cuerdas que le habían atado

alrededor de la cintura, y luego desataron los brazos de la cruz y los arrojaron al suelo.

La visión de nuestro bendito Señor en aquel momento podía, en verdad, mover a compasión al corazón más duro; estaba de pie, o más bien inclinado sobre la cruz, pues apenas podía sostenerse; su rostro celestial estaba pálido, como el de una persona al borde de la muerte, aunque las heridas y la sangre lo desfiguraban de manera espantosa; pero los corazones de aquellos hombres crueles eran, ¡ay!, más duros que el propio hierro y, lejos de mostrar la menor compasión, lo arrojaron brutalmente al suelo, exclamando en tono de burla: «Rey poderosísimo, vamos a preparar tu trono».

Jesús se tendió de inmediato sobre la cruz, y ellos lo midieron y marcaron los lugares para sus pies y sus manos, mientras los fariseos seguían insultando a su Víctima, que no ofrecía resistencia.

Cuando terminaron de medirlo, lo llevaron a una cueva excavada en la roca, que antes había servido de bodega, abrieron la puerta y lo empujaron dentro con tanta violencia que, de no haberlo sostenido los ángeles, se habría roto las piernas al caer con tanta fuerza sobre el áspero suelo de piedra.

Oí con toda claridad sus gemidos de dolor, pero cerraron rápidamente la puerta y pusieron guardias delante de ella, y los arqueros continuaron sus preparativos para la crucifixión.

El centro de la plataforma mencionada antes era la parte más elevada del Calvario: era una elevación redonda, de unos dos pies de altura, y había que subir dos o tres escalones para llegar a su parte superior.

Los verdugos cavaron los hoyos para las tres cruces en lo alto de esta elevación y colocaron los destinados a los ladrones uno a la derecha y el otro a la izquierda del de nuestro Señor; ambos eran menos profundos y estaban hechos con menos cuidado que el suyo.

Luego llevaron la cruz de nuestro Salvador al lugar donde pensaban crucificarlo y la colocaron de modo que pudiera caer fácilmente en el hoyo preparado para ella.

Sujetaron firmemente los dos brazos al cuerpo de la cruz, clavaron en la parte inferior la tabla que debía sostener los pies, perforaron los agujeros para los clavos y tallaron varias cavidades en la madera, en las partes que recibirían la cabeza y la espalda de nuestro Señor, para que su cuerpo pudiera apoyarse en la cruz en vez de quedar suspendido de ella.

Su propósito era prolongar sus tormentos, pues si se dejaba que todo el peso de su cuerpo recayera sobre las manos, los agujeros podían desgarrarse por completo y la muerte sobrevenir más pronto de lo que deseaban. Los verdugos clavaron después en el suelo las piezas de madera destinadas a mantener la cruz erguida e hicieron algunos otros preparativos semejantes.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

37 — LA PARTIDA DE MARÍA Y LAS SANTAS MUJERES DEL CALVARIO

✦

Aunque se habían llevado desmayada a la Santísima Virgen después del triste encuentro con su Hijo cargado con la cruz, pronto recobró el conocimiento; pues el amor y el ardiente deseo de volver a verlo le infundieron una sensación de fuerza sobrenatural.

Acompañada por sus compañeras, fue a la casa de Lázaro, que estaba en la parte baja de la ciudad, y donde ya se habían reunido Marta, Magdalena y muchas santas mujeres. Todas estaban tristes y abatidas, pero Magdalena no podía contener sus lágrimas ni sus lamentos.

Salieron de aquella casa, unas diecisiete en total, para hacer el vía crucis, es decir, para seguir cada paso que Jesús había dado en aquel dolorosísimo recorrido. María contaba cada pisada y, alumbrada interiormente, señalaba a sus compañeras los lugares que habían quedado consagrados por sufrimientos particulares.

Entonces la afilada espada anunciada por el anciano Simeón grabó por primera vez en el corazón de María aquella conmovedora devoción que desde entonces se ha practicado con tanta constancia en la Iglesia.

María la transmitió a sus compañeras, y ellas, a su vez, la legaron a las generaciones futuras: un don verdaderamente precioso, concedido por nuestro Señor a su amada Madre, y que pasó de su corazón a los corazones de sus hijos a través de la venerada voz de la tradición.

Cuando estas santas mujeres llegaron a la casa de Verónica, entraron en ella porque Pilato y sus oficiales pasaban en aquel momento por la calle, de regreso a sus casas. Rompieron a llorar sin poder contenerse al contemplar el rostro de Jesús impreso en el velo, y dieron gracias a Dios por el favor que había concedido a su fiel sierva.

Tomaron la jarra de vino aromático que los judíos habían impedido beber a Jesús y partieron juntas hacia el Gólgota. Su número había aumentado considerablemente, pues se les habían unido muchos hombres y mujeres piadosos a quienes los sufrimientos de nuestro Señor habían llenado de compasión, y subieron por la ladera occidental del Calvario, ya que allí la pendiente era menor.

La Madre de Jesús, acompañada por su sobrina María, la hija de Cleofás, por Juan y por Salomé, llegó hasta la plataforma circular; pero Marta, María de Helí, Verónica, Juana de Cusa, Susana y María, la madre de Marcos, se quedaron más abajo con Magdalena, que apenas podía sostenerse.

Más abajo en el monte había un tercer grupo de santas mujeres, y entre los tres grupos había algunas personas dispersas que llevaban mensajes de uno a otro. Los fariseos a caballo iban y venían entre la gente, y las cinco entradas estaban vigiladas por soldados romanos.

María mantenía los ojos fijos en el lugar fatal y permanecía como en trance; era, en verdad, un espectáculo capaz de espantar y desgarrar el corazón de una madre.

Allí estaban la terrible cruz, los martillos, las cuerdas y los clavos, y junto a aquellos espantosos instrumentos de tortura se encontraban los brutales

verdugos, medio borrachos y casi desnudos, maldiciendo y blasfemando mientras hacían sus preparativos.

Los sufrimientos de la Santísima Virgen aumentaban mucho al no poder ver a su Hijo; sabía que aún estaba vivo y sentía el más ardiente deseo de volver a contemplarlo, mientras que pensar en los tormentos que todavía debía soportar hacía que su corazón estuviera a punto de estallar de dolor.

Durante la mañana había caído un poco de granizo por momentos, pero el sol volvió a salir después de las diez, y una espesa niebla roja comenzó a oscurecerlo hacia las doce.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

38 — JESÚS ES CLAVADO EN LA CRUZ

✦

Una vez terminados los preparativos para la crucifixión, cuatro arqueros fueron a la cueva donde habían encerrado a nuestro Señor y lo sacaron a rastras con su brutalidad habitual, mientras la multitud observaba y profería insultos, y los soldados romanos lo contemplaban todo con indiferencia, sin pensar en otra cosa que en mantener el orden.

Cuando sacaron de nuevo a Jesús, las santas mujeres dieron dinero a un hombre y le rogaron que pagara a los arqueros cuanto pidieran si permitían que Jesús bebiera el vino que Verónica había preparado; pero los crueles verdugos, en vez de dárselo a Jesús, lo bebieron ellos mismos.

Habían traído dos vasijas, una de las cuales contenía vinagre y hiel, y la otra una mezcla que parecía vino con mirra y ajenjo; ofrecieron a nuestro Señor un vaso de esta última, que él probó, pero no quiso beber.

Había dieciocho arqueros en la plataforma: los seis que habían azotado a Jesús, los cuatro que lo habían conducido al Calvario, los dos que sujetaban las cuerdas que sostenían la cruz y otros seis que habían venido para crucificarlo. Eran extranjeros al servicio de los judíos o de los romanos, hombres bajos y corpulentos, de rostros sumamente feroces, que parecían más fieras que seres humanos, y que alternaban la bebida con los preparativos para la crucifixión.

Esta escena se me hacía aún más espantosa por la presencia de demonios, invisibles para los demás. Vi grandes grupos de espíritus malignos con formas de sapos, serpientes, dragones de afiladas garras e insectos venenosos, que incitaban a aquellos hombres malvados a una crueldad todavía mayor y oscurecían por completo el aire.

Se introducían en las bocas y los corazones de los presentes, se sentaban sobre sus hombros, llenaban sus mentes de imágenes perversas y los incitaban a injuriar e insultar a nuestro Señor con mayor brutalidad aún.

Sin embargo, alrededor de Jesús había ángeles que lloraban, y ver sus lágrimas me consolaba mucho; los acompañaban pequeños ángeles de gloria, de los que solo veía las cabezas.

También había entre ellos ángeles de compasión y ángeles de consuelo; estos últimos se acercaban con frecuencia a la Santísima Virgen y a las demás personas piadosas reunidas allí, y les susurraban palabras de consuelo que les permitían mantenerse firmes.

Los verdugos no tardaron en quitarle a nuestro Señor el manto, el cinturón al que estaban sujetas las cuerdas y su propio cinturón. Al ver que, a causa de la corona de espinas, era imposible pasar por su cabeza la túnica de lana que su Madre le había tejido, le arrancaron aquella dolorosísima corona, abriendo de nuevo todas las heridas, y, agarrando la túnica, tiraron de ella sin piedad para sacarla por su cabeza ensangrentada y herida.

Nuestro amado Señor y Salvador quedó entonces ante sus crueles enemigos despojado de todo, salvo el corto escapulario que llevaba sobre los hombros y el lienzo que le ceñía las caderas. Su escapulario era de lana; la

lana se había pegado a las heridas, y fue indescriptible el tormento que sufrió cuando se lo arrancaron bruscamente.

Temblaba como una hoja de álamo mientras estaba ante ellos, pues el sufrimiento y la pérdida de sangre lo habían debilitado tanto que no podía sostenerse más que unos instantes; estaba cubierto de heridas abiertas, y los terribles azotes que había soportado le habían desgarrado los hombros y la espalda hasta el hueso.

Estaba a punto de caer cuando los verdugos, temiendo que muriera y los privara así del bárbaro placer de crucificarlo, lo llevaron hasta una gran piedra y lo sentaron bruscamente sobre ella; pero apenas se hubo sentado, agravaron sus sufrimientos colocándole de nuevo la corona de espinas en la cabeza. Después le ofrecieron vinagre y hiel, pero él apartó el rostro en silencio.

Los verdugos no lo dejaron descansar mucho tiempo, sino que le ordenaron levantarse y tenderse sobre la cruz para poder clavarlo en ella. Entonces le agarraron el brazo derecho y tiraron de él hasta el agujero preparado para el clavo; después de sujetarlo firmemente con una cuerda, uno de ellos se arrodilló sobre su sagrado pecho, otro le mantuvo la mano extendida y un tercero tomó un clavo largo y grueso, lo apoyó sobre la palma abierta de aquella mano adorable, que siempre había estado abierta para conceder bendiciones y favores a los ingratos judíos, y con un gran martillo de hierro lo hizo atravesar la carne y penetrar profundamente en la madera de la cruz.

Nuestro Señor dejó escapar un gemido profundo, aunque contenido, y su sangre brotó a chorros y salpicó los brazos de los arqueros. Conté los golpes

del martillo, pero mi inmenso dolor me hizo olvidar su número.

Los clavos eran muy grandes: sus cabezas tenían aproximadamente el tamaño de una moneda de una corona, y su grosor era el del pulgar de un hombre; las puntas sobresalían por la parte posterior de la cruz.

La Santísima Virgen permanecía inmóvil; de vez en cuando se distinguían sus lastimeros gemidos; parecía a punto de desmayarse de dolor, y Magdalena estaba completamente fuera de sí. Cuando los verdugos hubieron clavado la mano derecha de nuestro Señor, advirtieron que la izquierda no llegaba al agujero que habían hecho para el clavo.

Por eso ataron cuerdas a su brazo izquierdo y, apoyando firmemente los pies contra la cruz, tiraron violentamente de la mano izquierda hasta que llegó al lugar preparado para ella. Este espantoso procedimiento causó a nuestro Señor una agonía indescriptible; su pecho se agitaba y sus piernas estaban completamente contraídas.

Volvieron a arrodillarse sobre él, le sujetaron los brazos y hundieron el segundo clavo en su mano izquierda; su sangre volvió a correr y sus débiles gemidos se oyeron una vez más entre los golpes del martillo, pero nada podía despertar la más leve compasión en los verdugos de corazón endurecido.

Los brazos de Jesús, estirados así de manera tan antinatural, ya no cubrían los brazos de la cruz, que estaban inclinados; quedaba un amplio espacio entre estos y sus axilas.

Cada nueva tortura y cada insulto infligidos a nuestro Señor causaban una nueva punzada en el corazón de su Santísima Madre; se puso blanca como

un cadáver, pero, como los fariseos procuraban aumentar su dolor con palabras y gestos insultantes, los discípulos la llevaron junto a un grupo de mujeres piadosas que estaban un poco más lejos.

Los verdugos habían fijado un trozo de madera en la parte inferior de la cruz, debajo del lugar donde clavarían los pies de Jesús, para que el peso de su cuerpo no recayera sobre las heridas de sus manos y también para impedir que se rompieran los huesos de sus pies al clavarlos en la cruz.

Habían perforado aquella madera para recibir el clavo que atravesaría sus pies, y también había una pequeña cavidad para sus talones. Tomaron estas precauciones para que el peso de su cuerpo no desgarrara sus heridas y le causara la muerte antes de que hubiera sufrido todas las torturas que esperaban verlo soportar.

Todo el cuerpo de nuestro Señor había sido arrastrado hacia arriba y se había contraído por la violencia con que los verdugos le habían estirado los brazos, y sus rodillas estaban dobladas hacia arriba; por eso se las enderezaron y las sujetaron firmemente con cuerdas.

Pero pronto advirtieron que sus pies no llegaban al trozo de madera colocado para sostenerlos, y se enfurecieron. Algunos propusieron hacer nuevos agujeros para los clavos que le atravesaban las manos, pues sería muy difícil retirar el trozo de madera, pero los demás se negaron y siguieron gritando: «No quiere estirarse, pero nosotros lo ayudaremos».

Acompañaron estas palabras con los más espantosos juramentos y maldiciones y, después de atarle una cuerda a la pierna derecha, tiraron violenta-

mente de ella hasta que llegó a la madera; entonces la sujetaron con la mayor fuerza posible.

La agonía que sufrió Jesús por aquel violento estiramiento era indescriptible; de sus labios escaparon las palabras «Dios mío, Dios mío», y los verdugos aumentaron su dolor atándole el pecho y los brazos a la cruz para impedir que las manos se desprendieran de los clavos.

Después sujetaron su pie izquierdo sobre el derecho, habiéndolos perforado primero con una especie de punzón, porque no podían colocarlos en una posición que permitiera clavarlos juntos de una sola vez.

A continuación tomaron un clavo muy largo y lo hicieron atravesar por completo ambos pies hasta hundirlo en la cruz que había debajo, una operación aún más dolorosa de lo habitual porque su cuerpo estaba estirado de una manera tan antinatural; conté al menos treinta y seis golpes de martillo.

Durante toda la crucifixión, nuestro Señor no dejó de orar y de repetir aquellos pasajes de los Salmos que entonces iba acompañando, aunque de vez en cuando se oía un débil gemido causado por el exceso de sufrimiento. Así había orado mientras llevaba su cruz, y así siguió orando hasta su muerte.

Lo oí repetir todas aquellas profecías; las repetí tras él, y desde entonces he señalado muchas veces los distintos pasajes al leer los Salmos, pero ahora me siento tan agotada por el dolor que no puedo relacionarlos en absoluto.

Cuando terminó la crucifixión de Jesús, el comandante de los soldados romanos ordenó que se clavara la inscripción de Pilato en lo alto de la cruz.

Los fariseos se indignaron mucho por ello, y su ira aumentó con las burlas de los soldados romanos, que señalaban a su rey crucificado; por eso regresaron apresuradamente a Jerusalén, decididos a hacer todo lo posible por convencer al gobernador de que les permitiera sustituirla por otra inscripción.

Eran alrededor de las doce y cuarto cuando Jesús fue crucificado, y en el momento en que levantaron la cruz, el Templo resonó con el toque de las trompetas, que siempre sonaban para anunciar el sacrificio del Cordero Pascual.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

39 — ELEVACIÓN DE LA CRUZ

✦

Cuando los verdugos terminaron la crucifixión de nuestro Señor, ataron cuerdas al tronco de la cruz y sujetaron los extremos de estas cuerdas alrededor de una larga viga que estaba firmemente fijada en el suelo a poca distancia, y por medio de estas cuerdas levantaron la cruz.

Algunos la sostenían mientras otros empujaban su pie hacia el hoyo preparado para recibirla; la pesada cruz cayó en aquel hoyo con una sacudida espantosa. Jesús lanzó un débil grito, sus heridas se abrieron de la manera más terrible, su sangre volvió a brotar y sus huesos medio dislocados chocaron unos contra otros.

Los arqueros empujaron la cruz para introducirla por completo en el hoyo y la hicieron vibrar aún más al clavar cinco estacas a su alrededor para sostenerla.

Era un espectáculo terrible, pero al mismo tiempo conmovedor, contemplar la cruz alzada en medio de la inmensa multitud de personas que se habían reunido alrededor; allí no solo estaban los soldados que proferían insultos, los orgullosos fariseos y la brutal turba judía, sino también extranjeros de todas partes.

El aire resonó con aclamaciones y gritos de burla cuando la vieron elevarse en lo alto y, después de oscilar un momento en el aire, caer con un fuerte estruendo en el hoyo abierto para ella en la roca.

Pero en aquel mismo instante también resonaron en el aire palabras de amor y compasión; ¿y hace falta decir que estas palabras, estos sonidos, procedían de los seres humanos más santos: María, Juan, las santas mujeres y todos los puros de corazón?

Se inclinaron y adoraron al «Verbo hecho carne», clavado en la cruz; extendieron las manos como deseando prestar ayuda al Santo de los Santos, a quien veían clavado en una cruz y en poder de sus furiosos enemigos.

Pero cuando se oyó el solemne sonido de la caída de la cruz en el hoyo preparado para ella en la roca, se hizo un silencio sepulcral, y todos los corazones se llenaron de un sentimiento indefinible de temor reverente, un sentimiento nunca antes experimentado y que nadie podía explicarse ni siquiera a sí mismo; todos los moradores del infierno temblaron de terror y descargaron su rabia procurando incitar a los enemigos de Jesús a una furia y una brutalidad aún mayores; las almas del limbo se llenaron de alegría y esperanza, pues aquel sonido era para ellas un anuncio de felicidad, el preludio de la aparición de su Libertador.

Así fue plantada por primera vez en la tierra la bendita cruz de nuestro Señor; y bien podía compararse con el árbol de la vida en el Paraíso, pues las heridas de Jesús eran como fuentes sagradas de las que fluían cuatro ríos destinados tanto a purificar el mundo de la maldición del pecado como a darle fertilidad, para que produjera frutos de salvación.

La elevación sobre la que se plantó la cruz estaba unos dos pies por encima del terreno circundante; los pies de Jesús estaban lo bastante cerca del

suelo para que sus amigos pudieran alcanzarlos y besarlos, y su rostro estaba vuelto hacia el noroeste.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

40 — CRUCIFIXIÓN DE LOS LADRONES

✦

Durante la crucifixión de Jesús, los dos ladrones permanecieron tendidos en el suelo a cierta distancia; tenían los brazos sujetos a las cruces en las que iban a ser ejecutados, y unos cuantos soldados montaban guardia cerca de ellos. La acusación que se había probado contra ellos era la de haber asesinado a una mujer judía que viajaba con sus hijos de Jerusalén a Jope.

Fueron arrestados, disfrazados de ricos mercaderes, en un castillo donde Pilato residía ocasionalmente cuando se ocupaba de adiestrar a sus tropas, y habían estado encarcelados mucho tiempo antes de ser llevados a juicio. El ladrón colocado a la izquierda era mucho mayor que el otro; un verdadero malhechor que había corrompido al más joven.

Se los llamaba comúnmente Dimas y Gesmas, y como he olvidado sus verdaderos nombres, los distinguiré con estos, llamando Dimas al bueno y Gesmas al malo. Ambos pertenecían a una banda de ladrones que infestaban las fronteras de Egipto; y fue en una cueva habitada por estos ladrones donde la Sagrada Familia se refugió cuando huía a Egipto, en tiempos de la matanza de los Inocentes.

El pobre niño leproso que quedó limpio al instante al ser sumergido en el agua que se había usado para lavar al niño Jesús no era otro que este Dimas, y la caridad de su madre, al recibir y dar hospitalidad a la Sagrada Familia, había sido recompensada con la curación de su hijo; mientras que esta purificación exterior era una imagen de la purificación interior que más tarde

se realizó en el alma de Dimas en el monte Calvario, por medio de aquella Sangre Sagrada que entonces se derramó en la cruz para nuestra redención.

Dimas no sabía absolutamente nada de Jesús, pero, como su corazón no estaba endurecido, la visión de la extrema paciencia de nuestro Señor lo conmovió mucho. Cuando los verdugos terminaron de levantar la cruz de Jesús, ordenaron a los ladrones que se levantaran sin demora y les soltaron los grilletes para crucificarlos de inmediato, pues el cielo se estaba cubriendo de nubes y todo anunciaba una tormenta próxima.

Después de darles un poco de mirra y vinagre, les quitaron sus ropas andrajosas, les ataron cuerdas alrededor de los brazos y, con ayuda de pequeñas escaleras, los arrastraron hasta sus puestos en la cruz.

Los verdugos ataron entonces los brazos de los ladrones a la cruz con cuerdas hechas de corteza de árbol, y les sujetaron del mismo modo las muñecas, los codos, las rodillas y los pies, apretando tanto las cuerdas que sus articulaciones crujían y la sangre brotaba.

Lanzaban gritos desgarradores, y el buen ladrón exclamó mientras lo subían: «Esta tortura es espantosa, pero si nos hubieran tratado como trataron al pobre galileo, habríamos muerto hace mucho tiempo».

Los verdugos habían dividido las vestiduras de Jesús para echarlas a suertes; su manto, estrecho en la parte superior, era muy ancho en la inferior y estaba forrado sobre el pecho, formando así un bolsillo entre el forro y la tela misma; arrancaron el forro, lo rasgaron en tiras y se lo repartieron.

Hicieron lo mismo con su larga túnica blanca, su cinturón, su escapulario y su prenda interior, que estaba completamente empapada de su Sangre Sa-

grada. Como no lograban ponerse de acuerdo sobre quién se quedaría con la túnica sin costuras tejida por su Madre, que no podía cortarse y dividirse, sacaron una especie de tablero de ajedrez marcado con figuras y estaban a punto de decidir la cuestión por sorteo cuando un mensajero enviado por Nicodemo y José de Arimatea les informó de que había personas dispuestas a comprar todas las ropas de Jesús; por eso las juntaron y las vendieron en un solo fardo. Así fue como los cristianos obtuvieron estas preciosas reliquias.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

41 — JESÚS COLGADO EN LA CRUZ ENTRE DOS LADRONES

✦

La tremenda sacudida causada por la caída de la cruz en el hoyo preparado para ella hundió aún más en su sagrada carne las afiladas puntas de la corona de espinas, que seguía sobre la cabeza de nuestro amado Salvador, y la sangre volvió a correr a raudales, tanto de ella como de sus manos y pies.

Los arqueros colocaron entonces escaleras contra los lados de la cruz, subieron por ellas y desataron las cuerdas con las que habían sujetado a nuestro Señor a la cruz antes de levantarla, por temor a que la sacudida desgarrara las heridas de sus manos y pies y los clavos ya no pudieran sostener su cuerpo.

Su sangre se había estancado en cierta medida debido a su posición horizontal y a la presión de las cuerdas, pero cuando estas fueron retiradas, retomó su curso habitual y provocó sensaciones tan dolorosas en sus innumerables heridas que inclinó la cabeza y permaneció como muerto durante más de siete minutos.

Siguió una pausa; los verdugos estaban ocupados en repartirse sus vestiduras; las trompetas del Templo ya no resonaban; y todos los participantes en esta terrible tragedia parecían exhaustos, unos por el dolor y otros por los esfuerzos que habían hecho para alcanzar sus perversos fines y por la alegría que sentían ahora al haber logrado por fin causar la muerte de aquel a quien durante tanto tiempo habían envidiado.

Con sentimientos mezclados de temor y compasión, dirigí mis ojos a Jesús, a Jesús, mi Redentor, el Redentor del mundo. Lo vi inmóvil y casi sin vida. Sentí como si yo misma fuera a expirar; mi corazón estaba abrumado por el dolor, el amor y el horror; mi mente estaba medio extraviada, mis manos y mis pies ardían con un calor febril; cada vena, cada nervio y cada miembro sufrían un dolor inexpresable; no veía nada con claridad, salvo a mi amado Esposo colgado en la cruz.

Contemplé su rostro desfigurado, su cabeza rodeada por aquella terrible corona de espinas, que le impedía levantarla siquiera un momento sin el más intenso sufrimiento, su boca reseca y entreabierta por el agotamiento, y su cabello y su barba apelmazados de sangre.

Su pecho estaba desgarrado por azotes y heridas, y sus codos, muñecas y hombros tan violentamente estirados que estaban casi dislocados; la sangre goteaba sin cesar de las heridas abiertas de sus manos, y la carne estaba tan desgarrada sobre sus costillas que casi se podían contar.

Sus piernas y muslos, al igual que sus brazos, estaban estirados casi hasta dislocarse, la carne y los músculos tan completamente al descubierto que se veía cada hueso, y todo su cuerpo cubierto de heridas negras, verdes y malolientes.

La sangre que fluía de sus heridas era roja al principio, pero poco a poco se volvió clara y acuosa, y todo su cuerpo tenía el aspecto de un cadáver listo para la sepultura.

Y, sin embargo, pese a las horribles heridas que lo cubrían, pese al estado de ignominia al que había quedado reducido, aún conservaba aquella expre-

sión indescriptible de dignidad y bondad que siempre había llenado de reverencia a cuantos lo contemplaban.

La tez de nuestro Señor era clara, como la de María, y ligeramente sonrosada; pero su exposición a la intemperie durante los últimos tres años lo había bronceado considerablemente.

Su pecho era ancho, pero no velludo como el de san Juan Bautista; sus hombros eran amplios, y sus brazos y muslos, musculosos; sus rodillas eran fuertes y endurecidas, como suele ocurrir con quienes han caminado mucho o han pasado mucho tiempo de rodillas, y sus piernas eran largas, con músculos muy fuertes; sus pies estaban bien formados y sus manos eran hermosas, con dedos largos que se afinaban hacia las puntas, y aunque no eran delicadas como las de una mujer, tampoco se parecían a las de un hombre que hubiera realizado trabajos duros.

Su cuello era más bien largo, con una cabeza bien asentada y de bellas proporciones; su frente, amplia y alta; su rostro, ovalado; su cabello, que distaba mucho de ser espeso, era de color castaño dorado, con raya en medio y caía sobre sus hombros; su barba no era muy larga, pero terminaba en punta y se dividía bajo la barbilla.

Cuando lo contemplé en la cruz, le habían arrancado casi todo el cabello, y el que quedaba estaba enmarañado y apelmazado de sangre; su cuerpo era una sola herida, y cada miembro parecía dislocado.

Las cruces de los dos ladrones estaban colocadas una a la derecha y otra a la izquierda de Jesús; se había dejado espacio suficiente para que un jinete pasara entre ellas. No puede imaginarse nada más angustioso que el aspecto

de los ladrones en sus cruces; sufrían terriblemente, y el de la izquierda no dejaba de maldecir y blasfemar.

Las cuerdas con las que estaban atados estaban muy apretadas y les causaban gran dolor; sus rostros estaban lívidos, y sus ojos, inflamados y a punto de salirse de las órbitas. La altura de las cruces de los dos ladrones era mucho menor que la de nuestro Señor.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

42 — PRIMERA PALABRA DE JESÚS EN LA CRUZ

✦

En cuanto los verdugos hubieron crucificado a los dos ladrones y se hubieron repartido la vestidura de Jesús, recogieron sus herramientas, dirigieron algunas palabras insultantes más a nuestro Señor y se marcharon. Los fariseos también se acercaron a caballo a Jesús, lo miraron con desprecio, pronunciaron algunas expresiones injuriosas y luego abandonaron el lugar.

Los soldados romanos, de los cuales se habían apostado cien alrededor del Calvario, se retiraron y fueron reemplazados por otros cincuenta, cuyo mando se confió a Abenadar, árabe de nacimiento, que después tomó en el bautismo el nombre de Ctesifonte; el segundo al mando era Casio, quien, cuando se hizo cristiano, fue conocido con el nombre de Longino: Pilato lo utilizaba con frecuencia como mensajero.

Llegaron entonces doce fariseos, doce saduceos, otros tantos escribas y algunos ancianos, acompañados por aquellos judíos que habían intentado convencer a Pilato de que cambiara la inscripción de la Cruz de Jesús: estaban furiosos, pues el gobernador romano se había negado rotundamente.

Rodearon a caballo la plataforma y alejaron de allí a la Santísima Virgen, a quien san Juan condujo junto a las santas mujeres. Cuando pasaban ante la Cruz de Jesús, meneaban la cabeza con desdén y exclamaban: «¡Bah! Tú que destruyes el templo de Dios y en tres días lo vuelves a construir, sálvate a ti mismo bajando de la Cruz. Que Cristo, el Rey de Israel, baje ahora

de la Cruz, para que veamos y creamos». Los soldados también se burlaban de él.

El rostro y todo el cuerpo de Jesús palidecieron aún más: parecía estar a punto de desmayarse, y Gesmas (el mal ladrón) exclamó: «El demonio que lo posee está a punto de abandonarlo». Entonces un soldado tomó una esponja, la empapó en vinagre, la puso en una caña y se la acercó a Jesús, que pareció beber.

«Si eres el Rey de los judíos —dijo el soldado—, sálvate a ti mismo bajando de la Cruz». Estas cosas sucedieron mientras el primer grupo de soldados era relevado por el de Abenadar. Jesús levantó un poco la cabeza y dijo: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen». Y Gesmas gritó: «Si eres el Cristo, sálvate a ti mismo y a nosotros».

Dimas (el buen ladrón) guardaba silencio, pero la oración de Jesús por sus enemigos lo conmovió profundamente. Cuando María oyó la voz de su Hijo, no pudo contenerse y se precipitó hacia delante, seguida por Juan, Salomé y María de Cleofás, y se acercó a la Cruz, sin que el bondadoso centurión se lo impidiera.

Las oraciones de Jesús obtuvieron para el buen ladrón una gracia muy poderosa; de pronto recordó que Jesús y María lo habían curado de la lepra en su infancia, y exclamó con voz fuerte y clara: «¿Cómo pueden insultarlo cuando él reza por ustedes? Ha guardado silencio y ha soportado con paciencia todas sus ofensas; verdaderamente es un Profeta, es nuestro Rey, es el Hijo de Dios».

Esta inesperada reprensión en labios de un miserable malhechor que moría en una cruz provocó una enorme conmoción entre los espectadores; recogieron piedras y quisieron arrojárselas, pero el centurión Abenadar no lo permitió.

La oración de Jesús consoló y fortaleció mucho a la Santísima Virgen, y Dimas dijo a Gesmas, que seguía blasfemando contra Jesús: «¿Ni siquiera temes a Dios, estando bajo la misma condena? Nosotros, en verdad, la sufrimos justamente, pues recibimos el castigo que merecen nuestros actos; pero este hombre no ha hecho ningún mal. Recuerda que ahora estás a punto de morir y arrepiéntete».

Fue iluminado y conmovido: confesó sus pecados a Jesús y dijo: «Señor, si me condenas, será con justicia». Y Jesús respondió: «Experimentarás mi misericordia». Dimas, lleno de la más perfecta contrición, comenzó de inmediato a dar gracias a Dios por las grandes gracias que había recibido y a reflexionar sobre los muchos pecados de su vida pasada.

Todos estos acontecimientos sucedieron entre las doce y las doce y media, poco después de la crucifixión; pero durante ese tiempo se había producido un cambio tan sorprendente en el aspecto de la naturaleza que dejó atónitos a quienes lo presenciaban y llenó sus mentes de sobrecogimiento y terror.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

43 — ECLIPSE DE SOL

✦

Segunda y tercera palabra de Jesús en la Cruz.

Había caído un poco de granizo hacia las diez, cuando Pilato pronunciaba la sentencia, y después el tiempo se despejó hasta cerca de las doce, cuando una espesa niebla rojiza comenzó a ocultar el sol. Hacia la hora sexta, según la manera de contar de los judíos, el sol se oscureció de repente.

Se me mostró la causa exacta de este prodigioso fenómeno; pero, por desgracia, la he olvidado en parte, y no encuentro palabras para expresar lo que no he olvidado; sin embargo, fui elevada por encima de la tierra y contemplé las estrellas y los planetas moviéndose fuera de sus propias esferas.

Vi la luna como una inmensa bola de fuego que avanzaba rodando como si huyera de la tierra. Entonces fui llevada de repente de vuelta a Jerusalén, y vi reaparecer la luna detrás del Monte de los Olivos, pálida y llena, avanzando rápidamente hacia el sol, que estaba tenue y envuelto en niebla.

Vi al este del sol un gran cuerpo oscuro que tenía la apariencia de una montaña y que pronto ocultó por completo el sol. El centro de este cuerpo era de un amarillo oscuro, y lo rodeaba un círculo rojo semejante a un anillo de fuego. El cielo se oscureció aún más, y las estrellas parecían arrojar una luz roja y siniestra.

Tanto los hombres como los animales quedaron aterrorizados; los enemigos de Jesús dejaron de insultarlo, mientras los fariseos intentaban dar explicaciones filosóficas de lo que sucedía, pero fracasaron en su intento y

quedaron reducidos al silencio. Muchos fueron presa del remordimiento, se golpearon el pecho y gritaron: «¡Que su sangre caiga sobre sus asesinos!».

Muchos otros, tanto cerca de la Cruz como a cierta distancia, cayeron de rodillas y suplicaron el perdón de Jesús, quien, en medio de sus sufrimientos, volvió hacia ellos sus ojos compasivos. No obstante, la oscuridad siguió aumentando, y todos, excepto María y los más fieles entre los amigos de Jesús, se alejaron de la Cruz.

Entonces Dimas levantó la cabeza y, con un tono de humildad y esperanza, dijo a Jesús: «Señor, acuérdate de mí cuando vengas a tu reino». Y Jesús respondió: «En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el Paraíso».

Magdalena, María de Cleofás y Juan estaban cerca de la Cruz de nuestro Señor y lo miraban, mientras la Santísima Virgen, llena de intensos sentimientos de amor maternal, suplicaba a su Hijo que le permitiera morir con él; pero él, dirigiéndole una mirada de inefable ternura, se volvió hacia Juan y dijo: «Mujer, ahí tienes a tu hijo»; luego dijo a Juan: «Ahí tienes a tu madre».

Juan miró a su Redentor moribundo y saludó con el mayor respeto a esta amada madre, a quien desde entonces consideró como suya. Estas palabras de Jesús llenaron de tal dolor a la Santísima Virgen que casi se desmayó, y las santas mujeres la llevaron a poca distancia de la Cruz.

No sé si Jesús pronunció realmente estas palabras, pero sentí interiormente que entregaba a María a Juan como madre, y a Juan a María como hijo. En visiones semejantes, una persona suele percibir cosas que no están escritas,

y las palabras solo pueden expresar una parte de ellas, aunque para quien las contempla son tan claras que no necesitan explicación.

Por esta razón, no me pareció en absoluto sorprendente que Jesús llamara a la Santísima Virgen «Mujer» en lugar de «Madre». Sentí que quería mostrar que ella era aquella mujer de la que habla la Escritura, que había de aplastar la cabeza de la serpiente, y que aquel era el momento en que esa promesa se cumplía en la muerte de su Hijo.

Supe que Jesús, al entregársela a Juan como madre, también la daba como madre a todos los que creen en él, que se convierten en hijos de Dios y no nacen de carne y sangre ni de la voluntad del hombre, sino de Dios.

Tampoco me pareció sorprendente que la más pura, la más humilde y la más obediente de las mujeres, que, al ser saludada por el ángel como «llena de gracia», respondió inmediatamente: «Aquí está la sierva del Señor, hágase en mí según tu palabra», y en cuyo seno sagrado el Verbo se hizo carne al instante, repitiera esas mismas palabras con humilde obediencia cuando su Hijo moribundo le anunció que iba a convertirse en la madre espiritual de otro hijo, y que adoptara de inmediato como hijos suyos a todos los hijos de Dios, los hermanos de Jesucristo.

Estas cosas son mucho más fáciles de sentir por la gracia de Dios que de expresar con palabras. Recuerdo que mi Esposo celestial me dijo una vez: «Todo queda impreso en los corazones de aquellos hijos de la Iglesia que creen, esperan y aman».

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

44 — EL TEMOR DE LOS HABITANTES DE JERUSALÉN

✦

Cuarta palabra de Jesús en la cruz.

Era aproximadamente la una y media cuando fui llevada a Jerusalén para ver lo que ocurría allí. Los habitantes estaban completamente dominados por el terror y la angustia; las calles estaban oscuras y sombrías, y algunas personas avanzaban a tientas, mientras otras, sentadas en el suelo con la cabeza cubierta, se golpeaban el pecho, o subían a las azoteas de sus casas, miraban al cielo y estallaban en amargas lamentaciones.

Incluso los animales lanzaban gritos lastimeros y se escondían; las aves volaban bajo y caían al suelo. Vi a Pilato hablando con Herodes sobre el alarmante estado de las cosas: ambos estaban sumamente agitados y contemplaban el aspecto del cielo desde aquella terraza en la que Herodes se encontraba cuando entregó a Jesús para que la turba enfurecida lo insultara.

«Estos acontecimientos no siguen el curso habitual de la naturaleza —exclamaron ambos—; deben ser causados por la ira de los dioses, disgustados por la crueldad con que se ha tratado a Jesús de Nazaret». Pilato y Herodes, rodeados de guardias, se dirigieron entonces con pasos apresurados y temblorosos a través del foro hacia el palacio de Herodes.

Pilato volvió la cabeza al pasar por Gábata, desde donde había condenado a Jesús a ser crucificado. La plaza estaba casi vacía; se veía a unas pocas personas que entraban de nuevo en sus casas lo más rápido posible, y a otras que

corrían de un lado a otro llorando, mientras a lo lejos se distinguían dos o tres pequeños grupos.

Pilato mandó llamar a algunos de los ancianos y les preguntó qué creían que podía presagiar aquella asombrosa oscuridad; dijo que él la consideraba una terrible prueba de la ira de su Dios por la crucifixión del galileo, que con toda certeza era su profeta y su rey.

Añadió que no tenía nada que reprocharse al respecto, pues se había lavado las manos de todo aquel asunto y, por tanto, era completamente inocente. Los ancianos seguían tan endurecidos como siempre y respondieron, con tono hosco, que no había nada contrario a la naturaleza en el curso de los acontecimientos, que los filósofos podían explicarlos fácilmente y que no se arrepentían de nada de lo que habían hecho.

Sin embargo, muchas personas se convirtieron, entre ellas aquellos soldados que cayeron al suelo ante las palabras de nuestro Señor cuando fueron enviados a prenderlo en el Huerto de los Olivos.

La turba se reunió ante la casa de Pilato y, en lugar del grito de «¡Crucifícalo, crucifícalo!», que había resonado por la mañana, se podían oír voces que gritaban: «¡Abajo el juez inicuo!», «¡Que la sangre del justo caiga sobre sus asesinos!». Pilato se alarmó mucho; mandó llamar a más guardias e intentó echar toda la culpa a los judíos.

Declaró de nuevo que el crimen no era suyo; que él no era súbdito de aquel Jesús, a quien habían dado muerte injustamente y que era su rey, su profeta, su Santo; que solo ellos eran culpables, pues debía ser evidente para todos que había condenado a Jesús únicamente porque lo habían obligado.

El Templo estaba abarrotado de judíos, que se ocupaban de la inmolación del cordero pascual; pero cuando la oscuridad aumentó hasta el punto de que era imposible distinguir el rostro de una persona del de otra, se apoderaron de ellos el miedo, el horror y el espanto, que expresaban con gritos lastimeros y lamentaciones.

Los sumos sacerdotes intentaban mantener el orden y la calma. Se encendieron todas las lámparas, pero la confusión crecía a cada momento, y Anás parecía completamente paralizado por el terror. Lo vi intentando esconderse primero en un lugar y luego en otro.

Cuando salí del Templo y recorrí las calles, observé que, aunque no soplaba ni el más leve viento, las puertas y las ventanas de las casas temblaban como en una tormenta, y la oscuridad se hacía cada vez más densa.

La consternación que produjo la repentina oscuridad en el monte Calvario fue indescriptible. Cuando comenzó, la confusión del ruido de los martillos, los gritos de la turba, los alaridos de los dos ladrones al ser clavados en sus cruces, las palabras insultantes de los fariseos, los movimientos de los soldados y los gritos de embriaguez de los verdugos habían absorbido tan por completo la atención de todos que nadie advirtió el cambio que se iba produciendo gradualmente en el aspecto de la naturaleza; pero, a medida que aumentaba la oscuridad, cesó todo sonido, se acallaron todas las voces y el remordimiento y el terror se apoderaron de todos los corazones, mientras los presentes se alejaban uno a uno de la cruz.

Fue entonces cuando Jesús entregó su Madre a san Juan, y ella, vencida por el dolor, fue llevada a poca distancia de allí. A medida que la oscuridad se hacía cada vez más densa, el silencio se volvió verdaderamente sobrecoge-

dor; todos parecían aterrados; algunos miraban al cielo, mientras otros, llenos de remordimiento, se volvían hacia la cruz, se golpeaban el pecho y se convertían.

Aunque los fariseos estaban en realidad tan alarmados como los demás, al principio intentaron mostrarse valientes y declararon que no veían nada inexplicable en aquellos acontecimientos; pero al final incluso ellos perdieron la seguridad y quedaron reducidos al silencio.

El disco del sol tenía un tono amarillo oscuro, bastante parecido al de una montaña vista a la luz de la luna, y estaba rodeado de un brillante anillo de fuego; aparecieron las estrellas, pero la luz que arrojaban era roja y siniestra; las aves estaban tan aterradas que caían al suelo; las bestias temblaban y gemían; los caballos y los asnos de los fariseos se apretaban unos contra otros cuanto podían y metían la cabeza entre las patas. La espesa niebla lo penetraba todo.

La quietud reinaba alrededor de la cruz. Jesús colgaba de ella solo, abandonado por todos: discípulos, seguidores, amigos; incluso su Madre había sido apartada de su lado. Ni una sola persona de los miles a quienes había colmado de beneficios estaba cerca para ofrecerle el más leve alivio en su amarga agonía.

Su alma estaba envuelta en un indescriptible sentimiento de amargura y dolor; todo en su interior era oscuridad, tristeza y desdicha. La oscuridad que reinaba alrededor no era sino un símbolo de la que cubría su interior; a pesar de ello, se volvía hacia su Padre celestial, oraba por sus enemigos, ofrecía el cáliz de sus sufrimientos por la redención de ellos, seguía orando

como lo había hecho durante toda su Pasión y repetía pasajes de aquellos salmos cuyas profecías se estaban cumpliendo entonces en él.

Vi ángeles de pie a su alrededor. Volví a mirar a Jesús, mi amado Esposo, en su cruz, agonizando y muriendo, pero todavía en una desoladora soledad. En aquel momento soportaba una angustia que ninguna pluma mortal puede describir; sentía aquel sufrimiento que abrumaría a un pobre y débil mortal si se viera privado de golpe de todo consuelo, tanto divino como humano, y se viera luego obligado, sin alivio, ayuda ni luz, a atravesar el tempestuoso desierto de la tribulación, sostenido únicamente por la fe, la esperanza y la caridad.

Sus sufrimientos eran inexpresables; pero por ellos nos mereció la gracia necesaria para resistir aquellas tentaciones de desesperación que nos asaltarán en la hora de la muerte, esa hora tremenda en la que sentiremos que estamos a punto de dejar todo lo que nos es querido aquí en la tierra.

Cuando nuestras mentes, debilitadas por la enfermedad, hayan perdido la capacidad de razonar, y hasta nuestras esperanzas de misericordia y perdón se hayan vuelto, por así decirlo, envueltas en niebla e incertidumbre, entonces debemos acudir a Jesús, unir nuestros sentimientos de desolación a aquel indescriptible abandono que él soportó en la cruz y tener la certeza de obtener una gloriosa victoria sobre nuestros enemigos infernales.

Jesús ofreció entonces a su Padre eterno su pobreza, su abandono, sus trabajos y, sobre todo, los amargos sufrimientos que nuestra ingratitud le había hecho soportar en expiación de nuestros pecados y nuestra debilidad; por tanto, nadie que esté unido a Jesús en el seno de su Iglesia debe desesperar en el terrible momento que precede a su salida de esta vida, aunque

se vea privado de toda luz y consuelo sensibles; pues debe recordar entonces que el cristiano ya no está obligado a entrar solo y desprotegido en este oscuro desierto, ya que Jesús ha arrojado su propio abandono interior y exterior en la cruz a este abismo de desolación; en consecuencia, no quedará solo para enfrentarse a la muerte ni se permitirá que abandone este mundo con el espíritu desolado, privado del consuelo celestial.

Debe desecharse, por tanto, todo temor a la soledad y a la desesperación en la muerte; pues Jesús, que es nuestra verdadera luz, el Camino, la Verdad y la Vida, nos ha precedido en ese camino desolador, lo ha colmado de bendiciones y ha levantado en él su cruz, una sola mirada a la cual calmará todos nuestros temores.

Jesús hizo entonces, si podemos expresarnos así, su último testamento en presencia de su Padre, y legó los méritos de su Muerte y Pasión a la Iglesia y a los pecadores. No olvidó a una sola alma extraviada; pensó en todas y cada una, orando también incluso por aquellos herejes que han intentado demostrar que, por ser Dios, no sufrió como habría sufrido un hombre en su lugar.

El grito que dejó escapar de sus labios en el colmo de su agonía tenía por objeto no solo mostrar la enormidad de los sufrimientos que estaba soportando, sino también animar a todas las almas afligidas que reconocen a Dios como su Padre a depositar sus penas a sus pies con confianza filial.

Eran cerca de las tres cuando exclamó con voz fuerte: «¿Eloi, Eloi, lamma sabacthani?», «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?». Estas palabras de nuestro Señor interrumpieron el silencio sepulcral que había

durado tanto tiempo; los fariseos se volvieron hacia él, y uno de ellos dijo: «Miren, está llamando a Elías»; y otro: «Veamos si viene Elías a librarlo».

Cuando María oyó la voz de su divino Hijo, ya no pudo contenerse, sino que se precipitó hacia delante y volvió al pie de la cruz, seguida por Juan, María la hija de Cleofás, María Magdalena y Salomé.

Un grupo de unos treinta jinetes de Judea y de los alrededores de Jope, que se dirigían a Jerusalén para la fiesta, pasó por allí justo cuando todo estaba en silencio alrededor de la cruz, pues tanto los que asistían como los espectadores estaban paralizados por el terror y la inquietud.

Cuando contemplaron a Jesús colgado de la cruz, vieron la crueldad con que lo habían tratado y observaron las extraordinarias señales de la ira de Dios que cubrían el aspecto de la naturaleza, se llenaron de horror y exclamaron: «Si el Templo de Dios no estuviera en Jerusalén, habría que quemar la ciudad hasta los cimientos por haberse hecho responsable de un crimen tan espantoso».

Estas palabras en labios de forasteros, que además tenían aspecto de personas de rango, causaron una gran impresión entre los presentes, y por todas partes se oyeron fuertes murmullos y exclamaciones de dolor; algunas personas se reunieron en grupos para dar más libre curso a su pena, aunque una parte de la multitud seguía blasfemando e insultando a todos los que la rodeaban.

Los fariseos se vieron obligados a adoptar un tono más humilde, pues temían la gran agitación que ya existía entre los habitantes de Jerusalén. Por ello consultaron con Abenadar, el centurión, y acordaron con él que se ce-

rrara la puerta de la ciudad que estaba en las cercanías, para impedir que continuara el contacto, y que pedirían a Pilato y a Herodes 500 hombres para prevenir una posible insurrección; mientras tanto, el centurión haría cuanto estuviera en su mano por mantener el orden e impediría que los fariseos insultaran a Jesús, para evitar que el pueblo se exasperara aún más.

Poco después de las tres volvió a aparecer algo de luz; la luna comenzó a apartarse del disco del sol, y el sol volvió a brillar, aunque su aspecto era tenue, pues estaba rodeado de una especie de niebla roja; poco a poco se hizo más brillante y las estrellas desaparecieron, pero el cielo seguía sombrío. Los enemigos de Jesús recuperaron pronto su arrogancia al ver que regresaba la luz; y fue entonces cuando exclamaron: «Miren, está llamando a Elías».

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

45 — QUINTA, SEXTA Y SÉPTIMA PALABRAS DE JESÚS EN LA CRUZ

✦

Su muerte.

La luz siguió regresando poco a poco, y el rostro lívido y exhausto de nuestro Señor volvió a hacerse visible. Su cuerpo se había vuelto mucho más blanco por la cantidad de sangre que había perdido; y lo oí exclamar: «Soy prensado como la uva que se pisa en el lagar. Mi sangre se derramará hasta que salga agua, pero aquí ya no se hará más vino».

No puedo asegurar si realmente pronunció estas palabras de modo que otros pudieran oírlas, o si fueron tan solo una respuesta a mi oración interior. Después tuve una visión relacionada con estas palabras, y en ella vi a Jafet haciendo vino en este lugar.

Jesús estaba a punto de desfallecer; tenía la lengua reseca y dijo: «Tengo sed». Los discípulos que estaban alrededor de la cruz lo miraron con una expresión de profundo dolor, y él añadió: «¿No podríais haberme dado un poco de agua?». Con estas palabras les dio a entender que nadie les habría impedido hacerlo durante la oscuridad.

Juan se llenó de remordimiento y respondió: «No se nos ocurrió hacerlo, Señor». Jesús pronunció unas palabras más, cuyo sentido era: «También mis amigos y mis vecinos habían de olvidarme y no darme de beber, para que así se cumpliera lo que estaba escrito acerca de mí». Esta omisión lo había afligido mucho.

Los discípulos ofrecieron entonces dinero a los soldados para obtener permiso de darle un poco de agua. Estos se negaron a concederlo, pero empaparon una esponja en vinagre y hiel y estaban a punto de ofrecérsela a Jesús cuando el centurión Abenadar, cuyo corazón se había conmovido de compasión, se la quitó, la exprimió para sacarle la hiel, vertió sobre ella un poco de vinagre fresco y, sujetándola a una caña, puso la caña en la punta de una lanza y se la acercó a Jesús para que bebiera.

Oí a nuestro Señor decir varias cosas más, pero solo recuerdo estas palabras: «Cuando mi voz calle, se abrirán las bocas de los muertos». Algunos de los presentes gritaron: «Vuelve a blasfemar». Pero Abenadar los obligó a guardar silencio.

Por fin había llegado la hora de nuestro Señor; había comenzado su agonía; un sudor frío cubría todos sus miembros. Juan estaba al pie de la cruz y secaba los pies de Jesús con su escapulario. Magdalena estaba encogida en el suelo detrás de la cruz, en un frenesí de dolor.

La Santísima Virgen estaba entre Jesús y el buen ladrón, sostenida por Salomé y María de Cleofás, con los ojos fijos en el rostro de su Hijo moribundo. Jesús dijo entonces: «Todo está consumado»; y, levantando la cabeza, exclamó en voz alta: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu».

Estas palabras, que pronunció con un tono claro y estremecedor, resonaron por el cielo y la tierra; y un instante después inclinó la cabeza y entregó el espíritu. Vi su alma, bajo la apariencia de un meteoro brillante, penetrar en la tierra al pie de la cruz. Juan y las santas mujeres cayeron postrados en el suelo.

El centurión Abenadar había mantenido los ojos fijos en el rostro desfigurado de nuestro Señor y estaba profundamente sobrecogido por todo lo que había ocurrido. Cuando nuestro Señor pronunció sus últimas palabras en voz alta, antes de expirar, la tierra tembló y la roca del Calvario se partió, formando una profunda grieta entre la cruz de nuestro Señor y la de Gesmas.

La voz de Dios —aquella voz solemne y terrible— había resonado por todo el universo; había roto el solemne silencio que entonces reinaba en toda la naturaleza. Todo se había cumplido. El alma de nuestro Señor había abandonado su cuerpo: su último grito había llenado de terror todos los corazones.

La tierra convulsionada había rendido homenaje a su Creador: la espada del dolor había atravesado los corazones de quienes lo amaban. Este fue el momento de gracia para Abenadar: su caballo tembló bajo él; su corazón se conmovió; se desgarró como la dura roca; arrojó lejos su lanza, se golpeó el pecho y exclamó: «¡Bendito sea el Dios Altísimo, el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob; verdaderamente este hombre era el Hijo de Dios!».

Sus palabras convencieron a muchos de los soldados, que siguieron su ejemplo y también se convirtieron.

Desde ese momento Abenadar se convirtió en un hombre nuevo; adoró al Dios verdadero y ya no quiso servir a sus enemigos. Entregó su caballo y su lanza a un subalterno llamado Longinos, quien, tras dirigir unas palabras a los soldados, montó el caballo y asumió el mando.

Abenadar dejó entonces el Calvario y atravesó el valle de Guijón hasta las cuevas del valle de Hinón, donde estaban escondidos los discípulos; les anunció la muerte de nuestro Señor y luego fue a la ciudad para ver a Pilato.

En cuanto Abenadar dio testimonio público de su fe en la divinidad de Jesús, un gran número de soldados siguió su ejemplo, al igual que algunos de los presentes e incluso unos pocos fariseos. Muchos se golpearon el pecho, lloraron y regresaron a sus casas, mientras otros se rasgaron las vestiduras y se echaron polvo sobre la cabeza; todos estaban llenos de horror y miedo.

Juan se levantó; y algunas de las santas mujeres que estaban a poca distancia se acercaron a la Santísima Virgen y la alejaron del pie de la cruz.

Cuando Jesús, el Señor de la vida y de la muerte, entregó su alma en manos de su Padre y permitió que la muerte se apoderara de su cuerpo, aquel cuerpo sagrado tembló y adquirió una blancura lívida; las innumerables heridas cubiertas de sangre coagulada parecían manchas oscuras; sus mejillas se hundieron más, su nariz se afiló y sus ojos, velados por la sangre, quedaron entreabiertos.

Levantó por un momento su cabeza fatigada, aún coronada de espinas, y luego volvió a dejarla caer en una agonía de dolor; sus labios resecos y desgarrados, solo parcialmente cerrados, dejaban ver su lengua ensangrentada e hinchada.

En el momento de la muerte, sus manos, que antes se habían contraído alrededor de los clavos, se abrieron y recobraron su tamaño natural, al igual

que sus brazos; su cuerpo se puso rígido y todo el peso recayó sobre los pies, sus rodillas se doblaron y sus pies se torcieron un poco hacia un lado.

¡Ay! ¿Qué palabras pueden expresar el profundo dolor de la Santísima Virgen? Sus ojos se cerraron y una palidez de muerte cubrió su rostro; incapaz de mantenerse en pie, cayó al suelo, pero pronto la levantaron y la sostuvieron Juan, Magdalena y los demás.

Miró una vez más a su amado Hijo —aquel Hijo que había concebido por obra del Espíritu Santo, carne de su carne, hueso de su hueso, corazón de su corazón— colgado de una cruz entre dos ladrones; crucificado, deshonrado y despreciado por aquellos a quienes había venido a salvar a la tierra; y bien podía en ese momento ser llamada «la reina de los mártires».

El sol aún se veía tenue y envuelto en bruma; y durante el terremoto el aire era sofocante y opresivo, pero poco a poco se volvió más claro y fresco.

Eran alrededor de las tres cuando Jesús expiró. Al principio los fariseos se alarmaron mucho por el terremoto; pero, una vez pasada la primera sacudida, recobraron la calma, comenzaron a arrojar piedras a la grieta e intentaron medir su profundidad con cuerdas.

Sin embargo, al comprobar que no podían alcanzar el fondo, se quedaron pensativos, escucharon con inquietud los gemidos de los penitentes, que se lamentaban y se golpeaban el pecho, y luego abandonaron el Calvario. Muchos de los espectadores se convirtieron de verdad, y la mayoría regresó a Jerusalén completamente dominada por el miedo.

Se apostaron soldados romanos en las puertas y en otros puntos principales de la ciudad para impedir cualquier posibilidad de insurrección. Casio

permaneció en el Calvario con unos cincuenta soldados.

Los amigos de Jesús estaban alrededor de la cruz, contemplaban a nuestro Señor y lloraban; muchas de las santas mujeres habían regresado a sus casas, y todos guardaban silencio, abrumados por el dolor.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

46 — EL TERREMOTO

✦

Apariciones de los muertos en Jerusalén.

Vi el alma de Jesús, en el momento en que expiró, aparecer bajo la forma de una esfera luminosa y, acompañada por ángeles, entre los cuales distinguí al ángel Gabriel, penetrar en la tierra al pie de la Cruz. Vi también a estos ángeles arrojar a varios espíritus malignos al gran abismo, y oí a Jesús ordenar a algunas de las almas del Limbo que volvieran a entrar en los cuerpos en los que habían habitado, para que aquella visión llenara a los pecadores de un terror saludable y para que estas almas dieran un testimonio solemne de su divinidad.

El terremoto que produjo la profunda grieta en el Calvario causó muchos daños en distintas partes de Palestina, pero sus efectos fueron aún más funestos en Jerusalén.

Sus habitantes apenas comenzaban a tranquilizarse un poco con el regreso de la luz, cuando su terror volvió a despertar con doble fuerza por las sacudidas del terremoto y por el terrible ruido y la confusión causados por el derrumbe de casas y muros por todas partes.

Este pánico aumentó todavía más con la aparición repentina de personas muertas, que salían al encuentro de los temblorosos malvados que huían para esconderse y les hablaban con palabras de la mayor severidad y reproche.

Los sumos sacerdotes habían reanudado el sacrificio del cordero pascual, que se había interrumpido por la inesperada oscuridad, y celebraban triunfantes el regreso de la luz, cuando de pronto la tierra tembló bajo sus pies, los edificios vecinos se derrumbaron y el velo del Templo se rasgó en dos de arriba abajo.

Al principio, el exceso de terror dejó sin habla a quienes estaban fuera, pero al cabo de un tiempo estallaron en gritos y lamentos. Sin embargo, la confusión en el interior del Templo no fue tan grande como cabría esperar, porque allí siempre se exigían el orden y el decoro más estrictos, especialmente en lo referente a las normas que debían seguir quienes entraban a ofrecer su sacrificio y quienes salían después de haberlo ofrecido.

La multitud era grande, pero los sacerdotes celebraban las ceremonias con tanta solemnidad que absorbían por completo la atención de los asistentes. Primero se inmolaba el cordero, luego se rociaba su sangre, mientras se entonaban cánticos y sonaban las trompetas.

Los sacerdotes intentaban continuar los sacrificios cuando, de repente, se produjo una pausa inesperada y aterradora; el terror y el asombro se reflejaban en todos los rostros; todo quedó sumido en la confusión; no se oía ningún sonido; los sacrificios cesaron; todos se precipitaron hacia las puertas del Templo; cada uno intentaba huir lo más rápido posible. ¡Y bien podían huir, bien podían temer y temblar, pues en medio de la multitud aparecieron de pronto personas que llevaban muchos años muertas y enterradas!

Estas personas los miraban con severidad y los reprendían duramente por el crimen que habían cometido aquel día al causar la muerte del «justo» y pedir que su sangre cayera sobre sus cabezas.

Sin embargo, aun en medio de esta confusión, los sacerdotes hicieron algunos intentos de mantener el orden; impidieron que quienes se encontraban en la parte interior del Templo se precipitaran hacia delante, abriéndose paso a empujones entre la multitud que tenían delante y bajando los escalones que conducían al exterior del Templo.

Incluso continuaron los sacrificios en algunas partes e intentaron calmar los temores del pueblo.

El aspecto del Templo en aquel momento solo puede describirse comparándolo con un hormiguero sobre el que se han arrojado piedras o cuyo centro se ha removido introduciendo un palo. Las hormigas de las partes donde han caído las piedras o que el palo ha removido se llenan de confusión y terror; corren de un lado a otro sin hacer nada, mientras que las hormigas de las partes que no han sido perturbadas siguen trabajando tranquilamente e incluso comienzan a reparar las partes dañadas.

El sumo sacerdote Caifás y su séquito no perdieron la serenidad y, gracias a la tranquilidad exterior que su diabólica dureza de corazón les permitía conservar, calmaron en gran medida la confusión. Después hicieron todo lo posible por impedir que el pueblo considerara aquellos acontecimientos extraordinarios como testimonios de la inocencia de Jesús.

La guarnición romana de la fortaleza Antonia también hizo grandes esfuerzos por mantener el orden; en consecuencia, la perturbación de la fiesta no fue seguida de una insurrección, aunque todos los corazones estaban atenazados por el miedo y la inquietud, una inquietud que los fariseos intentaban calmar, en algunos casos con éxito.

Recuerdo algunos otros incidentes impresionantes: en primer lugar, las dos columnas situadas a la entrada de su Santo de los Santos, de las que colgaba una magnífica cortina, fueron sacudidas hasta sus mismos cimientos; la columna del lado izquierdo cayó hacia el sur, y la del lado derecho hacia el norte, rasgando así el velo en dos de arriba abajo con un ruido espantoso y dejando el Santo de los Santos descubierto a la vista de todos.

Una gran piedra se desprendió y cayó del muro a la entrada del santuario, cerca del lugar donde solía arrodillarse el anciano Simeón, y el arco se rompió. El suelo se levantó y muchas otras columnas cayeron en otras partes del Templo.

⁂

En el santuario se vio una aparición del sumo sacerdote Zacarías, que había sido asesinado entre el pórtico y el altar. Pronunció terribles amenazas y habló de la muerte del segundo Zacarías y de la de san Juan Bautista, así como de las muertes violentas de los demás profetas.

Los dos hijos del sumo sacerdote Simón, llamado el Justo, antepasados del anciano Simeón que profetizó cuando Jesús fue presentado en el Templo, aparecieron en la parte que solían ocupar los doctores de la ley.

También hablaron en términos aterradores de las muertes de los profetas y del sacrificio de la antigua ley, que estaba a punto de cesar, y exhortaron a todos los presentes a convertirse y a abrazar las doctrinas que había predicado aquel a quien habían crucificado.

También apareció el profeta Jeremías; se situó cerca del altar y proclamó, en tono amenazador, que el antiguo sacrificio había terminado y que había

comenzado uno nuevo.

Como estas apariciones tuvieron lugar en partes donde solo se permitía entrar a los sacerdotes, únicamente Caifás y unos pocos más tuvieron conocimiento de ellas, e intentaron, en la medida de lo posible, negar su realidad u ocultarlas. A estos prodigios siguieron otros aún más extraordinarios.

Las puertas del santuario se abrieron de golpe por sí solas y se oyó una voz que pronunciaba estas palabras: «Abandonemos este lugar»; y vi a todos los ángeles del Señor salir al instante del Templo. Los treinta y dos fariseos que fueron al Calvario poco antes de que expirara nuestro Señor se convirtieron casi todos al pie de la Cruz.

Regresaron al Templo en medio de la confusión y quedaron completamente atónitos ante todo lo que había sucedido allí. Hablaron con la mayor severidad tanto a Anás como a Caifás y abandonaron el Templo.

Anás siempre había sido el más encarnizado de los enemigos de Jesús y había encabezado todas las acciones contra él; pero los acontecimientos sobrenaturales que habían ocurrido lo habían trastornado tanto que no sabía dónde esconderse.

Caifás estaba, en realidad, sumamente alarmado y lleno de inquietud, pero su orgullo era tan grande que ocultó sus sentimientos en la medida de lo posible e intentó tranquilizar a Anás.

Lo consiguió durante un tiempo, pero la aparición repentina de una persona que llevaba muchos años muerta deshizo el efecto de sus palabras, y Anás volvió a ser presa del más terrible terror y remordimiento.

Mientras estas cosas sucedían en el Templo, la confusión y el pánico no eran menores en Jerusalén. Los muertos caminaban por las calles, y muchos muros y edificios habían sido sacudidos por el terremoto y se habían derrumbado en parte.

La superstición de Pilato lo hacía aún más propenso al miedo; estaba completamente paralizado y mudo de terror; su palacio había sido sacudido hasta los mismos cimientos y la tierra temblaba bajo sus pies. Corría desesperadamente de una habitación a otra, y los muertos se presentaban constantemente ante él, reprochándole la injusta sentencia que había dictado contra Jesús.

Creyó que eran los dioses del Galileo y se refugió en una habitación interior, donde ofreció incienso e hizo votos a sus ídolos para invocar su ayuda en medio de su angustia. Herodes solía alarmarse; pero se encerró en su palacio, fuera de la vista de todos.

Más de cien personas que habían muerto en distintas épocas volvieron a entrar en los cuerpos que habían ocupado en la tierra, aparecieron en diferentes partes de Jerusalén y llenaron a los habitantes de una consternación indescriptible.

Aquellas almas que Jesús había liberado del Limbo descubrieron sus rostros y vagaron de un lado a otro por las calles, y aunque sus cuerpos eran los mismos que habían animado en la tierra, no parecían tocar el suelo al caminar.

Entraban en las casas de sus descendientes, proclamaban la inocencia de Jesús y reprendían con la mayor severidad a quienes habían participado en

su muerte. Los vi pasar por las calles principales; generalmente iban de dos en dos y me parecían deslizarse por el aire sin mover los pies.

Los rostros de algunos eran pálidos; los de otros tenían un tinte amarillento; sus barbas eran largas y sus voces sonaban extrañas y sepulcrales. Sus mortajas eran las que se acostumbraba usar en la época de su muerte.

Cuando llegaron al lugar donde se había proclamado la sentencia de muerte contra Jesús antes de que la comitiva partiera hacia el Calvario, se detuvieron un momento y exclamaron en voz alta: «¡Gloria a Jesús por los siglos de los siglos y destrucción a sus enemigos!». Hacia las cuatro, todos los muertos regresaron a sus tumbas.

Los sacrificios en el Templo habían sufrido tantas interrupciones y la confusión causada por los distintos prodigios había sido tan grande que muy pocas personas comieron el cordero pascual aquella noche.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

47 — LA PETICIÓN DE JOSÉ DE ARIMATEA PARA QUE SE LE PERMITIERA HACERSE CARGO DEL CUERPO DE JESÚS

✦

Apenas había comenzado a calmarse un poco la conmoción en que se había visto sumida la ciudad, cuando los judíos que pertenecían al Consejo enviaron a pedir a Pilato que se quebraran las piernas de los condenados, para poner fin a sus vidas antes de que amaneciera el sábado. Pilato envió de inmediato a unos verdugos al Calvario para cumplir sus deseos.

José de Arimatea pidió entonces una audiencia; se había enterado de la muerte de Jesús, y él y Nicodemo habían decidido enterrarlo en un sepulcro nuevo que había mandado hacer al fondo de su jardín, no lejos del Calvario.

Pilato seguía lleno de ansiedad y preocupación, y se asombró mucho al ver que una persona de tan elevada posición como José deseaba tanto obtener permiso para dar una sepultura honrosa a un condenado al que él había sentenciado a una crucifixión ignominiosa.

Mandó llamar al centurión Abenadar, que había regresado a Jerusalén después de hablar con los discípulos que estaban escondidos en las cavernas, y le preguntó si el Rey de los Judíos estaba realmente muerto.

Abenadar dio a Pilato un relato completo de la muerte de nuestro Señor, de sus últimas palabras, del fuerte grito que había dado inmediatamente

antes de morir y del terremoto que había abierto la gran grieta en la roca.

Lo único que sorprendió a Pilato fue que la muerte de Jesús se hubiera producido tan pronto, pues los crucificados solían vivir mucho más tiempo; pero, aunque dijo tan poco, cada palabra pronunciada por José aumentaba su consternación y su remordimiento.

Entregó al instante a José una orden que lo autorizaba a bajar de la Cruz el cuerpo del Rey de los Judíos y a celebrar de inmediato los ritos de sepultura. Con su prontitud para conceder esta petición, Pilato parecía querer compensar en cierta medida su anterior conducta cruel e injusta, y también se alegraba mucho de hacer algo que, estaba seguro, disgustaría enormemente a los sacerdotes, pues sabía que deseaban que Jesús fuera enterrado de forma ignominiosa entre los dos ladrones.

Envió a un mensajero al Calvario para que se asegurara de que se cumplieran sus órdenes. Creo que el mensajero era Abenadar, pues lo vi ayudar a bajar a Jesús de la Cruz.

Cuando José de Arimatea salió del palacio de Pilato, se reunió enseguida con Nicodemo, que lo esperaba en casa de una mujer piadosa, situada frente a una calle ancha y no lejos de aquel callejón donde Jesús había sido tan vergonzosamente maltratado cuando empezó a llevar su Cruz.

La mujer vendía hierbas aromáticas, y Nicodemo le había comprado muchos perfumes necesarios para embalsamar el cuerpo de Jesús. Ella consiguió en otros lugares los más valiosos, y José fue a buscar una sábana fina para la mortaja.

Sus criados trajeron entonces de un cobertizo cercano escaleras, martillos, clavijas, cántaros de agua y esponjas, y los colocaron en unas parihuelas semejantes a aquellas en las que los discípulos de Juan el Bautista pusieron su cuerpo cuando se lo llevaron del castillo de Maqueronte.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

48 — LA ABERTURA DEL COSTADO DE JESÚS

✦

Muerte de los dos ladrones.

Mientras estos acontecimientos tenían lugar en Jerusalén, el silencio reinaba alrededor del Calvario. La multitud, que durante un tiempo había sido tan ruidosa y tumultuosa, se había dispersado; todos estaban presos del pánico; en algunos, aquel pánico había producido un arrepentimiento sincero, pero en otros no había tenido ningún efecto beneficioso.

María, Juan, Magdalena, María de Cleofás y Salomé se habían quedado, de pie o sentados ante la Cruz, bien cubiertos con sus velos y llorando en silencio. Algunos soldados estaban apoyados sobre la terraza que rodeaba la explanada; Casio iba y venía a caballo; el cielo estaba sombrío y toda la naturaleza vestía de luto.

Poco después aparecieron seis arqueros, que traían escaleras, palas, cuerdas y grandes barras de hierro para quebrar las piernas de los condenados y así acelerar su muerte. Cuando se acercaron a la Cruz de nuestro Señor, sus amigos retrocedieron unos pasos, y la Santísima Virgen sintió miedo de que dieran rienda suelta a su odio hacia Jesús ultrajando incluso su cadáver.

Sus temores no carecían del todo de fundamento, pues, cuando apoyaron sus escaleras contra la Cruz, declararon que solo fingía estar muerto; sin embargo, pocos momentos después, al ver que estaba frío y rígido, lo deja-

ron y trasladaron sus escaleras a las cruces donde los dos ladrones aún colgaban vivos.

Tomaron sus barras de hierro y quebraron los brazos de los ladrones por encima y por debajo del codo, mientras otro arquero les quebraba al mismo tiempo las piernas, tanto por encima como por debajo de la rodilla. Gesmas lanzó gritos espantosos, por lo que el verdugo lo remató con tres fuertes golpes de garrote en el pecho.

Dimas dio un profundo gemido y expiró: fue el primero entre los mortales que tuvo la dicha de reunirse con su Redentor. Entonces aflojaron las cuerdas, los dos cuerpos cayeron al suelo y los verdugos los arrastraron hasta un profundo pantano situado entre el Calvario y las murallas de la ciudad, y los enterraron allí.

Los arqueros todavía parecían dudar de que Jesús estuviera realmente muerto, y la brutalidad que habían mostrado al quebrar las piernas de los ladrones hacía temblar a las santas mujeres ante el ultraje que pudieran cometer después contra el cuerpo de nuestro Señor.

Pero Casio, el oficial subalterno, un joven de unos veinticinco años, cuya vista débil, ojos bizcos y actitud nerviosa habían provocado a menudo las burlas de sus compañeros, fue iluminado de pronto por la gracia y, profundamente conmovido al ver la cruel conducta de los soldados y el intenso dolor de las santas mujeres, decidió aliviar su angustia demostrando sin lugar a dudas que Jesús estaba realmente muerto.

Lo impulsaba la bondad de su corazón, pero, sin saberlo, cumplió una profecía. Tomó su lanza y se acercó rápidamente a caballo al montículo donde

estaba plantada la Cruz; se detuvo justo entre la cruz del buen ladrón y la de nuestro Señor y, sujetando la lanza con ambas manos, la hundió tan profundamente en el costado derecho de Jesús que la punta atravesó el corazón y apareció por el lado izquierdo.

Cuando Casio retiró la lanza de la herida, brotó de ella una cantidad de sangre y agua que le corrió por el rostro y el cuerpo. Esta especie de lavado produjo efectos algo semejantes a los de las aguas vivificantes del Bautismo: la gracia y la salvación entraron de inmediato en su alma.

Saltó de su caballo, se arrodilló, se golpeó el pecho y confesó en voz alta ante todos su firme fe en la divinidad de Jesús.

La Santísima Virgen y sus compañeros seguían de pie cerca de allí, con los ojos fijos en la Cruz, pero, cuando Casio hundió su lanza en el costado de Jesús, se sobresaltaron mucho y corrieron todos juntos hacia ella. María parecía como si la lanza hubiera atravesado su corazón en lugar del de su Divino Hijo, y apenas podía sostenerse.

Entretanto, Casio permanecía arrodillado dando gracias a Dios, tanto por la gracia que había recibido como por la curación de la dolencia de sus ojos, que había causado la debilidad de su vista y el estrabismo. Esta curación se había producido en el mismo instante en que se disiparon las tinieblas que antes llenaban su alma.

Todos los corazones se conmovieron al ver la sangre de nuestro Señor, que corría hacia una cavidad de la roca al pie de la Cruz. María, Juan, las santas mujeres y Casio recogieron la sangre y el agua en frascos y secaron lo que quedaba con trozos de lino.

Casio, cuya vista había quedado perfectamente restablecida en el mismo instante en que se abrieron los ojos de su alma, estaba profundamente conmovido y continuaba su humilde oración de agradecimiento. Los soldados quedaron asombrados ante el milagro que había ocurrido y se arrodillaron a su lado, golpeándose también el pecho y confesando a Jesús.

El agua y la sangre seguían fluyendo de la gran herida del costado de nuestro Señor; corrían hacia la cavidad de la roca, y las santas mujeres las recogían en vasijas, mientras María y Magdalena mezclaban sus lágrimas. Los arqueros, que habían recibido un mensaje de Pilato con la orden de no tocar el cuerpo de Jesús, no regresaron.

Todos estos acontecimientos tuvieron lugar cerca de la Cruz, poco antes de las cuatro, mientras José de Arimatea y Nicodemo reunían los objetos necesarios para la sepultura de Jesús.

Pero los criados de José, que habían sido enviados a limpiar la tumba, informaron a los amigos de nuestro Señor de que su amo tenía la intención de llevarse el cuerpo de Jesús y colocarlo en su sepulcro nuevo.

Juan regresó enseguida a la ciudad con las santas mujeres; en primer lugar, para que María pudiera recuperar un poco las fuerzas y, en segundo lugar, para comprar algunas cosas que harían falta para la sepultura. La Santísima Virgen tenía un pequeño alojamiento entre los edificios cercanos al Cenáculo.

No volvieron a entrar en la ciudad por la puerta más cercana al Calvario, porque estaba cerrada y custodiada por soldados que los fariseos habían apostado allí, sino que pasaron por la puerta que conduce a Belén.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

49 — DESCRIPCIÓN DE ALGUNAS PARTES DE LA ANTIGUA JERUSALÉN

✦

Este capítulo contendrá algunas descripciones de lugares dadas por la hermana Emmerich en diversas ocasiones. A continuación se describirán el sepulcro y el jardín de José de Arimatea, para que no tengamos que interrumpir el relato de la sepultura de nuestro Señor.

La primera puerta que se encontraba en el lado oriental de Jerusalén, al sur del ángulo sudeste del Templo, era la que conducía al suburbio de Ofel. La puerta de las Ovejas estaba al norte del ángulo nordeste del Templo. Entre estas dos puertas había una tercera, que conducía a unas calles situadas al este del Templo y habitadas en su mayor parte por canteros y otros obreros.

Las casas de estas calles se apoyaban en los cimientos del Templo; y casi todas pertenecían a Nicodemo, quien las había mandado construir y empleaba a casi todos los obreros que vivían allí. Poco antes, Nicodemo había construido una hermosa puerta de entrada a estas calles, llamada puerta de Moria.

Acababa de terminarse, y por ella había entrado Jesús en la ciudad el Domingo de Ramos. Así entró por la nueva puerta de Nicodemo, por la que nadie había pasado todavía, y fue sepultado en el nuevo sepulcro de José de Arimatea, en el que nadie había sido depositado aún.

Más tarde esta puerta fue tapiada, y existía una tradición según la cual los cristianos volverían a entrar en la ciudad por ella. Aún hoy se alza en este lugar una puerta tapiada, que los turcos llaman la Puerta Dorada.

El camino que conducía hacia el oeste desde la puerta de las Ovejas pasaba casi exactamente entre el lado noroeste del monte Sion y el Calvario. Desde esta puerta hasta el Gólgota había unas dos millas y cuarto; y desde el palacio de Pilato hasta el Gólgota, unas dos millas. La fortaleza Antonia estaba situada al noroeste del monte del Templo, sobre una roca aislada.

Quien se dirigiera hacia el oeste al salir del palacio de Pilato habría tenido esta fortaleza a su izquierda. En uno de sus muros había una plataforma que dominaba el foro y desde la cual Pilato acostumbraba a hacer proclamaciones al pueblo: así lo hacía, por ejemplo, cuando promulgaba nuevas leyes.

Cuando nuestro divino Señor llevaba su Cruz por el interior de la ciudad, el monte Calvario quedaba con frecuencia a su derecha. Este camino, que en parte se dirigía hacia el sudoeste, conducía a una puerta abierta en una muralla interior de la ciudad, hacia Sion.

Más allá de esta muralla, a la izquierda, había una especie de suburbio que contenía más jardines que casas; y hacia la muralla exterior de la ciudad se alzaban algunos magníficos sepulcros con entradas de piedra.

En este lado había una casa perteneciente a Lázaro, con hermosos jardines que se extendían hacia la parte donde la muralla exterior occidental de Jerusalén giraba hacia el sur. Creo que una pequeña puerta privada, abierta

en la muralla de la ciudad y por la que Jesús y sus discípulos pasaban a menudo con permiso de Lázaro, conducía a estos jardines.

La puerta situada en el ángulo noroeste de la ciudad conducía a Betsur, que se encontraba más al norte que Emaús y Jope. La parte occidental de Jerusalén era más baja que todas las demás: el terreno sobre el que estaba edificada descendía primero en dirección a la muralla que la rodeaba y luego volvía a elevarse al acercarse a ella; y en esta pendiente había jardines y viñedos, detrás de los cuales serpenteaba un camino ancho, con senderos que conducían a las murallas y las torres.

Al otro lado, fuera de la muralla, el terreno descendía hacia el valle, de modo que las murallas que rodeaban la parte baja de la ciudad parecían construidas sobre una terraza elevada. Aún hoy hay jardines y viñedos en la colina exterior.

Cuando Jesús llegó al final del camino de la Cruz, tenía a su izquierda aquella parte de la ciudad donde había tantos jardines; y de allí venía Simón de Cirene cuando se encontró con la comitiva. La puerta por la que Jesús salió de la ciudad no miraba directamente al oeste, sino más bien al sudoeste.

Después de atravesar la puerta, la muralla de la ciudad que quedaba a la izquierda se dirigía un tanto hacia el sur, luego giraba hacia el oeste y después de nuevo hacia el sur, rodeando el monte Sion. En este lado se alzaba una gran torre, semejante a una fortaleza.

La puerta por la que Jesús salió de la ciudad no estaba muy lejos de otra puerta situada más al sur, que bajaba al valle y donde comenzaba un ca-

mino que giraba a la izquierda en dirección a Belén. Poco después de aquella puerta por la que Jesús salió de Jerusalén llevando su Cruz, el camino giraba hacia el norte, en dirección al monte Calvario.

El monte Calvario era muy escarpado en su lado oriental, que miraba hacia la ciudad, y descendía suavemente por el occidental; y en este lado, desde el que se podía ver el camino de Emaús, había un campo en el que vi a Lucas recoger varias plantas cuando él y Cleofás iban a Emaús y se encontraron con Jesús en el camino.

Cerca de las murallas, al este y al sur del Calvario, también había jardines, sepulcros y viñedos. La Cruz fue enterrada en el lado nordeste, al pie del monte Calvario.

El jardín de José de Arimatea estaba situado cerca de la puerta de Belén, a unos siete minutos a pie del Calvario: era un jardín muy hermoso, con árboles altos, taludes y matorrales que daban mucha sombra, y se encontraba sobre un terreno elevado que se extendía hasta las murallas de la ciudad.

Quien viniera del lado norte del valle y entrara en el jardín tenía a su izquierda una ligera subida que se extendía hasta la muralla de la ciudad; y a su derecha, al fondo del jardín, una roca aislada donde se encontraba la cueva del sepulcro.

La gruta en la que se había hecho miraba hacia el este; y en los lados sudoeste y noroeste de la misma roca había otros dos sepulcros más pequeños, también nuevos y con las fachadas hundidas. Un sendero que comenzaba en el lado occidental de esta roca la rodeaba por completo.

El terreno frente al sepulcro estaba más alto que el de la entrada, y quien quisiera entrar en la cueva tenía que bajar varios escalones. La cueva era lo bastante grande para que cuatro hombres pudieran permanecer de pie, pegados a la pared a cada lado, sin entorpecer los movimientos de quienes llevaban el cuerpo.

Frente a la puerta había una cavidad en la roca, en la que estaba hecha la tumba; se encontraba a unos dos pies sobre el nivel del suelo y unida a la roca por un solo lado, como un altar: podían colocarse dos personas, una a la cabecera y otra a los pies; y también había sitio para una tercera delante, incluso si la puerta de la cavidad estaba cerrada.

Esta puerta estaba hecha de algún metal, quizá de latón, y tenía dos hojas. Estas hojas podían cerrarse haciendo rodar una piedra contra ellas; y la piedra utilizada para este fin se guardaba fuera de la cueva. Inmediatamente después de que nuestro Señor fuera depositado en el sepulcro, la hicieron rodar hasta colocarla delante de la puerta.

Era muy grande y no podía retirarse sin el esfuerzo conjunto de varios hombres. Frente a la entrada de la cueva había un banco de piedra, y subiéndose a él se podía trepar a la roca, que estaba cubierta de hierba y desde la cual se veían las murallas de la ciudad, las partes más altas del monte Sion y algunas torres, así como la puerta de Belén y la fuente de Guijón. La roca del interior era de color blanco, atravesada por vetas rojas y azules.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

50 — EL DESCENDIMIENTO DE LA CRUZ

✦

Cuando todos se habían alejado de las inmediaciones de la Cruz y solo quedaban unos pocos guardias a su alrededor, vi a cinco personas, que creo que eran discípulos y que habían venido por el valle desde Betania, acercarse al Calvario, contemplar la Cruz durante unos instantes y luego retirarse con sigilo.

Tres veces encontré por los alrededores a dos hombres que examinaban el lugar y consultaban entre sí con inquietud. Estos hombres eran José de Arimatea y Nicodemo. La primera vez fue durante la Crucifixión, quizá cuando hicieron que los soldados devolvieran las ropas de Jesús, y entonces se encontraban a poca distancia del Calvario.

La segunda fue cuando, después de detenerse a observar si la multitud se dispersaba, fueron a la ciudad para hacer algunos preparativos. La tercera fue cuando regresaban del sepulcro a la Cruz y miraban en todas direcciones, como si esperaran un momento favorable; entonces acordaron cómo bajarían de la Cruz el cuerpo de nuestro Señor, tras lo cual volvieron a la ciudad.

Su siguiente preocupación fue disponer lo necesario para llevar consigo los artículos destinados a embalsamar el cuerpo, y sus criados tomaron algunas herramientas para desprenderlo de la Cruz, así como dos escaleras que encontraron en un granero cercano a la casa de Nicodemo.

Cada una de estas escaleras consistía en un solo poste, atravesado a intervalos regulares por trozos de madera que formaban los peldaños. Había unos ganchos que podían fijarse en cualquier parte del poste y que servían para estabilizar la escalera o, quizá, también para colgar cualquier cosa necesaria para el trabajo.

La mujer a quien habían comprado las sustancias aromáticas lo había empaquetado todo con esmero. Nicodemo había comprado cien libras de raíces, cantidad que equivale a unas treinta y siete libras de nuestra medida, según me han explicado. Llevaban estas sustancias aromáticas en pequeños barriles hechos de corteza, que colgaban del cuello y descansaban sobre el pecho.

Uno de estos barriles contenía una especie de polvo. También tenían algunos manojos de hierbas en bolsas de pergamino o cuero, y José llevaba una caja de ungüento; pero no sé de qué estaba hecha esta caja. Los criados debían llevar vasijas, odres de cuero, esponjas y herramientas en una especie de parihuela, y también llevaban fuego en un farol cerrado.

Salieron de la ciudad antes que su amo y por una puerta distinta, quizá la de Betania, y luego se encaminaron hacia el monte Calvario. Al atravesar la ciudad pasaron junto a la casa adonde la Santísima Virgen, san Juan y las santas mujeres habían ido a buscar diversas cosas necesarias para embalsamar el cuerpo de Jesús, y Juan y las santas mujeres siguieron a los criados a cierta distancia.

Las mujeres eran unas cinco, y algunas llevaban grandes fardos de lienzo bajo sus mantos. Era costumbre que las mujeres, cuando salían al anochecer

o se proponían realizar en secreto alguna obra de piedad, se envolvieran cuidadosamente en una larga sábana de al menos una yarda de ancho.

Comenzaban por un brazo y luego enrollaban el lienzo tan ceñido al cuerpo que les costaba caminar. Las he visto envueltas de esta manera, y la sábana no solo cubría ambos brazos, sino que también les velaba la cabeza. En esta ocasión, el aspecto de esta vestimenta me impresionó mucho, pues era un verdadero traje de luto.

José y Nicodemo también vestían de luto y llevaban mangas negras y fajas anchas. Sus mantos, con los que se habían cubierto la cabeza, eran anchos y largos, de un color gris corriente, y servían para ocultar todo lo que llevaban. Se encaminaron hacia la puerta que conducía al monte Calvario.

Las calles estaban desiertas y silenciosas, pues el terror mantenía a todos en sus casas. La mayoría comenzaba a arrepentirse, y solo unos pocos celebraban la fiesta. Cuando José y Nicodemo llegaron a la puerta, la encontraron cerrada, y el camino, las calles y todos los rincones estaban llenos de soldados apostados.

Eran los soldados que los fariseos habían pedido hacia las dos y a los que habían mantenido armados y de guardia, pues aún temían un tumulto entre el pueblo. José mostró una orden firmada por Pilato para que los dejaran pasar libremente, y los soldados estaban muy dispuestos a hacerlo, pero le explicaron que habían intentado abrir la puerta varias veces sin poder moverla; que, al parecer, la puerta había recibido una sacudida y se había deformado en alguna parte, y que, por ese motivo, los arqueros enviados a quebrar las piernas de los ladrones habían tenido que regresar a la ciudad por otra puerta.

Pero cuando José y Nicodemo sujetaron el cerrojo, la puerta se abrió como por sí sola, para gran asombro de todos los presentes.

Todavía estaba oscuro y el cielo seguía nublado cuando llegaron al monte Calvario, donde encontraron a los criados que habían enviado por delante, ya llegados, y a las santas mujeres sentadas ante la Cruz, llorando. Casio y varios soldados que se habían convertido permanecían a cierta distancia, y su actitud era respetuosa y reservada.

José y Nicodemo contaron a la Santísima Virgen y a Juan todo lo que habían hecho para salvar a Jesús de una muerte ignominiosa, y supieron por ellos cómo habían logrado evitar que se quebraran los huesos de nuestro Señor y cómo se había cumplido la profecía. Hablaron también de la herida que Casio había hecho con su lanza.

En cuanto llegó el centurión Abenadar, comenzaron, con el más profundo recogimiento de espíritu, su triste y sagrada labor de bajar de la Cruz y embalsamar el adorable cuerpo de nuestro Señor.

⁂

La Santísima Virgen y Magdalena estaban sentadas al pie de la Cruz, mientras que, a la derecha, entre la cruz de Dimas y la de Jesús, las otras mujeres se ocupaban de preparar los lienzos, las sustancias aromáticas, el agua, las esponjas y las vasijas. Casio también se acercó y contó a Abenadar la curación milagrosa de sus ojos.

Todos estaban profundamente conmovidos y sus corazones rebosaban de dolor y amor; pero, al mismo tiempo, guardaban un silencio solemne, y cada uno de sus movimientos estaba lleno de seriedad y reverencia.

Nada rompía la quietud salvo alguna palabra ahogada de lamento o un gemido contenido que escapaba de una u otra de estas santas personas, pese al ferviente empeño y la profunda atención con que se entregaban a su piadosa labor. Magdalena se abandonaba sin reservas a su dolor, y ni la presencia de tantas personas distintas ni ninguna otra consideración parecían distraerla de él.

Nicodemo y José colocaron las escaleras detrás de la Cruz y subieron por ellas, llevando en las manos una gran sábana a la que estaban sujetas tres largas correas. Ataron el cuerpo de Jesús, por debajo de los brazos y las rodillas, al madero de la Cruz, y aseguraron los brazos con tiras de lienzo colocadas debajo de las manos.

Después extrajeron los clavos, empujándolos desde atrás con fuertes pasadores que presionaban sobre las puntas. Así las sagradas manos de Jesús apenas sufrieron sacudidas, y los clavos salieron fácilmente de las heridas, pues estas se habían ensanchado por el peso del cuerpo, que, sostenido ahora por los lienzos, ya no colgaba de los clavos.

La parte inferior del cuerpo, que desde la muerte de nuestro Señor había cedido hasta quedar apoyada sobre las rodillas, descansaba ahora en una posición natural, sostenida por una sábana sujeta arriba a los brazos de la Cruz.

Mientras José sacaba el clavo de la mano izquierda y luego dejaba que el brazo izquierdo, sostenido por su lienzo, descendiera suavemente sobre el cuerpo, Nicodemo sujetaba el brazo derecho de Jesús al de la Cruz, así como la sagrada cabeza coronada, que había caído sobre el hombro derecho.

Después sacó el clavo derecho y, tras envolver el brazo con la sábana que lo sostenía, lo dejó caer suavemente sobre el cuerpo. Al mismo tiempo, el centurión Abenadar extrajo con gran dificultad el gran clavo que atravesaba los pies. Casio recibió los clavos con devoción y los depositó a los pies de la Santísima Virgen.

Entonces José y Nicodemo, después de colocar las escaleras contra la parte delantera de la Cruz, en posición casi vertical y cerca del cuerpo, desataron la correa superior y la sujetaron a uno de los ganchos de la escalera; hicieron lo mismo con las otras dos correas y, pasándolas todas de gancho en gancho, hicieron descender suavemente el sagrado cuerpo hacia el centurión, quien, subido a un taburete, lo recibió en sus brazos, sosteniéndolo por debajo de las rodillas, mientras José y Nicodemo, que sostenían la parte superior del cuerpo, bajaban despacio por la escalera, deteniéndose en cada peldaño y tomando todas las precauciones imaginables, como lo harían unos hombres que llevaran el cuerpo de algún amigo querido que hubiera sido gravemente herido. Así llegó al suelo el cuerpo magullado de nuestro Divino Salvador.

Era una escena sumamente conmovedora. Todos tomaban las mismas precauciones y los mismos cuidados, como si temieran causar algún sufrimiento a Jesús. Parecían haber concentrado en el sagrado cuerpo todo el amor y la veneración que habían sentido por su Salvador durante su vida.

Los ojos de cada uno estaban fijos en el adorable cuerpo y seguían todos sus movimientos; y continuamente alzaban las manos hacia el Cielo, derramaban lágrimas y expresaban de todas las maneras posibles la inmensidad de su dolor y su angustia.

Sin embargo, todos permanecían perfectamente serenos, e incluso quienes se ocupaban con tanto afán del sagrado cuerpo rara vez rompían el silencio y, cuando tenían que hacer alguna observación necesaria, lo hacían en voz baja.

Mientras se extraían los clavos a la fuerza con golpes de martillo, la Santísima Virgen, Magdalena y todos los que habían estado presentes en la Crucifixión sentían que cada golpe les atravesaba el corazón.

El sonido les recordaba todos los sufrimientos de Jesús, y no podían dominar el temor que los hacía temblar ante la posibilidad de volver a oír su penetrante grito de dolor; aunque, al mismo tiempo, les afligía el silencio de sus labios benditos, que demostraba, por desgracia con demasiada certeza, que realmente había muerto.

Cuando bajaron el cuerpo, lo envolvieron en un lienzo desde las rodillas hasta la cintura y luego lo depositaron en los brazos de la Santísima Virgen, quien, abrumada por el dolor y el amor, los extendió para recibir su preciosa carga.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

51 — EL EMBALSAMAMIENTO DEL CUERPO DE JESÚS

✦

La Santísima Virgen se sentó sobre una gran tela extendida en el suelo, con la rodilla derecha ligeramente levantada y la espalda apoyada contra unos mantos enrollados para formar una especie de cojín.

No se había descuidado ninguna precaución que pudiera facilitarle de algún modo a ella, la Madre de los Dolores, en su profunda aflicción del alma, el doloroso pero sacratísimo deber que estaba a punto de cumplir con el cuerpo de su amado Hijo. La adorable cabeza de Jesús descansaba sobre la rodilla de María, y su cuerpo estaba tendido sobre una sábana.

La Santísima Virgen estaba abrumada de dolor y amor. Una vez más, y por última vez, sostenía en sus brazos el cuerpo de su amadísimo Hijo, a quien no había podido dar ninguna muestra de amor durante las largas horas de su martirio. Contemplaba sus heridas y abrazaba con ternura sus mejillas manchadas de sangre, mientras Magdalena apretaba su rostro contra sus pies.

Los hombres se retiraron a una pequeña cueva situada en el lado suroeste del Calvario, para preparar allí las distintas cosas necesarias para el embalsamamiento; pero Casio, con algunos otros soldados que se habían convertido, permaneció a una distancia respetuosa.

Todas las personas malintencionadas habían regresado a la ciudad, y los soldados presentes servían únicamente de guardia para impedir cualquier

interrupción de los últimos honores que se rendían al cuerpo de Jesús. Algunos de estos soldados incluso ayudaban cuando se les pedía.

Las santas mujeres sostenían los recipientes, las esponjas, los lienzos, el ungüento y las especias, según se necesitaban; pero cuando no estaban ocupadas en ello, permanecían a una distancia respetuosa, contemplando atentamente a la Santísima Virgen mientras llevaba a cabo su dolorosa tarea.

Magdalena no se apartaba del cuerpo de Jesús; pero Juan ayudaba continuamente a la Santísima Virgen e iba y venía entre los hombres y las mujeres, prestando ayuda a ambos grupos. Las mujeres tenían consigo unos grandes odres de cuero y un recipiente lleno de agua colocado sobre un fuego de carbón.

Entregaban a la Santísima Virgen y a Magdalena, según lo necesitaban, recipientes llenos de agua limpia y esponjas, que después exprimían en los odres de cuero.

El valor y la firmeza de María permanecían inquebrantables aun en medio de su angustia inexpresable. Le era absolutamente imposible dejar el cuerpo de su Hijo en el terrible estado al que sus sufrimientos lo habían reducido, y por eso comenzó con incansable empeño a lavarlo y limpiarlo de las huellas de los ultrajes a los que había sido sometido.

Con sumo cuidado retiró la corona de espinas, abriéndola por detrás y cortando después, una por una, las espinas que se habían hundido profundamente en la cabeza de Jesús, para no agrandar las heridas.

La corona fue colocada junto a los clavos, y luego María extrajo con una especie de pinzas redondeadas las espinas que habían quedado en la piel, y se

las mostró con dolor a sus amigos. Estas espinas fueron colocadas con la corona, pero algunas de ellas debieron de conservarse por separado.

El rostro divino de nuestro Salvador era apenas reconocible, tan desfigurado estaba por las heridas que lo cubrían. La barba y el cabello estaban apelmazados por la sangre. María lavó la cabeza y el rostro, y pasó esponjas húmedas por el cabello para retirar la sangre coagulada.

A medida que avanzaba en su piadosa labor, se hacía cada vez más evidente la magnitud de la terrible crueldad que se había ejercido sobre Jesús, y esto despertaba en su alma sentimientos de compasión y ternura que aumentaban al pasar de una herida a otra.

Lavó las heridas de la cabeza, los ojos llenos de sangre, las fosas nasales y las orejas con una esponja y un pequeño trozo de lino extendido sobre los dedos de su mano derecha; y luego limpió del mismo modo la boca entreabierta, la lengua, los dientes y los labios.

Dividió lo que quedaba del cabello de nuestro Señor en tres partes, una que caía sobre cada sien y la tercera sobre la parte posterior de la cabeza; y cuando hubo desenredado y alisado el cabello de la frente, lo pasó por detrás de las orejas.

Cuando la cabeza estuvo completamente lavada y limpia, la Santísima Virgen la cubrió con un velo, después de haber besado las sagradas mejillas de su querido Hijo. Luego dirigió su atención al cuello, los hombros, el pecho, la espalda, los brazos y las manos traspasadas. Todos los huesos del pecho y las articulaciones estaban dislocados y no podían doblarse.

Había una herida espantosa en los hombros que habían soportado el peso de la Cruz, y toda la parte superior del cuerpo estaba cubierta de contusiones y profundamente marcada por los golpes de los azotes.

En el lado izquierdo del pecho había una pequeña herida por donde había salido la punta de la lanza de Casio, y en el costado derecho estaba la gran herida hecha por la misma lanza, que había atravesado el corazón de parte a parte.

María lavó todas estas heridas, y Magdalena, de rodillas, la ayudaba de vez en cuando, pero sin apartarse de los sagrados pies de Jesús, que bañaba con sus lágrimas y secaba con sus cabellos.

La cabeza, el pecho y los pies de nuestro Señor ya estaban lavados, y el sagrado cuerpo, cubierto de manchas pardas y marcas rojas en los lugares donde la piel había sido arrancada, y de un color blanco azulado, como la carne que ha perdido toda su sangre, descansaba sobre las rodillas de María, quien cubrió con un velo las partes que había lavado y luego comenzó a embalsamar todas las heridas.

Las santas mujeres se arrodillaron a su lado y le presentaban por turnos una caja, de la que ella tomaba un ungüento precioso con el que llenaba y cubría las heridas. También ungió el cabello y luego, tomando las sagradas manos de Jesús con su mano izquierda, las besó respetuosamente y llenó las grandes heridas de los clavos con este ungüento o sustancia aromática.

Asimismo llenó las orejas, las fosas nasales y la herida del costado con la misma mezcla preciosa. Mientras tanto, Magdalena secaba y embalsamaba

los pies de nuestro Señor, y después volvía a lavarlos con sus lágrimas y a menudo apretaba su rostro contra ellos.

El agua que se había utilizado no se desechaba, sino que se vertía en los odres de cuero en los que se habían exprimido las esponjas. Vi a Casio, o a algún otro soldado, ir varias veces a buscar agua fresca a la fuente de Guijón, que no estaba muy lejos.

Cuando la Santísima Virgen hubo llenado todas las heridas de ungüento, envolvió la cabeza con lienzos de lino, pero todavía no cubrió el rostro. Cerró los ojos entreabiertos de Jesús y mantuvo su mano sobre ellos durante algún tiempo. También cerró la boca y luego abrazó el sagrado cuerpo de su amado Hijo, apretando su rostro contra el de él con ternura y reverencia.

José y Nicodemo llevaban algún tiempo esperando cuando Juan se acercó a la Santísima Virgen y le suplicó que permitiera que apartaran de ella el cuerpo de su Hijo para poder terminar el embalsamamiento, porque el sábado estaba próximo.

Una vez más María abrazó el sagrado cuerpo de Jesús y se despidió de él con las palabras más conmovedoras; luego los hombres lo levantaron de sus brazos sobre la sábana y lo llevaron a cierta distancia.

El profundo dolor de María se había aliviado por un tiempo gracias a los sentimientos de amor y reverencia con los que había cumplido su sagrada tarea; pero ahora volvió a abrumarla, y ella cayó, con la cabeza cubierta por el velo, en brazos de las santas mujeres.

Magdalena sintió casi como si le arrebataran por la fuerza a su Amado y se apresuró a avanzar unos pasos, con los brazos extendidos; pero luego, al

cabo de un momento, regresó junto a la Santísima Virgen.

⁂

El sagrado cuerpo fue llevado a un lugar situado por debajo de la cima del Gólgota, donde la superficie lisa de una roca ofrecía una plataforma adecuada para embalsamarlo. Primero vi un lienzo de lino calado, muy parecido al encaje, que me hizo pensar en la gran cortina bordada que se cuelga entre el coro y la nave durante la Cuaresma.

Probablemente estaba trabajado con ese punto calado para que el agua pudiera escurrir. También vi que desplegaban otra sábana grande. El cuerpo de nuestro Salvador fue colocado sobre el lienzo calado, y algunos de los otros hombres sostenían la otra sábana extendida por encima.

Nicodemo y José se arrodillaron entonces y, debajo de esta cubierta, retiraron el lienzo que habían atado alrededor de las caderas de nuestro Salvador cuando bajaron su cuerpo de la Cruz.

Luego pasaron esponjas por debajo de esta sábana y lavaron las partes inferiores del cuerpo; después lo levantaron con ayuda de unas tiras de lino cruzadas bajo las caderas y las rodillas, y lavaron la espalda sin darle la vuelta. Siguieron lavándolo hasta que de las esponjas, al exprimirlas, solo salía agua limpia.

A continuación vertieron agua de mirra sobre todo el cuerpo y luego, tratándolo con respeto, lo extendieron por completo, pues todavía estaba en la posición en que nuestro divino Señor había muerto, con las caderas y las rodillas dobladas.

Después colocaron bajo sus caderas una sábana de una yarda de ancho y tres de largo, pusieron sobre su regazo manojos de hierbas aromáticas y esparcieron por todo el cuerpo un polvo que Nicodemo había traído. Luego envolvieron la parte inferior del cuerpo y ataron firmemente a su alrededor la tela que habían colocado debajo.

Después de esto ungieron las heridas de los muslos, colocaron manojos de hierbas entre las piernas, que estaban completamente extendidas, y las envolvieron por entero en estas especias aromáticas.

Entonces Juan condujo una vez más a la Santísima Virgen y a las otras santas mujeres junto al cuerpo. María se arrodilló junto a la cabeza de Jesús y colocó debajo un trozo de lino muy fino que le había dado la esposa de Pilato y que ella había llevado alrededor del cuello bajo el manto; después, ayudada por las santas mujeres, colocó desde los hombros hasta las mejillas manojos de hierbas, especias y polvo aromático, y luego ató firmemente este lienzo alrededor de la cabeza y los hombros.

Magdalena vertió además un frasquito de bálsamo en la herida del costado, y las santas mujeres pusieron algunas hierbas más en las heridas de las manos y los pies.

Luego los hombres colocaron especias aromáticas alrededor de todo el resto del cuerpo, cruzaron los sagrados brazos rígidos sobre el pecho y envolvieron el cuerpo hasta el pecho con la gran sábana blanca, del mismo modo que si estuvieran fajando a un niño.

Después, tras sujetar el extremo de una gran venda bajo las axilas, la enrollaron alrededor de la cabeza y de todo el cuerpo. Finalmente colocaron a

nuestro divino Señor sobre la gran sábana de seis yardas de largo que José de Arimatea había comprado, y lo envolvieron en ella.

Estaba tendido en diagonal sobre ella, y una esquina de la sábana se levantó desde los pies hasta el pecho, otra se pasó sobre la cabeza y los hombros, mientras que los dos extremos restantes se doblaron alrededor del cuerpo.

La Santísima Virgen, las santas mujeres, los hombres, todos estaban arrodillados alrededor del cuerpo de Jesús para despedirse de él, cuando se produjo ante ellos un milagro sumamente conmovedor.

El sagrado cuerpo de Jesús, con todas sus heridas, apareció impreso en la tela que lo cubría, como si hubiera querido recompensar sus cuidados y su amor, y dejarles un retrato de sí mismo a través de todos los velos que lo envolvían. Entre lágrimas abrazaron el adorable cuerpo y luego besaron con reverencia la maravillosa impresión que había dejado.

Su asombro aumentó cuando, al levantar la sábana, vieron que todas las vendas que rodeaban el cuerpo habían permanecido tan blancas como antes y que solo la tela exterior había quedado marcada de esta maravillosa manera.

No era una marca producida por las heridas sangrantes, pues todo el cuerpo estaba envuelto y cubierto de especias aromáticas, sino un retrato sobrenatural que daba testimonio del poder creador divino que permanecía siempre en el cuerpo de Jesús. He visto muchas cosas relacionadas con la historia posterior de este lienzo, pero no podría describirlas de manera coherente.

Después de la resurrección permaneció en poder de los amigos de Jesús, pero cayó dos veces en manos de los judíos y más tarde fue venerado en varios lugares diferentes. Lo he visto en una ciudad de Asia, en poder de unos cristianos que no eran católicos. He olvidado el nombre de la ciudad, que está situada en una provincia cercana al país de los Tres Reyes.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

52 — EL CUERPO DE NUESTRO SEÑOR ES DEPOSITADO EN EL SEPULCRO

✦

Los hombres colocaron el sagrado cuerpo sobre una especie de parihuela de cuero, que cubrieron con una tela de color pardo y a la que sujetaron dos largas varas. Esto me recordó vivamente el Arca de la Alianza. Nicodemo y José llevaban sobre los hombros las varas delanteras, mientras Abenadar y Juan sostenían las traseras.

Tras ellos venían la Santísima Virgen, María de Helí, su hermana mayor, Magdalena y María de Cleofás, y luego el grupo de mujeres que habían estado sentadas a cierta distancia: Verónica, Juana de Cusa, María Salomé, Salomé de Jerusalén, Susana y Ana, la sobrina de san José. Casio y los soldados cerraban la procesión.

Las otras mujeres, como Marone de Naín, Dina la samaritana y Mara la sufanita, estaban en Betania, con Marta y Lázaro. Dos soldados, con antorchas en las manos, iban delante para que hubiera algo de luz en la gruta del sepulcro; y la procesión siguió avanzando en este orden durante unos siete minutos, mientras los santos hombres y mujeres cantaban salmos con voces dulces pero melancólicas.

Vi a Santiago el Mayor, el hermano de Juan, de pie sobre una colina al otro lado del valle, observándolos mientras pasaban, e inmediatamente después regresó para contar a los otros discípulos lo que había visto.

La procesión se detuvo a la entrada del jardín de José, que fue abierta retirando unas estacas que después se usaron como palancas para hacer rodar la piedra hasta la puerta del sepulcro. Cuando estuvieron frente a la roca, colocaron el sagrado cuerpo sobre una tabla larga cubierta con una sábana.

La gruta, recién excavada, había sido limpiada poco antes por los criados de Nicodemo, de modo que su interior estaba aseado y era agradable a la vista. Las santas mujeres se sentaron frente a la gruta, mientras los cuatro hombres llevaban dentro el cuerpo de nuestro Señor, llenaban parcialmente de especias aromáticas el lecho ahuecado destinado a recibirlo y extendían sobre ellas una tela, en la que depositaron con reverencia el sagrado cuerpo.

Después de haber expresado una vez más su amor con lágrimas y tiernos abrazos, salieron de la gruta. Entonces entró la Santísima Virgen, se sentó junto a la cabeza de su amado Hijo y se inclinó sobre su cuerpo derramando muchas lágrimas.

Cuando salió de la gruta, Magdalena se adelantó de prisa y con ansia, y esparció sobre el cuerpo unas flores y ramas que había recogido en el jardín. Luego juntó las manos y, entre sollozos, besó los pies de Jesús; pero, al decirle los hombres que debían cerrar el sepulcro, volvió con las otras mujeres.

Cubrieron el sagrado cuerpo con los extremos de la sábana sobre la que yacía, pusieron encima de todo la colcha parda y cerraron las puertas de dos hojas, hechas de un metal de color bronce, que tenían en su parte delantera dos palos, uno vertical y otro transversal, de modo que formaban una cruz perfecta.

La gran piedra con la que pensaban cerrar el sepulcro, y que aún estaba tendida delante de la gruta, tenía una forma muy semejante a la de un cofre o una tumba; era lo bastante larga para que un hombre pudiera acostarse sobre ella y tan pesada que solo mediante palancas podían los hombres hacerla rodar hasta colocarla delante de la puerta del sepulcro.

La entrada de la gruta se cerraba con una verja hecha de ramas entrelazadas. Todo lo que se hacía dentro de la gruta tenía que realizarse a la luz de las antorchas, pues la luz del día nunca penetraba allí.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

53 — EL REGRESO DEL SEPULCRO

✦

José de Arimatea es encarcelado.

El sábado estaba próximo, y Nicodemo y José regresaron a Jerusalén por una pequeña puerta no muy lejos del jardín, que a José se le había permitido, como favor especial, abrir en la muralla de la ciudad.

Dijeron a la Santísima Virgen, a Magdalena, a Juan y a algunas de las mujeres, que volvían al Calvario para orar allí, que tanto esta puerta como la del cenáculo se les abrirían siempre que llamaran. La hermana mayor de la Santísima Virgen, María de Helí, regresó a la ciudad con María, la madre de Marcos, y algunas otras mujeres.

Los criados de Nicodemo y de José fueron al Calvario a recoger varias cosas que habían quedado allí.

Los soldados se unieron a los que custodiaban la puerta de la ciudad cercana al Calvario; y Casio fue a ver a Pilato con la lanza, le contó todo lo que había visto y prometió darle una relación exacta de cuanto sucediera si ponía bajo su mando a los guardias que los judíos sin duda pedirían que se colocaran alrededor de la tumba. Pilato escuchó sus palabras con un terror secreto, pero solo le respondió que su superstición rayaba en la locura.

José y Nicodemo se encontraron en la ciudad con Pedro y los dos Santiagos. Todos derramaron muchas lágrimas, pero Pedro estaba completamente abrumado por la intensidad de su dolor. Los abrazó, se reprochó no

haber estado presente en la muerte de nuestro Salvador y les dio las gracias por haber tributado los ritos de sepultura a su sagrado cuerpo.

Se acordó que la puerta del cenáculo se les abriría siempre que llamaran, y luego se fueron a buscar a otros discípulos que estaban dispersos en distintas direcciones. Más tarde vi entrar a la Santísima Virgen y a sus compañeros en el cenáculo; después llegó Abenadar y lo dejaron entrar; y poco a poco se reunió allí la mayor parte de los apóstoles y discípulos.

Las santas mujeres se retiraron a la parte del edificio donde vivía la Santísima Virgen. Tomaron algún alimento y pasaron unos minutos más llorando y contándose unas a otras lo que cada una había visto. Luego los hombres se cambiaron de ropa, y los vi de pie bajo la lámpara, observando el sábado.

Comieron unos corderos en el cenáculo, pero sin observar ninguna ceremonia, pues habían comido el cordero pascual la noche anterior. Todos estaban turbados de espíritu y llenos de dolor. Las santas mujeres también pasaron el tiempo orando con la Santísima Virgen bajo la lámpara.

Más tarde, cuando ya había caído por completo la noche, llegaron de Betania Lázaro, la viuda de Naín, Dina la samaritana y Mara de Sufán, y entonces, una vez más, se relató todo lo que había sucedido y se derramaron muchas lágrimas.

[Según las visiones de la hermana Emmerich, las tres mujeres nombradas en el texto llevaban algún tiempo viviendo en Betania, en una especie de comunidad establecida por Marta para procurar el sustento de los discípu-

los cuando nuestro Señor iba de un lugar a otro, y para repartir y distribuir las limosnas que se recogían.

La viuda de Naín, cuyo hijo Marcial fue resucitado de entre los muertos por Jesús, según la hermana Emmerich, el 28 de Marjesván (el 18 de noviembre), se llamaba Maroni. Era hija de un tío paterno de san Pedro. Su primer marido era hijo de una hermana de Isabel, quien a su vez era hija de una hermana de la madre de santa Ana.

Como el primer marido de Maroni había muerto sin dejar hijos, ella se había casado con Elind, pariente de santa Ana, y había dejado Casalut, cerca del Tabor, para establecerse en Naín, que no estaba lejos y donde pronto perdió a su segundo marido.

Dina, la samaritana, era la misma que conversó con Jesús junto al pozo de Jacob. Había nacido cerca de Damasco, de padres que eran mitad judíos y mitad paganos. Murieron cuando ella era aún muy joven y, al ser criada por una mujer de mala conducta, las semillas de las peores pasiones se sembraron pronto en su corazón.

Había tenido varios maridos, que se habían reemplazado unos a otros sucesivamente, y el último vivía en Sicar, adonde ella lo había seguido y había cambiado su nombre de Dina por el de Salomé. Tenía tres hijas adultas y dos hijos, que después se unieron a los discípulos.

La hermana Emmerich solía decir que la vida de esta samaritana era profética: que Jesús había hablado a toda la secta de los samaritanos en la persona de ella, y que ellos estaban ligados a sus errores por tantos lazos como adulterios había cometido ella.

Mara de Sufán era moabita, procedía de los alrededores de Sufán y era descendiente de Orfá, la viuda de Quilión, hijo de Noemí. Orfá había vuelto a casarse en Moab. Por Orfá, la cuñada de Rut, Mara estaba emparentada con la familia de David, de quien descendía nuestro Señor.

La hermana Emmerich vio a Jesús liberar a Mara de cuatro demonios y concederle el perdón de sus pecados el 17 de Elud (9 de septiembre) del segundo año de su vida pública. Vivía en Ainón, después de haber sido repudiada por su marido, un judío rico que se había quedado con los hijos que había tenido con ella. Ella tenía consigo a otros tres, fruto de sus adulterios.

«Vi —solía decir la hermana Emmerich—, vi cómo la rama extraviada del tronco de David era purificada en ella por la gracia de Jesús y admitida en el seno de la Iglesia. No puedo expresar cuántas de estas raíces y retoños veo entrelazarse unos con otros, perderse de vista y luego salir una vez más a la luz».]

José de Arimatea regresó tarde a casa desde el cenáculo y caminaba con tristeza por las calles de Sion, acompañado de algunos discípulos y mujeres, cuando de pronto una banda de hombres armados, que estaban emboscados en las cercanías del tribunal de Caifás, se abalanzó sobre ellos y prendió a José, ante lo cual sus compañeros huyeron lanzando fuertes gritos de terror.

Lo encerraron en una torre contigua a la muralla de la ciudad, no lejos del tribunal. Estos soldados eran paganos y no tenían que observar el sábado, por lo que Caifás había podido conseguir sus servicios en esta ocasión. La intención era dejar morir de hambre a José y mantener en secreto su desaparición.

Aquí concluyen las descripciones de todo lo ocurrido el día de la Pasión de nuestro Señor; pero añadiremos algunos relatos complementarios sobre el Sábado Santo, el descenso a los infiernos y la Resurrección.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

54 — SOBRE EL NOMBRE DEL CALVARIO

✦

Mientras meditaba sobre el nombre de Gólgota, Calvario, el lugar de las calaveras, que lleva la roca sobre la cual Jesús fue crucificado, quedé profundamente absorta en la contemplación y vi en espíritu todas las épocas desde el tiempo de Adán hasta el de Cristo, y en esta visión se me dio a conocer el origen del nombre. Doy aquí todo lo que recuerdo sobre este asunto.

Vi a Adán, después de su expulsión del Paraíso, llorando en la gruta donde Jesús sudó sangre y agua, en el monte de los Olivos. Vi cómo se le prometió a Eva el nacimiento de Set en la gruta del pesebre de Belén, y cómo ella lo dio a luz en esa misma gruta. También vi a Eva viviendo en unas cavernas cerca de Hebrón, donde después se estableció el monasterio esenio de Masfa.

Después contemplé la región donde se construyó Jerusalén, tal como se veía después del Diluvio, y la tierra estaba toda revuelta, negra, pedregosa y era muy diferente de lo que había sido antes. A una profundidad inmensa bajo la roca que constituye el monte Calvario (que se formó en este lugar por el movimiento de las aguas), vi la tumba de Adán y Eva.

A uno de los esqueletos le faltaban la cabeza y una costilla, y la cabeza restante estaba colocada dentro de ese mismo esqueleto, al cual no pertenecía. No todos los huesos de Adán y Eva habían quedado en esta tumba, pues

Noé llevaba algunos consigo en el arca, y los patriarcas los transmitieron de generación en generación.

Noé, y también Abraham, tenían la costumbre, al ofrecer sacrificios, de colocar siempre algunos de los huesos de Adán sobre el altar, para recordar al Todopoderoso su promesa. Cuando Jacob le dio a José su túnica de varios colores, le dio al mismo tiempo algunos huesos de Adán, para que los conservara como reliquias.

José los llevaba siempre sobre el pecho, y fueron colocados junto con sus propios huesos en el primer relicario que los hijos de Israel sacaron de Egipto. He visto cosas semejantes, pero algunas las he olvidado, y me falta tiempo para describir las demás.

En cuanto al origen del nombre del Calvario, doy aquí todo lo que sé. Contemplé el monte que lleva este nombre tal como era en tiempos del profeta Eliseo. No era entonces igual que en el momento de la Crucifixión de nuestro Señor, sino una colina con muchos muros y cavernas que parecían tumbas.

Vi al profeta Eliseo descender a estas cavernas, no puedo decir si en realidad o solo en una visión, y lo vi sacar un cráneo de un sepulcro de piedra donde reposaban unos huesos. Alguien que estaba a su lado —creo que un ángel— le dijo: «Este es el cráneo de Adán». El profeta deseaba llevárselo, pero su compañero se lo prohibió. Vi sobre el cráneo unos pocos cabellos de color claro.

También supe que, después de que el profeta relatara lo que le había sucedido, el lugar recibió el nombre de Calvario. Por último, vi que la Cruz de

Jesús fue colocada verticalmente sobre el cráneo de Adán.

Se me informó de que este lugar era el centro exacto de la tierra; y al mismo tiempo se me mostraron los números y las medidas propios de cada país, pero los he olvidado, tanto en particular como en general. Sin embargo, he visto este centro desde arriba, como a vista de pájaro.

De ese modo se ven con mucha más claridad que en un mapa todos los distintos países, montañas, desiertos, mares, ríos, ciudades e incluso los lugares más pequeños, ya estén lejos o cerca.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

55 — LA CRUZ Y EL LAGAR

✦

Mientras meditaba sobre estas palabras o pensamientos de Jesús cuando estaba en la Cruz: «Soy prensado como el vino puesto aquí bajo la prensa por primera vez; mi sangre debe seguir fluyendo hasta que salga agua, pero aquí ya no se hará más vino», se me dio una explicación mediante otra visión relacionada con el Calvario.

Vi esta región rocosa en una época anterior al Diluvio; entonces era menos agreste y menos estéril de lo que llegó a ser después, y estaba cultivada con viñedos y campos.

Vi allí al patriarca Jafet, un anciano majestuoso de tez oscura, rodeado de inmensos rebaños y manadas y de una numerosa descendencia: tanto sus hijos como él tenían viviendas excavadas en la tierra y cubiertas con techos de césped, sobre los que crecían hierbas y flores.

Había vides por todas partes, y en el Calvario se estaba probando un nuevo método de hacer vino en presencia de Jafet. Vi también el antiguo método de preparar vino, pero solo puedo dar la siguiente descripción. Al principio los hombres se conformaban con comer las uvas; luego las machacaban con mazos en piedras huecas y, finalmente, en grandes canales de madera.

En esta ocasión se había ideado una nueva prensa de vino, semejante en su forma a la santa Cruz; consistía en el tronco hueco de un árbol colocado verticalmente, con una bolsa de uvas suspendida sobre él.

Sobre esta bolsa se había fijado un mazo con un peso encima; y a ambos lados del tronco había brazos unidos a la bolsa a través de aberturas hechas para ese fin, que, al ponerse en movimiento bajando sus extremos, aplastaban las uvas.

El zumo salía del árbol por cinco aberturas y caía en una cuba de piedra, desde donde fluía por un canal hecho de corteza y recubierto de resina hasta la especie de cisterna excavada en la roca donde Jesús estuvo encerrado antes de su Crucifixión. Al pie de la prensa, en la cuba de piedra, había una especie de tamiz para retener los hollejos, que se apartaban a un lado.

Cuando terminaron de construir la prensa, llenaron la bolsa de uvas, la clavaron en la parte superior del tronco, colocaron el mazo y pusieron en movimiento los brazos laterales para hacer salir el vino. Todo esto me recordaba muy vivamente la Crucifixión, por la semejanza entre la prensa y la Cruz.

Tenían una caña larga, en cuyo extremo había puntas, de modo que parecía un cardo enorme, y la pasaban por el canal y el tronco del árbol cuando había alguna obstrucción. Esto me recordó la lanza y la esponja. También había algunos odres de cuero y recipientes hechos de corteza y recubiertos de resina.

Vi a varios jóvenes, vestidos únicamente con un paño ceñido a la cintura como Jesús, trabajando en esta prensa. Jafet era muy anciano; llevaba una barba larga y una vestimenta hecha de pieles de animales, y miraba la nueva prensa con evidente satisfacción.

Era un día de fiesta, y sacrificaron sobre un altar de piedra algunos animales que andaban sueltos por el viñedo: asnos jóvenes, cabras y ovejas. No fue a este lugar adonde vino Abraham para sacrificar a Isaac; quizá fue en el monte Moria.

He olvidado muchas de las instrucciones relativas al vino, al vinagre y a los odres, y las distintas maneras en que todo debía distribuirse a derecha e izquierda; y lo lamento, porque hasta los detalles más insignificantes de estas cosas tienen un profundo significado simbólico. Si es voluntad de Dios que los dé a conocer, él me los mostrará de nuevo.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

56 — APARICIONES CON OCASIÓN DE LA MUERTE DE JESÚS

✦

Entre los muertos que salieron de sus sepulcros en Jerusalén, y que eran sin duda un centenar, no había ningún pariente de Jesús. Vi en diversas partes de Tierra Santa a otros muertos aparecer y dar testimonio de la divinidad de Jesús.

Así vi a Sadoc, un hombre muy piadoso que había dado todos sus bienes a los pobres y al Templo, aparecerse a muchas personas en los alrededores de Hebrón. Este Sadoc había vivido un siglo antes de Jesús y había fundado una comunidad de esenios: había anhelado ardientemente la venida del Mesías y había tenido varias revelaciones sobre ello.

Vi a otros muertos aparecerse a los discípulos de nuestro Señor que estaban escondidos y hacerles diversas advertencias.

El terror y la desolación reinaban incluso en las partes más lejanas de Palestina, y no solo en Jerusalén se produjeron prodigios espantosos. En Tirsa se derrumbaron las torres de la prisión donde habían estado encerrados los cautivos liberados por Jesús.

En Galilea, donde Jesús había recorrido tantos lugares, vi muchos edificios derribados por las sacudidas, en particular las casas de aquellos fariseos que más se habían destacado en perseguir a nuestro Salvador, y que entonces estaban todos en la fiesta; sus mujeres e hijos quedaron aplastados. Ocurrieron numerosos accidentes en los alrededores del lago de Genesaret.

Muchos edificios se derrumbaron en Cafarnaúm, y el muro de rocas que estaba frente al hermoso jardín del centurión Zorobabel se agrietó de un lado a otro. El lago se desbordó hacia el valle, y sus aguas descendieron hasta Cafarnaúm, que se encontraba a una milla y media de distancia.

La casa de Pedro y la vivienda de la Santísima Virgen, frente a la ciudad, permanecieron en pie. El lago se agitó violentamente; sus orillas se desmoronaron en varios lugares, y su forma cambió mucho, asemejándose más a la que tiene hoy.

Se produjeron grandes cambios, en particular en el extremo sudoriental, cerca de Tariquea, porque en esa parte había una larga calzada de piedras, entre el lago y una especie de pantano, que mantenía una dirección constante en el curso del Jordán al salir del lago. Toda esta calzada quedó destruida por el terremoto.

Ocurrieron muchos accidentes en el lado oriental del lago, en el lugar donde se habían arrojado al agua los cerdos de los habitantes de Gergesa, y también en Gergesa, Gerasa y toda la comarca de Corazín. La montaña donde tuvo lugar la segunda multiplicación de los panes fue sacudida, y la piedra sobre la que se había obrado el milagro se partió en dos.

En la Decápolis, ciudades enteras se derrumbaron; y en Asia, en varias localidades, el terremoto se sintió con gran intensidad, particularmente al este y al nordeste de Paneas. En la Alta Galilea, muchos fariseos encontraron sus casas en ruinas al regresar de celebrar la fiesta.

Varios de ellos, mientras aún estaban en Jerusalén, recibieron la noticia de lo ocurrido, y por eso los enemigos de Jesús hicieron tan pocos esfuerzos

contra la comunidad cristiana en Pentecostés.

Una parte del templo de Garizim se derrumbó. Allí había un ídolo sobre una fuente, en un pequeño templo cuyo techo cayó en la fuente junto con el ídolo. Se derrumbó la mitad de la sinagoga de Nazaret de la que habían expulsado a Jesús, así como aquella parte de la montaña desde donde sus enemigos habían intentado despeñarlo.

El lecho del Jordán cambió mucho a causa de todas estas sacudidas, y su curso se alteró en muchos lugares. En Maqueronte y en las demás ciudades pertenecientes a Herodes, todo permaneció tranquilo, pues aquella región estaba fuera del ámbito del arrepentimiento y de las amenazas, como aquellos hombres que no cayeron al suelo en el Huerto de los Olivos y que, por consiguiente, tampoco volvieron a levantarse.

En muchos otros lugares donde había espíritus malignos, vi a estos desaparecer en grandes grupos entre las montañas y los edificios que se derrumbaban. Los terremotos me recordaron las convulsiones de los poseídos cuando el enemigo siente que debe huir. En Gergesa, una parte de la montaña desde la que los demonios se habían arrojado con los cerdos a un pantano cayó en ese mismo pantano; y entonces vi a una multitud de espíritus malignos arrojarse al abismo como una nube oscura.

Fue en Niza, si no me equivoco, donde vi un suceso singular del que solo conservo un recuerdo incompleto. Había allí un puerto con muchos barcos; y cerca de ese puerto se alzaba una casa con una torre alta, en la que vi a un pagano cuyo oficio era vigilar aquellos barcos. A menudo tenía que subir a esa torre y observar lo que sucedía en el mar.

Al oír un gran ruido sobre los barcos del puerto, subió apresuradamente a la torre para averiguar qué ocurría, y vio varias figuras oscuras que se cernían sobre el puerto y le gritaban con voces lastimeras: «Si deseas salvar los barcos, haz que salgan de este puerto, pues debemos volver al abismo: el gran Pan ha muerto».

Le dijeron varias cosas más; le ordenaron que diera a conocer lo que entonces le estaban diciendo cuando regresara de cierto viaje que pronto iba a emprender, y que recibiera bien a los mensajeros que vendrían a anunciar la doctrina de aquel que acababa de morir.

El poder de Dios obligó así a los espíritus malignos a informar a este buen hombre de su derrota y a anunciarla al mundo. Él hizo poner los barcos a salvo, y entonces se desató una tormenta espantosa: los demonios se arrojaron al mar dando aullidos, y la mitad de la ciudad se derrumbó. Su casa permaneció en pie.

Poco después emprendió un largo viaje y anunció la muerte del gran Pan, si ese es el nombre con el que habían llamado a nuestro Salvador. Más tarde llegó a Roma, donde su relato causó gran asombro. Su nombre era algo así como Tamo o Tramo.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

57 — SE COLOCAN GUARDIAS ALREDEDOR DEL SEPULCRO DE JESÚS

✦

A altas horas de la noche del viernes, vi a Caifás y a algunos de los principales hombres entre los judíos reunidos para consultar cuál era la mejor manera de proceder ante los prodigios que habían ocurrido y el efecto que habían tenido en el pueblo.

Prolongaron sus deliberaciones hasta bien entrada la mañana y luego se apresuraron a ir a casa de Pilato para decirle que, como aquel seductor había dicho cuando aún vivía: «Después de tres días resucitaré», convenía ordenar que se vigilara el sepulcro hasta el tercer día, pues de lo contrario sus discípulos podrían venir a robar su cuerpo y decir al pueblo: «Ha resucitado de entre los muertos», y el último error sería peor que el primero.

Pilato estaba decidido a no tener nada más que ver con el asunto y solo respondió: «Tienen una guardia; vayan y vigílenlo como mejor sepan». Sin embargo, encargó a Casio que vigilara todo lo que sucediera y le diera cuenta exacta de cada circunstancia.

Vi a estos hombres, doce en total, salir de la ciudad antes del amanecer, acompañados por algunos soldados que no llevaban uniforme romano, pues estaban al servicio del Templo. Llevaban faroles sujetos al extremo de largas varas para poder ver todo lo que había a su alrededor a pesar de la oscuridad de la noche, y también para tener algo de luz en la oscura cueva del sepulcro.

En cuanto llegaron al sepulcro, después de comprobar con sus propios ojos que el cuerpo de Jesús estaba realmente allí, tendieron una cuerda de un lado a otro de la puerta de la tumba y una segunda sobre la gran piedra colocada delante, sellándolo todo con un sello de forma semicircular. Luego regresaron a la ciudad, y los guardias se apostaron frente a la puerta exterior.

Eran cinco o seis y vigilaban por turnos de tres. Casio nunca abandonaba su puesto y solía permanecer sentado o de pie frente a la entrada de la cueva, de manera que pudiera ver el lado de la tumba donde descansaban los pies de nuestro Señor. Había recibido muchas gracias interiores y se le había dado a comprender muchos misterios.

Como no estaba en absoluto acostumbrado a ese estado de iluminación espiritual, se hallaba completamente fuera de sí y permanecía casi todo el tiempo ajeno a la presencia de las cosas exteriores. Había cambiado por completo, se había convertido en un hombre nuevo y pasó todo el día haciendo penitencia, expresando fervientemente su gratitud y adorando humildemente a Dios.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

58 — UNA MIRADA A LOS DISCÍPULOS DE JESÚS EN EL SÁBADO SANTO

✦

Los fieles discípulos de nuestro Señor se reunieron en el Cenáculo para guardar la víspera del sábado. Eran unos veinte, vestidos con largas túnicas blancas y con la cintura ceñida. Una lámpara iluminaba la sala; después de comer se separaron y la mayoría volvió a sus casas. A la mañana siguiente se reunieron de nuevo y se sentaron juntos, leyendo y rezando por turnos; si algún amigo entraba en la sala, se levantaban y lo saludaban cordialmente.

En la parte de la casa donde habitaba la Santísima Virgen había una sala grande, dividida en pequeños compartimentos semejantes a celdas, que las santas mujeres utilizaban para dormir por la noche.

Cuando regresaron del sepulcro, una de ellas encendió una lámpara que colgaba en medio de la sala, y todas se reunieron alrededor de la Santísima Virgen y comenzaron a rezar con tristeza, pero con recogimiento. Poco después entraron en la sala Marta, Maroni, Dina y Mara, que acababan de llegar con Lázaro de Betania, donde habían pasado el sábado.

La Santísima Virgen y sus compañeras les dieron un relato detallado de la muerte y sepultura de nuestro Señor, acompañando cada relato con muchas lágrimas. La tarde avanzaba, y José de Arimatea entró con otros discípulos para preguntar si alguna de las mujeres deseaba volver a su casa, pues estaban dispuestos a acompañarlas.

Algunas aceptaron la propuesta y partieron de inmediato; pero antes de llegar al tribunal de Caifás, unos hombres armados detuvieron a José de Arimatea, lo arrestaron y lo encerraron en un viejo torreón abandonado.

Las santas mujeres que no abandonaron el Cenáculo se retiraron a descansar en los compartimentos semejantes a celdas mencionados antes: se sujetaron largos velos sobre la cabeza, se sentaron con tristeza en el suelo y se apoyaron en los lechos que estaban junto a la pared.

Al cabo de un tiempo se levantaron, extendieron la ropa de cama que estaba enrollada sobre los lechos, se quitaron las sandalias, los cinturones y parte de la ropa, y se recostaron un rato para intentar dormir un poco. A medianoche se levantaron, se vistieron, recogieron sus camas y volvieron a reunirse alrededor de la lámpara para continuar su oración con la Santísima Virgen.

Cuando la Madre de Jesús y sus piadosas compañeras terminaron su oración nocturna (ese santo deber que han practicado todos los fieles hijos de Dios y las almas santas que se han sentido llamadas a él por una gracia especial o que siguen una regla dada por Dios y su Iglesia), oyeron que llamaban a la puerta, que se abrió al instante, y entraron Juan y algunos de los discípulos que habían prometido acompañarlas al Templo.

Entonces las mujeres se envolvieron en sus mantos y partieron de inmediato. Eran cerca de las tres de la mañana y fueron directamente al Templo, pues muchos judíos tenían la costumbre de llegar allí antes del amanecer el día después de haber comido el cordero pascual; por esta razón el Templo estaba abierto desde medianoche, ya que los sacrificios comenzaban muy temprano.

Partieron aproximadamente a la misma hora en que los sacerdotes habían puesto su sello sobre el sepulcro. Sin embargo, el aspecto del Templo era muy distinto del habitual en aquellas ocasiones, pues los sacrificios se habían suspendido y el lugar estaba vacío y desolado, ya que todos se habían marchado a causa de los acontecimientos del día anterior, que lo habían vuelto impuro.

Me pareció que la Santísima Virgen lo visitaba con el único propósito de despedirse del lugar donde había pasado su juventud.

Sin embargo, el Templo estaba abierto; las lámparas estaban encendidas y la gente podía entrar libremente en el vestíbulo de los sacerdotes, que era el privilegio acostumbrado de este día, así como del que seguía a la cena pascual.

Como he dicho antes, el Templo estaba completamente vacío, salvo algún sacerdote o servidor que se veía deambular por allí; todas sus partes mostraban las huellas de la confusión en que lo habían sumido el día anterior los acontecimientos extraordinarios y espantosos que habían ocurrido.

Además, había sido profanado por la presencia de los muertos, y yo reflexionaba y me preguntaba si alguna vez sería posible purificarlo de nuevo.

Los hijos de Simeón y el sobrino de José de Arimatea se entristecieron mucho al enterarse del arresto de su tío, pero recibieron a la Santísima Virgen y a sus compañeras y las condujeron por todo el Templo, lo cual hicieron sin dificultad, pues ocupaban los cargos de inspectores del Templo.

Las santas mujeres permanecieron en silencio y contemplaron todas las terribles y visibles señales de la ira de Dios con profundo temor reverente;

después escucharon con interés los numerosos detalles asombrosos que les contaron sus guías.

Los efectos del terremoto aún eran visibles, pues poco se había hecho para reparar las numerosas grietas y hendiduras del suelo y de las paredes. En la parte del Templo donde el vestíbulo se unía al santuario, el muro había sido sacudido con tanta violencia por el terremoto que se había abierto una grieta lo bastante ancha para que una persona pudiera pasar por ella, y el resto del muro parecía inestable, como si pudiera derrumbarse en cualquier momento.

La cortina que colgaba en el santuario se había rasgado en dos y colgaba en jirones a los lados; alrededor solo se veían muros desmoronados, losas destrozadas y columnas parcial o completamente derribadas.

La Santísima Virgen visitó todos aquellos lugares que Jesús había hecho sagrados a sus ojos; se postró, los besó y, con lágrimas en los ojos, explicó a las demás sus razones para venerar cada lugar en particular, tras lo cual ellas siguieron inmediatamente su ejemplo.

Los judíos siempre mostraban la mayor veneración por todos los lugares que habían sido santificados por manifestaciones del poder divino, y tenían la costumbre de poner las manos reverentemente sobre esos lugares, besarlos y postrarse hasta el suelo ante ellos.

No creo que hubiera nada en absoluto sorprendente en semejante costumbre, pues sabían, veían y sentían que el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob era un Dios vivo, y que su morada entre su pueblo estaba en el Templo de Jerusalén; por consiguiente, habría sido infinitamente más asombroso

que no hubieran venerado aquellos lugares santos donde su poder se había manifestado de manera particular, pues el Templo y los lugares santos eran para ellos lo que el Santísimo Sacramento es para los cristianos.

⁂

Profundamente penetrada de estos sentimientos de respeto, la Santísima Virgen recorrió el Templo con sus compañeras y les señaló el lugar donde había sido presentada cuando aún era niña, los lugares donde había pasado su infancia, el lugar donde se había desposado con san José y el sitio donde se encontraba cuando presentó a Jesús y escuchó la profecía de Simeón: el recuerdo de sus palabras la hizo llorar amargamente, pues la profecía se había cumplido en verdad, y la espada del dolor le había atravesado el corazón.

Volvió a detener a sus compañeras cuando llegó a la parte del Templo donde había encontrado a Jesús enseñando cuando lo perdió a la edad de doce años, y besó respetuosamente el suelo donde él había estado entonces. Cuando las santas mujeres hubieron contemplado todos los lugares santificados por la presencia de Jesús, y hubieron llorado y rezado en ellos, regresaron a Sion.

La Santísima Virgen no abandonó el Templo sin derramar muchas lágrimas al contemplar el estado de desolación al que había quedado reducido, una desolación que resultaba aún más triste por el marcado contraste con el aspecto habitual del Templo en el día de la fiesta.

En lugar de cantos e himnos de júbilo, un silencio triste reinaba en todo el vasto edificio, y en lugar de grupos de fieles alegres y devotos, la mirada re-

corría una inmensa y sombría soledad.

Con demasiada claridad, ¡ay!, aquel cambio revelaba el terrible crimen que había cometido el pueblo de Dios, y ella recordó cómo Jesús había llorado por el Templo y había dicho: «Destruid el Templo y en tres días lo levantaré de nuevo».

Meditó sobre la destrucción del Templo del Cuerpo de Jesús que habían causado sus enemigos, y suspiró con un anhelo profundo por el amanecer de aquel tercer día en que se cumplirían las palabras de la verdad eterna.

Era cerca del amanecer cuando María y sus compañeras llegaron al Cenáculo, y se retiraron al edificio situado a su derecha, mientras Juan y algunos de los discípulos volvieron a entrar en el Cenáculo, donde unos veinte hombres, reunidos alrededor de una lámpara, estaban dedicados a la oración.

De vez en cuando, algunos recién llegados se acercaban a la puerta, entraban tímidamente, se aproximaban al grupo reunido alrededor de la lámpara y les dirigían unas pocas palabras tristes, que acompañaban con lágrimas.

Todos parecían mirar a Juan con respeto porque había permanecido con Jesús hasta que expiró; pero a estos sentimientos de respeto se mezclaba una profunda vergüenza y confusión al reflexionar sobre su propia conducta cobarde al abandonar a su Señor y Maestro en la hora de la necesidad.

Juan hablaba a todos con la mayor caridad y bondad; sus maneras eran modestas y sencillas como las de un niño, y parecía temer recibir alabanzas. Vi al grupo reunido tomar una comida durante aquel día, pero sus miembros

permanecían casi siempre en silencio; no se oía ningún sonido en toda la casa, y las puertas estaban bien cerradas, aunque en realidad no era probable que nadie los molestara, pues la casa pertenecía a Nicodemo y él se la había alquilado durante la fiesta.

Las santas mujeres permanecieron en esta sala hasta el anochecer; una sola lámpara la iluminaba; las puertas estaban cerradas y las cortinas cubrían las ventanas. A veces se reunían alrededor de la Santísima Virgen y rezaban bajo la lámpara; otras veces se retiraban a un lado de la sala, se cubrían la cabeza con velos negros y se sentaban sobre cenizas (señal de duelo), o rezaban con el rostro vuelto hacia la pared; las de salud delicada tomaron un poco de alimento, pero las demás ayunaron.

Las miré una y otra vez, y siempre las vi ocupadas de la misma manera, es decir, rezando o llorando por los sufrimientos de su amado Maestro. Cuando mis pensamientos pasaron de la contemplación de la Santísima Virgen a la de su divino Hijo, vi el santo sepulcro con seis o siete centinelas en la entrada: Casio estaba de pie junto a la puerta de la cueva, al parecer sumido en profunda meditación; la puerta exterior estaba cerrada y la piedra se había hecho rodar hasta quedar junto a ella.

A pesar de la gruesa puerta que se interponía entre el cuerpo de nuestro Salvador y yo, podía verlo claramente; era completamente transparente y resplandecía con una luz divina, y dos ángeles lo adoraban a su lado.

Pero entonces mis pensamientos se volvieron hacia la contemplación del alma bendita de mi Redentor, y se me mostró una imagen tan extensa y

compleja de su descenso a los infiernos que solo puedo recordar una pequeña parte, que describiré lo mejor que pueda.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

59 — UN RELATO INDEPENDIENTE DEL DESCENSO A LOS INFIERNOS

✦

Cuando Jesús, después de lanzar un fuerte grito, expiró, vi que su alma celestial, bajo la forma de un meteoro brillante, penetraba en la tierra al pie de la Cruz, acompañada por el ángel Gabriel y muchos otros ángeles.

Su naturaleza divina continuó unida a su alma, así como a su cuerpo, que seguía colgado de la Cruz, pero no puedo explicar cómo sucedía esto, aunque lo vi claramente en mi mente. El lugar en el que entró el alma de Jesús estaba dividido en tres partes, que me parecieron tres mundos; y sentí que eran redondos y que cada división estaba separada de la otra por un hemisferio.

Contemplé un espacio luminoso y hermoso frente al Limbo; estaba cubierto de flores y lo recorrían brisas deliciosas; allí permanecían muchas almas antes de ser admitidas en el Cielo, después de su liberación del Purgatorio. El Limbo, el lugar donde las almas esperaban la Redención, estaba dividido en distintos compartimentos y rodeado de una atmósfera espesa y nebulosa.

Nuestro Señor apareció radiante de luz y rodeado de ángeles, que lo condujeron triunfalmente entre dos de estos compartimentos; el de la izquierda contenía a los patriarcas que vivieron antes de la época de Abraham, y el de la derecha a quienes vivieron entre los días de Abraham y los de san Juan Bautista.

Estas almas no reconocieron al principio a Jesús, pero, aun así, se llenaron de sentimientos de alegría y esperanza. No había un solo rincón en aquellos estrechos confines que no pareciera ensancharse con sentimientos de felicidad.

El paso de Jesús podía compararse con el soplo de una brisa, con un repentino destello de luz o con una lluvia de rocío vivificante, pero fue rápido como un torbellino.

Después de pasar por los dos compartimentos, llegó a un lugar oscuro donde se encontraban Adán y Eva; les habló, ellos se postraron y lo adoraron en un completo éxtasis de alegría, e inmediatamente se unieron al grupo de ángeles y acompañaron a nuestro Señor al compartimento de la izquierda, que contenía a los patriarcas que vivieron antes de Abraham.

Este compartimento era una especie de Purgatorio, y unos pocos espíritus malignos vagaban entre las almas e intentaban llenarlas de inquietud y temor. La entrada, que tenía una especie de puerta, estaba cerrada, pero los ángeles llamaron, y me pareció oírlos decir: «Abrid estas puertas».

Cuando Jesús entró triunfante, los demonios se dispersaron, gritando al mismo tiempo: «¿Qué hay entre tú y nosotros? ¿Qué has venido a hacer aquí? ¿También vas a crucificarnos?». Los ángeles los ahuyentaron después de encadenarlos.

Las pobres almas encerradas en este lugar solo tenían un leve presentimiento y una vaga idea de la presencia de Jesús; pero, en cuanto él les dijo que era él mismo, estallaron en aclamaciones de alegría y le dieron la bienvenida con himnos de júbilo y deleite.

El alma de nuestro Señor se dirigió entonces hacia la derecha, hacia aquella parte que constituía propiamente el Limbo; y allí encontró el alma del buen ladrón, que los ángeles llevaban al seno de Abraham, así como la del mal ladrón, que los demonios arrastraban al Infierno.

Nuestro Señor dirigió unas palabras a ambos y luego entró en el seno de Abraham, acompañado por numerosos ángeles y almas santas, y también por aquellos demonios que habían sido encadenados y expulsados del compartimento.

Este lugar me pareció más elevado que las partes que lo rodeaban; y solo puedo describir mis sensaciones al entrar en él comparándolas con las de una persona que entra de pronto en el interior de una iglesia después de haber pasado algún tiempo en las criptas funerarias.

Los demonios, que estaban fuertemente encadenados, se mostraban sumamente reacios a entrar y se resistían con todas sus fuerzas, pero los ángeles los obligaron a avanzar.

Allí estaban reunidos todos los justos que habían vivido antes de la época de Cristo; los patriarcas, Moisés, los jueces y los reyes a la izquierda; y a la derecha, los profetas y los antepasados de nuestro Señor, así como sus parientes cercanos, como Joaquín, Ana, José, Zacarías, Isabel y Juan.

No había demonios en este lugar, y el único malestar que habían sentido quienes estaban allí era un anhelo intenso por el cumplimiento de la promesa; y cuando nuestro Señor entró, lo saludaron con alegres himnos de gratitud y acción de gracias por su cumplimiento, se postraron y lo adoraron, y los espíritus malignos que habían sido arrastrados al seno de

Abraham cuando entró nuestro Señor se vieron obligados a confesar con vergüenza que habían sido vencidos.

Nuestro Señor ordenó a muchas de estas almas santas que regresaran a la tierra, volvieran a entrar en sus propios cuerpos y dieran así un testimonio solemne e impresionante de la verdad.

Fue en este momento cuando tantos muertos salieron de sus tumbas en Jerusalén; yo los consideraba menos como muertos resucitados que como cadáveres puestos en movimiento por un poder divino, los cuales, después de cumplir la misión que se les había confiado, fueron dejados de lado del mismo modo que un funcionario se quita las insignias de su cargo cuando ha ejecutado las órdenes de sus superiores.

Después vi a nuestro Señor, con su cortejo triunfal, entrar en una especie de Purgatorio que estaba lleno de aquellos buenos paganos que, habiendo tenido un tenue vislumbre de la verdad, habían anhelado su cumplimiento: este Purgatorio era muy profundo y contenía algunos demonios obligados a confesar el engaño que habían practicado con respecto a estos ídolos, y las almas de los pobres paganos se arrojaron a los pies de Jesús y lo adoraron con una alegría inexpresable: aquí también los demonios fueron atados con cadenas y arrastrados fuera. Vi a nuestro Salvador realizar muchas otras acciones; pero al mismo tiempo sufría tan intensamente que no puedo relatarlas como habría deseado.

Finalmente, lo vi acercarse al centro del gran abismo, es decir, al Infierno mismo; y la expresión de su rostro era sumamente severa.

El exterior del Infierno era espantoso y aterrador; era un edificio inmenso, de aspecto pesado, y el granito del que estaba hecho, aunque negro, tenía un brillo metálico; y las puertas oscuras y pesadas estaban aseguradas con cerrojos tan terribles que nadie podía contemplarlos sin temblar.

Se podían distinguir claramente profundos gemidos y gritos de desesperación incluso cuando las puertas estaban firmemente cerradas; pero ¡oh!, ¿quién puede describir los terribles alaridos y chillidos que irrumpieron en los oídos cuando se descorrieron los cerrojos y se abrieron de par en par las puertas? Y ¡oh!, ¿quién puede retratar el aspecto triste de los habitantes de este lugar desdichado?

La forma bajo la cual suele representarse la Jerusalén celestial en mis visiones es la de una ciudad hermosa y bien ordenada, y los distintos grados de gloria a los que son elevados los elegidos se manifiestan en la magnificencia de sus palacios o en los maravillosos frutos y flores que adornan los jardines.

El Infierno se me muestra bajo la misma forma, pero todo en su interior es, por el contrario, cerrado, confuso y abarrotado; cada objeto tiende a llenar la mente de sensaciones de dolor y aflicción; las señales de la corona y la venganza de Dios son visibles por todas partes; la desesperación, como un buitre, roe cada corazón, y la discordia y la miseria reinan alrededor.

En la Jerusalén celestial todo es paz y armonía eterna, y el principio, el cumplimiento y el fin de todo son una felicidad pura y perfecta; la ciudad está llena de edificios espléndidos, decorados de tal manera que deleitan todos los ojos y arrebatan todos los sentidos; los habitantes de esta morada deliciosa rebosan de júbilo y exultación, los jardines se alegran con hermo-

sas flores y los árboles están cubiertos de frutos deliciosos que dan la vida eterna.

En la ciudad del Infierno no se ven más que mazmorras lúgubres, cavernas oscuras, desiertos espantosos y pantanos fétidos llenos de toda especie imaginable de reptiles venenosos y repugnantes.

En el Cielo se contempla la felicidad y la unión pacífica de los santos; en el Infierno, escenas perpetuas de miserable discordia y toda especie de pecado y corrupción, ya sea bajo las formas más horribles que puedan imaginarse o representados por distintos tipos de tormentos espantosos.

Todo en esta morada sombría tiende a llenar la mente de horror; no se oye una sola palabra de consuelo ni se admite una idea consoladora; el único pensamiento aterrador de que la justicia de un Dios todopoderoso no inflige a los condenados nada que no hayan merecido plenamente es la abrumadora y terrible convicción que pesa sobre cada corazón.

El vicio aparece con sus propios colores sombríos y repugnantes, despojado de la máscara bajo la cual se oculta en este mundo, y se ve a la víbora infernal devorando a quienes la han querido o alimentado aquí abajo. En una palabra, el Infierno es el templo de la angustia y la desesperación, mientras que el reino de Dios es el templo de la paz y la felicidad. Esto es fácil de comprender cuando se ve; pero es casi imposible describirlo claramente.

⁂

Sería difícil incluso imaginar la tremenda explosión de blasfemias, maldiciones, gritos de desesperación y exclamaciones espantosas que, como un trueno, estallaron cuando los ángeles abrieron las puertas del Infierno;

nuestro Señor habló primero al alma de Judas, y luego los ángeles obligaron a todos los demonios a reconocer y adorar a Jesús.

Habrían preferido infinitamente los tormentos más espantosos a semejante humillación; pero todos se vieron obligados a someterse. Muchos fueron encadenados en un círculo dispuesto alrededor de otros círculos.

En el centro del Infierno vi un abismo oscuro y de aspecto horrible, y a él fue arrojado Lucifer, después de haber sido fuertemente asegurado con cadenas; espesas nubes de humo negro y sulfuroso se elevaron de sus temibles profundidades y envolvieron su espantosa figura en sus pliegues sombríos, ocultándolo así por completo a todos los que lo contemplaban.

Dios mismo había decretado esto; y también se me dijo, si recuerdo bien, que sería desencadenado por un tiempo cincuenta o sesenta años antes del año de Cristo 2000.

Se me señalaron las fechas de muchos otros acontecimientos que ahora no recuerdo; pero cierto número de demonios serán liberados mucho antes que Lucifer, para tentar a los hombres y servir como instrumentos de la venganza divina. Me inclino a pensar que algunos deben de estar sueltos incluso en nuestros días, y que otros serán liberados dentro de poco.

Me sería completamente imposible describir todas las cosas que se me mostraron; eran tantas que no pude ordenarlas lo suficiente para definirlas y hacerlas comprensibles. Además, mis sufrimientos son muy grandes, y cuando hablo de mis visiones las contemplo en mi mente representadas con colores tan vivos que su sola vista casi basta para hacer expirar a una débil mortal como yo.

Después vi innumerables grupos de almas redimidas, liberadas del Purgatorio y del Limbo, que siguieron a nuestro Señor hasta un lugar delicioso situado por encima de la Jerusalén celestial, donde hace muy poco tiempo vi el alma de una persona muy querida para mí. El alma del buen ladrón también fue llevada allí, y se cumplió la promesa de nuestro Señor: «Hoy estarás conmigo en el Paraíso».

No está en mi poder explicar el momento exacto en que ocurrió cada uno de estos acontecimientos, ni puedo relatar la mitad de las cosas que vi y oí; pues algunas eran incomprensibles incluso para mí, y otras se entenderían mal si intentara relatarlas. He visto a nuestro Señor en muchos lugares diferentes.

Incluso en el mar se me apareció para santificar y liberar todo lo que hay en la creación. Los espíritus malignos huían cuando él se acercaba y se arrojaban al abismo oscuro.

También contemplé su alma en distintas partes de la tierra, primero dentro de la tumba de Adán, bajo el Gólgota; y cuando estaba allí, las almas de Adán y Eva se acercaron a él, y les habló durante algún tiempo. Luego visitó las tumbas de los profetas, que estaban enterrados a una inmensa profundidad bajo la superficie; pero atravesó la tierra en un abrir y cerrar de ojos.

Sus almas volvieron inmediatamente a entrar en sus cuerpos, y él les habló y les explicó los misterios más maravillosos. Después lo vi, acompañado por un grupo escogido de profetas, entre quienes distinguí especialmente a David, visitar aquellas partes de la tierra que habían sido santificadas por sus milagros y sus sufrimientos.

Les señaló, con el mayor amor y bondad, los distintos símbolos de la antigua ley que expresaban el futuro; y les mostró cómo él mismo había cumplido todas las profecías.

La visión del alma de nuestro Señor, rodeada de estas almas felices y radiante de luz, era de una grandeza inexpresable mientras se deslizaba triunfalmente por el aire, a veces pasando sobre los ríos con la velocidad del relámpago, luego penetrando a través de las rocas más duras hasta el centro mismo de la tierra, o moviéndose sin ruido por su superficie.

No puedo recordar nada más allá de los hechos que acabo de relatar sobre el descenso de Jesús al Limbo, adonde fue para ofrecer a las almas allí retenidas la gracia de la Redención que había merecido para ellas con su muerte y sus sufrimientos; y vi todas estas cosas en un espacio de tiempo muy breve; de hecho, el tiempo pasó tan deprisa que me pareció apenas un momento.

No obstante, nuestro Señor desplegó ante mí, al mismo tiempo, otra imagen, en la que contemplé las inmensas misericordias que concede en nuestros días a las pobres almas del Purgatorio; pues en cada aniversario de este gran día, cuando su Iglesia celebra el glorioso misterio de su muerte, dirige una mirada de compasión a las almas del Purgatorio y libera a algunas de las que pecaron contra él antes de su crucifixión.

Este día vi a Jesús liberar a muchas almas; a algunas las conocía y otras me eran desconocidas, pero no puedo nombrar a ninguna de ellas.

Nuestro Señor, al descender a los infiernos, plantó, si puedo expresarme así, en el jardín espiritual de la Iglesia un árbol misterioso, cuyos frutos —es

decir, sus méritos— están destinados al alivio constante de las pobres almas del Purgatorio.

La Iglesia militante debe cultivar el árbol y recoger sus frutos para ofrecérselos a esa parte sufriente de la Iglesia que nada puede hacer por sí misma. Así sucede con todos los méritos de Cristo; debemos trabajar con él si deseamos obtener nuestra parte de ellos; debemos ganar nuestro pan con el sudor de nuestra frente.

Todo lo que nuestro Señor ha hecho por nosotros en el tiempo debe producir fruto para la eternidad; pero debemos recoger estos frutos en el tiempo, sin lo cual no podemos poseerlos en la eternidad.

La Iglesia es la más prudente y atenta de las madres; el año eclesiástico es un jardín inmenso y magnífico en el que se reúnen todos esos frutos para la eternidad, para que podamos servirnos de ellos en el tiempo.

Cada año contiene lo suficiente para satisfacer las necesidades de todos; pero ¡ay de aquel jardinero descuidado o deshonesto que deja perecer cualquiera de los frutos confiados a su cuidado; si no aprovecha debidamente aquellas gracias que devolverían la salud a los enfermos, la fuerza a los débiles o proporcionarían alimento a los hambrientos!

Cuando llegue el Día del Juicio, el Dueño del jardín exigirá una cuenta rigurosa, no solo de cada árbol, sino también de todos los frutos producidos en el jardín.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

60 — LA VÍSPERA DE LA RESURRECCIÓN

✦

Hacia el final del día de sábado, Juan fue a ver a las santas mujeres. Se esforzó por darles algún consuelo, pero no pudo contener sus propias lágrimas y solo permaneció un breve tiempo con ellas. También recibieron una breve visita de Pedro y Santiago el Mayor, tras la cual se retiraron a sus celdas y dieron rienda suelta a su dolor, sentadas sobre cenizas y cubriéndose aún más con sus velos.

La oración de la Santísima Virgen era incesante. Mantenía siempre la mirada interior fija en Jesús y la consumía por completo el ardiente deseo de volver a contemplar a aquel a quien amaba con un amor tan inexpresable. De pronto, un ángel se presentó a su lado y le dijo que se levantara y fuera a la puerta de la morada de Nicodemo, pues el Señor estaba muy cerca.

El corazón de la Santísima Virgen saltó de alegría. Se envolvió apresuradamente en su manto y dejó a las santas mujeres sin decirles adónde iba. La vi caminar deprisa hacia una pequeña entrada abierta en la muralla de la ciudad, la misma por la que había entrado al regresar con sus compañeras del sepulcro.

Eran cerca de las nueve de la noche y la Santísima Virgen casi había llegado a la entrada cuando la vi detenerse de pronto en un lugar muy solitario y mirar hacia arriba en un éxtasis de gozo, pues en lo alto de la muralla de la ciudad contempló el alma de nuestro Señor, resplandeciente de luz, sin señal alguna de heridas y rodeada de patriarcas.

Él descendió hacia ella, se volvió hacia sus compañeros y, presentándosela, dijo: «He aquí a María, he aquí a mi Madre». Me pareció que la saludaba con un beso, y luego desapareció. La Santísima Virgen se arrodilló y besó con profunda reverencia el suelo donde él había estado, y las huellas de sus manos y rodillas quedaron impresas en las piedras.

Aquella visión la llenó de una alegría inexpresable, e inmediatamente volvió junto a las santas mujeres, que estaban muy ocupadas preparando los perfumes y las especias. No les contó lo que había visto, pero había recobrado su firmeza y fortaleza de ánimo. Se encontraba completamente renovada, por lo que consoló a todas las demás y procuró fortalecer su fe.

Todas las santas mujeres estaban sentadas junto a una mesa larga, cuyo mantel llegaba hasta el suelo, cuando María regresó; a su alrededor se amontonaban manojos de hierbas que ellas mezclaban y ordenaban; cerca había pequeños frascos con ungüentos aromáticos y agua de nardo, así como ramos de flores naturales, entre las cuales me llamó la atención una en particular, parecida a un iris veteado o a una azucena.

Magdalena, María la hija de Cleofás, Salomé, Juana y María Salomé habían comprado todas estas cosas en la ciudad durante la ausencia de María. Su intención era ir al sepulcro antes del amanecer del día siguiente para esparcir aquellas flores y perfumes sobre el cuerpo de su amado Maestro.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

61 — JOSÉ DE ARIMATEA ES LIBERADO MILAGROSAMENTE

✦

Poco después del regreso de la Santísima Virgen junto a las santas mujeres, se me mostró el interior de la prisión en la que los enemigos de José de Arimatea lo habían encerrado.

Estaba orando fervorosamente cuando, de pronto, una luz brillante iluminó todo el lugar y oí una voz que lo llamaba por su nombre, mientras, en aquel mismo instante, el techo se abría y aparecía una figura resplandeciente que le tendía una sábana semejante a aquella en la que había envuelto el cuerpo de Jesús.

José la agarró con ambas manos y fue elevado hasta la abertura, que volvió a cerrarse en cuanto pasó por ella; y la aparición desapareció en el instante en que él estuvo a salvo en lo alto de la torre. No sé si fue nuestro Señor mismo o un ángel quien liberó así a José.

Caminó por lo alto de la muralla hasta llegar a las inmediaciones del Cenáculo, que estaba cerca de la muralla sur de Sion, y entonces bajó y llamó a la puerta de aquel edificio, pues las puertas estaban cerradas. Los discípulos allí reunidos se habían afligido mucho al notar la ausencia de José, a quien creían arrojado a una cloaca, pues había corrido ese rumor.

Por eso fue grande su alegría cuando abrieron la puerta y comprobaron que era él mismo; de hecho, se alegraron casi tanto como cuando Pedro fue liberado milagrosamente de la prisión algunos años después. Cuando José les

contó lo sucedido, se llenaron de asombro y alegría; y, después de dar gracias a Dios con fervor, le dieron algo de comer y beber, que tanto necesitaba.

Salió de Jerusalén aquella misma noche y huyó a Arimatea, su lugar natal, donde permaneció hasta que consideró que podía regresar sin peligro a Jerusalén.

También vi a Caifás hacia el final del día de sábado en casa de Nicodemo. Conversaba con él y le hacía muchas preguntas con fingida amabilidad. Nicodemo respondía con firmeza y seguía afirmando la inocencia de Jesús. No permanecieron mucho tiempo juntos.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

62 — LA NOCHE DE LA RESURRECCIÓN

✦

Poco después contemplé el sepulcro de nuestro Señor. Todo estaba tranquilo y silencioso a su alrededor. Había seis soldados de guardia, sentados o de pie ante la puerta, y Casio estaba entre ellos. Su aspecto era el de una persona sumida en la meditación y a la espera de algún gran acontecimiento.

El sagrado cuerpo de nuestro bendito Redentor estaba envuelto en el sudario y rodeado de luz, mientras dos ángeles permanecían sentados en actitud de adoración, uno a la cabecera y otro a los pies. Los había visto en la misma postura desde que lo depositaron en el sepulcro. Estos ángeles estaban vestidos como sacerdotes.

Su posición y la manera en que cruzaban los brazos sobre el pecho me recordaban a los querubines que rodeaban el Arca de la Alianza, solo que no tenían alas; al menos, yo no vi ninguna. Todo el sepulcro me recordaba al Arca de la Alianza en distintos períodos de su historia.

Es posible que Casio percibiera la presencia de los ángeles y la luz resplandeciente que llenaba el sepulcro, pues su actitud era la de una persona en profunda contemplación ante el Santísimo Sacramento.

Después vi el alma de nuestro Señor, acompañada por aquellos patriarcas a quienes había liberado, entrar en el sepulcro a través de la roca. Les mostró las heridas que cubrían su sagrado cuerpo; y me pareció que se retiraba el

sudario que antes lo envolvía, y que Jesús deseaba mostrar a las almas la inmensidad del sufrimiento que había soportado para redimirlas.

El cuerpo me pareció completamente transparente, de modo que podía verse toda la profundidad de las heridas; y esta visión llenó de admiración a las almas santas, aunque también profundos sentimientos de compasión hicieron brotar lágrimas de sus ojos.

Mi siguiente visión fue tan misteriosa que no puedo explicarla ni siquiera relatarla con claridad. Me pareció que el alma y el cuerpo de Jesús eran sacados juntos del sepulcro, sin que, no obstante, el alma se hubiera reunido por completo con el cuerpo, que aún permanecía inanimado.

Creí ver que dos ángeles, que estaban arrodillados y adorando a la cabecera y a los pies del sagrado cuerpo, lo levantaban —manteniéndolo exactamente en la misma posición en que yacía en el sepulcro— y lo llevaban, descubierto y desfigurado por las heridas, a través de la roca, que temblaba a su paso.

Entonces me pareció que Jesús presentaba su cuerpo, marcado con los estigmas de la Pasión, a su Padre celestial, quien, sentado en un trono, estaba rodeado de innumerables coros de ángeles, dichosamente ocupados en entonar himnos de adoración y júbilo.

Probablemente sucedió lo mismo cuando, al morir nuestro Señor, tantas almas santas volvieron a entrar en sus cuerpos y aparecieron en el Templo y en distintas partes de Jerusalén; pues no es probable que los cuerpos que animaron estuvieran realmente vivos, ya que en ese caso habrían tenido que morir por segunda vez, mientras que volvieron a su estado original sin

dificultad aparente; pero cabe suponer que su aparición en forma humana fue semejante a la de nuestro Señor cuando él, si podemos expresarlo así, acompañó a su cuerpo hasta el trono de su Padre celestial.

En aquel momento la roca fue sacudida con tanta violencia, desde la cima misma hasta la base, que tres de los guardias cayeron al suelo y quedaron casi sin sentido. Los otros cuatro estaban ausentes en ese momento, pues habían ido a la ciudad a buscar algo.

Los guardias que habían caído postrados atribuyeron la súbita sacudida a un terremoto; pero Casio, que, aunque no sabía con certeza qué podía anunciar todo aquello, sentía en su interior el presentimiento de que era el preludio de algún acontecimiento extraordinario, permaneció inmóvil en ansiosa expectación, esperando ver qué sucedería después. Los soldados que habían ido a Jerusalén regresaron pronto.

Volví a contemplar a las santas mujeres: habían terminado de preparar los aromas y descansaban en sus celdas privadas; no estaban tendidas en los lechos, sino apoyadas contra la ropa de cama, que estaba enrollada. Deseaban ir al sepulcro antes del amanecer, porque temían encontrarse con los enemigos de Jesús; pero la Santísima Virgen, que se hallaba enteramente renovada y llena de nuevo valor desde que había visto a su Hijo, las consoló y les recomendó que durmieran un rato y luego fueran sin miedo al sepulcro, pues no les ocurriría ningún mal; entonces siguieron de inmediato su consejo e intentaron dormir.

Eran cerca de las once de la noche cuando la Santísima Virgen, impulsada por sentimientos incontenibles de amor, se levantó, se envolvió en un manto gris y salió de la casa completamente sola.

Al verla hacer esto, no pude evitar sentir inquietud y decirme: «¿Cómo es posible que esta santa Madre, tan agotada por la angustia y el terror, se atreva a caminar enteramente sola por las calles a semejante hora?».

La vi dirigirse primero a la casa de Caifás y después al palacio de Pilato, que estaba a gran distancia; la observé durante todo su recorrido solitario por aquel tramo que su Hijo había recorrido cargado con su pesada Cruz; se detenía en cada lugar donde nuestro Salvador había sufrido de manera especial o había recibido alguna nueva ofensa de sus bárbaros enemigos.

Su aspecto, mientras avanzaba lentamente, era el de una persona que buscaba algo; a menudo se inclinaba hasta el suelo, tocaba las piedras con las manos y después las cubría de besos, si sobre ellas estaba la preciosa sangre de su amado Hijo.

Dios le concedió en ese momento luces y gracias particulares, y pudo distinguir sin la menor dificultad cada lugar santificado por sus sufrimientos. La acompañé durante toda su piadosa peregrinación e intenté imitarla lo mejor que pude, hasta donde me lo permitía mi debilidad.

María se dirigió entonces al Calvario; pero, cuando estaba a punto de llegar, se detuvo de repente, y vi el sagrado cuerpo y el alma de nuestro Salvador ante ella. Un ángel caminaba delante; los dos ángeles que había visto en el sepulcro estaban a su lado, y las almas que había redimido lo seguían por centenares.

El cuerpo de Jesús era resplandeciente y hermoso, pero su aspecto no era el de un cuerpo vivo, aunque de él salía una voz; y lo oí describir a la Santísima Virgen todo lo que había hecho en el Limbo, y después asegurarle

que resucitaría con su cuerpo glorificado; que entonces se mostraría a ella y que debía esperar cerca de la roca del monte Calvario, en aquel lugar donde lo había visto caer, hasta que apareciera.

Nuestro Salvador se dirigió entonces hacia Jerusalén, y la Santísima Virgen, después de envolverse de nuevo en su velo, se postró en el lugar que él le había señalado.

Creo que ya había pasado la medianoche, pues la peregrinación de María por el camino de la Cruz había durado al menos una hora; y después vi a las almas santas que habían sido redimidas por nuestro Salvador recorrer a su vez el doloroso camino de la Cruz y contemplar los distintos lugares donde él había soportado tan terribles sufrimientos por ellas.

Los ángeles que las acompañaban recogieron la carne sagrada que había sido arrancada por los frecuentes golpes que recibió, así como la sangre que salpicaba el suelo en aquellos lugares donde había caído.

Una vez más vi el sagrado cuerpo de nuestro Señor tendido como lo había contemplado al principio en el sepulcro; los ángeles se ocupaban de volver a colocar las vestiduras que habían recogido de su carne, y recibían ayuda sobrenatural para hacerlo.

La siguiente vez que lo contemplé estaba en su sudario, rodeado de una luz resplandeciente y con dos ángeles a su lado en adoración. No puedo explicar cómo sucedieron todas estas cosas, pues están muy por encima de nuestra comprensión humana; e incluso si yo misma las entiendo perfectamente cuando las veo, me resultan oscuras y misteriosas cuando intento explicárselas a otros.

En cuanto apareció en el este un tenue resplandor del alba, vi a Magdalena, María la hija de Cleofás, Juana Chusa y Salomé salir del Cenáculo, bien envueltas en sus mantos. Llevaban paquetes de aromas; y una de ellas tenía en la mano una vela encendida, que procuraba ocultar bajo su manto. Las vi dirigir sus pasos temblorosos hacia la pequeña puerta de la casa de Nicodemo.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

63 — LA RESURRECCIÓN DE NUESTRO SEÑOR

✦

Contemplé el alma de nuestro Señor entre dos ángeles vestidos como guerreros: era brillante, luminosa y resplandeciente como el sol al mediodía; penetró en la roca, tocó el sagrado cuerpo, entró en él, y ambos se unieron al instante y se hicieron uno. Entonces vi moverse los miembros, y el cuerpo de nuestro Señor, reunido con su alma y con su divinidad, se levantó y se sacudió el sudario: toda la cueva quedó iluminada y llena de luz.

En ese mismo momento vi surgir de la tierra, debajo del sepulcro, un monstruo espantoso. Tenía cola de serpiente y alzaba con orgullo su cabeza de dragón, como si quisiera atacar a Jesús; y también tenía, si recuerdo bien, una cabeza humana.

Pero nuestro Señor sostenía en la mano un bastón blanco del que colgaba un gran estandarte; puso el pie sobre la cabeza del dragón y golpeó su cola tres veces con el bastón, tras lo cual el monstruo desapareció.

Ya había tenido esta misma visión muchas veces antes de la Resurrección, y vi un monstruo igual, que parecía intentar esconderse, en el momento de la concepción de nuestro Señor: se parecía mucho a la serpiente que tentó a nuestros primeros padres en el Paraíso, solo que era más horrible.

Pensé que esta visión se refería a las palabras proféticas de que «la descendencia de la mujer aplastaría la cabeza de la serpiente», y que todo tenía por objeto mostrar la victoria de nuestro Señor sobre la muerte, pues en el

mismo momento en que lo vi aplastar la cabeza del monstruo, el sepulcro también desapareció de mi vista.

Entonces vi alzarse el cuerpo glorificado de nuestro Señor, que atravesó la dura roca con tanta facilidad como si esta hubiera estado hecha de alguna sustancia dúctil. La tierra tembló y un ángel vestido como guerrero descendió del Cielo con la rapidez de un relámpago, entró en el sepulcro, levantó la piedra, la colocó a la derecha y se sentó sobre ella.

Ante esta visión sobrecogedora, los soldados cayeron al suelo y permanecieron allí aparentemente sin vida. Cuando Casio vio la luz resplandeciente que iluminaba el sepulcro, se acercó al lugar donde había sido depositado el sagrado cuerpo, miró y tocó los lienzos en que había estado envuelto y salió del sepulcro con intención de ir a informar a Pilato de todo lo sucedido.

No obstante, se demoró un poco para observar el curso de los acontecimientos; pues, aunque había sentido el terremoto, visto al ángel mover la piedra y contemplado el sepulcro vacío, no había visto a Jesús.

En el preciso momento en que el ángel entró en el sepulcro y la tierra tembló, vi a nuestro Señor aparecerse a su santa Madre en el Calvario. Su cuerpo era hermoso y luminoso, y su belleza era la de un ser celestial.

Estaba vestido con un amplio manto que en un momento parecía de un blanco deslumbrante, mientras flotaba en el aire, ondeando de un lado a otro con cada soplo de viento, y al siguiente reflejaba mil colores brillantes al pasar los rayos del sol sobre él.

Sus grandes heridas abiertas resplandecían y podían verse desde muy lejos: las heridas de sus manos eran tan grandes que se podía introducir un dedo en ellas sin dificultad; y de ellas salían rayos de luz que se abrían en dirección a sus dedos.

Las almas de los patriarcas se inclinaron ante la Madre de nuestro Salvador, y Jesús le habló de su Resurrección, diciéndole muchas cosas que he olvidado. Le mostró sus heridas; y María se postró para besar sus sagrados pies; pero él la tomó de la mano, la levantó y desapareció.

Cuando me encontraba a cierta distancia del sepulcro, vi nuevas luces que ardían allí, y también contemplé una gran mancha luminosa en el cielo, justo sobre Jerusalén.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

64 — LAS SANTAS MUJERES EN EL SEPULCRO

✦

Las santas mujeres estaban muy cerca de la puerta de la casa de Nicodemo en el momento de la Resurrección de nuestro Señor; pero no vieron ninguno de los prodigios que estaban ocurriendo en el sepulcro. No sabían que se habían colocado guardias alrededor de la tumba, pues no la habían visitado el día anterior, por ser sábado.

Se preguntaban unas a otras con inquietud qué habría que hacer con la gran piedra de la entrada y quién sería la persona más indicada a la que pedir que la retirara, pues habían estado tan sumidas en el dolor que no habían pensado antes en ello.

Su intención era derramar ungüentos preciosos sobre el cuerpo de Jesús y después esparcir sobre él flores de las especies más raras y aromáticas, rindiendo así todo el honor posible a su Divino Maestro en su sepulcro. Salomé, que había traído más cosas que ninguna otra, era una señora rica que vivía en Jerusalén, pariente de san José, pero no era la madre de Juan.

Las santas mujeres decidieron dejar sus aromas sobre la piedra que cerraba la puerta del monumento y esperar hasta que alguien viniera a hacerla rodar.

Los guardias seguían tendidos en el suelo, y las fuertes convulsiones que aún los sacudían mostraban claramente lo grande que había sido su terror.

La gran piedra había sido arrojada a un lado, de modo que la puerta podía abrirse sin dificultad.

Yo podía ver los lienzos en los que había sido envuelto el cuerpo de Jesús esparcidos por la tumba, y la gran mortaja en el mismo lugar donde la habían dejado, pero plegada de tal manera que se veía enseguida que ya no contenía nada salvo los aromas que habían sido colocados alrededor del cuerpo; las vendas estaban fuera de la tumba. El lienzo con el que María había envuelto la sagrada cabeza de su Hijo seguía allí.

Vi a las santas mujeres entrar en el jardín; pero, cuando distinguieron la luz de las lámparas de los centinelas y las figuras de los soldados tendidos alrededor de la tumba, la mayoría se alarmó mucho y retrocedió hacia el Gólgota. María Magdalena, no obstante, tuvo más valor y, seguida de Salomé, entró en el jardín mientras las otras mujeres permanecían temerosas fuera.

Magdalena se sobresaltó y por un momento pareció aterrorizada cuando se acercó a los centinelas. Retrocedió unos pasos y volvió junto a Salomé, pero ambas recobraron pronto la serenidad, avanzaron juntas entre los guardias tendidos y entraron en la cueva que contenía el sepulcro.

Vieron enseguida que la piedra había sido retirada, pero las puertas estaban cerradas, lo que con toda probabilidad había hecho Casio. Magdalena las abrió rápidamente, miró con inquietud dentro del sepulcro y se sorprendió mucho al ver que los lienzos con los que habían envuelto a nuestro Señor estaban a un lado y que el lugar donde habían depositado los sagrados restos estaba vacío.

Una luz celestial llenaba la cueva, y un ángel estaba sentado a la derecha. Magdalena casi perdió el sentido por el desconsuelo y la alarma. No sé si oyó las palabras que el ángel le dirigió, pero salió del jardín lo más deprisa que pudo y corrió a la ciudad para informar de lo sucedido a los Apóstoles que estaban reunidos allí.

No sé si el ángel habló con María Salomé, pues ella no entró en el sepulcro; pero la vi salir del jardín inmediatamente después de Magdalena para contar todo lo ocurrido a las demás santas mujeres, que sintieron a la vez temor y alegría al oír la noticia, pero no lograban decidir si irían al jardín o no.

Mientras tanto, Casio había permanecido cerca del sepulcro con la esperanza de ver a Jesús, pues pensaba que sin duda se aparecería a las santas mujeres; pero, al no ver nada, se encaminó hacia el palacio de Pilato para contarle todo lo sucedido.

Antes, sin embargo, se detuvo en el lugar donde estaban reunidas las demás santas mujeres para decirles lo que había visto y exhortarlas a ir de inmediato al jardín. Ellas siguieron su consejo y fueron allí enseguida. Apenas llegaron a la puerta del sepulcro, vieron a dos ángeles vestidos con vestiduras sacerdotales de un blanco deslumbrante.

Las mujeres se alarmaron mucho, se cubrieron el rostro con las manos y se postraron casi hasta el suelo; pero uno de los ángeles les habló, les dijo que no temieran y que no debían buscar allí a su Señor crucificado, pues estaba vivo, había resucitado y ya no habitaba en la tumba.

Al mismo tiempo les señaló el sepulcro vacío y les ordenó ir a contar a los discípulos todo lo que habían visto y oído. También les dijo que Jesús iría

delante de ellos a Galilea y les recordó las palabras que nuestro Salvador les había dirigido en una ocasión anterior: 'El Hijo del Hombre será entregado en manos de los pecadores, será crucificado y al tercer día resucitará'.

Los ángeles desaparecieron entonces y dejaron a las santas mujeres llenas de alegría, aunque, por supuesto, muy conmovidas; ellas lloraron, miraron la tumba vacía y los lienzos, y emprendieron de inmediato el regreso a la ciudad.

Pero estaban tan sobrecogidas por los muchos acontecimientos asombrosos que habían tenido lugar que caminaban muy despacio y se detenían y miraban atrás con frecuencia, con la esperanza de ver a nuestro Señor o, al menos, a Magdalena.

Mientras tanto, Magdalena llegó al Cenáculo. Estaba tan agitada que parecía fuera de sí y llamó apresuradamente a la puerta. Algunos de los discípulos aún dormían, y los que ya se habían levantado conversaban entre sí.

Pedro y Juan abrieron la puerta, pero ella solo exclamó, sin entrar en la casa: 'Se han llevado el cuerpo de mi Señor, y no sé dónde lo han puesto', y volvió de inmediato al jardín. Pedro y Juan regresaron al interior de la casa y, después de decir unas palabras a los otros discípulos, la siguieron lo más deprisa posible, pero Juan dejó muy atrás a Pedro.

Vi entonces a Magdalena entrar de nuevo en el jardín y dirigirse hacia el sepulcro; parecía muy agitada, en parte por el dolor y en parte por haber caminado tan deprisa.

Sus vestidos estaban empapados de rocío y su velo colgaba a un lado, mientras que la abundante cabellera de la que antes tanto se había enorgulle-

cido caía en mechones revueltos sobre sus hombros, formando una especie de manto. Como estaba sola, tenía miedo de entrar en la cueva, pero se detuvo un momento fuera y se arrodilló para ver mejor el interior de la tumba.

Trataba de apartarse el largo cabello, que le caía sobre el rostro y le impedía ver, cuando distinguió a los dos ángeles que estaban sentados en la tumba, y oí que uno de ellos le decía: 'Mujer, ¿por qué lloras?'.

Ella respondió con la voz ahogada por las lágrimas, pues estaba completamente abrumada de dolor al comprobar que el cuerpo de Jesús realmente había desaparecido: 'Porque se han llevado a mi Señor, y no sé dónde lo han puesto'. No dijo más, pero, al ver la mortaja vacía, salió del sepulcro y comenzó a buscar por otros lugares.

Sentía un presentimiento secreto de que no solo encontraría a Jesús, sino de que él estaba cerca de ella en aquel mismo momento; y la presencia de los ángeles no parecía perturbarla en absoluto; ni siquiera parecía darse cuenta de que eran ángeles, pues todas sus facultades estaban absortas en un solo pensamiento: '¡Jesús no está aquí! ¿Dónde está Jesús?'.

La observé vagar como una persona enloquecida, con el cabello suelto ondeando al viento: parecía molestarle mucho, pues volvió a intentar apartárselo del rostro y, tras dividirlo en dos partes, lo echó sobre sus hombros.

⁂

Entonces levantó la cabeza, miró a su alrededor y distinguió una figura alta, vestida de blanco, de pie a unos diez pasos del sepulcro, en el lado oriental del jardín, donde había una ligera elevación en dirección a la ciu-

dad; una palmera le ocultaba parcialmente la figura, pero ella se sobresaltó un poco cuando esta le dirigió estas palabras: 'Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?'.

Pensó que era el jardinero; y, en efecto, llevaba una pala en la mano y un gran sombrero, al parecer hecho de corteza de árbol, en la cabeza. Su vestimenta era semejante a la del jardinero descrito en la parábola que Jesús había contado a las santas mujeres en Betania poco antes de su Pasión.

Su cuerpo no era luminoso; su aspecto general era más bien el de un hombre vestido de blanco visto a la luz del crepúsculo. Al oír las palabras '¿A quién buscas?', ella lo miró y respondió rápidamente: 'Señor, si te lo has llevado de aquí, dime dónde lo has puesto, y yo me lo llevaré'. Y miró con inquietud a su alrededor. Jesús le dijo: 'María'.

Ella reconoció al instante su amada voz y, volviéndose rápidamente, respondió: '¡Raboni (Maestro)!'. Se arrodilló ante él y extendió las manos para tocarle los pies; pero él le hizo un gesto para que se detuviera y dijo: 'No me toques, porque todavía no he subido a mi Padre; pero ve a mis hermanos y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios'. Después desapareció.

Más tarde se me explicó la razón de las palabras de Jesús, 'No me toques', pero solo conservo un recuerdo impreciso de aquella explicación. Creo que empleó esas palabras por la impetuosidad de los sentimientos de Magdalena, que la hacían olvidar hasta cierto punto el extraordinario misterio que se había cumplido y sentir como si lo que veía siguiera siendo mortal en vez de un cuerpo glorificado.

En cuanto a las palabras de Jesús, 'Todavía no he subido a mi Padre', se me dijo que significaban que, desde su Resurrección, aún no se había presentado ante su Padre para darle gracias por su victoria sobre la muerte y por la obra de la redención que había llevado a cabo.

Quería que ella comprendiera por estas palabras que las primicias de la alegría pertenecen a Dios y que debía reflexionar y darle gracias por el cumplimiento del glorioso misterio de la redención y por la victoria que él había obtenido sobre la muerte; y, si ella le hubiera besado los pies como solía hacerlo antes de la Pasión, no habría pensado más que en su Divino Maestro y, en sus arrebatos de amor, habría olvidado por completo los maravillosos acontecimientos que causaban tanto asombro y alegría en el Cielo.

Vi a Magdalena levantarse rápidamente en cuanto nuestro Señor desapareció y correr a mirar de nuevo en el sepulcro, como si creyera estar bajo el influjo de un sueño. Vio a los dos ángeles todavía sentados allí, y ellos le hablaron de la resurrección de nuestro Señor con las mismas palabras que habían dirigido a las otras dos mujeres.

También vio la mortaja vacía y entonces, segura de que no era víctima de una ilusión, sino de que la aparición de nuestro Señor era real, regresó rápidamente hacia el Gólgota en busca de sus compañeras, que iban de un lado a otro esperando con inquietud su regreso y albergando una especie de vaga esperanza de ver a Jesús o saber algo de él.

Toda esta escena duró poco más de dos o tres minutos. Eran alrededor de las tres y media cuando nuestro Señor se apareció a Magdalena, y Juan y Pedro entraron en el jardín justo cuando ella salía. Juan, que iba un poco por delante de Pedro, se detuvo a la entrada de la cueva y miró dentro.

Vio los lienzos a un lado y esperó hasta que llegó Pedro; entonces entraron juntos en el sepulcro y vieron la mortaja vacía, como se ha descrito antes. Juan creyó al instante en la Resurrección, y ambos comprendieron claramente las palabras que Jesús les había dirigido antes de su Pasión, así como los distintos pasajes de la Escritura referentes a aquel acontecimiento, que hasta entonces les habían resultado incomprensibles.

Pedro guardó los lienzos bajo su manto, y regresaron apresuradamente a la ciudad por la pequeña entrada que pertenecía a Nicodemo.

El aspecto del santo sepulcro era el mismo cuando entraron los dos Apóstoles que cuando Magdalena lo vio por primera vez. Los dos ángeles, en adoración, estaban sentados, uno a la cabecera y el otro al extremo de la tumba, exactamente en la misma actitud que cuando su adorable cuerpo yacía allí. No creo que Pedro advirtiera su presencia.

Después oí a Juan contar a los discípulos de Emaús que, cuando miró dentro del sepulcro, vio un ángel. Tal vez se sobresaltó al verlo y por eso retrocedió y dejó que Pedro entrara primero en el sepulcro; pero también es muy posible que no mencionara esta circunstancia en su evangelio porque la humildad lo llevaba a querer ocultar el hecho de haber sido más favorecido que Pedro.

En aquel momento los guardias comenzaron a recobrar el sentido y, al levantarse, recogieron sus lanzas y retiraron las lámparas que estaban en la puerta, desde donde arrojaban una luz débil y vacilante sobre los objetos cercanos. Luego los vi salir apresuradamente del jardín, con evidente temor y temblor, en dirección a la ciudad.

Mientras tanto, Magdalena se había reunido con las santas mujeres y les había contado que había visto al Señor en el jardín y las palabras que los ángeles le habían dirigido después.

Ellas le relataron de inmediato lo que habían visto, y Magdalena se encaminó rápidamente hacia Jerusalén, mientras las mujeres regresaban al lado del jardín donde esperaban encontrar a los dos Apóstoles. Poco antes de llegar, Jesús se les apareció. Llevaba una larga túnica blanca que le cubría incluso las manos y les dijo: 'Os saludo'.

Ellas se sobresaltaron de asombro y se arrojaron a sus pies; él pronunció unas palabras, extendió la mano como para señalarles algo y desapareció. Las santas mujeres fueron de inmediato al Cenáculo y dijeron a los discípulos que estaban reunidos allí que habían visto al Señor; los discípulos se mostraron incrédulos y no quisieron dar crédito ni a su relato ni al de Magdalena.

Consideraron tanto uno como otro fruto de sus imaginaciones exaltadas; pero, cuando Pedro y Juan entraron en la sala y contaron lo que también habían visto, no supieron qué responder y se llenaron de asombro.

Pedro y Juan salieron pronto del Cenáculo, pues los maravillosos acontecimientos que habían tenido lugar los habían dejado sumamente callados y pensativos, y al poco tiempo se encontraron con Santiago el Menor y Tadeo, que habían deseado acompañarlos al sepulcro.

Tanto Santiago como Tadeo estaban profundamente conmovidos, pues el Señor se les había aparecido poco antes de que se encontraran con Pedro y Juan. También vi a Jesús pasar muy cerca de Pedro y Juan. Creo que el pri-

mero lo reconoció, pues se sobresaltó de repente, pero no creo que el segundo lo viera.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

65 — EL RELATO DE LOS CENTINELAS APOSTADOS ALREDEDOR DEL SEPULCRO

✦

Casio se apresuró a ir a casa de Pilato aproximadamente una hora después de la Resurrección, para darle cuenta de los extraordinarios acontecimientos que habían tenido lugar. Pilato aún no se había levantado, pero se permitió a Casio entrar en su dormitorio. Este relató todo lo sucedido y expresó sus sentimientos con las palabras más enérgicas.

Describió cómo se había partido la roca y cómo un ángel había descendido del Cielo y apartado la piedra; también habló del sudario vacío y añadió que, con toda certeza, Jesús era el Mesías, el Hijo de Dios, y que verdaderamente había resucitado.

Pilato escuchó este relato; temblaba y se estremecía de terror, pero ocultó su agitación lo mejor que pudo y respondió a Casio con estas palabras: «Eres sumamente supersticioso; fue una gran insensatez ir a la tumba del Galileo; sus dioses se aprovecharon de tu debilidad y te mostraron todas esas visiones ridículas para asustarte. Te recomiendo que guardes silencio y no cuentes semejantes tonterías a los sacerdotes, pues saldrías mal parado».

Fingió creer que los discípulos de Jesús se habían llevado su cuerpo y que los centinelas, sobornados y vencidos por el sueño, o quizá engañados por la brujería, habían inventado aquellos relatos para justificar su conducta. Cuando Pilato hubo dicho todo cuanto pudo sobre el asunto, Casio se retiró, y Pilato fue a ofrecer sacrificios a sus dioses.

Los cuatro soldados que habían custodiado la tumba llegaron poco después al palacio de Pilato y empezaron a contarle todo lo que ya había oído de Casio; pero él no quiso escuchar nada más y los envió a Caifás.

Los demás guardias estaban reunidos en un gran patio cercano al Templo, lleno de ancianos judíos que, tras deliberar entre ellos, llevaron aparte a los soldados y, mediante sobornos y amenazas, intentaron convencerlos de que dijeran que se habían quedado dormidos y que, mientras dormían, los discípulos habían venido y se habían llevado el cuerpo de nuestro Señor.

Sin embargo, los soldados pusieron reparos, porque la declaración que sus compañeros habían ido a hacer ante Pilato contradiría cualquier relato que pudieran inventar ahora; pero los fariseos prometieron arreglarlo todo con el gobernador.

Mientras aún discutían, los cuatro guardias regresaron de su entrevista con Pilato, y los fariseos trataron de persuadirlos de que ocultaran la verdad; pero ellos se negaron y declararon con firmeza que no cambiarían su primera declaración en lo más mínimo.

La liberación milagrosa de José de Arimatea de la prisión se había hecho pública, y cuando los fariseos acusaron a los soldados de haber permitido que los Apóstoles se llevaran el cuerpo de Jesús y los amenazaron con imponerles el castigo más severo si no entregaban el cuerpo, ellos respondieron que les sería tan absolutamente imposible entregar el cuerpo de Jesús como a los soldados encargados de custodiar a José de Arimatea volver a meterlo en su prisión.

Hablaron con la mayor firmeza y valentía; las promesas y las amenazas fueron igualmente inútiles. Declararon que dirían la verdad y nada más que la verdad; que la sentencia de muerte dictada contra Jesús era injusta e inicua; y que el crimen cometido al darle muerte era la única causa de la interrupción de la solemnidad pascual.

Los fariseos, completamente furiosos, hicieron que los cuatro soldados fueran arrestados y encarcelados, y los otros, que habían aceptado los sobornos que les ofrecían, afirmaron entonces que los discípulos se habían llevado el cuerpo de Jesús mientras ellos dormían; y los fariseos, saduceos y herodianos procuraron difundir esta mentira por todos los medios a su alcance, no solo en la sinagoga, sino también entre el pueblo; y acompañaron esta falsa declaración con las mentiras más calumniosas acerca de Jesús.

Sin embargo, todas estas precauciones sirvieron de poco, pues, después de la Resurrección, muchas personas que llevaban largo tiempo muertas se levantaron de sus sepulcros y se aparecieron a aquellos de sus descendientes que no estaban tan endurecidos como para ser insensibles a la gracia, y los exhortaron a convertirse.

Estos muertos también fueron vistos por muchos de los discípulos que, vencidos por el terror y con la fe sacudida, habían huido al campo. Los exhortaron y animaron a regresar, y reavivaron su ánimo decaído. La resurrección de estos muertos no se parecía en lo más mínimo a la Resurrección de Jesús.

Él resucitó con un cuerpo glorificado, que ya no estaba sujeto a la corrupción ni a la muerte, y ascendió al cielo con ese cuerpo glorificado a la vista de todos sus discípulos; pero los cuerpos de los muertos de los que hemos

hablado antes eran cadáveres inmóviles, y a las almas que en otro tiempo los habían habitado solo se les permitió entrar en ellos y reanimarlos por un tiempo; después de cumplir la misión que se les había encomendado, las almas abandonaron de nuevo aquellos cuerpos, que volvieron a su estado original en las entrañas de la tierra, donde permanecerán hasta la resurrección en el día del juicio.

Tampoco podía compararse su regreso a la vida con la resurrección de Lázaro de entre los muertos, pues él volvió realmente a una nueva vida y murió por segunda vez.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

66 — EL FINAL DE LAS MEDITACIONES DE CUARESMA

✦

El domingo siguiente, si recuerdo bien, vi a los judíos lavando y purificando el Templo. Ofrecían sacrificios expiatorios, retiraban los escombros y procuraban ocultar los efectos del terremoto colocando tablas y alfombras sobre las grietas y hendiduras que había abierto en las paredes y en el pavimento; y reanudaron las solemnidades pascuales, que habían quedado interrumpidas a la mitad, declararon que el trastorno había sido causado por la presencia de personas impuras y procuraron quitar importancia a la aparición de los muertos mediante explicaciones.

Aludieron a una visión de Ezequiel, pero ya no recuerdo de qué manera. Amenazaron con la excomunión y otros castigos severos a todos los que se atrevieran a decir una sola palabra acerca de los acontecimientos que habían tenido lugar, o que osaran murmurar.

Consiguieron hacer callar a unas pocas personas endurecidas que, conscientes de su propia culpa, deseaban desterrar el asunto de sus pensamientos, pero no hicieron mella en aquellos cuyos corazones conservaban todavía algunos restos de virtud; estos guardaron silencio durante un tiempo, ocultando su creencia interior, pero más tarde, recobrando el valor, proclamaron en voz alta su fe en Jesús ante el mundo.

Los sumos sacerdotes quedaron muy desconcertados al advertir la rapidez con que las doctrinas de Cristo se extendían por el país. Cuando Esteban era diácono, todo Ofel y el lado oriental de Sion resultaban demasiado pe-

queños para albergar a las numerosas comunidades cristianas, y una parte de ellas se vio obligada a establecerse en el campo entre Jerusalén y Betania.

Vi a Anás en tal estado de furor que se comportaba como un poseído; al final fue necesario recluirlo, y nunca volvió a aparecer en público. Caifás mostraba menos sus sentimientos exteriormente, pero por dentro lo devoraban una rabia y unos celos tan extremos que su razón quedó afectada.

Vi a Pilato el jueves de Pascua; había dispuesto que buscaran a su esposa por toda la ciudad, pero sus esfuerzos por encontrarla fueron inútiles; estaba escondida en la casa de Lázaro, en Jerusalén. A nadie se le ocurrió buscar allí, pues no había ninguna otra mujer en la casa; pero Esteban le llevaba comida y la mantenía al corriente de todo lo que ocurría en la ciudad.

Esteban era primo hermano de san Pablo. Eran hijos de dos hermanos. Al día siguiente del sábado, Simón de Cirene fue a ver a los apóstoles y les rogó que lo instruyeran y le administraran el bautismo.

Las visiones de la hermana Emmerich, que habían continuado desde el 18 de febrero hasta el 6 de abril de 1823, llegaron aquí a su fin.

APÉNDICE.

Relato independiente sobre Longino.

El 15 de marzo de 1821, la hermana Emmerich dio el siguiente relato independiente de algunas partes de una visión que había tenido la noche anterior acerca de san Longino, cuya fiesta coincidía precisamente con aquel día, aunque ella no lo sabía.

Longino, que creo que tenía otro nombre, desempeñaba un cargo, en parte civil y en parte militar, en la casa de Pilato, quien le había confiado la tarea de supervisar todo lo que sucedía e informarle de ello. Era digno de confianza y estaba dispuesto a prestar un servicio, pero antes de su conversión le faltaban en gran medida firmeza y fuerza de carácter.

Era excesivamente impetuoso en todo lo que hacía y deseaba que lo consideraran una persona de gran importancia; y como era bizco y tenía la vista débil, con frecuencia sus compañeros se burlaban de él y lo convertían en objeto de sus risas.

Lo he visto con frecuencia durante esta noche y, en relación con él, he visto al mismo tiempo toda la Pasión, no sé de qué manera; solo recuerdo que fue en relación con él.

Longino solo ocupaba un puesto subordinado y debía dar cuenta a Pilato de todo lo que veía. La noche en que Jesús fue llevado ante el tribunal de Caifás, estaba en el patio exterior entre los soldados, yendo y viniendo sin cesar. Cuando Pedro se alarmó por las palabras de la criada que estaba junto al fuego, fue él quien dijo en una ocasión: «¿No eres tú también uno de los discípulos de este hombre?».

Cuando llevaban a Jesús al Calvario, Longino, por orden de Pilato, lo seguía de cerca, y nuestro divino Señor le dirigió una mirada que le conmovió el corazón. Después lo vi en el Gólgota con los soldados. Iba a caballo y llevaba una lanza; lo vi en casa de Pilato, después de la muerte de nuestro Señor, diciendo que no debían quebrarle las piernas a Jesús.

Regresó enseguida al Calvario. Su lanza estaba hecha de varias piezas que encajaban unas dentro de otras, de modo que, al extenderlas, podía alcanzar tres veces su longitud original. Acababa de hacerlo cuando tomó la repentina decisión de traspasar el costado de nuestro Salvador.

Se convirtió en el monte Calvario y, poco tiempo después, expresó a Pilato su convicción de que Jesús era el Hijo de Dios. Nicodemo convenció a Pilato de que le entregara la lanza de Longino, y he visto muchas cosas acerca de la historia posterior de esta lanza. Longino, después de su conversión, dejó el ejército y se unió a los discípulos.

Él y otros dos soldados, que se convirtieron al pie de la cruz, estuvieron entre los primeros bautizados después de Pentecostés.

Vi a Longino y a estos dos hombres, vestidos con largas túnicas blancas, regresar a su tierra natal. Vivían allí en el campo, en un lugar estéril y pantanoso. Fue allí donde murieron los cuarenta mártires.

Longino no era sacerdote, sino diácono, y viajaba de un lado a otro en esa condición, predicando el nombre de Cristo y relatando, como testigo presencial, la historia de su Pasión y Resurrección. Convirtió a un gran número de personas y curó a muchos enfermos permitiéndoles tocar un fragmento de la sagrada lanza que llevaba consigo.

Los judíos estaban muy enfurecidos con él y sus dos compañeros porque daban a conocer por todas partes la verdad de la Resurrección de Jesús y la crueldad y los engaños de sus enemigos. A instancias de ellos, enviaron a unos soldados romanos al país de Longino para apresarlo y juzgarlo con el

pretexto de que había abandonado el ejército sin permiso y perturbaba la paz pública.

Estaba cultivando su campo cuando llegaron, y los llevó a su casa y les ofreció hospitalidad. No lo conocían, y cuando le dieron a conocer el objeto de su viaje, llamó tranquilamente a sus dos compañeros, que vivían en una especie de ermita a poca distancia, y dijo a los soldados que ellos y él eran los hombres a quienes buscaban. Lo mismo le sucedió al santo jardinero Focas.

Los soldados se afligieron de verdad, pues habían cobrado un gran afecto por él. Lo vi conducido con sus dos compañeros a una pequeña población cercana, donde los interrogaron. No los encarcelaron, sino que les permitieron ir adonde quisieran, como prisioneros bajo palabra, y solo los obligaron a llevar una señal distintiva en el hombro.

Más tarde, los tres fueron decapitados en una colina situada entre la pequeña población y la casa de Longino, y allí los enterraron. Los soldados pusieron la cabeza de Longino en la punta de una lanza y la llevaron a Jerusalén como prueba de que habían cumplido su encargo. Creo recordar que esto sucedió muy pocos años después de la muerte de nuestro Señor.

Después tuve una visión de cosas que sucedieron en una época posterior. Una compatriota ciega de san Longino fue con su hijo en peregrinación a Jerusalén, con la esperanza de recobrar la vista en la ciudad santa donde los ojos de Longino habían sido curados. Su hijo la guiaba, pero murió, y ella quedó sola y desconsolada.

Entonces se le apareció san Longino y le dijo que recobraría la vista cuando sacara su cabeza de un sumidero al que los judíos la habían arrojado. Este

sumidero era un pozo profundo, con las paredes revestidas de ladrillo, al que llegaban por varios desagües toda la suciedad y los desperdicios de la ciudad.

Vi a unas personas conducir a la pobre mujer hasta aquel lugar; ella descendió al pozo hasta quedar sumergida hasta el cuello y sacó la sagrada cabeza, con lo que recobró la vista. Regresó a su tierra natal, y sus compañeros conservaron la cabeza. No recuerdo nada más sobre este asunto.

Relato independiente sobre Abenadar.

El 1 de abril de 1823, la hermana Emmerich dijo que aquel día era la fiesta de san Ctesifonte, el centurión que había estado presente en la Crucifixión, y que durante la noche había visto diversos detalles de su vida. Pero también había sufrido mucho, lo que, unido a las distracciones exteriores, le había hecho olvidar la mayor parte de lo que había visto. Relató lo siguiente:

Abenadar, llamado después Ctesifonte, nació en una región situada entre Babilonia y Egipto, en Arabia Feliz, a la derecha del lugar donde Job vivió durante la segunda mitad de su vida. Allí se había construido cierto número de casas cuadradas, con techos planos, en una suave pendiente. En aquel lugar crecían muchos árboles pequeños, y allí se recogían incienso y bálsamo.

He estado en la casa de Abenadar, que era grande y espaciosa, como cabría esperar de la casa de un hombre rico, pero también era muy baja. Todas aquellas casas estaban construidas de esta manera, quizá a causa del viento,

pues estaban muy expuestas. Abenadar se había incorporado como voluntario a la guarnición de la fortaleza Antonia, en Jerusalén.

Había entrado al servicio de Roma para disponer de mayores facilidades en su estudio de las bellas artes, pues era un hombre instruido. Su carácter era firme, su cuerpo bajo y robusto, y su tez oscura.

Abenadar se convenció pronto, por la doctrina que oyó predicar a Jesús y por un milagro que lo vio realizar, de que la salvación se encontraba entre los judíos, y se había sometido a la ley de Moisés. Aunque todavía no era discípulo de nuestro Señor, no le guardaba animadversión y veneraba en secreto su persona.

Era por naturaleza serio y sereno, y cuando llegó al Gólgota para relevar a la guardia, mantuvo el orden por todas partes y obligó a todos a comportarse al menos con una decencia elemental, hasta el momento en que la verdad triunfó sobre él y dio testimonio público de la divinidad de Jesús.

Como era un hombre rico y un voluntario, no tuvo dificultad alguna en renunciar de inmediato a su puesto. Ayudó en el descendimiento de la Cruz y en la sepultura de nuestro Señor, lo que lo puso en estrecho contacto con los amigos de Jesús, y después del día de Pentecostés fue uno de los primeros en recibir el bautismo en la piscina de Betsaida, donde tomó el nombre de Ctesifonte.

Tenía un hermano que vivía en Arabia, a quien relató los milagros que había presenciado y que, llamado así al camino de la salvación, vino a Jerusalén, fue bautizado con el nombre de Cecilio y recibió, junto con Ctesi-

fonte, el encargo de ayudar a los diáconos en la comunidad cristiana recién formada.

Ctesifonte acompañó al apóstol Santiago el Mayor a España y también regresó con él. Al cabo de un tiempo, los apóstoles lo enviaron de nuevo a España, y llevó allí el cuerpo de Santiago, que había sufrido el martirio en Jerusalén.

Fue nombrado obispo y residió principalmente en una especie de isla o península a poca distancia de Francia, que también visitó y donde hizo algunos discípulos. El nombre del lugar donde vivía se parecía a Vergui, y más tarde quedó devastado por una inundación. No recuerdo que Ctesifonte sufriera el martirio.

Escribió varios libros con detalles acerca de la Pasión de Cristo; pero hubo algunos libros que se le atribuyeron falsamente, y otros que realmente salieron de su pluma se atribuyeron a distintos escritores. Roma ha rechazado desde entonces estos libros, que en su mayor parte eran apócrifos, pero que, aun así, contenían algunas pocas cosas realmente escritas por él.

Uno de los guardias del sepulcro de nuestro Señor, que no se dejó sobornar por los judíos, era compatriota y amigo suyo. Su nombre era algo parecido a Sulei o Suleii. Después de estar algún tiempo en prisión, se retiró a una caverna del monte Sinaí, donde vivió siete años.

Dios concedió muchas gracias especiales a este hombre, y él escribió algunos libros muy eruditos al estilo de Dionisio el Areopagita. Otro escritor utilizó sus obras, y de esta manera nos han llegado algunos extractos de

ellas. Se me dio a conocer todo lo relativo a estos hechos, así como el nombre del libro, pero lo he olvidado.

Este compatriota de Ctesifonte lo siguió después a España. Entre los compañeros de Ctesifonte en aquel país estaban su hermano Cecilio y otros hombres, cuyos nombres eran Indalecio, Hesiquio y Eufrasio.

Otro árabe, llamado Sulima, se convirtió en los primeros tiempos de la Iglesia, y un compatriota de Ctesifonte, con un nombre parecido a Sulensis, se hizo cristiano más tarde, en tiempos de los diáconos.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0